



UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
DEPARTAMENTO DE SOCIOLOGÍA

PINOCHETISMO POPULAR
*Aproximación al fenómeno pinochetista
en poblaciones del Gran Santiago*

ERIKA RODRÍGUEZ RAMÍREZ

TESIS PARA OPTAR AL TÍTULO PROFESIONAL DE SOCIÓLOGA

PROFESOR GUÍA: RODRIGO BAÑO AHUMADA

SANTIAGO DE CHILE, ABRIL DE 2002.

AGRADECIMIENTOS

En este momento quisiera recordar a todos quienes participaron y colaboraron de uno u otro modo en la confección de estas páginas. A todos ellos expresarles mi profundo agradecimiento, a través del cual deseo compartir el término de este ciclo. Pido disculpas de antemano porque posiblemente olvide más de un nombre en estas líneas, pero los años no pasan en vano y la memoria se hace cada vez más frágil.

Primero quiero agradecer sinceramente a mi profesor guía durante este año de trabajo, Rodrigo Baño A., por su confianza, su constante disposición a la enseñanza y su notable paciencia con mi no menor falta de entendimiento. Generosamente contribuyó, primero en sus cátedras y luego en el ámbito de la tesis, a mi iniciación en temas de orden político, y al gusto por ellos.

Luego a mi familia, mis viejos y mis hermanos, quienes debieron soportar en variadas ocasiones mi mal humor, mi desgano, mis silencios y mis demoras.

Debo agradecer especialmente a Octavio Avendaño y Claudio Santibáñez por las profesionales lecturas que hicieron de los primeros textos de esta investigación, cuyos valiosos comentarios permitieron mejorar algunos de sus planteamientos.

No puedo olvidar a todos los amigos sociólogos y no sociólogos que animaron el término de este proyecto cuando el cansancio y las dudas abrumaban. Quiero agradecer a Oscar, por las constantes discusiones que sosteníamos en Bahamondes; a Verónica por entregarme parte de su escaso tiempo a desentrañar el mundo de la metodología; a Paola y Carola S. por su amistad y compañía.

Otoño 2002

INDICE

AGRADECIMIENTOS.....	2
INTRODUCCIÓN.....	6
CAPITULO PRIMERO: PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA.....	8
1.1. <i>Antecedentes del Problema</i>	8
1.1.1. Definición Sectores Populares.....	8
1.1.2. ¿Es posible hablar de apoyo popular a Pinochet?.....	12
a. Autoritarismo en Sectores Populares.....	12
b. Comportamiento Electoral Popular en Plebiscito.....	22
1.1.3. Organización Política y Sociedad.....	24
1.1.4. Política económica y social durante el régimen militar.....	30
a. Reestructuración Económica.....	30
b. Reformas Sociales.....	36
Sistema de Seguridad Social.....	37
Salud y Educación.....	38
Vivienda.....	39
Ámbito Laboral.....	40
Focalización.....	40
1.2. <i>El Problema de Investigación</i>	43
1.2.1. Objetivos de la Investigación.....	45
Objetivo General.....	45
Objetivos Específicos.....	45
1.2.2. Relevancia de la Investigación.....	46
Relevancia Teórica.....	46
Relevancia Práctico - Social.....	46
CAPITULO SEGUNDO: MARCO TEÓRICO CONCEPTUAL DE REFERENCIA.....	47
2.1. <i>Construcción del Orden</i>	48
2.1.1. Producción discursiva del régimen militar.....	48
a. Etapa Reaccionaria.....	49
b. Etapa Fundacional.....	54
Discurso Político.....	55
Discurso Económico.....	59
2.1.2. Condiciones sociales favorecedoras del Autoritarismo.....	63

a.	Cotidianeidad y Orden	64
b.	Orden, Miedo y Régimen Autoritario	64
2.2.	<i>Términos de Interpretación del Pinochetismo Popular</i>	68
2.2.1.	Liderazgo y Personalización del Poder	68
a.	La Dirección del Ejército.....	69
b.	La Presidencia de la República	71
c.	Las Relaciones de Pinochet con sus Colaboradores Civiles	72
d.	El Recurso Electoral.....	73
e.	El Terror como Recurso de Poder	76
2.2.2.	Dominación y Legitimidad en Weber.....	77
a.	Dominación Carismática.....	82
b.	Consideraciones para efectos de esta investigación.....	86
2.2.3.	Legitimidad y Acción Social en Weber	92
a.	Dominación Legítima y No Legítima	93
b.	Apoyo Difuso y Apoyo Específico en Easton	95
c.	Consideraciones para efectos de esta investigación.....	97
2.2.4.	Nacionalismo	99
a.	Identidad Nacional y Esencialismo	100
b.	Doctrina de Seguridad Nacional	101
c.	Nociones Generales	105
CAPITULO TERCERO: DISEÑO METODOLÓGICO		110
3.1.	<i>Tipo de Investigación</i>	110
3.2.	<i>Delimitación del Universo de Estudio y Diseño Muestral</i>	111
3.3.	<i>Técnica de recolección de información</i>	113
3.3.1.	Pre test	114
3.3.2.	Plan de recolección de la información	114
3.3.3.	Plan de análisis de la Información	115
3.4.	<i>Criterios de validez y confiabilidad</i>	116
CAPITULO CUARTO: ANÁLISIS DE INFORMACIÓN		117
4.1.	<i>Justificación del golpe militar</i>	118
4.1.1.	Representación del período de la Unidad Popular y de Salvador Allende.....	118
4.1.2.	Significación del golpe militar.....	123
4.2.	<i>Perspectiva economía personal y general</i>	128
4.3.	<i>Legitimidad del régimen y de la figura de Pinochet</i>	136
4.3.1.	Representación política del período del régimen militar	137

a.	Sobre la violencia	137
b.	Sobre los detenidos desaparecidos	141
c.	Sobre el toque de queda	146
4.3.2.	De la política y regímenes políticos	147
a.	Sobre el votar, elecciones y partidos políticos.....	148
b.	Preferencia de regímenes políticos	150
4.3.3.	Figura de Pinochet	155
CAPITULO QUINTO: CONCLUSIONES DEL ESTUDIO		162
BIBLIOGRAFÍA		172
ANEXO PAUTA DE ENTREVISTA MAYORES.....		177
ANEXO PAUTA DE ENTREVISTA JÓVENES.....		179

INTRODUCCIÓN

Ubicados en el contexto del régimen militar chileno, arribamos al lugar que da origen a estas páginas: el pinochetismo. La investigación sociológica no ha avanzado mucho en la definición de este concepto, el que aparece en ocasiones como una ideología cuyos componentes no están muy claros; en otras, como un grupo político e incluso como un movimiento social. No constituyendo objetivo presente proponer una definición general al respecto, a ello pensamos contribuir de modo indirecto a través del estudio del *pinochetismo popular*, entendiendo por ello la adhesión existente en los ámbitos populares hacia la figura de Augusto Pinochet.

El atractivo de este tema se constituye en la medida de su *significación paradójica*. Estamos hablando de un grupo considerable de sujetos pertenecientes a la capa más pobre de la sociedad chilena que apoyó al ex gobernante en el pasado y que mantiene en la actualidad una adhesión hacia su figura de igual o mayor intensidad que en aquel período. Si bien este hecho constituye parte del sentido común sociológico, al borde de la obviedad para los interlocutores, la existencia de antecedentes investigativos orientados en esa dirección es escasa. Por otro lado, a diferencia del resto de los estratos, el sector popular conserva rasgos de espontaneidad claros, no mediados totalmente por expectativas interesadas o por el señalamiento de lo *políticamente correcto*, cuestión que hace doblemente atractivo el tema.

En este contexto, no consideramos que este grupo deba ser observado y definido sólo a partir de su irracionalidad - que se hace evidente en la afectividad desatada ante la rememoración del ex gobernante -, sino que entendemos que sus percepciones y valoraciones respecto al período autoritario están sujetas a una explicación menos facilista que aquella atribución que los destierra de cualquier tipo de razón subyacente.

Por otro lado, el estudio de un sector que asume y expresa discursivamente una orientación política extrema proclive a legitimar experiencias autoritarias, nos introduce, más allá de disposiciones psicológicas particulares, al entendimiento de la cultura política que ha venido manifestándose en el ámbito de los sectores populares de nuestro país durante las dos últimas décadas.

Con este señalamiento no proponemos que las representaciones y orientaciones respecto a lo político características del grupo pinochetista deban ser extendidas al resto del estrato popular. De hecho, recordemos el protagonismo del sector poblacional como actor social opositor al régimen autoritario, a través del ciclo de protestas iniciado en 1983. Sin embargo, también es cierto que el sector popular presenta una mayor predisposición que el resto de los estratos a asumir nociones de carácter autoritario respecto al espacio político de relaciones.

En este sentido, el estudio acerca del pinochetismo probablemente entregue pistas relativas a las condiciones favorables de recepción en los sectores de menores ingresos a contenidos autoritarios respecto al ordenamiento político. Abordar la realidad pinochetista en poblaciones emerge sociológicamente relevante en la medida que aporta conocimiento en torno a las bases sociales que legitiman y sustentan el autoritarismo en la sociedad chilena, por lo menos desde mediados de los años setenta. Comencemos entonces.

CAPITULO PRIMERO: PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

1.1. *Antecedentes del Problema*

1.1.1. Definición Sectores Populares

La presente investigación se concentra en el considerable sector popular que se declara adherente a la figura de Pinochet. Conviene entonces comenzar por precisar qué entenderemos por *sectores populares*.

En primer lugar, el referente directo de este concepto es la *pobreza*, con especial énfasis en la pobreza urbana. Se atribuye el carácter de popular a sujetos que comparten un estado permanente de no satisfacción de necesidades básicas, que involucra no sólo la carencia de recursos para la supervivencia física inmediata sino también una precaria, desventajosa e inestable inserción en el proceso productivo, manifestada en la experiencia de desocupación por extensos periodos, el subempleo, la insuficiencia de ingresos, agravado ello por la carencia de calificación.

La condición de pobreza se revela, al mismo tiempo, en la ubicación geográfica en áreas marginales de la ciudad, condiciones habitacionales caracterizadas por el hacinamiento, promiscuidad e insalubridad - y en un grado extremo por la constante exposición al desalojo - y, por último, el acceso inadecuado e imperfecto a servicios físicos y sociales, como salud, educación, seguridad social, entre otros. Respecto a la educación, la población en pobreza se caracteriza por un bajo nivel educativo, explicado, entre otros factores, por una calidad deteriorada de ella, además de una escasa capacitación para el trabajo y una inserción subordinada o marginal en los circuitos de la producción y el consumo.

Pero la insuficiencia y exclusión material que caracteriza el estado de pobreza también incluye una condición de total o parcial inmovilidad o imposibilidad de gestión por parte de los sectores populares, en razón de la *carencia crítica de cuotas de poder*, esto es, la privación de un acceso efectivo a la generación y ejercicio del *poder social*, entendiendo poder social en su significación más abarcante de poder económico, político, cultural. En este contexto, lo popular tiene una connotación más ligada a lo que se entiende como sector dominado de un sistema. La marginalización del pobre ha sido descrita por Brunner como el "*proceso por medio del cual unas posiciones específicas de subordinación en el campo de la economía, en la participación de ciertos individuos y grupos en la vida material de la sociedad y en la organización de la cultura, sirve para definir un estado de desintegración social y para sustituir relaciones de desigualdad y explotación por situaciones de aparente privación relativa de beneficios...*"(Brunner:1978, p.5).

En segundo lugar, describimos lo popular en función del espacio que habitan, la unidad urbano - espacial a que pertenecen, es decir, *la poblacional*. Los sectores populares *viven en "poblaciones"*, llevan una *"vida poblacional"* entendida como el conjunto de prácticas y relaciones sociales que se desarrollan en la población y los sentidos culturales que las organizan (Gallardo:1985) y sus integrantes pueden ser definidos como *pobladores*, los que se caracterizan por: 1) vivir en zonas urbanas, 2) tener una situación de vivienda precaria, 3) sus viviendas se encuentran reunidas en conjuntos identificables que, para sus habitantes y para quienes son externos, forman una unidad, 4) estos conjuntos son el resultado de un poblamiento espontáneo (tomas de terreno o callampas) o la consecuencia de una solución más definitiva por parte del Estado (poblaciones construidas, operaciones sitio) y 5) por lo general se ubican en zonas periféricas de la ciudad (Chateau y Pozo:1987).

Las poblaciones y campamentos populares presentan una materialidad que es significada socialmente en términos de *escasez*: *"El conjunto de objetos físicos y bienes sociales que conforman el espacio urbano de la población o campamento es insuficiente para satisfacer las necesidades de sus habitantes (los pobladores)"* (Gallardo:1985, p.26). Sometidos a una común situación de privación, los pobladores pueden llegar a reconocer en ella un problema colectivo y desarrollar acciones conjuntas que impliquen su superación parcial o definitiva.

Desde la perspectiva del orden, la existencia de masas humanas empobrecidas e insatisfechas entraña el peligro de desbordamiento de ese orden. Surge en las capas sociales dominantes el temor a la revuelta y la insurrección: *"Los pobres guardan con el orden existente una relación doble de amenazas, de alguna manera son un peligro para el orden, pero, al mismo tiempo, éste los define como un germen de corrupción social y, por ende, los enfrenta sistemáticamente con sus medios persuasivos y represivos"* (Brunner:1978,p.6). De modo casi inverso, desde la perspectiva de la transformación de la dominación, se mantiene la desconfianza ante el tipo de respuesta u orientación política que los sectores populares - poblacionales pudieran llegar a desarrollar, es decir, la relación entre poblaciones y cambio social.

Durante el régimen militar chileno los pobladores fueron constituidos como un objeto peligroso y al mismo tiempo manipulable. El poder político mantuvo un sentido vigilante sobre los espacios ocupados por los pobladores. Los continuos allanamientos masivos que vivencian las poblaciones son un ejemplo de cómo el poder controla el espacio, lo desarticula e impone sanciones imprevisibles. Aquel viejo temor de la clase dominante a que el control sea vulnerado y los pobladores marginales sobrepasen el espacio asignado e irrumpan en los barrios residenciales queda demostrado en las políticas de erradicaciones impuestas por el gobierno.

Como contraparte, recordemos la serie de movilizaciones realizadas por los sectores populares durante este periodo que, trascendiendo los marcos de la propia población, incidieron en

la política nacional. Entre ellas, las de mayor importancia fueron las Protestas Nacionales, principalmente de los años 1983 y 1984. En éstas, los sectores poblacionales desarrollaron formas violentas de expresión de descontento, una violencia que se inscribió en la lógica del enfrentamiento político al autoritarismo vigente. Aquí el problema de lo popular se refiere específicamente al papel del *sujeto popular* en la transformación política y social, en otras palabras, al proceso de constitución de sujetos políticos populares o movimientos sociales y su capacidad de transformación del orden vigente.

Por último, un tercer componente considerado en la definición del sector popular se relaciona con la cultura que le sería específica: *la cultura popular*. La transformación de la pobreza en cultura ha sido definida por Brunner del siguiente modo: "*proceso (...) por virtud del cual se separa la pobreza como fenómeno propio de las condiciones materiales de vida de los hombres (y de producción de éstos de su vida material) de la pobreza como fenómeno de actitudes, creencias, valores y, más ampliamente, estilo particular de vida...*" (Brunner:1978, p.7, negrilla es nuestra). En este sentido, la pobreza no sólo tiene que ver con carencias materiales, sino que se encuentra asociada también con otros factores como valores, creencias, tipo de relaciones sociales y pautas de comunicación. La condición de pobreza que define al sector popular conlleva, por tanto, la configuración de una cultura específica, propia de quienes la vivencian. Así, la cultura popular es definida como *cultura de la pobreza*.

Al respecto Javier Martínez y Margarita Palacios plantean que dentro del estrato pobre de nuestro país no existiría una sola cultura, esto es, no existiría *un modo de vivir* la común situación de pobreza. Proponen que, en este estrato, la "*cultura de la pobreza*" subsiste en permanente conflicto con una "*cultura de la decencia*". Núcleo esencial de ambas culturas es la actitud que se asume ante la pobreza, resumida en el simple conflicto de "*sobreponerse o dejarse estar*". Para los autores la cultura de la pobreza constituye "*una visión persistentemente negativa y corrosiva, que afirma sistemáticamente la inutilidad de la esperanza de cambio y se alimenta de las sucesivas "confirmaciones" que brinda la experiencia cotidiana de quienes mantienen tales expectativas*" (Martínez y Palacios:1996, p.21). La cultura de la decencia, en cambio, se construye a partir de la afirmación de la posibilidad de "*sobreponerse a los efectos degradantes de la pobreza*", fundada en la voluntad de sujeción a un rígido código moral.

Si abordamos lo popular desde el componente poblacional también observaremos su transformación en cultura. Como hemos señalado, el espacio urbano constituye el referente directo de lo poblacional, un determinado conflicto con el espacio manifestado en desplazamientos territoriales, concentraciones espaciales y una cierta distribución urbana. Como bien señala Bernarda Gallardo, "*...el espacio en el lenguaje de sentido común (...) se elabora en el terreno de la cultura, apareciendo como expresión simbólica de algo distinto a él mismo: de modos o estilos de vida*" (Gallardo:1985, p.32, negrilla es nuestra). Entendido así, el acceso a espacios es sobre todo

acceso y participación en el *modo de vida* del cual el espacio particular es expresión. En este sentido, las poblaciones expresan un específico modo o estilo de vida del cual son partícipes sus integrantes: los sectores populares. Desde esta perspectiva entonces la cultura popular aparece como "*cultura poblacional*".

Esta cultura estaría caracterizada, además, por una forma particular de sociabilidad, la que al organizar la vida interna de las poblaciones y campamentos populares y las relaciones que establecen entre sí sus habitantes, distingue a este sector, brindándole una identidad específica. Los pobladores participan de una *sociabilidad de tipo comunitaria*, distinta a la imperante en el resto de la sociedad, la que, finalmente, refiere el sentimiento de constituir un todo. Por tanto, lo que parece primar en lo poblacional es la definición del colectivo en torno a lo territorial. El poblador se encuentra a sí mismo y los otros en un espacio físico definido: *las poblaciones*. En tal espacio se reúne con los otros "de la pobla' " compartiendo un destino común y en *relaciones de igualdad*, materializándose esa sensación de comunidad o totalidad concreta (Baño:1985).

Ahora bien, es necesario subrayar que el grupo en estudio, si bien comparte el conjunto de condiciones materiales y simbólicas que hemos descrito para el sector popular, constituye un grupo minoritario al interior de él. Es decir, el grupo popular pinochetista efectivamente experimenta condiciones de pobreza, habita en *poblaciones* y sus integrantes se consideran *pobladores*, participa de una *cultura de la pobreza - poblacional* vivenciada cotidianamente, pero, a diferencia del resto del ámbito popular, expresa una orientación política absolutamente inversa de lo esperable, manifestada, en lo que respecta al régimen militar chileno, en una adhesión a la figura de Pinochet y un reconocimiento al gobierno por él encabezado. De este modo, no podemos identificar el sector popular pinochetista con el ciclo de protestas iniciado en 1983, ni tampoco con la noción de cambio social o transformación de un sistema de dominación, y si bien fue sometido a allanamientos al igual que el resto, percibió o quizás experimentó de cerca la violencia del régimen, muestra un particular modo de configurar esa situación, que tiene por resultante el apoyo al jefe militar y a su gestión. Esa particularidad es la que pretende examinar esta investigación.

Recapitemos entonces: en este estudio los sectores populares son definidos en su relación con (i) la pobreza, concebidos como "los pobres", (ii) con el espacio que habitan, por tanto, en calidad de "pobladores" y, (iii) con una determinada cultura que le es propia, llámese cultura de la pobreza (o de la decencia, de acuerdo a Martínez) o cultura poblacional.

Siendo éste el contexto comprensivo de lo popular, requerimos a su vez de una definición operacional que nos permita implementar este estudio. Para ello utilizaremos la variable *Ingreso Autónomo* que de acuerdo a la CASEN 2000 integra aquellos ingresos por concepto de sueldos y salarios, ganancias provenientes del trabajo independiente, incluido el autosuministro y el valor del consumo de productos agrícolas producidas por el hogar, renta de propiedades, ingresos por interés,

bonificaciones y gratificaciones, así como jubilaciones, pensiones, montepíos y transferencias entre privados (CASEN 2000 en www.mideplan.cl). De este modo, consideraremos populares aquellos sujetos pertenecientes al quintil más pobre de la zona urbana de la Región Metropolitana de acuerdo a la encuesta CASEN 2000, cuyo ingreso autónomo familiar no supere los 220.000 pesos.

1.1.2. ¿Es posible hablar de apoyo popular a Pinochet?

Cuando comenzamos a estructurar esta investigación fue inevitable conservar una cierta incredulidad respecto a la existencia de este grupo, precisamente por un sentido común que estaba dictando lo contrario. Este sentido nos decía, por un lado, que los grupos de altos ingresos no sólo habían participado en la instalación militar, sino que habían entregado un apoyo estable al régimen durante el período de su permanencia. Por su parte, los sectores medios, en los que el optimismo analítico había depositado la vocación democrática de la nación, también habían entregado un importante apoyo a la intervención militar, aunque aquí se requiere mayor cautela para diferenciar entre los diversos componentes ocupacionales que integran la clase media y sus respectivos niveles y modos de adhesión al régimen. Entendíamos, por último, que el apoyo de los sectores populares al régimen, si existió debió ser casi nulo, en virtud del fuerte deterioro experimentado en sus condiciones de vida.

Sin embargo, como hemos señalado, existe un porcentaje a considerar al interior de los ámbitos populares que se declara adherente a Pinochet. En la búsqueda previa de antecedentes respecto al tema, si bien existe mención de ello en diversos estudios y ensayos realizados en torno al régimen militar chileno, el autoritarismo popular ha sido configurado como un hecho dado, no suficientemente profundizado. Lo que sí nos resulta de suma utilidad son las encuestas políticas realizadas en el período y las cifras del plebiscito en su opción si en las comunas más pobres del gran Santiago, las que nos permitirán describir el nivel de apoyo popular a Pinochet. Como es de suponer, el comportamiento electoral en el plebiscito constituye la fuente que evidencia de modo directo el grado de apoyo popular con que contó el ex gobernante. No obstante, hemos optado también por incluir información que, indirectamente, permite cuantificar el grupo popular adepto a su persona o que eventualmente podría adherir.

a. Autoritarismo en Sectores Populares

Las encuestas de cultura política realizadas hacia fines del régimen militar permiten reconocer en las percepciones, valoraciones y expectativas de los sectores populares respecto de la democracia, y de la política en general, una predisposición más positiva que el resto de los estratos a asumir nociones de carácter autoritario en torno al orden político deseable, o más específicamente, opiniones con fuertes contenidos de indiferencia respecto al tipo de régimen a generar.

Ello no significa que la mayoría al interior de este grupo evidencie tendencias de corte autoritario en sus apreciaciones sobre lo político, ni tampoco que los demás estratos sean profundamente democráticos, sino que es en los sectores de menores ingresos donde aparecen los más altos porcentajes de indiferencia respecto al proceso político. Claro está que de las respuestas no se pueden inferir conclusiones sobre las conductas políticas efectivas que tendrán los sujetos, pero sí nos permite profundizar en el tipo de orientaciones políticas que mantienen, aun cuando ello no se manifieste en un comportamiento autoritario futuro.

En este sentido, comenzaremos revisando la distribución de opiniones en torno a la pregunta por preferencia de régimen político en una serie de años, serie que considera la década de los ochenta y noventa. Recordemos que nuestro sujeto de estudio tiene un indiscutible componente de actualidad, tratándose no sólo de individuos que apoyaron a Pinochet en el pasado sino, y más importante aún, que le siguen apoyando en el presente. Posteriormente nos concentraremos en las tendencias mostradas por los estudios de opinión durante el régimen militar.

CUADRO 1 : Preferencias de Régimen Político (en porcentajes)

	La democracia es preferible a cualquier otra forma de gobierno	En algunas circunstancias un gobierno autoritario puede ser preferible a uno democrático	A la gente como yo nos da lo mismo un régimen democrático que uno no democrático	NS / NR
Junio '86	60.6	6.3	25.4	7.7
Nov '87	60.6	8.8	22.3	10.7
Dic' 88	60.6	10.1	22.9	5
Abril' 89	60.6	13	23.2	6.2
Dic' 90	63	14.4	19.6	3.1
Mar' 91	63.8	15.7	16.2	4.1
Mar' 93	56.4	18.2	21.5	4
Abril ' 94	69.9	12.2	15.7	2.2
Sect. ' 95	55.6	16.6	23.3	4.6

Fuente: Serie de Encuestas CERC, en Informe de Encuestas de Opinión Pública entre 1987 y 1997.

Como puede suponerse, nuestro interés se concentra en las columnas centrales del cuadro 1, el que resume la variación de preferencias por régimen político en una serie de años, a nivel nacional y sin diferenciar por grupos de ingresos. Existe una amplia mayoría de la sociedad chilena que declara preferir la democracia a cualquier otra forma de gobierno, no bajando del 55% de las opciones. Sin embargo, igualmente notable es el grado comparativamente alto de indiferencia de los chilenos respecto al régimen político, el que se mantiene alrededor del 20% de las elecciones en todos los años considerados, y cuyos extremos son 25% en 1986 y 15.7% en 1994. Es importante advertir que en comparación con otros países latinoamericanos, en Chile el apoyo a la democracia

no pareciera ser tan rotundo, sino que subsiste un sector minoritario, pero importante, que se manifiesta indiferente al régimen político o acepta la legitimidad de un régimen autoritario. Al respecto, la encuesta Latinobarómetro 2001 consideró el nivel de preferencia por la democracia entre 1996 y 2001 para 17 países latinoamericanos, ordenados de mayor a menor. Chile se encontraba después de nueve países con un 45% total de apoyo a la democracia, porcentaje bastante bajo si pensamos que Uruguay, Costa Rica, Perú y Argentina mostraban un 79%, 71%, 62%, y 58% respectivamente de apoyo a la forma democrática de gobierno.

Volvamos al cuadro de información. La alternativa que justifica la presencia de un gobierno autoritario en determinadas circunstancias recibe el favor de un porcentaje considerablemente bajo de los encuestados en comparación con las otras dos alternativas. Sin embargo, es interesante que los niveles más altos de preferencia por esta afirmación se encuentran precisamente en los años en que se "vive en democracia".

Por otro lado, el sujeto que manifiesta indiferencia por el régimen político vigente puede inclinarse, en la versión más optimista, hacia cualquiera de los dos tipos de régimen cuando se requiera de él una definición, y posiblemente lo hará en función de consideraciones de interés. Sobre esto último, pensemos que hasta 1973 la generalizada adhesión al régimen democrático era fundamentalmente de tipo instrumental: *"...estábamos en presencia de un régimen político donde las adhesiones a él descansaban más fuertemente en su capacidad de satisfacer intereses y reivindicaciones sectoriales que en su valoración intrínseca. En situaciones de crisis se mostró la precariedad de estas adhesiones"* (Garretón:1983, p.32).

Por tanto, si un gobierno democrático no es percibido como eficaz en la satisfacción de los intereses del sujeto, lo más probable es que éste tenga una orientación positiva hacia otro tipo de regímenes políticos, entre los cuales el no democrático es una clara posibilidad. Lo mismo podría suceder si un gobierno autoritario muestra o ha mostrado en el pasado un elevado nivel de eficacia en su desempeño - experimentado por el sujeto en una mejora de su situación -, lo que probablemente se traducirá en una predisposición positiva por parte del individuo a apoyar un régimen no democrático. Entonces, si pensamos que quienes se declaran indiferentes respecto al régimen político pueden llegar a percibir que en determinadas circunstancias un régimen autoritario es preferible, entonces tenemos que en promedio poco más de un tercio de la sociedad chilena no está por preferir la democracia en toda circunstancia.

Esto no implica que los indiferentes puedan ser atraídos con facilidad hacia el apoyo de un gobierno autoritario. Si esto fuera así, ya se habrían convertido en base de apoyo de éste y habrían dejado de ser indiferentes. Si permanecen como tales es porque un gobierno no democrático es una alternativa que puede enganchar en un sector de gente despolitizada, pero hay otro sector que

podría responder a otra forma de convocatoria o que simplemente es inmutable en su indiferencia, constituyéndose en un factor favorable a la permanencia de cualquier gobierno.

Ahora, consideremos directamente las percepciones que respecto a la democracia tienen los sectores populares en 1985, vistos desde la perspectiva educacional y ocupacional.

CUADRO 2: Actitud frente a la democracia, según nivel educacional

Alternativas	Muestra total	Educación		
		0-8 años	9-12 años	13 y + años
Preferible a cualquier otra forma de gobierno	57%	47%	57%	73%
En algunas circunstancias preferible gobierno no democrático	14%	5%	17%	18%
A gente como yo nos da lo mismo un -- régimen que otro	25%	41%	22%	8%
NS / NR	4%	6%	4%	1%
Total	100%	100%	100%	100%

Fuente: Primera Encuesta de Opinión Pública en Gran Santiago 1985 FLACSO.

CUADRO 3: Preferencia por la democracia, según categoría ocupacional (en porcentajes)

Alternativas	Categoría Ocupacional				
	Totales	Obreros	Cuenta Propia media y baja	Empleados	Profesionales
Democracia siempre preferible	57.2	53.3	52.8	56.0	57.5
Democracia preferible salvo algunas circunstancias	13.5	5.6	13.0	17.9	26.0
Le da lo mismo un régimen que otro	25.3	37.4	30.1	20.2	5.2
No responde	4.0	3.6	4.1	6.0	1.3
	100	100	100	100	100

Fuente: Encuesta Cultura Política FLACSO 1985.

Se confirma la tendencia revisada en el cuadro 1 respecto a la relativamente amplia preferencia de los sujetos por la democracia como forma de gobierno en los años de régimen militar (57%). También se confirma el grado comparativamente alto de indiferencia respecto al régimen político (25%), claro que ahora diferenciado por grupos de educación y ocupación.

En este sentido, notamos el bajo porcentaje de sujetos de menor educación que favorecen la democracia frente a cualquier otra forma de gobierno (47%) en comparación con la cantidad de personas que proporcionalmente opinan lo mismo en el resto de los niveles de educación. Visto desde otra perspectiva, parte importante del grupo popular de menor educación, consideró en 1985

que daba lo mismo un régimen democrático que uno no democrático (41%), notablemente más elevado que el porcentaje de sujetos que declararon lo mismo en el resto de los estratos educacionales.

De la misma forma, si analizamos la actitud de los sectores populares, definidos ahora a partir de su posición ocupacional, entre los obreros un 37.4% manifiesta total indiferencia respecto al régimen político y la mayoría de preferencia absoluta por la democracia se reduce al 53.3%. También es notable el porcentaje de trabajadores cuenta propia – sobre todo de clase baja – que favoreció al alternativa de indiferencia respecto al régimen vigente.

Aunque entre quienes manifestaron preferencia por un orden autoritario, los sectores populares presentaron la proporción más baja en comparación a los otros sectores (6%), también es cierto que la mezcla de indiferencia y oportunismo podía derivar en el futuro en una expresión de actitudes autoritarias por parte de este grupo. El oportunismo refiere aquella percepción de que un régimen resulta adecuado para el logro de los propios intereses, siendo indiferente si éste es o no democrático.

En otras palabras, los sectores populares podrían desentenderse de la democracia si ésta no pareciera adecuada a la resolución de sus problemas. Esta exigencia por rendimiento del régimen político vigente limita de modo importante una valoración de la democracia fundada en criterios éticos y no sólo en la percepción de que resulta adecuada para el logro de los propios intereses. De hecho "se puede sostener que cuando primen estos criterios existe una cultura democrática mucho más sólida que la que corresponde a la sola valoración por el interés" (Baño:1986, p.18).

Por tanto, tal indiferencia podía estar revelando "tanto una baja valoración de la democracia como mecanismo de resolución de conflictos como la consideración de que a través de ella no se logra la solución de los problemas propios de ese sector social" (Baño:1986, p.17). Si esto es así, parte de esa indiferencia en los sectores populares podía traducirse en un momento determinado en apoyo a un régimen no democrático que, por un lado, solucione los problemas que les afectan (consideración de interés) y/o que, por otro lado, sea percibido como mejor fórmula que la democracia en la concreción de valores sustantivos considerados como importantes.

Uno podría suponer también que en caso que la democracia no sea percibida como eficaz, es posible que los sujetos que adhieren a ella por motivos de interés se sumen a quienes son indiferentes o aún contrarios a ella, cuestión que podría estar explicando el alto nivel de indiferencia respecto del régimen político observado entre los años 1986 y 1995, en el cuadro 1.

Analicemos ahora la percepción de los sectores populares respecto de la sociedad que se vive en 1985, profundizando esta vez en el factor educación, puesto que "el grado de instrucción formal correlacionado el mismo en forma estrecha con el status social y económico, se halla altamente correlacionado con las actitudes antidemocráticas (...) Cuanto menos educado sea un individuo tanto más posible es que (...) no llegue a comprender el concepto en que se apoya la tolerancia para con aquellos con quienes no está de acuerdo y que halle dificultad en comprender o tolerar una imagen gradual de cambio político..." (Lipset:1963, p.89 y 96).

Seymour Lipset es uno de los autores que ha estudiado las tendencias antidemocráticas en los sectores de menores ingresos, a través de su tesis del "autoritarismo de la clase trabajadora". Lipset no niega la existencia de orientaciones autoritarias en las clases altas y medias, pero sostiene que en la sociedad moderna las clases más bajas, por las condiciones en que se desenvuelven, marginadas de los circuitos de información regulares, se ha convertido en la mayor reserva de actitudes autoritarias.

CUADRO 4: Opinión sobre la sociedad en que vivimos (en porcentajes)

Alternativas	Muestra total	Educación		
		0-8 años	9-12 años	13 y + años
Está bien	2	6	1	0
Pequeños cambios	24	33	23	16
Reformas importantes	43	30	49	48
Cambiar radicalmente	30	30	26	36
NS / NR	1	1	1	0
Total	100	100	100	100
Base	600	190	282	128

Fuente: Primera Encuesta de Opinión Pública en Gran Santiago 1985 FLACSO.

Una amplia mayoría de las personas entrevistadas en 1985 consideró que la sociedad en la que se vivía necesitaba reformas importantes (43%) o debía cambiar radicalmente (30%). De hecho, la mayoría de las encuestas políticas realizadas en este período - sino todas - señalaban la existencia de una demanda social importante por cambio que, visto desde otra perspectiva, expresaba una clara insatisfacción con el presente de esos años.

Sin embargo, al desagregar la información por años de educación y hacer un corte entre "conformistas" (está bien más pequeños cambios) y "transformadores" (reformas importantes más cambios radicales) notaremos que, si bien más de la mitad de los sujetos pertenecientes al grupo de menor educación declara voluntad de transformación, cerca de un 40% manifiesta que, en términos generales, la sociedad en que se vive está bien, necesitando sólo de pequeños cambios. Esto revela que parte importante de los sujetos con menores años de educación mantiene en aquellos años una opinión conformista acerca de la sociedad, incluso en comparación a los otros dos grupos educacionales.

Por otro lado, es notoria la diferencia que se da en cuanto a posiciones "reformistas", las que son preferidas fundamentalmente por los grupos con más años de educación, mientras que el sector popular con baja educación presenta el puntaje más bajo (30%). Existe, por tanto, una tendencia a la radicalidad de las posiciones en el grupo de menor educación que hace que pasen del "conformismo" al "cambio radical": *"La situación social de los estratos bajos, particularmente en países pobres con bajos niveles de instrucción, los predispone a encarar la política como blanco y negro, bueno y malo. En consecuencia, si los otros factores son los mismos, será más posible que ellos, y no otros estratos, prefieran los movimientos extremistas que sugieren una solución fácil y rápida de los problemas sociales"* (Lipset:1963, p.80).

Amparándonos en la estrecha correspondencia entre educación y nivel socioeconómico, podemos decir entonces que una alta proporción del grupo de menores ingresos opina que, en términos generales, la sociedad en que se vive está bien. No deja de extrañar la alta preferencia por opiniones de conformidad con el orden de esos años en el estrato popular, sobre todo si pensamos que constituyó el sector más excluido económica y políticamente en este periodo, y, por tanto, el grado de aceptación de una sociedad que no les beneficia debería haber sido mínimo.

Si, por otro lado, pensamos en el tipo de sociedad generada por el régimen militar, anulada en su capacidad de organización y expresión sociopolítica, y reprimida en la construcción y difusión de visiones alternativas, inferimos entonces que hacia 1985 existe una tendencia, si bien no mayoritaria, considerable en los sectores populares de menor educación a apoyar las acciones del gobierno militar por lo menos a través de su conformidad básica con el tipo de sociedad existente.

Sin embargo, el mantenimiento de actitudes conformistas en el estrato popular durante este periodo no sólo debe ser explicado en términos de educación. También intervinieron otro tipo de factores, entre los cuales, la influencia del miedo y el *deseo de orden* cobran gran importancia. Ambos asuntos, que desarrollaremos posteriormente, constituyeron importantes fuentes de conformidad con el orden autoritario de esos años.

En conclusión, existe una predisposición positiva en una proporción importante de los sectores populares - según años de educación y categorías ocupacionales - a manifestar indiferencia respecto del orden político deseable, tendencia existente tanto durante el régimen militar como actualmente y que se convierte en un foco potencial de apoyo futuro a experiencias autoritarias de gobierno por parte del grupo de menores ingresos.

Si bien esta revisión no permite deducir de forma directa el nivel de adhesión por parte de los sectores populares a la figura de Pinochet, sí entrega las coordenadas de referencia en las que se inscribe el presente problema de investigación, el que se pregunta por la racionalidad subyacente a ese apoyo, y para lo cual resulta vital profundizar en la cultura política popular y la probabilidad de que ella se encuentra integrada, si bien no en su totalidad, en parte considerable por rasgos de autoritarismo político.

La tendencia señalada permite suponer la existencia de una predisposición potencialmente favorable a un régimen no democrático en parte de los sectores populares y, con ello, a figuras de corte autoritario, cuestión que nos da una idea del probable apoyo que podría encontrarse en este grupo hacia Pinochet. Al respecto, Huneeus propone el concepto de **pinochetismo sociológico** para definir el perfil del apoyo ciudadano al general Pinochet hacia fines de los ochenta, el que *"en su mayor parte está constituido por personas pertenecientes a los estratos más pobres y no a las capas medias o altas; dos tercios de los que apoyan la continuidad de Pinochet son mujeres; en cuanto a la edad se trata de personas mayores de 60 años, que se caracterizan por hacer una valoración positiva de la situación general del país, se autclasifican como de derecha (...); son personas que tienen un bajo nivel educacional y, en la escala ocupacional son trabajadores manuales..."* (Huneeus:1987, p.97, negrilla es nuestra).

La composición popular del apoyo a Pinochet en aquellos años se ve confirmada en el siguiente cuadro, que consulta a los entrevistados de distintos niveles económicos su grado de acuerdo con la afirmación que refiere la comprensión que el Presidente tiene del sentir popular:

CUADRO 5: Grado de Acuerdo con la afirmación "el Presidente comprende los sentimientos del pueblo", según nivel económico.

Alternativas	Total	Nivel Económico				
		Muy bajo	Bajo	Medio	Alto	Muy alto
Muy de Acuerdo	7.2% (77)	8.5%	6.9%	8.4%	7.4%	3.0%
Acuerdo	43.6% (465)	51.4%	45.6%	32.1%	40.7%	29.3%
Desacuerdo	37.2% (397)	28.7%	34.6%	45.0%	44.4%	55.1%
Muy en desacuerdo	9.2% (98)	7.0%	11.5%	13.7%	6.2%	10.2%
NS/NR	2.8 (30)	4.5%	1.4%	0.8%	1.2%	2.4%
Total	100% (1067)	44.1% (471)	20.3% (217)	12.3% (131)	7.6% (81)	15.7% (167)

Fuente: Estudios Panel 1988.

Es notable que más de la mitad de los sujetos con menor nivel socioeconómico (60%) estén de acuerdo con que el Presidente comprende el sentir del pueblo - resultante de la unión de las categorías "muy de acuerdo" y "acuerdo". Por otro lado, si bien el resto de los grupos presenta porcentajes relativamente importantes a favor de esta noción, también es cierto que los grados de desacuerdo manifestados son bastante altos, contrariamente a lo ocurrido en el grupo de nivel socioeconómico más bajo, al interior del cual la proporción de desacuerdo (29%) es notablemente inferior al acuerdo declarado.

En este contexto, las políticas de focalización implementadas durante el régimen de Pinochet, que estudiaremos con mayor profundidad en un capítulo posterior, contribuyeron de modo importante a la representación que parte de los sectores de menores ingresos configuró del ex gobernante, como un "hombre preocupado de su pueblo". Pensemos que quien promueve el mejoramiento de las condiciones de vida de los sectores más pobres a través de medidas concretas probablemente sea concebido por parte del grupo popular como un sujeto al que le importa el "destino de su pueblo".

La afirmación que sugiere la figura de un Presidente comprensivo de los sentimientos de su pueblo tiene evidentemente connotaciones emotivas y paternalistas. Por tanto, el elevado nivel de

acuerdo manifestado por los sujetos de menores ingresos permite indagar en la percepción que el grupo popular tiene del espacio político en general y el rol que otorga a los líderes en este espacio.

Esta cuestión se complementa con los resultados de encuestas de cultura política realizadas durante los ochenta referidos a la importancia otorgada por los sectores populares a la política o la valoración que manifestaban hacia el sistema partidario. En ellas se advierte un comparativamente amplio desinterés e indiferencia - al borde del rechazo - por el proceso político, el que se entiende como una actividad de elites que no les incumbe directamente. Por otro lado, se corresponde con esta visión de la política una valoración negativa de los partidos políticos, los que sólo servirían para dividir y para pelear entre sí, siendo finalmente todos iguales. Recordemos que uno de los objetivos centrales de la retórica y propaganda autoritarias consistió precisamente en crear o reforzar sentimientos negativos hacia la política y los políticos.

El fuerte sentimiento anti política en los grupos de menores ingresos y la importante demanda de unidad e identidad comunitaria como resultado del profundo proceso de atomización social provocado en estos sectores por el régimen, pudieron traducirse en una actitud de aislamiento pasivo e indiferencia política (tendencia observada en el análisis de la preferencia de régimen político) o en su movilización activa a través de liderazgos o movimientos que enfatizaran nociones de carácter emotivo y comunitario. Como bien señalan Javier Martínez y Margarita Palacios, *"la lejanía de este segmento social a la política se traduce en una cercanía a los movimientos que rechazan la política como ejercicio partidario-representativo pudiendo aparecer como uno de los apoyos habituales del autoritarismo"* (Martínez y Palacios:1991, p.58).

Por consiguiente, la elevada proporción de sujetos de nivel socioeconómico muy bajo que manifestó estar de acuerdo con la afirmación, podría estar concibiendo al Presidente como un líder paternal, que conoce y comprende en profundidad el sentir del pueblo-hijo y que le socorre cuando éste se encuentra en problemas: *"Se ve en la autoridad presidencial una especie de Providencia garantizando la solución de todos los problemas (...). El liderazgo carismático encarna una instancia, a la vez mundana y externa, por medio de la cual la sociedad o, al menos, parte de ella se afirma a sí misma en tanto identidad colectiva. Ello hace la fuerza del presidencialismo en sociedades desarticuladas como las latinoamericanas..."* (Lechner:1986, p.15).

Sin embargo, aun cuando la afirmación parece aludir directamente a la figura de Pinochet, también es posible pensar que refiere una noción genérica de la autoridad presidencial, que tuvo quizás expresión en tiempos pasados para el entrevistado, constituyéndose en una actitud deseable para futuros gobernantes. Por tanto, es complicado derivar de buenas a primeras un fuerte apoyo de los sectores populares a Pinochet a través del amplio acuerdo manifestado respecto al atributo de cercanía y comprensión del pueblo que éste - en su calidad de Presidente - tendría. Además, si esto fuera así, ello se habría expresado en un apoyo masivo de tales grupos al gobernante en el

plebiscito, cuestión que sabemos no ocurrió, siendo una parte minoritaria de tales sectores la que le favoreció con su votación.

Veamos entonces que sucedió efectivamente con las cifras del Plebiscito de 1988 que hasta el momento constituye la fuente más directa de información respecto al nivel de apoyo popular a Pinochet.

b. Comportamiento Electoral Popular en Plebiscito

Nos concentraremos en primer lugar en la intención de voto registrada en 1987 según nivel socioeconómico, para posteriormente revisar los porcentajes de preferencia por el SI - a la continuidad del gobierno de Pinochet - en las comunas más pobres del Gran Santiago.

CUADRO 6 : Intención de voto en plebiscito, según nivel económico.

Intención de voto plebiscito	Total	Nivel Económico				
		Muy bajo	Bajo	Medio	Alto	Muy alto
SI, a favor	18.3% (195)	17.2%	14.7%	19.1%	22.2%	23.4%
NO, en contra	48.9% (522)	45.0%	51.6%	52.7%	45.7%	55.1%
No sabe	15.4% (164)	17.4%	17.5%	11.5%	13.6%	10.8%
Votaría NULO	5.3% (57)	7.0%	4.1%	6.1%	3.7%	2.4%
NR	6.8% (73)	6.8%	7.8%	4.6%	9.9%	6.0%
Total	100% (1067)	44.1% (471)	20.3% (217)	12.3% (131)	7.6% (81)	15.7% (167)

Fuente: Estudios Panel 1987.

Es notoria la clara mayoría (45%) que en el grupo de nivel socioeconómico más bajo declara que votará NO - en contra de la continuidad de Pinochet - en el plebiscito próximo. Con esto reiteramos que nuestro sujeto de estudio es una proporción minoritaria, pero no desestimable, al interior de los sectores populares que manifestó su apoyo a Pinochet y lo sigue haciendo en la actualidad.

Si bien el porcentaje de sujetos de más bajo nivel socioeconómico que declaró tener la intención de votar SI no alcanza el 20%, también es cierto que la proporción de individuos en este grupo que dicen no saber aún por cual alternativa se decidirán es del mismo orden de los que

declararon votar SI en primera instancia (17.4%). Por tanto, si contamos con que este último porcentaje se vuelque hacia la opción SI en el plebiscito, tendríamos cerca de un 35% de los sujetos de menores ingresos que favorecerían la continuidad de Pinochet. Este traspaso se fundamenta, por un lado, al observar los niveles que alcanzó el SI en las comunas más pobres del Gran Santiago.

Por otro lado, el estudio de los mencionados Javier Martínez y Margarita Palacios respecto al "voto cambiante" demuestra que este tipo de voto se concentra en los segmentos sociales más marginales al sistema político, existiendo una correspondencia entre marginalidad política y marginalidad social: "...los más alejados de la circulación de la información, las decisiones y los beneficios y oportunidades públicas (...) los que, más que no tener nada que perder, probablemente no tengan **nada que ganar** con la política (o al menos así lo sienten)" (Martínez y Palacios:1991, p.45). Del mismo modo, "el voto cambiante es característico de las comunas en que se aprecian índices más claros de atraso y marginalidad socioeconómica..."(Id, p.55).

CUADRO 7: Porcentajes SI y NO en comunas de menores ingresos
(sin incluir nulos y blancos)

Comunas	Total SI	Total NO
Independencia	41%	58%
Recoleta	38%	60%
Estación Central	35%	63%
Conchalí	36%	62%
Huechuraba	33%	65%
Quilicura	40%	57%
Quinta Normal	36%	61%
Pudahuel	35%	62%
Cerro Navia	33%	65%
Lo Prado	33%	65%
Cerrillos	38%	60%
La Cisterna	40%	58%
Lo Espejo	34%	64%
El Bosque	38%	60%
La Granja	34%	63%
La Pintana	31%	66%
San Ramón	33%	65%
San Miguel	39%	59%
P. A. Cerda	31%	67%
Peñalolén	36%	62%

Por qué?
 No es un voto para
 el sistema político
 o el sistema social

Fuente: Cifras del Plebiscito para la Región Metropolitana, Servicio Electoral.

CUADRO 8: Porcentajes SI y NO en comunas de altos ingresos

Comunas	Total SI	Total NO
Nuñoa	42%	57%
La Reina	46%	52%
Providencia	56%	42%
Las Condes	58%	40%
Vitacura	64%	35%
Lo Barnechea	51%	46%

Fuente: Cifras del Plebiscito para la Región Metropolitana, Servicio Electoral.

Como vemos, la opción NO superó ampliamente al SI en todas las comunas de nuestro interés. Sin embargo, también es cierto que en promedio poco más de un tercio de la población de tales comunas favoreció a Pinochet a través de su decisión por el SI, nunca bajando del 30% y algunas de ellas con porcentajes de 40% o cercanos a él.

Las comunas Independencia, Recoleta, Conchalí, Quilicura, Quinta Normal, Pudahuel, Cerrillos, La Cisterna, El Bosque, San Miguel y Peñalolén constituyen las comunas populosas del Gran Santiago con más altos porcentajes favorecedores de una continuidad de Pinochet en el gobierno, acercándose algunas a la votación por el SI alcanzada por comunas como La Reina (46%) y Ñuñoa (42%) que, aunque no al nivel de Las Condes o Vitacura, pueden ser consideradas como comunas de fuerte apoyo a Pinochet.

Es decir, aunque minoritario, el régimen militar parece haber obtenido un importante apoyo popular, situación ésta última que puede haberse visto reforzada, al concluir el gobierno autoritario, por la reactivación de la segunda mitad de los ochenta que presentó el modelo implantado por los militares, liderados por Pinochet.

Con la revisión de los resultados del Plebiscito para las comunas de menores recursos y las encuestas de cultura política, hemos pretendido mostrar el nivel de apoyo popular efectivo y probable que recibió Pinochet en aquellos años como también el grado de adhesión posible que le otorga el grupo de menores ingresos en el presente. En lo que viene analizaremos la situación de los sectores populares durante el régimen militar en sus dimensiones política y económico-social. Se hace necesario evidenciar las condiciones de exclusión a las que fueron sometidos estos sectores durante el período, para preguntarse posteriormente por qué un grupo popular no desestimable declara apoyo a Pinochet, aun experimentando lo regresivo de las políticas implementadas por su gobierno.

1.1.3. Organización Política y Sociedad

El derrumbe del régimen democrático en 1973, materializado en el golpe militar liderado por el general Pinochet y los Comandantes en Jefe de las Fuerzas Armadas y Carabineros, tiene entre sus antecedentes de largo plazo una progresiva contradicción entre un proceso de integración social en tensión y un modelo económico industrializador que había perdido su capacidad de satisfacer las demandas cada vez mayores de masas populares y sectores sociales organizados, los que además habían alcanzado un alto grado de movilización social, presionando a través del sistema político. Además, en un contexto ideológico-político de elevada radicalización y polarización, los diversos actores sociales y políticos resultaron incapaces de alcanzar un consenso respecto a las transformaciones necesarias que permitiera la generación de una mayoría efectiva para implementarlas dentro de un marco democrático.

Estos rasgos, propios de la década del sesenta y del gobierno demócratacristiano, se agudizaron en el período 1970-1973, al liberarse un profundo proceso de cambio social encabezado por el Presidente Allende y la coalición de partidos de izquierda denominada Unidad Popular, quienes buscaban alterar el esquema de desarrollo capitalista dependiente para, de este modo, mantener y ampliar el proceso de democratización social. Sin embargo, este proyecto de transformación que, en el marco del régimen democrático, se distanciaba del modelo capitalista, no logró constituir un bloque político y social mayoritario que integrara a las clases medias y a la totalidad de los sectores populares, para así impedir la estrategia insurreccional de la Derecha y los sectores capitalistas afectados. Tampoco pudo acompañar de un sistema alternativo coherente la acelerada descomposición que experimentaba el esquema capitalista de desarrollo.

El golpe militar se dio, por tanto, en un ambiente de alta polarización, en el cual se habían deteriorado los mecanismos institucionales de resolución de conflictos, donde los sectores medios y el centro político habían perdido su vocación democrática, vinculándose con sectores de derecha y capitalistas, temerosos estos últimos del nivel de organización, movilización e influencia que los sectores populares habían alcanzado y que atentaba directamente contra su posición dominante en el orden existente. Además emergían unas FF.AA. autonomizadas del poder político, resentidas por años de postergación institucional y no reconocimiento civil y decididas a ejercer el rol de árbitro parcial a favor del derrocamiento.

La conjunción de estos factores explica la violencia desproporcionada del golpe, la que se caracterizó por ser masiva, sin mayor coherencia ni coordinación técnica, dirigida contra el conjunto de dirigentes, militantes y simpatizantes del gobierno de la Unidad Popular, no existiendo aquí procesos legales ni recursos judiciales de protección y dando lugar a la discrecionalidad de un poder represivo ilimitado. Más tarde, surgiría la necesidad técnica de coordinar y especializar el campo represivo, lo que se materializó el año 1974 a través de la creación y desarrollo de la Dirección Nacional de Inteligencia (DINA), momento en el cual la represión adquirió una mayor direccionalidad y selectividad.

Con posterioridad, algunos analistas y protagonistas de aquellos años han atribuido la realización del golpe de Estado a la *decisión fundante* de dar al país una nueva institucionalidad política. Por el contrario, el golpe militar fue en el sentido más preciso del término un golpe reaccionario / restaurador, cuyo objetivo fue *restituir el orden* social, económico y político amenazado por la Unidad Popular y no *sustituirlo* por uno de nuevo tipo: "... a diferencia de lo que podría decirse de la economía, la Junta Militar que tomó el poder tras el golpe (...) no era portadora de ningún nuevo modelo de institucionalidad política (...). Los militares no tomaron el poder a favor de un proyecto de recomposición social, sino **en contra** de lo que buscaba imponerse desde el gobierno de la Unidad Popular" (Martínez y Díaz:1995, p.11).

Las primeras semanas tras el golpe se caracterizaron por un decisivo debate entre los sectores que constituyeron el bloque de apoyo al gobierno militar en torno al sentido de la intervención armada en el largo plazo, debate que terminó por definirse al mes de gobierno al hacerse explícitos los propósitos fundacionales del régimen. En realidad, se define fundacional por oposición a la simple restauración, negándose a constituir un gobierno de "paréntesis" entre dos gobiernos partidistas, sin existir todavía una dirección y contenido revolucionario específico. Aun cuando pueda parecer contradictorio, con esto no invalidamos lo dicho en el párrafo anterior, pues efectivamente la opción fundacional no surgió con el golpe, sin embargo, una vez en el poder los militares anunciaron con prontitud su voluntad de re - fundación. Lo que vendrá posteriormente será la pugna por la definición del carácter específico que asumirá el proyecto revolucionario, carácter que estará determinado en gran medida por la hegemonía del equipo tecnocrático neoliberal en el núcleo de poder en los años venideros.

La dimensión reactiva del régimen militar también se manifestó en el cierre del espacio político - institucional de organización y mediación en las relaciones Estado-sociedad civil, determinando en 1973 la disolución del Congreso Nacional, la ilegalidad de los partidos políticos integrantes de la coalición Unidad Popular y más tarde el receso de todos los partidos políticos, y el cese de actividad y renovación de la dirigencia de organizaciones sindicales y de los colegios profesionales hasta 1978. El marcado carácter antipopular que asume el régimen afecta de sobremanera - a través de la desarticulación de sus organizaciones sociales y políticas - la posibilidad de expresión y movilización de los sectores populares. Esta situación tiene particular importancia para la presente investigación, motivo por el cual profundizaremos brevemente en el patrón de relación partidos políticos - sociedad hasta 1973, con el fin de revelar el impacto que en la dimensión política tuvo el régimen militar para los sectores populares.

Hasta 1973, el Estado y el sistema político chileno tuvieron un papel preponderante en la constitución de actores sociales. La estrecha vinculación de la estructura político - partidaria con el conjunto de organizaciones sociales determinó que éstas sólo logran convertirse en actores de significación nacional en la medida de su relación con la estructura partidaria (Garretón:1983). Como contrapartida, la importancia del esquema partidario en la generación de actores sociales implicó una relativa debilidad y dependencia de los grupos organizados de la sociedad civil, los que debían transitar inevitablemente por ese canal mediador para acceder a la capacidad redistributiva del Estado. Consecuencia de lo anterior, el modelo privilegiado de acción política consistía en organizar una base social para posteriormente ligarla a la estructura partidaria y presionar al Estado, en función de obtener reivindicaciones o promover su conquista. Eso por un lado.

Por otro lado, recordemos que el sistema partidario en Chile al momento del derrumbe del régimen democrático estaba constituido por tres ejes, entre los cuales se repartía el electorado, existiendo una cierta estabilidad en el perfil de apoyo otorgado a cada una de la tendencias, en otras

palabras, el espectro de partidos expresaba relativamente bien la estructura de clases de la sociedad.

La Derecha por una parte, que se había unificado en la década del 60 en el Partido Nacional, representaba, en términos generales, los intereses del pequeño y gran empresariado industrial, del agro chileno y del comercio. El segundo eje estaba constituido por la Democracia Cristiana que, por su importancia electoral, había desplazado del centro político al Partido Radical con su propuesta de tipo alternativista, con un alto grado de ideologismo y reacio a alianzas y coaliciones. Este partido, como bien señala Petras, mantenía una base social bastante heterogénea integrada por las clases medias, por sectores marginales urbanos –rivalizando con la izquierda – estableciendo, al mismo tiempo, sólidos vínculos económicos y sociales con grupos empresariales nacionales y extranjeros. (Petras:1971).

Por último, el tercer eje del sistema partidario lo ocupaba la Izquierda, centrada en los partidos Socialista y Comunista, que había tenido su mayor expresión ideológico-política en la coalición "Unidad Popular", gobernante entre 1970 y 1973, y cuya base social de sustentación estaba compuesta casi en su totalidad por la clase obrera.

Demostrada se encuentra la composición de la base de apoyo de los partidos Comunista (PC) y Socialista (PS) hasta 1973. Un estudio relativo al tipo de apoyo que lograron captar los partidos más relevantes del país, a través del análisis de la correlación existente entre la proporción de la Población Económicamente Activa (PEA) en diferentes ramas de actividad y la votación por un determinado partido, mostró para el PC una notable vinculación con los sectores que generan trabajo asalariado: industria, minería y también servicios. Es decir, este partido encuentra un apoyo predominante en el proletariado. Sucede lo mismo con el PS, pero con menor intensidad, evidenciándose una mayor permeabilidad para penetrar distintos ámbitos sociales (Aldunate:1984).

Desde otra perspectiva, también se confirma el perfil social de apoyo que mantenían los partidos de izquierda hasta el golpe militar. En una encuesta realizada en Santiago en 1958 (cuadro 9), la mayor parte de los sujetos pertenecientes a la clase obrera, se autoidentificó con la izquierda política, aunque no menor es la proporción que declaró identificarse con la derecha política (23%). Este último porcentaje de sujetos que formando parte del sector popular manifestó identificarse con la derecha y que eventualmente pudo otorgar su voto a partidos de esta tendencia, da cuenta de la presencia al interior de los sectores de menores ingresos de preferencias que van en este sentido. Como bien señala Arturo Valenzuela *"las encuestas (de esos años) confirman que la mayoría de los partidos, particularmente los de centro y derecha, contaban con un apoyo pluriclasista, obteniendo numerosos votos en los sectores de bajos ingresos tanto urbanos como rurales"* (Valenzuela, A.:1989, p.55, negrilla es nuestra). Sin embargo, en este contexto es oportuna la distinción entre sectores organizados y no organizados al interior de la clase obrera de aquellos

años, pues son éstos últimos los que presentan una menor conciencia de clase y por tanto, una predisposición favorable a apoyar orientaciones políticas de derecha.

CUADRO 9: Autoidentificación de encuestados en Santiago de Chile en cuanto a preferencia política y clase social, 1958.

Preferencia política	Clase Social					Total
	Alta	Media Alta	Media Baja	Obrera	NR	
Derecha	78.6%	33%	32.8%	23 %	54.8%	31.4% (253)
Centro	21.4%	31%	19.7%	7.3%	0.0%	17.8% (144)
Izquierda	0.0%	18.2%	19.4%	38.5%	9.7%	24.5% (198)
Otras	0.0%	2.0%	1.3%	1.2%	3.2%	1.5% (12)
NR	0.0%	15.8%	26.8%	30%	32.3%	24.8% (200)
Total muestra	100% (14)	100% (203)	100% (299)	100% (260)	100% (31)	100% (807)

Fuente: Encuesta Hamuy en "El Quiebre de la Democracia en Chile". Arturo Valenzuela.

La mención de estos antecedentes describe en términos bastante generales el estado de relación que mantenían los ámbitos político y social antes de la instalación militar, tanto a nivel electoral, esto es, la base de sustentación partidaria, como en el tipo de vínculo establecido entre grupos organizados y partidos políticos, con especial interés en la izquierda política. Esto último en razón de la representatividad popular que asumen los partidos de izquierda, los que recibían en aquellos años el apoyo significativo de la clase obrera, debido a " *...la creciente conciencia de clase así como al simple hecho que los partidos de izquierda fueron los primeros en acercarse y ofrecer servicios y beneficios a los grupos urbanos y mineros previamente carentes de derecho*" (Valenzuela, A.:1989, p. 55).

Puede comprenderse entonces, que el fuerte carácter antipopular que asume el régimen militar, experimentado por los partidos de izquierda con particular intensidad en los primeros años del régimen - sometidos a un proceso de represión, fragmentación, dispersión y clandestinización - determinó, al mismo tiempo, la desarticulación de las organizaciones de los sectores populares, con especial importancia en el campo sindical, las que ya no contaban con la mediación y representación de los partidos en el sistema político - institucional, sistema que por lo demás también había sucumbido.

El efecto disgregante de la política militar en la capacidad organizacional de los ámbitos populares queda demostrada en el espacio sindical. La práctica sindical de los casi cuarenta años previos a la intervención militar de 1973 conformó un movimiento laboral que logró acumular una cierta fortaleza política y social, alcanzando un rol central durante el gobierno de la Unidad Popular, el que por cierto representaba una oportunidad inédita para su realización, a través de una orientación estatal favorable a los trabajadores.

Por otro lado, es importante recalcar que un sector significativo de los núcleos de dirigencia y organizaciones del movimiento sindical estaban ligados estrechamente a los partidos de izquierda y comprometidos con el gobierno de la Unidad Popular. Al respecto, la elección que por primera vez se realiza en la Central Única de Trabajadores (CUT) para elegir a sus dirigentes en 1972, reveló que los partidos Comunista y Socialista agrupaban en ese entonces el 60.1% de la fuerza trabajadora organizada (Morales:1983).

Por tanto, la lógica represiva impuesta por los militares en 1973 incluyó como objeto privilegiado las expresiones sindicales identificadas con la acción de las fuerzas políticas marxistas - aun cuando la organización sindical en general fue mantenida bajo control - por cuanto eran definidas como un actor potencial o efectivamente antagonista, al que había que desarticular. Esto se manifestó significativamente en la disolución de la CUT, medida destinada a descomponer el instrumento de dirección sindicalista más ligado a los partidos de izquierda, que constituía por lo demás la instancia superior de conducción del sindicalismo. A febrero de 1974, de 130 Federaciones y Confederaciones afiliadas a la CUT, sólo alrededor de una cuarta parte había logrado subsistir y las 6677 organizaciones sindicales y 34.000 dirigentes que existían al 10 de Septiembre de 1973 se vieron fuertemente afectados (Campero:1984).

Tanto la política de coerción aplicada por el régimen como los cambios estructurales implantados posteriormente en la esfera económica van a provocar una regresión importante en la dinámica que venía desarrollando la organización sindical en las décadas precedentes. En efecto, a partir de 1974 se produce una progresiva disminución del volumen de trabajadores afiliados a sindicatos, revirtiendo la tendencia que se mantenía entre 1962 y 1970, en que el contingente de afiliados creció en un 151% y que había tenido su máxima expresión entre 1970 y 1973. Además, son justamente los sindicatos de tipo industrial (obreros) - la base del sindicalismo histórico - los más afectados por la disminución de sus socios, existiendo un 13.7% menos en 1977 respecto a 1973 (Campero:1984). Por tanto, no sólo disminuye el número absoluto de afiliados producto del fuerte desempleo de los sectores populares en el periodo, sino también la legislación laboral instituida en años posteriores promovió la atomización de la organización sindical al disminuir el tamaño requerido para constituir un sindicato.

En definitiva, tanto por los impactos estructurales derivados de las consecuencias del esquema económico, que revisaremos con mayor detenimiento en el capítulo siguiente, como por las limitaciones políticas que entrabaron el desarrollo sindical, la capacidad organizacional de los sectores populares se vio profundamente afectada por el régimen militar.

La descripción que hemos realizado del régimen militar en su dimensión política se concentró en los primeros años de éste. Razón de ello es que, desde nuestra perspectiva, lo sucedido en este período - determinado por una lógica represiva y de control - marcó el carácter definitivo del régimen, más allá de las tendencias institucionalizadoras que posteriormente priman en el seno del gobierno y que permitieron finalmente la posibilidad de una transición.

Los sectores populares experimentaron fuertemente la política represiva impuesta por el gobierno de facto, quizás más que el resto de los grupos, determinando su exclusión política y económica durante el período autoritario. Hemos visto que el cierre del espacio político - institucional, y en especial la persecución y fragmentación de los partidos de izquierda, tuvo por consecuencia inmediata la desarticulación de las organizaciones sociales y políticas de estos sectores los que, como el resto de la sociedad, no tuvieron lugar donde llevar opiniones y demandas, incidir sobre las decisiones públicas y presionar al gobierno, afectando de sobremanera su identidad y conciencia colectiva.

Ahora, ¿en qué consistió el tipo de exclusión económica a que se vieron sometidos los sectores populares?

1.1.4. Política económica y social durante el régimen militar

En este capítulo indagaremos en la nueva institucionalidad económica establecida durante el régimen militar con objeto de, por un lado, describir - a través de indicadores económico-sociales - la situación experimentada por los sectores populares durante este período, en términos de empleo e ingreso. Por otro lado, profundizar en el nuevo rol del Estado en el área de la política social, cuestión de importancia fundamental por cuanto tales acciones implicaron una intervención directa en el entorno de los sectores populares y promovieron un estilo de relación particular entre ambos.

a. Reestructuración Económica

A poco de asumir el gobierno militar comienzan a precisarse los rasgos centrales de la nueva estrategia económica. Las concepciones económicas predominantes desde el principio corresponden en términos generales a una ideología liberal, distinguiéndose, sin embargo, una vertiente tributaria al monetarismo ortodoxo de la Escuela de Chicago, con una influencia aún débil en los puestos de dirección económica y otra, más moderada y pragmática, ligada a las grandes asociaciones empresariales, que adquiere centralidad en una primera fase.

Las orientaciones sobre el orden económico y sobre el rol del Estado y del mercado en el proceso de desarrollo características del nuevo programa económico, diferían radicalmente de las tendencias económicas precedentes. Como hemos señalado, estas últimas reconocían en el Estado un agente fundamental en la economía, tanto como productor directo y regulador del proceso económico como en cuanto instancia distributiva.

La nueva ideología económica se define a partir de su crítica al intervencionismo estatal. Invocando razones de eficiencia y equidad, concibe al mercado como el más eficiente asignador de recursos productivos y a la vez el mecanismo más apto para normalizar los desequilibrios macroeconómicos provenientes del gobierno anterior, eso sí una vez que se han generado las condiciones para su operación libre y sin restricciones: *"La idea fuerza que instaló el dispositivo saber de la dictadura es que el mecanismo automático del mercado representaba la única forma eficiente de asignar recursos, una forma que evitaba la intervención burocrática y prebendaria del Estado. (...) en el ambiente cultural chileno se trataba de hacer un gesto clave, de desarmar la antigua superstición del Estado"* (Moulian:1998, p.202).

Durante los primeros años del régimen (1973-1975), el énfasis de la política económica estuvo puesto en la corrección de los desequilibrios creados durante el periodo inmediatamente anterior, los que se relacionaban con descontrol inflacionario, desbalance en las cuentas externas, un elevado endeudamiento y una crisis generalizada en todos los sectores productivos.

La política económica de "emergencia" que adoptó el gobierno militar recién implantado se centró en la liberación de la mayor parte de los precios, acompañada de una drástica devaluación de la tasa de cambio y de la fijación de los salarios. En la concepción del equipo económico inicial la aplicación de estas medidas llevaría a una rápida normalización de los mercados y, con ello, una nula inflación hacia fines de 1974. Sin embargo, la realidad del comportamiento de los precios a mediados de 1974 mostró otra cosa, lo que impulsó a realizar recortes del gasto público con el fin de reducir la emisión originada en el déficit del fisco y de las empresas estatales.

En esta fase, a diferencia de lo que ocurrirá años posteriores, el equipo económico inicial reiteró siempre la decisión de un *avance gradual* en la contención de la inflación a través de recortes moderados del gasto fiscal, con objeto de *evitar el enorme costo social* que produciría la implementación de una solución drástica en la contención inflacionaria.

El plan económico de estos años cuestionó la mayor parte de los instrumentos de política económica utilizados en el pasado, promoviendo la apertura de la economía al exterior y el desarrollo de un mercado de capitales privado, la privatización de la mayor parte de las empresas

públicas, la eliminación de gran parte de los privilegios fiscales y créditos subsidiados y la libre entrada de capitales extranjeros al país.

El discurso económico de la época también criticó la utilización en el pasado de instrumentos distributivos como la política de remuneraciones y transferencias públicas debido a la incapacidad mostrada de alcanzar con sus beneficios a los sectores más pobres de la población. De esta manera, proponía la búsqueda de fórmulas que incorporaran a los trabajadores a la propiedad de los medios de producción (cuestión que jamás llegaría a concretarse) y como modo de asegurar que las políticas públicas alcanzaran efectivamente a los sectores populares se debía diseñar programas selectivos de gasto público que garantizaran a las familias de menores ingresos un consumo mínimo, acorde con sus necesidades más esenciales.

Sin embargo, aun cuando la ideología económica otorgaba al sector privado un espacio de acción jamás reconocido en décadas anteriores, esto no significaba que en las concepciones iniciales los mecanismos del mercado debían suplantar por completo al Estado en la asignación de recursos y en la distribución de ingresos, como si postularian las concepciones neoliberales posteriores. En efecto, en estos años todavía se atribuían importantes responsabilidades al Estado en el ámbito económico, *"...se insistía (...) en que el funcionamiento del mercado debía ir acompañado de la debida orientación general que le da a éste el Estado para elevar su contenido social"* (Citado de J. Cauas en Vergara:1985, p.33).

El anuncio del Plan de Recuperación Económica en abril de 1975 marca el comienzo de la primacía del neoliberalismo económico al interior del bloque gobernante. Pese a la liberalización generalizada de precios y a la política de contención del gasto público, no se había logrado reducir la inflación ni el déficit de la balanza comercial, esto es el pronunciado desajuste entre exportaciones e importaciones. El año 1974 terminaba con una inflación del 369%, muy similar a la registrada al término de la Unidad Popular. El poder adquisitivo de los salarios había caído en casi un 11%, y la tasa de desocupación superaba el 9% (Meller et.al:1993). A comienzos de 1975, la situación económica se había deteriorado aún más: las tasas mensuales de inflación experimentaron un nuevo repunte y la economía comenzaba a mostrar señales de recesión.

En este contexto es que se implementa el llamado *Plan de shock*, en el cual se imponen las concepciones de los monetaristas ortodoxos que propiciaban un ataque drástico al crecimiento de los precios a través de la aplicación de recortes adicionales al gasto público, con el propósito deliberado de provocar una recesión económica, desechando entonces las tesis "gradualistas" que habían prevalecido hasta ese momento.

Los resultados inmediatos tuvieron ciertamente el efecto de un tratamiento de shock, originando una profunda y prolongada recesión que elevó el costo social de la política económica.

En su conjunto, la economía experimentó una violenta caída del PGB de -12.9% en 1975, y la producción industrial mostró una disminución del orden del 28% (PET:1992). La tasa de desempleo (incluyendo el PEM y el POJH) creció entre 1974 y 1975 del 9.2% al 16.4%, elevándose aún más al año siguiente, 19.9% (Meller et.al:1993). Sin embargo, los resultados del programa de abril en materia antiinflacionaria fueron bastante modestos, terminando el año con una inflación de 343%, es decir, bastante cercana a la del año 1974, que había sido de 369% (Meller et.al:1993).

Respecto a la situación de los sectores populares, el Programa de Economía del Trabajo (PET) construyó un Índice de Precios de los Pobres, el que calculado sobre la base de las variaciones de precios de 38 productos consumidos por el 20% más pobre de la población mostró que la inflación experimentada por estos sectores fue del orden del 567% para el año 1975 (PET:1992, p.38). Ello demuestra que el alza de precios afectó de modo dramático al conjunto de productos más consumidos por los sectores populares, deteriorando aún más la situación de consumo de tales sectores, consumo relacionado directamente con bienes de primera necesidad.

Pero más allá de la ejecución de este plan de recuperación cortoplacista, en esta fase ya comienza a configurarse y consolidarse la concepción neoliberal en la conducción del proceso económico. Ahora sí era un propósito manifiesto provocar una ruptura radical con el esquema de funcionamiento de la economía vigente en el país por más de 30 años, para encaminarse a una economía de libre mercado y apertura externa, lo que implicaba la retirada definitiva del Estado del ámbito económico, la plena integración de la economía al comercio internacional, el libre flujo de capitales externos, la total liberalización del mercado de capitales y como consecuencia evidente el desincentivo al proceso industrializador.

De este modo, se implementó un programa de reestructuración económica de largo plazo que permitiría la construcción de una economía sustancialmente diferente, en la cual el sector privado y la inversión extranjera sustituirían al Estado en la conducción del proceso de desarrollo. En esta lógica, el Estado debía abstenerse de desempeñar cualquier actividad que pudieran realizar agentes privados, por tanto, debía desprenderse de todas sus empresas, limitándose a conservar unas pocas consideradas "estratégicas" y los programas de erradicación de la extrema pobreza.

Como se desprende de lo anterior, la política de contención drástica de la inflación coincide con el alejamiento de los sectores más moderados y pragmáticos de las posiciones claves del aparato de conducción económica y su reemplazo por profesionales y técnicos que se identificaban de modo incondicional con los postulados neoliberales. Los integrantes de esta tecnocracia neoliberal - conocidos como los Chicago Boys - tenían la particularidad de formar una comunidad ideológica constituida a partir de sus trayectorias educacionales, habiendo participado en el programa de intercambio académico que la Universidad de Chicago mantenía con la Universidad Católica.

Es precisamente a mediados de 1976 que las tasas mensuales de inflación comienzan a bajar, terminando el año con una inflación de 198%. Al año siguiente esta tasa baja a un 84.2%. Como consecuencia de la declinación de las tasas de inflación, se produce una leve recuperación de los salarios reales, los que a su vez permitieron la recuperación de la demanda y la producción. Entre 1975 y 1976 la producción industrial creció desde un -28% a un 5%, para alcanzar al año siguiente un 10% (PET:1992). Por otro lado, la tasa de desocupación inició una lenta recuperación cayendo desde el 20% en 1976 a cerca de un 18% en 1978 (Meller et.al:1993).

Producto de esta paulatina recuperación, en el año 1978 la economía chilena mostró resultados que a primera vista eran impresionantes: la inflación se había reducido a un 37%, la economía crecía a tasas elevadas (del orden del 9.9% en 1977 y 8.2 en 1978); la balanza de pagos exhibía un superávit creciente. Sin embargo, persistía el problema de tasas inusualmente altas de desempleo, las que no bajarían del 15% en adelante, constituyendo éste un factor de incidencia directa en los niveles de pobreza alcanzados por los sectores populares, como veremos más adelante.

Hacia fines de este año la reestructuración de la economía prácticamente había terminado. Junto a la plena apertura de la economía al comercio internacional, el aparato económico del Estado había experimentado una disminución decisiva: entre 1974 y 1978 el gasto público como porcentaje del PGB descendió desde el 39.6% al 31.8%. Además hacia 1979, se pone en marcha un proceso de desestatización de los servicios sociales a partir de los que se llamó "las siete modernizaciones", cuestión que analizaremos de forma detallada más adelante.

Comenzaba el boom económico 1977-1982. Estos resultados junto al clima de optimismo existente en el gobierno sirvieron de base para el desarrollo de un discurso económico triunfalista, el que junto al carácter científico que se atribuía a las medidas aplicadas, permite explicar, por un lado, la expansión hegemónica del neoliberalismo y como contrapartida, la ceguera dogmática que impidió a las autoridades económicas prever los efectos perversos de la profundización de la apertura de la economía al endeudamiento externo. Existían claras señales de que el crecimiento de la economía durante estos años se sustentaba básicamente en el endeudamiento externo y que los créditos foráneos no se estaban traduciendo en un proceso de inversión fuerte, que permitiera en un futuro la generación de recursos necesarios para cancelar los compromisos externos.

En efecto, el año 1982 la economía y sociedad chilena experimenta una de las crisis más profundas jamás recordadas. Entre 1981 y 1982 el PGB cayó violentamente en -14.1% y entre 1982 y 1983 en -0.7%. A esto se suma la existencia de una deuda externa cuyo monto superaba en 13% al PGB de 1983 (Meller:1998).

La inflación también se escapó de control, subiendo de un atípico 9.5% en 1981 a un 20.7% en 1982. En 1983 subió al 23.1% y en 1984 se estabilizó en el 23%. Esto tiene implicancia directa en el poder adquisitivo de los salarios, determinado que éste cayera en 1982 en un -0.2% respecto del año anterior y en 1983 en un -10.6% respecto de 1982 (Meller et al: 1993).

De mayor relevancia para nuestra investigación es que junto con la caída del producto se disparó la desocupación, pasando desde un 15.6% (ya una elevada tasa de desempleo nacional) a un 26.4% en 1982 y a un 30.4% en 1983 (Meller et. al:1993). El análisis de la estructura de desempleo entre hogares de diversos niveles de ingresos muestra que éste afectó proporcionalmente en mayor medida a los grupos más pobres de la población: más del 50% de los desocupados pertenece al grupo del 20% de menores ingresos (Meller:1998). También podemos observar el impacto del desempleo en los sectores populares a través de la cantidad promedio anual de trabajadores adscritos al Programa de Empleo Mínimo (PEM), creciendo de 175.060 trabajadores en 1981 a 341.600 el año 1983 (PET:1992).

El presupuesto fiscal, que había alcanzado un superávit en 1980 y 1981 registró un déficit de 2.3% y 3.0% en relación con el PGB durante 1982 y 1983. Este indicador se relaciona directamente con el monto destinado a gasto social (educación, salud y vivienda): los gastos sociales per cápita se redujeron entre un 6% y un 12% entre 1980-81 y 1987 (Meller:1998).

El proceso de ajuste chileno post-crisis en la década del 80 fue un proceso fuertemente disparejo que sufrió varios giros de orientación explicados en los múltiples cambios de ministros de Hacienda durante este período. Sin embargo, siguiendo a Meller, el elemento más negativo del proceso de ajuste chileno fue el tratamiento discriminatorio a los distintos agentes: *"...las autoridades económicas demostraron un claro sesgo regresivo proporcionando subsidios especiales y cuantiosos a los deudores en moneda extranjera y subsidios reducidos o nulos a un porcentaje importante de desempleados"* (Meller:1998, p.264).

No analizaremos el conjunto de medidas económicas implementadas hacia fines de los ochenta que determinaron que la economía chilena se encontrara en mejores condiciones que gran parte de las economías latinoamericanas para enfrentar la década del 90. Si describimos con mayor detalle la estrategia económica impulsada por el régimen militar entre 1974 y 1983 fue porque ella representó una ideología económica novedosa, sin precedentes en la provisión ideológica que había sostenido el modelo de desarrollo pasado.

A través de la exposición del esquema ideológico y estratégico del nuevo modelo económico, expresado en sus principales indicadores socioeconómicos, se hace manifiesto el deterioro que experimentaron los sectores más pobres de la población en sus condiciones de vida durante el régimen militar. Los elevados niveles de desempleo durante las recesiones de 1975 y

1982, unido a tasas alrededor del 15% durante todo el periodo, redundaron en la brusca reducción de los ingresos percibidos, afectando en mayor medida a los grupos más deteriorados.

En lo que sigue profundizaremos en el proceso de reformas sociales efectuadas durante la década del ochenta con el fantasma no tan etéreo de la crisis en el trasfondo. Este proceso implicó la extensión de la lógica económica de libre mercado a la institucionalidad social y tuvo una importancia central en el mantenimiento y sobrevivencia de los sectores más pobres, fuertemente golpeados por los procesos de reestructuración y ajuste económico.

b. Reformas Sociales

La formulación de la política social hasta 1973 estuvo marcada por la presencia del Estado tanto en la provisión como en la regulación de la oferta de servicios sociales y su dinamismo estaba determinado por la demanda de grupos de ingresos altos y medios-altos, para luego extenderse hacia los sectores populares. Como consecuencia, la expansión de la actividad social del Estado fue rápida y el modo de financiamiento ocasionó una acumulación creciente de déficits fiscales.

Como hemos señalado, la política económica del régimen militar se basó en principios neoliberales que otorgaron al sector privado y al mercado el protagonismo en la conducción económica, constituyendo la privatización y apertura al exterior sus ejes programáticos. Como consecuencia lógica, tal estrategia significó una reducción del tamaño y acción del Estado, lo que, a su vez, configuró un esquema de política social radicalmente diferente del que venía implementándose hasta el año 1973, cuyo supuesto fundamental era que "...las personas asegurarían su acceso a los servicios sociales (...) a través del mercado, el cual se asumía que era el mejor y más eficiente asignador de recursos y prioridades" (Schkolnik y Bonnefoy: 1994, p13).

Los principios que sirvieron de fundamento al proceso de reformas sociales durante el régimen militar pueden sintetizarse del siguiente modo :

- a) El Estado de bienestar y su centralidad en la provisión de servicios sociales es reemplazado por el *Estado subsidiario*, que justifica su participación sólo en aquellas situaciones en que la acción privada resultara ineficiente. Sin embargo, como bien señalan Javier Martínez y Álvaro Díaz, ello constituye un mito, pues el rol del Estado durante este periodo fue altamente intervencionista (Martínez y Díaz:1995).
- b) El principio de universalidad que caracterizó la política social en décadas pasadas fue sustituido por el de la *focalización del gasto público social* en los grupos más pobres de la población, los que no estaban en condiciones de satisfacer por sus medios las necesidades más esenciales.

- c) El principio de *subsidio directo a la demanda* implicó que la distribución de recursos a los servicios sociales estuvo asociada con la cantidad de atenciones proporcionadas o fueron entregados directamente a los beneficiarios.
- d) La provisión de servicios sociales debía ser proporcionada por instancias descentralizadas como son las municipalidades y el sector privado. El rol del sector público tiende a limitarse a la entrega de financiamiento, fijación de normas y supervisión de los programas sociales.

A continuación analizaremos las principales características de las reformas sociales implementadas en Chile, enfatizando aquellos rasgos que afectaron de modo directo la situación de los sectores populares durante el régimen militar.

Sistema de Seguridad Social

Durante el régimen militar, el sistema de previsión social pasa de un sistema de reparto a otro de capitalización individual, en el cual la administración y gestión de los fondos pasaron al sector privado a cargo de las Administradoras de Fondos de Pensiones (AFP). Bajo el nuevo sistema, la pensión de vejez es el resultado de los ahorros del trabajador durante su vida activa por los conceptos de aporte previsional obligatorio y voluntario y además por el retorno de las inversiones que con estas cotizaciones realiza la AFP a la cual se ha afiliado.

Sin embargo, la reforma previsional de 1981 tuvo un elevado costo fiscal, implicando un importante volcamiento de recursos fiscales hacia el sector previsional en desmedro del resto de sectores sociales. Esto porque al mismo tiempo que aumentaban los fondos acumulados por las AFP, el déficit previsional público fue alcanzando magnitudes considerables a partir de 1982 debido, entre otras razones, a la fuerte pérdida de ingresos del sistema antiguo por el traslado masivo de cotizantes al nuevo sistema.

La cobertura del sistema previsional para la fuerza de trabajo bajo el régimen militar experimentó un considerable deterioro. Mientras en 1974 –1975 el 65% de la población ocupada se encontraba cubierta por la previsión social, entre 1983 y 1990 este nivel alcanzaba a un 55% (Raczynski y Cominetti:1994). No obstante, el gobierno compensó la caída del sistema previsional en los sectores de menores ingresos con dos programas asistenciales no contributivos y focalizados: *el subsidio único familiar (SUF)* y *la pensión asistencial*. Estos subsidios cubrieron un porcentaje importante de la población de menores ingresos, remediando las pérdidas de beneficios previsionales de una parte de la población.

Salud y Educación

Las reformas en el sector salud incluyeron un proceso de descentralización de la función ejecutiva, manifestado en la reestructuración del Sistema Nacional de Salud Pública (SNS), el que fue subdividido en 27 servicios regionales autónomos, conformando el Sistema Nacional de Servicios de Salud (SNSS). Además entre 1981 y 1982 se procedió a municipalizar el sistema primario de salud, manteniendo el SNSS la responsabilidad sobre los cuidados secundarios y terciarios. Junto al proceso de descentralización fue instituido un nuevo sistema de financiamiento, en el cual la asignación de recursos a los establecimientos de salud se asociaba directamente con la cantidad de servicios prestados, lo que evidentemente ocasionó el privilegio por el número de prestaciones por sobre la calidad de ellas.

Por otro lado, la privatización de la salud se expresó en la introducción a partir de 1980 de planes de salud prepagados, ofrecidos por Instituciones de Salud Previsional (ISAPRES). La reforma previsional de 1980 autorizó la formación de ISAPRES, entidades privadas con fines de lucro que operan como seguros de salud. A partir de 1981 los afiliados a la previsión social pudieron optar por colocar su cotización obligatoria en salud, que iba a FONASA - sector público - en una ISAPRE.

El sistema privado de seguros de salud creció fuertemente a partir de 1985-1986, existiendo hacia 1990 34 ISAPRES que afiliaban a un 16% de la población (Raczynski y Cominetti:1994). Sin embargo, este segmento social estaba integrado preferentemente por la población de más altos ingresos y con menores riesgos de salud, grupo que tenía mayor libertad de elección respecto de dónde y con quién atenderse. La salida de los cotizantes de altas rentas provocó la disminución de recursos para FONASA, el que pasó a percibir un porcentaje significativamente inferior del total de recursos previsionales de salud, aun cuando continuó atendiendo una población que sólo había disminuido levemente. Esta situación evidencia que *"...la creación de ISAPRES no se tradujo en una solución global al problema de la salud, pues los sectores de ingresos medio-bajos y bajos no tienen acceso a un sistema extremadamente caro"* (Schkolnik y Bonnefoy:1994, p.14)

Del mismo modo, en el ámbito educacional se produce la descentralización de todos los establecimientos y escuelas fiscales, traspasando a las municipalidades y al sector privado la gestión de los niveles de enseñanza básica y secundaria. El mecanismo de incentivo ofrecido para estimular la gestión privada fue la asignación de subsidios escolares de igual valor que los entregados a los municipios, hecho que provocó la competencia por alumnos entre establecimientos municipales y privados.

En este sector se redujeron los aportes del 4.2% del PGB en 1970 al 2.7% en 1988 (Mideplan:1991). Consecuencia de ello es que la administración municipal de los establecimientos educacionales presentó serios déficits, especialmente en las comunas más pobres. Si bien en su

concepción original, el proceso de traspaso de la educación a los municipios respondía a un objetivo de mayor eficiencia, implicó una notoria discriminación en contra de las comunas más pobres que no fueron capaces de complementar los escasos recursos provenientes del nivel central, generando una fuerte desigualdad en la calidad de la educación entre comunas pobres y ricas y entre los distintos tipos de establecimientos.

Vivienda

Desde 1974 la política general de vivienda se caracterizó por una fuerte reducción en la inversión en vivienda y urbanismo, debido a los menores recursos destinados por el sector público a programas en este ámbito y a la menor disponibilidad de créditos habitacionales. El comportamiento del gasto público se debió a la política antiinflacionaria que redundó en una severa reducción de los gastos a partir de 1975. Raczynski y Cominetti (1994) han calculado que a fines del periodo 1974 - 1989 el déficit habitacional afectaba a casi el 40% de los hogares, duplicando el nivel heredado por el régimen militar.

Una segunda característica de la política habitacional del periodo es el propósito de reducir al máximo la intervención del Estado. De este modo se restringe su acción a la entrega de subsidios y al proceso de selección de los beneficiarios, dejando en manos del sector privado tareas que tradicionalmente había desempeñado: adquisición de terrenos, urbanización, construcción e intermediación financiera.

En los setenta, los programas de vivienda se caracterizaron por la entrega de un subsidio directo de monto fijo y por una vez a las familias que habiendo efectuado un esfuerzo de ahorro, no les alcanzaba para acceder a una vivienda mínima. Sin embargo, este programa tuvo poco éxito en llegar a las familias más necesitadas, constatando que *"desde 1980, cerca del 90 % de los beneficios fue a parar al 40% de familias más acomodadas"* (Arellano:1985, p.258).

Posteriormente alrededor de 1980, se llevan a cabo los programas de viviendas básicas y de subsidio habitacional variable, dirigidos específicamente hacia los sectores pobres y grupos medios bajos. El primero estaba destinado a la erradicación de campamentos y poblaciones marginales, y resultó ser bastante progresivo, puesto que dichas viviendas y el subsidio que con ellas se entregó, fueron asignados mayoritariamente a familias que se ubicaban entre el 60% más pobre.

El subsidio habitacional variable constituyó un intento de mejorar las deficiencias del programa original de subsidio. Sin embargo, en un diagnóstico general, los programas de subsidios implementados marginaron del sistema a familias de bajos ingresos, ya por el diseño de los subsidios que establecían requisitos de postulación fuera del alcance del grupo-objetivo, o bien por

la discrepancia entre las soluciones habitacionales ofrecidas por el mercado y aquellas exigidas por el programa.

Ámbito Laboral

En el plano laboral, la aplicación de un modelo de mercado excesivamente liberal representó la pérdida de una serie de beneficios y garantías que los trabajadores habían adquirido en gobiernos anteriores.

A partir de 1979 se impulsó un Plan Laboral que derogaba el Código del Trabajo de 1931, reconocía la libre afiliación sindical, la negociación colectiva y el derecho a huelga, pero relativizando estos mismos derechos mediante otras normativas propicias al empleador. Así, la afiliación sindical no era obligatoria y se dio libertad al empleador para despedir trabajadores sin expresión de causa. En una empresa podía existir más de un sindicato y la negociación colectiva sólo puede realizarse por sindicato, teniendo el trabajador no afiliado acceso inmediato a las logros del sindicato. Además, si por un lado se permite el derecho a huelga, por otro, el empleador está facultado para contratar gente los días del conflicto. Esta situación generó un clima de inestabilidad e inseguridad que limitó la capacidad de negociación y participación de los trabajadores. Por otro lado, una de las grandes consecuencias del plan laboral fue la flexibilización de los mercados de trabajo, reduciendo los márgenes de acción del sindicalismo, fomentando los contratos individuales y aminorando la importancia de los salarios mínimos.

La existencia de un mercado laboral completamente libre y flexible y en la que los subsidios de desempleo son insuficientes, provocaron inseguridad económica y un grave deterioro en el estándar de vida de los trabajadores.

Focalización

El intento por focalizar siguió diversos caminos. Por una parte, hubo modificaciones del gasto fiscal social desde los niveles superiores (de mayor complejidad) hacia niveles inferiores (más básicos). Por ejemplo, en educación se terminó con la gratuidad de la enseñanza superior para transferir mayores recursos hacia la enseñanza pre-básica y básica. Por otra parte, se diseñaron programas para embarazadas y niños que frecuentaban determinado tipo de establecimientos (consultorios de salud, escuelas gratuitas, jardines infantiles en áreas de pobreza).

Para ello se construyeron y aplicaron instrumentos para identificar hogares en extrema pobreza: la ficha de estratificación social (CAS) y la encuesta de caracterización nacional (CASEN), con la finalidad de medir objetivamente la eficiencia del gasto social y lograr una correcta asignación de subsidios a la extrema pobreza.

La política de focalización contribuyó al despliegue de una importante red social orientada hacia los grupos más pobres. Ella tuvo su origen como resultado del elevado costo social de la reestructuración económica de los años 1975-76 (alto desempleo, caída de los salarios reales), y consistió en un esquema de concentración de los recursos en las áreas prioritarias y de máxima urgencia: madres-niños-nutrición y extrema pobreza. Esta red se caracterizó, además, porque los subsidios iban ligados, es decir, el acceso a un programa facilitaba el acceso a otros: por ejemplo, la adscripción a programas de empleo como el PEM o POHJ permitía el acceso al subsidio único familiar, atención de salud gratuita, almuerzo escolar, etc.

En este ámbito, los subsidios monetarios resultaron de suma importancia al tratarse de programas sociales que transfirieron mayores ingresos a los sectores pobres. Durante el régimen militar se crearon un conjunto de subsidios monetarios dirigidos a compensar por un lado, las fuertes pérdidas de ingreso de las familias más pobres ocasionadas por el proceso de ajuste de la economía y, por otro, la pérdida de beneficios como resultado de la menor cobertura del sistema previsional. Los principales programas que forman parte de esta red social son el programa de pensiones asistenciales (PASIS) dirigido a los ancianos y discapacitados pobres, marginados de los beneficios previsionales; el subsidio único familiar (SUF) destinado a compensar la pérdida del beneficio de asignación familiar producto de la menor cobertura de la previsión social; los programas de empleo mínimo (PEM) y para jefes de hogar (POHJ) que operaron entre 1975 y 1987 con objeto de compensar parcialmente los efectos de elevadas tasas de desempleo.

Varios estudios muestran que los subsidios monetarios cumplieron un rol importante en la sobrevivencia de los hogares más pobres, especialmente durante las crisis, no obstante ello generó un elevado grado de dependencia estatal (principalmente municipal) de un alto porcentaje de la población chilena. Al respecto Raczynski y Cominetti (1994) muestran que en 1985 un tercio de los ingresos monetarios del quintil más pobre de los hogares se apoyaba en los subsidios en dinero que podían obtener, en tanto que en el quintil siguiente este porcentaje era de un 13%.

En un diagnóstico aún más dramático, Tironi (1988) propone para el mismo año que las transferencias de dichos programas constituyen el 66% de los ingresos del quintil de los hogares indigentes, y de un 33% para el siguiente quintil, es decir, sólo un tercio de los ingresos totales del quintil más pobre sería un ingreso generado por sí mismos, concluyendo que, en términos absolutos, la progresividad de los gastos sociales no basta para compensar la enorme regresividad de los ingresos autónomos: "*La diferencial entre ricos y pobres respecto a los primeros no alcanza a ser 1 a 2 en los beneficios del gasto social, mientras la diferencial de ricos a pobres en ingresos autónomos es de 1 a 27*" (Ortega y Tironi:1988, p.188).

Como vemos la red social contribuyó efectivamente a remediar el descenso en el nivel de vida material de los sectores populares, no obstante, en un contexto de altas tasas de desempleo, caída en los salarios y reducción del gasto social, la acción social estatal, aunque sea muy focalizada, a lo más consigue aliviar la situación de los sectores más pobres.

Ahora bien, a modo de conclusión debemos señalar que el resultado de las políticas económicas y sociales, aplicadas durante este período derivó en un aumento de los niveles de pobreza y en una mayor concentración del ingreso en los estratos socioeconómicos altos. De acuerdo a un estudio de CEPAL (1987), a nivel nacional, en 1987 un 38.1% de los hogares se encontraba en situación de pobreza y 13.5% en situación de indigencia, incrementándose aún más las cifras si analizamos la magnitud de pobreza en términos de las personas integrantes de familias pobres e indigentes: el porcentaje de población pobre alcanzaba a nivel nacional un 44.4% y el de población indigente a 16.8%. Para 1990, las personas que vivían en hogares considerados pobres alcanzaban al 40.1% del total de los hogares del país.

La concentración del ingreso fue tan intensa que para 1988, el 10 % más rico de la población disponía de casi la mitad del ingreso nacional, siendo que diez años antes disponía del 37% (Martínez y Díaz:1995).

Entre los factores que explican de modo directo el incremento de la pobreza durante el período, la caída de los ingresos propios de los sectores pobres constituye el elemento de mayor incidencia en los niveles de pobreza alcanzados. Podría pensarse también en la existencia de una política de focalización ineficiente donde los beneficios de los programas de transferencia públicos no llegaran a los más pobres, sino que se filtraran a los grupos sociales de mayores ingresos.

Sin embargo, variados estudios han evidenciado que los esfuerzos por focalizar durante el período elevaron el nivel técnico de la política social. En efecto, los principales programas nuevos (empleo, SUF y pensiones asistenciales) llegaron mayoritariamente a los pobres: casi la mitad (48%) del gasto público en empleo llega al 10% más pobre y más del 80% va al 40% de familias en extrema pobreza existentes en 1985 (Ortega y Tironi:1988). Sin embargo, como contrapartida existieron otros programas (o gastos sociales) que fueron muy poco redistributivos y mayores en el monto que involucraban que los programas más progresivos, como es el caso de los gastos previsionales. En materia de previsión, que constituyó el ítem más importante del gasto social público (con más del 40% del total), el decil más rico de las familias recibía en 1985 7 veces más que los más pobres, comparado con una diferencia de poco más de 4 veces que tenían en 1970 (Tironi y Ortega:1988).

Por otra parte, el gasto social del período sufrió una caída en el nivel agregado y cambios significativos en su composición. Las severas reducciones aplicadas sobre él para enfrentar las

sucesivas crisis económicas de 1975-76 y 1982, se tradujeron en una considerable reducción de los aportes a salud, educación y vivienda. Respecto al gasto en el sector de previsión social, si bien también experimentó una disminución, ella no fue tan profunda como la experimentada por la inversión en salud y educación, en razón del elevado costo que tuvo la implementación del sistema de capitalización individual. En cambio, los programas asistenciales adquirieron relevancia creciente, representando el 45% del gasto fiscal social total en 1980 y alrededor del 30% en 1989.

Estos cambios en la composición del gasto evidencian que hubo una reducción significativa de aquella parte del gasto social destinada a la habilitación de capacidades para los sectores más deteriorados y una expansión de los gastos en programas asistenciales destinados a atenuar las caídas del ingreso de las personas, como resultado de las exigencias de ajuste económico. La orientación del gasto social público estructuró un tipo de relación extremadamente dependiente entre los sectores populares afectados por la pobreza y el Estado, el que se encarga de asegurarles, más allá del mercado, el acceso a bienes y servicios indispensables para su sobrevivencia, de acuerdo a criterios de necesidad y no de capacidad de pago: *"...en este periodo, mientras se privatizaba la economía, se estatizaba la pobreza. Mientras se trataba de que el Estado fuera menos importante en lo económico, paralela y contradictoriamente se le fue haciendo más importante en lo social"* (Tironi y Ortega:1988, p.189).

1.2. *El Problema de Investigación*

En este contexto surge nuestro problema de investigación. Recordemos que en un primer momento describimos la existencia - a primera vista improbable - de un grupo popular considerable que apoyó a Pinochet en el pasado y que adhiere a él en la actualidad. Ello a través de la revisión de encuestas políticas que confirman la comparativamente amplia tendencia de la sociedad chilena a asumir nociones de indiferencia respecto al régimen político y que, en particular, presentan elevadas cifras para los sectores populares. Como hemos señalado, la indiferencia política puede derivar en el surgimiento de actitudes propicias al ejercicio del autoritarismo.

Ahora bien, una vez reconocido este grupo "pinochetista" de estrato popular, indagamos en el impacto que el régimen militar representó para el conjunto de los sectores populares, evidenciándose el notable deterioro - económico, social y político - a que se vieron sometidos estos sectores durante esos años. El problema de fondo es, entonces, por qué una cantidad no desestimable de sujetos que, al igual que la mayoría afectada, experimentó altas tasas de desempleo durante extensos períodos, que vio anulada su capacidad de expresión reivindicatoria y de organización y, que fue cercada violentamente en razón de su peligrosidad potencial, decide y declara adherir, afectivamente incluso, a la figura de Pinochet, es decir, entregó su apoyo al jefe militar en el pasado y mantiene su adhesión en el presente, de igual o mayor intensidad que en ese tiempo.

Dos aclaraciones son necesarias antes de continuar. No estamos hablando de la mayoría de los sectores populares, los que se caracterizaron por un rechazo masivo al gobierno militar frente a las deterioradas condiciones socio - económicas que implicó para tales sectores, sino que nuestro interés se concentra precisamente en aquel subgrupo que bajo estas mismas condiciones decidió apoyar a Pinochet y continúa haciéndolo en la actualidad. Por otro lado, cuando hablamos de *pinochetismo popular* no referimos un actor sociopolítico reivindicatorio de la figura del ex gobernante, sino la agregación de sujetos que tienen en común su condición popular y su autodefinición pinochetista, no existiendo entre ellos ningún tipo de vinculación organizativa. Otra cosa es que al interior de este grupo existan sujetos comprometidos activamente con la causa pinochetista a través de su pertenencia a la Fundación Pinochet o que individualmente integren manifestaciones de defensa de la figura del jefe militar.

De los múltiples factores que probablemente estén explicando este apoyo, nos concentraremos en dos de ellos por la importancia que, desde nuestro entender, involucra su presencia. Nuestra premisa es que cuando se analizan situaciones sociopolíticas, lo que verdaderamente importa no es la realidad - la existencia o no de un estado de cosas determinado -, sino lo que los sujetos *creen que es real*.

En este sentido, por un lado, es posible que en este sector popular exista una percepción de beneficio, la conciencia de haber sido favorecidos, o por lo menos de no haber sido perjudicados por el régimen de gobierno encabezado por el jefe militar. Deducimos una razón de este tipo si pensamos en el carácter asistencial y focalizado de las políticas sociales hacia aquellos sectores más deteriorados, en los que se concentró casi por completo la ayuda estatal. Debe quedar claro que no se trata de evaluar si una situación de este tipo sucedió o no efectivamente. Lo que nos interesa es la *percepción* en el sector popular pinochetista de haber sido beneficiados por el ex gobernante y por el régimen que lideró.

Entendemos este factor en términos de una *adhesión racional de acuerdo a interés* en la medida que el apoyo que se otorga a una autoridad o a un orden determinado, está en directa relación con la capacidad de tal autoridad o tal orden de responder a los intereses y fines del sujeto.

Por otro lado, es posible pensar que tras ese apoyo exista una racionalidad de tipo diferente, fundada en valores que forman parte de las convicciones más íntimas del sujeto y que están siendo representados por una autoridad o un determinado orden. Este factor es el que hemos denominado *adhesión racional de acuerdo a valores*, es decir, el apoyo que se otorga a una autoridad u orden específico no está sujeto a consideraciones de utilidad o interés, sino únicamente en términos de valores considerados esenciales y que tal autoridad u orden encarna.

De este modo, intentaremos responder en nuestra investigación a la siguiente pregunta: ¿por qué un conjunto de personas afectadas negativamente por el régimen militar liderado por Pinochet decidió apoyarlo en esos años y adhiere a él en el presente?

1.2.1. Objetivos de la Investigación

Objetivo General

Establecer, a través del discurso de los sectores populares de la ciudad de Santiago, si los factores de adhesión racional en términos de interés y/o adhesión racional de acuerdo a valores se encuentran asociados al apoyo de tales sectores a la figura de Pinochet.

Objetivos Específicos

- ④ Conocer el discurso de los sectores populares que apoyan a Pinochet respecto de su figura y del régimen de gobierno que encabezó.
- ④ Determinar, a través del discurso, el factor de adhesión racional en términos de interés presente en el apoyo de los sectores populares a Pinochet.
- ④ Identificar en el discurso el factor de adhesión racional de acuerdo a valores presente en el apoyo de los sectores populares a Pinochet, en términos del valor de nacionalidad que él estaría representando.
- ④ Identificar en el discurso el factor de adhesión racional de acuerdo a valores presente en el apoyo de los sectores populares a Pinochet en términos de características personales atribuidas al ex gobernante.
- ④ Determinar en el discurso de los sectores populares que adhieren a Pinochet la relevancia que otorgan a los factores identificados y que se encontrarían asociados a este apoyo.
- ④ Identificar en el discurso de los sectores populares que adhieren a Pinochet la influencia de los acontecimientos actuales que le han involucrado, en la percepción que tienen respecto de su apoyo.
- ④ Determinar el tipo de orientación política de los sectores populares adherentes a Pinochet en la actualidad.

Este estudio será abordado el primer semestre de 2002.

1.2.2. Relevancia de la Investigación

Relevancia Teórica

Esta investigación contribuye al desarrollo de una sociología política enfocada en la significación que tienen determinados factores de orden micropolítico en la estabilidad y continuidad de ciertos comportamientos sociales. El estudio sobre autoritarismo en Chile ha dado especial relevancia al impacto de componentes de orden macroestructural en la explicación de su emergencia o caída y sobre todo en relación al ascenso de la democracia. En este contexto, es de relevancia el aporte de conocimiento respecto de las bases sociales del autoritarismo en Chile, circunscribiéndonos específicamente al ámbito popular.

Por otro lado, el estudio presente permite profundizar en la cultura política que ha venido desarrollándose en los sectores populares durante las dos últimas décadas. Probablemente la observación del grupo pinochetista poblacional entregue rasgos de interés en lo referente a actitudes u opiniones generalizadas en torno a los objetos políticos en el contexto popular.

Relevancia Práctico - Social

Hemos comprobado que, en términos generales, gran parte de los análisis que se han hecho del régimen militar y sus consecuencias tienen un carácter ensayista y global. En este sentido, la relevancia del presente estudio es constituir una *investigación aplicada* en torno a las orientaciones autoritarias presentes en la sociedad chilena. En este sentido, el estudio pretende, a través del discurso de los sectores populares que adhieren a Pinochet, indagar en las razones o motivaciones de este apoyo.

Nos parece que profundizar en el conocimiento de las motivaciones que llevan a un grupo determinado - en este caso una parte del sector popular - a apoyar de forma estable el ejercicio de autoritarismo opuesto de modo fundamental a la convivencia democrática - considerando incluso las deficiencias evidentes de este sistema - constituye una contribución para diferentes actores políticos y sociales preocupados del fortalecimiento de formas no violentas de resolución de conflictos y el respeto por los derechos humanos.

CAPITULO SEGUNDO: MARCO TEÓRICO CONCEPTUAL DE REFERENCIA

La primera parte de esta investigación se centró en la definición del sector popular pinochetista y en la revisión de antecedentes que confirman, contra toda expectativa, la paradójica posición de este sector. Paradoja que, por cierto, dio origen al problema motor de estas páginas, recientemente expuesto. La segunda parte, que se inicia en este momento, integra los términos de referencia que utilizaremos para el entendimiento y explicación del problema definido.

En el diseño teórico - conceptual propuesto hemos distinguido, a su vez, dos áreas relevantes. La primera de ellas que hemos denominado "Construcción del Orden" tiene por objeto describir, por un lado, el estado discursivo-conceptual del régimen militar chileno, sostenido en los discursos presidenciales y en las intervenciones de integrantes de su base de apoyo. En este sentido, se trata de la generación de un orden discursivo autoritario que pretende, mediante la imposición y el adoctrinamiento, la identificación de amplios sectores de la población. Por otro lado, sin embargo, estas ideas fuerza del discurso autoritario no habrían tenido el efecto logrado si en la sociedad de aquellos años no hubieran existido condiciones propicias a la captación de esos contenidos. Nos referimos a condiciones de la vida cotidiana caracterizadas por el miedo, la inseguridad e incertidumbre y que originaron una fuerte demanda y exigencia por orden.

La segunda área relevante que hemos denominado "Términos de Interpretación del Pinochetismo Popular" integra fundamentalmente los aportes weberianos en el ámbito de la sociología de la dominación y de la acción social, los que se constituyen en *aportes bisagra* de esta investigación, específicamente el concepto de legitimidad carismática y la tipología de la acción propuesta por el autor alemán.

Previo a su exposición y a modo de organizar el texto nos introduciremos en los referentes objetivos del liderazgo alcanzado por el jefe militar durante este período, fundado en una progresiva y decisiva personalización del poder. Con ello subrayamos la existencia de una base real de liderazgo sobre la cual se configura la percepción del grupo popular pinochetista en torno a la figura del ex gobernante.

Posterior a esto desarrollaremos las contribuciones del autor alemán en las dos direcciones ya mencionadas: la teoría de la dominación, que emerge como una de las teorías clásicas sobre el tema del liderazgo, especialmente a través del concepto de carisma y, en un segundo momento, su tipología de la acción social. Con ellos delimitaremos los conceptos de adhesión racional en términos de interés y adhesión racional de acuerdo a valores, que hemos definido en primera instancia en la exposición del problema que motiva estas páginas.

Nos concentraremos, por último, en un tema que constituyó parte fundamental del discurso público de Pinochet en la búsqueda primera de legitimidad del régimen: el nacionalismo. Profundizaremos, por un lado, en la concepción de Identidad Nacional que integró el marco ideológico de las Fuerzas Armadas en aquellos años a través de la revisión de la Doctrina de Seguridad Nacional (DSN) predominante sobre todo en el primer tiempo. Por otro lado, nos interesa dar cuenta del extraño atractivo que provoca en los sujetos la convocatoria nacionalista, que involucra la idea de nación que puede desencadenar un apoyo de elevada intensidad en los destinatarios del llamado nacionalista hacia la autoridad que representa tal llamado. Para ello trabajaremos sobre los aportes de autores contemporáneos dedicados a estos temas. Probablemente el discurso pinochetista de estrato popular se encuentre integrado por rasgos que van en esta dirección. Comencemos entonces.

2.1. *Construcción del Orden*

2.1.1. Producción discursiva del régimen militar

Diversos autores han conceptualizado el periodo del régimen militar en dos dimensiones constitutivas: dimensión reactiva/ dimensión fundacional (Garretón:1983), terror / dispositivo-saber en una dictadura revolucionaria-terrorista (Moulian:1998).

La primera se expresa en la profundidad, extensión y duración de la represión, que alcanza elevados niveles de brutalidad, a través de la violación sistemática de derechos individuales y sociales, como a través de la destrucción del sistema político de mediaciones entre el Estado y la sociedad civil. Como señala Moulian, *"la etapa terrorista es aquella fase de una dictadura revolucionaria en la que el derecho, que define lo prohibido y lo permitido, y el saber, que define el proyecto se imponen privilegiando los castigos"* (Moulian:1998, p. 171).

Por otro lado, la dimensión fundacional se constituye en la materialización de un proyecto histórico, entendido como la configuración de un modelo económico, político y cultural-social (Garretón:1983) y, en función de ello, en la implementación de un dispositivo- saber que en tanto sistema cognitivo-ideológico provee las bases para la formulación de un proyecto revolucionario: *"se trata de un conjunto de sistemas enunciativos elaborados por equipos de sujetos-productores de discursos y movilizadas por una red de aparatos destinados a la producción, distribución, e internalización de sistemas discursivos, cuya condensación eran ciertas ideas fuerzas"* (Moulian:1998, p.194).

Lo que vincula estas dimensiones de análisis es que en su concreción histórica ambas debieron sustentarse en argumentos de legitimidad que otorgaran sentido al accionar del bloque gobernante en el conjunto de la sociedad. La legitimidad pretendida por el régimen militar tanto en el ámbito económico social como político institucional tiene su correlato en el nivel de producción *

discursivo ideológica orientada a la homogeneización y simplificación de la reflexión y comportamiento sociales. Se trataba entonces de generar una nueva concepción del mundo: "La función principal de una concepción de mundo es facilitar la integración de los individuos a un determinado sistema de conformidad, a un consenso de orden. Su función es regular la constante comunicación entre los individuos, sujetándola a ciertas pautas y esquemas que operan al nivel de la formación de sentido" (Brunner:1981, p. 42).]

Proponemos entonces indagar en los principales núcleos discursivos o ideas fuerza integrantes de la concepción autoritaria del mundo surgida durante este período y que logró no sólo unificar el universo ideológico del bloque en el poder, sino también proporcionar el apoyo de parte importante de la sociedad chilena. Nuestro objetivo último es dar cuenta de aquellas nociones que probablemente se encontrarán presentes en el discurso de los sectores populares adherentes a Pinochet. Para ello recurriremos a diversos estudios realizados en torno al discurso público de Pinochet durante el período, utilizando como ejes de análisis aquellas dos dimensiones referidas - de reacción y fundación. Al representar, en términos generales, distintas fases del desarrollo del régimen militar chileno, reprodujeron también diferentes sistemas discursivos de legitimidad.

Aun cuando su importancia es fundamental para comprender la propagación del ideario autoritario, no es objetivo de la presente investigación profundizar en el rol que las instituciones mediáticas y los mecanismos de socialización - controlados y manipulados por el bloque gobernante-tuvieron en la distribución e internalización de la producción ideológica dominante en el ciudadano común.

a. **Etaa Reaccionaria**

En su fase de instalación, el nuevo régimen se impone como tarea eliminar la situación de anarquía/ amenaza que representaba, para la clase capitalista y para parte importante de la población, por un lado, la creciente movilización, organización y capacidad de los sectores populares para plantear transformaciones importantes en la sociedad y, por otro, el proceso de creciente polarización política y desinstitucionalización de las formas de enfrentamiento.

La amenaza que ello planteaba a la subsistencia de un orden social con el que, de un modo u otro, se habían identificado, generó el apoyo tácito de sectores medios y del centro político a una ruptura del régimen político, aun cuando se recurriera a valores democráticos para ello. Además está decir, el apoyo manifiesto que brindó la clase económicamente dominante a la intervención militar, que observaba con terror la posibilidad cierta de perder su poder.

El discurso de Pinochet en esta primera época intenta legitimar la toma del poder político por la fuerza en una sociedad donde la democracia aparecía como mito constituido. Para ello, pretende

constituir una imagen del pasado centrada en la percepción de amenaza, una memoria colectiva "catastrofista" del período precedente al gobierno militar.

En función de ello, la ideología de la *seguridad nacional* representó una respuesta a los principales problemas de la fase de implantación del nuevo régimen. Constituía un código interpretativo de la realidad extremadamente simple, pero eficaz que permitió asimilar y justificar la experiencia represiva y, al mismo tiempo, interpretar tal experiencia como una *necesidad del orden*. Sin embargo, la legitimidad otorgada por esta doctrina habría sido insuficiente si no hubiera existido un encuentro con *elementos del sentido común* prevalecientes en la sociedad, sobre todo en sectores de capas medias y no menos en el sector popular, que hablaban de miedo, inseguridad, orden/ desorden. El predominio e importancia inicial de un sistema valórico conceptual castrense - tan ajeno al complejo ético-normativo en el que se desempeñan cotidianamente los sujetos - no habría sido tal sin estos rasgos del sentido común, incorporados en las concepciones de *seguridad nacional*. En ello profundizaremos posteriormente.

De este modo, el discurso público de Pinochet durante este período se caracterizó por los siguientes conceptos:

- a) El golpe militar se originó en la voluntad de las FF.AA de evitar la consolidación de la anarquía, caos y destrucción social en el país provocadas por el gobierno de la Unidad Popular. Por consiguiente, en primera instancia, la intervención militar asume en el discurso presidencial un carácter *restaurador*, debiendo restablecer la normalidad perdida mediante la recuperación del orden y la disciplina. En esta coyuntura histórica las FF.AA son las únicas que pueden *salvar a la patria*, pues encarnan los valores auténticos de la nación, valores que ha mantenido en virtud de su existencia invariable a través de la historia, sin haberse expuesto a infiltraciones ni corrupciones (Munizaga y Ochsenius: 1983).
- b) El Golpe militar no es simplemente obra humana, sino que se encuentra signado por un carácter providencial e inevitable. En la misión de salvar a la patria las FF.AA, personalizadas en Pinochet, constituyen mediadores de la voluntad divina en la lucha contra el mal representado por el comunismo internacional, el que atenta contra los valores de la cristiandad occidental: "*La gesta del 11.09.73 es una cruzada de fe contra el mal, contra Satán, representado en el ateo marxismo soviético*" (Chacón y Lagos:1986, p.55).
- c) La representación de la realidad se caracteriza por una fuerte analogía orgánica, donde la sociedad es vista como un organismo cuya dinámica central es la mantención del equilibrio. "*La cabeza dotada de una racionalidad de la que carecen las otras partes, debe orientar el conjunto hacia su bien común. Cuando el cuerpo enferma puede ser necesario aplicar una dura medicina en la parte afectada.*"

Seguramente ésta, por su inferior racionalidad, y por el hecho mismo de estar enferma, no lo sabrá, pero la cabeza no sólo tiene derecho a proceder, tiene el deber de hacerlo porque le incumbe cuidar la salud de todo el cuerpo" (O' Donnell en Lechner:1981, p.211).

- d) Este cuerpo social ha sido objeto de un proceso de deterioro creciente a través de la historia, situación que habría culminado con la "entronización marxista" durante el gobierno de la Unidad Popular, concebido como una enfermedad, un "tumor maligno", que ataca el organismo una vez que éste se encuentra debilitado.
- e) El enfrentamiento al comunismo no se da en la forma de una guerra externa convencional, sino contra un enemigo infiltrado en la sociedad a través de los partidos de izquierda. Se trata de una lucha antisubversiva contra un **enemigo "absoluto"** con el que no corresponde diálogo alguno, sino la búsqueda de su eliminación y "extirpación" total.
- f) La categorización social del enemigo como un ente deshumanizado, violento e intrínsecamente perverso tiene por objeto configurar una imagen del adversario que legitime la movilización discrecional de los recursos represivos del Estado contra él en esta guerra **no convencional**: *"Despojarlo de la humanidad permite deshumanizar y deshumanizarse en el trato que se le otorga (...) crea las condiciones ideológico-culturales de lo que posteriormente se llamará la guerra sucia"* (Cortés:1987, p.49).
- g) Al mismo tiempo esta amenaza interna se corresponde con una agresión externa por parte del mundo socialista. La configuración simbólica de un enemigo externo facilita la percepción de una **amenaza permanente**: *"...la amenaza ya no es controlable en su existencia como sería el caso de combatir sólo contra un adversario nacional el cual derrotado militarmente desaparece del campo de acción política. (...) se atribuye la raíz de la amenaza a una potencia extranjera..."* (Cortés:1987, p.53).
- h) Al tratarse de una guerra total, no sólo se debe enfrentar al enemigo en cuanto tal, sino a todos aquellos que con su debilidad permiten que éste acreciente su influjo en la sociedad. En este estado de cosas las FF.AA, única institución "no infiltrada", deben concentrar todo el poder, pues sólo ellas cuentan con la organización y los medios para hacerle frente.
- i) Sin embargo, esta **guerra** no sólo es total sino también **permanente**, al existir una amenaza presente en todo momento, lo que determina a su vez la permanencia del régimen militar: *"Siempre la URSS estará en guerra con Chile y ello exige la permanencia del gobierno militar en tanto es el único actor capaz de exorcizar la influencia maligna de la sociedad chilena"* (Cortés:1987, p.53).

Mención aparte requiere la idea de patria - nación movilizada en esta fase discursiva, debido a su centralidad para la categorización moral y funcional tanto de los actores que contribuirían a la

recuperación nacional como de aquellos que en su calidad amoral y destructiva habían atentado contra la *unidad nacional*.

En primer lugar, la nación se encuentra estructurada en torno de ciertas categorías sociales bien delimitadas, a cada una de las cuales corresponde un ser y hacer definido. De este modo, el sujeto más amplio incluido en el discurso de Pinochet es **"todos nosotros los chilenos"**, es decir, todos quienes rechazando el gobierno marxista precedente hicieron posible el 11: *"Su ser se define por la fidelidad a los valores patrios que han heredado de sus antepasados y han dado forma a la nacionalidad, por su capacidad de responder con fe patriótica y valor a cualquier agresión marxista"* (Munizaga y Ochsenius:1983, p.40).

Este sujeto al entregar a las Fuerzas Armadas la conducción de la nación, legitima la acción política de ese cuerpo institucional y del régimen militar que surge. Sin embargo, el rol activo y dinámico que en el origen se le atribuye, se ve prontamente restringido debiendo asumir un papel bastante pasivo, esto es, de apoyo, afecto, obediencia al gobierno y a su presidente: *"(los chilenos) alientan al Presidente en la dura tarea de conducir al país a los más altos destinos (...); entienden las gestiones del gobierno por Chile y sus hijos; se sienten como hermanos con compatriotas, comprometidos en un mismo destino (...) sienten tremendo afecto por la familia chilena y el gobierno..."* (Munizaga y Ochsenius:1983, p.41).

En segundo lugar, el discurso presidencial integra en forma imprecisa a otros actores en el sujeto "todos nosotros los chilenos. Ellos son los **"chilenos problemáticos"**, esto es, quienes no estuvieron a favor de la intervención militar porque se encontraban "engañados por los malos chilenos" - defensores de valores extraños a la propia nacionalidad- los que, sin embargo, podían ser rescatados por la "acción moral" del gobierno militar.

Del mismo modo, integraban esta categoría los políticos opositores al gobierno de Allende, favorecedores del golpe militar, pero que no quieren someterse al nuevo orden edificado. Al no comprender el "verdadero espíritu" del actual gobierno, el discurso de Pinochet acaba finalmente por excluirlos del proyecto nacional: *"Los políticos que no adhieren al gobierno están, por tanto fuera del nosotros, pero en cuanto no son marxistas, permanecen todavía en el interior del todos los chilenos, como elementos recuperables"* (Munizaga y Ochsenius:1983, p.63).

En tercer lugar, se encuentran precisamente los **"no chilenos / no patriotas"**, definidos por oposición a "todos nosotros los chilenos". Aquí pertenecen todos aquellos que habiendo nacido en el territorio nacional, al adherir a valores e ideas extranjerizantes reniegan de su nacionalidad: los marxistas. En el discurso presidencial el ser de este sujeto está determinado por su *perversidad intrínseca* y, como consecuencia, su *hacer* no es otra cosa que la amenaza continua a la existencia de la Patria, utilizando para ello cualquier medio a su disposición. Ello se desprende de la

concepción que el ex gobernante tiene del marxismo: *"El marxismo no es una doctrina simplemente equivocada, como ha habido tantas en la historia. No. El marxismo es una doctrina intrínsecamente perversa, que significa que todo lo que de ella brota por sano que se presente en apariencia, está carcomido por el veneno que corre su raíz"* (Discurso en el Tercer Aniversario del Gobierno 11 de Septiembre de 1976 en Arriagada : 1986, p. 176).

La "**chilenidad**" a la que apela el discurso de Pinochet refiere un orden trascendente, más allá de la contingencia y experiencia histórica. Lo que determina el ser de los chilenos, entonces, es su pertenencia a este orden que es la Patria: *"Ella inscribe en el alma de sus hijos, (...) como una segunda naturaleza, unos valores morales que emanan del acto mismo de su fundación..."* (Munizaga y Ochsenius:1983, p.70). En esta concepción, todos los **verdaderos chilenos** adhieren por igual a estos valores y a ninguno de ellos pertenecen en particular, de modo tal que ningún chileno es diferente ante la Patria y todos deben contribuir al mantenimiento de ésta en el espacio de su propia actividad: *"El trabajador debe trabajar; el joven debe estudiar; la mujer, cuidar del hogar y los hijos; los militares cuidar de la patria y de sus habitantes; el presidente, gobernar. Nadie es o está, por ello, mejor o peor. Todos son lo que son: chilenos al servicio de su patria"* (Id:1983, p. 71).

Esta última idea denota un rasgo específico de la mentalidad militar, expresado a su vez en el discurso presidencial: el cumplimiento de las funciones asignadas permite la generación del todo. En otras palabras, si los actores de la reconstrucción nacional cumplen con la función que el gobierno les ha encomendado, entonces será posible la permanencia de la Patria: *"Dentro de esta sociedad de hormigas o de abejas, donde el zángano no tiene por qué tratar de ser abeja y donde la abeja no debe querer ser reina ni otra cosa que abeja, no cabe el concepto de dominantes y dominados. Nadie está sometido a otro, sino que todos lo están respecto de la permanencia del todo"* (Id:1983, p.71)

Si bien Pinochet recurrió a estas nociones hasta el final de su gobierno con el propósito de mantener y reforzar una memoria colectiva traumatizada por la experiencia del pasado y, con ello, el apoyo ciudadano, la doctrina de la seguridad nacional fue perdiendo importancia como núcleo ideológico a medida que se superaban las fases más represivas y se consolidaban las tareas fundacionales del régimen en diversos ámbitos de la vida social. Por lo demás, los intentos de suscitar apoyo mediante la invocación del pasado, suponen un natural obstáculo que no es otra cosa que el tiempo transcurrido y, con ello, el debilitamiento del recuerdo.

En la búsqueda de una nueva legitimidad, comienzan a predominar al interior del bloque dominante otras concepciones, como el neoliberalismo y su visión tecnocrática junto con la crítica a la política representativa y su concreción en el concepto de democracia protegida. En lo que sigue, indagaremos en el sistema discursivo representativo de la fase fundacional del régimen militar. *

b. Etapa Fundacional

Prácticamente desde el comienzo el objetivo fundacional preside la gestión gubernativa y el discurso presidencial. Con esto, no estamos avalando la tesis que afirma que la realización del golpe de Estado de 1973 tenía por objeto la reorganización de la sociedad chilena, esto es, que el sentido primero de la intervención militar fuera fundar un nuevo sistema de relaciones político- sociales y económicas.

Por el contrario, como hemos señalado, el golpe tuvo un marcado carácter restaurador y, con ello, altamente represivo en función del imperativo de *contener / reaccionar frente* a aquellos que, en la cosmovisión militar, ponían en peligro las relaciones de orden prevalecientes. Sin embargo, a poco tiempo de la instalación del régimen, el discurso de Pinochet se reorienta hacia la opción fundacional, dejando atrás el énfasis transitorio y excepcional de la intervención armada: el gobierno *"no pretende limitarse a ser un gobierno de administración que signifique un paréntesis entre dos gobiernos partidistas similares (...). El gobierno de las Fuerzas Armadas y de Orden aspira a iniciar una nueva etapa en el destino nacional (...)"* (Declaración de Principios en Vergara:1985, p.21).

Una primera construcción que facilitará la clarificación de un proyecto por parte del bloque en el poder se deriva de la condición de permanencia que el régimen reclama para sí, justificada a partir del levantamiento simbólico de un enemigo externo - comunismo internacional - que a través de su infiltración en la sociedad en manos de agentes subversivos de izquierda amenaza en todo momento con el caos y destrucción, y al que corresponde enfrentar desde una lógica bélica total.

Sin embargo, el componente ideológico que va a influir de forma determinante en la noción de permanencia de la autoridad militar y, con ello, en un propósito re-fundador más que restaurador, es la *crítica radical al tipo de desarrollo pasado y a su historia política*, a los que se les atribuye la responsabilidad última de la crisis causada por el gobierno de izquierda. Aquí claramente se percibe una modificación del discurso inicial que atribuía la necesidad de la intervención militar al trastorno provocado *únicamente* por el gobierno de la Unidad Popular. Ahora, la atribución de culpabilidad se amplía hacia una imprecisada clase política: *"...los políticos pasan a ser los segundos responsables inmediatos del quiebre de la institucionalidad democrática chilena (...) la gran causa de la decadencia en el largo plazo es, sin duda, la clase política"* (Cortés:1987, p.55). Con este viraje ideológico se justificaba la extensión de la dominación autoritaria por un largo tiempo al hacerse necesario crear una nueva institucionalidad "depurada de los vicios del pasado", cuestión que lleva a levantar en el discurso el criterio de metas en lugar de plazos.

Sabemos que es errado hablar de la etapa fundacional o revolucionaria del régimen militar como un todo homogéneo. Ella estuvo constituida por fases diferentes, en las que el posicionamiento de las corrientes ideológicas tributarias del golpe cambió al interior del núcleo

cultural hegemónico, variando también el énfasis y sentido que una tendencia daba a sus conceptos básicos en función del predominio que alcanzaban corrientes alternativas, como sucedió con el pensamiento gremialista. Sin embargo, y en función de los objetivos de la actual investigación, hemos optado por considerar esta etapa de fundación en términos generales e indagar en las principales claves interpretativas presentes en el discurso de Pinochet tanto respecto de la política como de la economía, ello en razón de que nuestro interés fundamental es describir aquellas nociones que probablemente formen parte del discurso de los sectores populares adeptos a Pinochet.

Discurso Político

En este período, la concepción de la política y el Estado descansa en una visión esencialista del interés general, de acuerdo a la cual el proceso político no se concibe como generación de consenso mediante la negociación y el compromiso de intereses diversos, sino como medio de realización de fines sociales superiores e incuestionables, que no requieren de la validez otorgada por la democracia formal para imponerse socialmente.

No debe parecer extraño el predominio de un pensamiento de este tipo si recordamos el imaginario político - cultural prevaleciente en los sesenta y comienzos de los setenta cuando ocurre la instalación militar. La utopía socialista aparecía para amplios sectores de izquierda como la única posibilidad de superar la crisis nacional y alcanzar aquella sociedad armoniosa que, a través de la revolución, lograba la eliminación de las clases, la extinción del Estado, la creación del nuevo hombre liberado de enajenaciones y necesidades, y realizado en su expresividad: *"Se pensaba que el futuro (en rigor el Futuro) sólo sería posible por el cambio, pero no un cambio incremental y automático, la simple evolución adaptativa, sino uno intencionado (planificado) y sobre todo global (...).El socialismo logró afincarse como ilusión liberadora, como único modelo de buen orden..."* (Moulian: 1993. p.240, 241).

La retórica de izquierda de la época enfatizaba la necesidad e inevitabilidad del socialismo. Se trataba de la opción ineludible entre el socialismo, rápidamente realizado, o la descomposición a que llevaría el fascismo, encontrándose agotadas las fórmulas reformistas o étápicas para arribar a la nueva sociedad. En el contexto del sistema político chileno, se hacía muy difícil avanzar hacia ese *socialismo necesario* a través del circuito institucional, cuestión que determinó que *"...sin cuestionar el presupuesto de la actualidad inmediata del socialismo (...), la izquierda se cerraba a la posibilidad de la negociación mediante compromisos o transacciones. Negado ese camino (...), no había más derroteros que una estrategia polarizadora de cambios extraparlamentarios o la preparación de una insurrección"* (Moulian:1993, p.259).

Con esto no pretendemos asimilar el pensamiento de izquierda con el ideario autoritario implantado posteriormente, sino dar breve cuenta del clima ideológico cultural que se respiraba al

momento del golpe militar, en el que se pretendían proyectos globales de reconstrucción social, en el que la noción de un *buen orden* no buscaba ser sometida a un proceso de negociación y consenso ni tampoco realizarse por etapas en una especie de espiral progresivo de avances: "...el régimen militar es negación de la Unidad Popular al mismo tiempo que es una realización invertida de su idea matriz. Toma elementos que se habían instalado en el imaginario social por la acción cultural de ella misma: la idea de una crisis, de una necesaria "gran transformación" y la valorización de la dictadura en cuanto instrumento del bien" (Moulian:1993, p.288). De este modo, más allá de implicancias ético normativas, el discurso autoritario participa también de esta representación "radical" de la realidad y es en ella en la que pretendemos indagar.

El discurso del régimen autoritario respecto del Estado y la política se va a concentrar en la crítica de la política democrática llevada a cabo a través de partidos. La política partidista y competitiva resultaría incapaz de establecer un interés común que vaya más allá de particularidades mezquinas. Se cuestiona y niega el desarrollo político chileno durante el siglo veinte y se postula una teoría autoritaria del poder que es utilizada para sostener un proyecto de nueva sociedad.

El Estado debe definir y velar por la concreción del bien común general el que, sin embargo, no es resultante del ejercicio de la voluntad popular, sino que es la autoridad, representada en el Estado, la expresión esencial del bien común y la que actúa en su calidad de portadora de una **misión trascendental**: "*Ella (la autoridad) es la encarnación preconstituida e inmutable del interés general. Su legitimidad, por tanto, reviste también carácter trascendente: emana de la naturaleza del proyecto o de los fines que debe realizar y no de la representación que le confiere el pueblo*" (Vergara:1985, p.38, negrilla es nuestra).

Por otro lado, el discurso político autoritario rechaza el rol interventor del Estado, el que a través de sus controles y fiscalizaciones atenta contra el ejercicio de la libertad *real* del individuo, en oposición a la libertad *formal* de la democracia tradicional que albergaba este tipo de intervenciones. Para contrarrestar la ingerencia estatal, el discurso político autoritario se apoya en el desarrollo de los principios de subsidiariedad y autonomía de los cuerpos intermedios:

a) El principio de **subsidiariedad** implica que el Estado sólo debe asumir las funciones que las *sociedades intermedias* o particulares no puedan cumplir de forma adecuada. Esta noción va a adquirir todo su sentido con el establecimiento del nuevo programa económico;

b) El desarrollo autónomo y apolítico de los cuerpos intermedios (sindicatos, gremios, organizaciones comunitarias, organizaciones profesionales etc.) generaría un **poder social**, destinado a proteger la libertad de los sujetos, asegurando la autonomía de la sociedad civil respecto al Estado y que además serviría de contención del poder político.

Si bien la noción de *poder social* constituye una de las nociones clave del proyecto fundacional en los primeros tiempos, ello quedó sólo en la retórica oficialista: la negociación colectiva continuó suspendida, las elecciones sindicales y el derecho a huelga prohibidos. De hecho, el principio de autonomía y despolitización de los cuerpos intermedios servía para controlar y reprimir la actividad sindical, con el pretexto de eliminar toda intervención político partidaria que pudiera haber penetrado en ella.

Posteriormente, cuando la ideología neoliberal había alcanzado hegemonía al interior del núcleo gobernante, incluso la existencia de una sociedad civil fuerte y organizada - a través de la participación ciudadana en asociaciones intermedias - atentaba contra el desarrollo de la verdadera libertad individual, realizada en el mercado. Al mismo tiempo, se hacía una relectura del principio de subsidiariedad, el que ahora no sólo implicaba al Estado, sino también a las organizaciones sociales y comunitarias, las que no debían atribuirse ámbitos de acción que los individuos podían asumir de forma adecuada, por tanto, no debían invadir el espacio de la libertad individual. El discurso neoliberal, como profundizaremos más adelante, propicia una sociedad en la cual el énfasis está puesto en los individuos, los que deben proteger su libertad, no sólo frente al Estado sino también frente al poder de las organizaciones intermedias.

Se deriva de lo anterior, y en función de la presente investigación, que el discurso de Pinochet tuvo un marcado carácter opositor a la organización político-social popular, suponiendo el enorme potencial movilizador de este sector y su "manipulación" partidaria, cuestión que ponía en peligro no sólo el pleno establecimiento del programa neoliberal sino, y más importante aún, la propia estabilidad del régimen. Sin embargo, esto no significa que tal discurso haya sido **anti-popular**, enfatizando siempre la central preocupación del gobierno por las grandes mayorías privadas de organización - los más pobres, desempleados y trabajadores no organizados y los consumidores - por cuyos intereses debe velar. A eso se refiere Pinochet cuando afirma una y otra vez "*ser el defensor de los más débiles y la voz de los que no pueden hacerse oír*" (Mensaje Presidencial 11 de Septiembre de 1974 en Vergara:1985, p. 167).

Por otro lado, como señalamos páginas atrás, el discurso gobiernista acerca de lo político se concentra en el rechazo a la **política representativa**. Acá nuevamente se encuentra operando el supuesto de la existencia de un orden preestablecido, la negación de visiones alternativas de mundo y de legitimidad de los conflictos. La búsqueda del bien común o unidad nacional, como hemos visto, no es nunca pensada en términos de una construcción consensual realizada a través de negociaciones y presiones múltiples, pues ello representa, en la concepción autoritaria, una división y lucha política artificial signada por particularismos que se oponen a lo general. Es, por tanto, la autoridad quien debe determinar el bien público y en ese camino debe barrer con toda representatividad política, expresiva de intereses privados.

Como resultado, se produce una estigmatización de la política como "demagogia", y "politiquería", tratándose además de una actividad que tiende de forma inevitable al sectarismo. Los partidos políticos son considerados los "gérmenes de la desintegración de la nación y símbolos de la división y decadencia nacional" (Declaración de Principios Junta Militar en Vergara: 1985, p.40.) Asimismo, la mentalidad estatista del político tradicional lo habría llevado a preocuparse más de "conseguir favores del Estado y de representar ante éste los intereses particulares de su clientela electoral que del bien común" (Brunner: 1981, p.60).

Desde aquí el paso es breve hacia una visión de la historia patria caracterizada por una dinámica de decadencia progresiva durante el siglo XX. Los "gobiernos partidistas" que se habrían sucedido en el poder desde el derrumbe de la república portaliana eran considerados los responsables de esta decadencia, cuya culminación habría sido el quiebre institucional de 1973. En este proceso de deterioro creciente el juego político-partidario habría provocado la pérdida del sentido de autoridad, habría violentado las jerarquías sociales, desmoronando un orden que era concebido como natural.

Se trata en el discurso presidencial de volver al camino seguido en el pasado, pero teniendo como referente histórico único la fase portaliana, que constituyó "un Gobierno fuerte, centralizador, cuyos hombres fueron modelos de prudencia, dignidad y firmeza, reprimiendo inflexiblemente los abusos y el desorden" (Huneeus: 2000, p.226). Por tanto, y como bien señala Pilar Vergara, este proyecto fundacional "implica una recuperación y un retorno. No es la invención de la nación desde la nada, sino desde la valoración de un pasado glorioso, en la cual se habría demostrado que Chile podría ser una gran nación" (Vergara: 1985, p.41).

Como es evidente, el referente último de esta crítica lo constituye el régimen democrático tal y como venía desarrollándose hasta el año 1973. Se rechaza la dinámica de democratización llevada a cabo en el contexto de una democracia de masas, con una incorporación progresiva de diversos sectores sociales al sistema político a través de su representación por la estructura partidaria. Esta **vieja democracia** que albergaba la demagogia, politiquería y sectarismo habría constituido el espacio propicio para la infiltración del enemigo marxista, al haberse revelado ingenua e incapaz de subsistir en una realidad permanentemente amenazada por el comunismo internacional.

Ante este estado de cosas se reconoce que no se volverá a la democracia existente en el pasado, estableciéndose una **nueva democracia: autoritaria**, esto es, " ...una suerte de régimen autoritario de participación restringida, mecanismos de exclusión y poder tutelar de las Fuerzas Armadas..." (Garretón:1983, p.157); **protegida** de aquellos que pretendan destruirla, sustituyendo "el Estado liberal clásico, ingenuo e inerme por uno nuevo que esté comprometido con la libertad y la dignidad del hombre y con los valores esenciales de la chilenidad"; y **tecnificada** porque otorga un

mayor espacio de participación a los técnicos incorporando *"la voz de los que saben al estudio de las decisiones"* (Jaime Guzmán citado en Huneeus:2000, p.234).

Sin embargo, no es propósito de la presente investigación indagar con mayor profundidad en la discusión al interior de la coalición gobernante acerca del nuevo orden legal-constitucional que debía quedar consagrado en la Constitución de 1980, a pesar de su importancia para la estrategia de legitimación de la dominación autoritaria.

Al tiempo que el discurso público de Pinochet negaba el desarrollo político pasado del país, se fundamentaba un proyecto de reconstrucción radical del Estado y de lo político. Sin embargo, y como vimos en páginas anteriores, la crítica también se extendía al desarrollo económico precedente y, más importante aún, la temprana decisión fundacional del régimen va a adquirir su carácter específico, su concreción, en la implantación de un nuevo programa económico. Es por esta razón que profundizaremos en los principales temas de la ideología neoliberal, que pasó a constituirse en el núcleo ideológico básico del discurso de la autoridad militar, y de lo cual ya hemos adelantado algunas nociones centrales.

Discurso Económico

El predominio de la opción neoliberal en la conducción económica tardó un tiempo. Como hemos señalado, el anuncio del Plan de Recuperación Económica de 1975 es el acontecimiento que, en términos generales, marca el comienzo de la hegemonía de la ideología neoliberal al interior de la coalición gobiernista. A partir de ese momento, se imponen los conceptos de los monetaristas ortodoxos de la Escuela de Chicago, que propiciaban un ataque drástico al crecimiento de los precios aunque ello implicara un elevado costo social, revirtiendo así las tendencias graduales defendidas por el equipo económico inicial. En las concepciones del nuevo equipo, la inflación constituye una enfermedad del cuerpo social, que sólo responde a procedimientos fuertes y de largo alcance, y cuya eliminación definitiva depende de la capacidad de la comunidad para atravesar un largo periodo de privaciones y sacrificios.

Aun cuando la inflación es definida como un fenómeno principalmente monetario, la causalidad de su persistencia se encontraría - en el diagnóstico neoliberal - en un nivel más profundo, relativo a las bases mismas del sistema económico. Por consiguiente, reestructurar el sistema económico requería agilizar las transformaciones que permitirían fundar una nueva organización económica completamente diferente de la vigente hasta 1973: la economía de libre mercado.

Al igual que sucediera con el cuestionamiento de lo político, el diagnóstico que el discurso neoliberal hace de la inflación y de la crisis económica experimenta una ampliación de la culpa. Ya no se limita a denunciar los desequilibrios provocados por la política del gobierno anterior, sino que

extiende su frontal condena a las cuatro décadas precedentes de desarrollo económico: *"La inflación pasa a ser visualizada como el lastre de tantos y tantos desafortunados desaciertos económicos, el resultado de medio siglo de errores económicos que la UP sólo permitió que emergieran a la superficie"* (Vergara: 1985, p.79).

Los recursos discursivos utilizados por la tecnocracia neoliberal en el esfuerzo ideológico de otorgar al nuevo programa económico una legitimidad basada en principios éticos y no sólo en motivos de eficiencia, están relacionados con la reformulación de los conceptos de **libertad e igualdad económica**, ambos definidos por oposición al intervencionismo estatal. Como consecuencia, la expansión progresiva y constante de los mercados junto al decisivo repliegue del Estado, aparecen como condición necesaria de la plena expresión de la libertad e igualdad y, por tanto, de la democracia real. Profundicemos un poco más en estos conceptos.

La **libertad económica**, es definida como *"el derecho de cada individuo de tomar sus propias decisiones en materia de producción y consumo sin ingerencias estatales de ninguna índole"* (Vergara: 1985, p.91). En cuanto se realiza en el mercado, constituye la "verdadera" libertad y su plena concreción resulta ser la condición necesaria para el establecimiento de una **libertad política** efectiva y no formal, deduciéndose de lo anterior que sin libertad económica no puede existir libertad política.

Esto se comprende mejor si pensamos que en el universo ideológico neoliberal, el individuo aparece orientado exclusivamente por la noción de costo/ beneficio, esto es, por el provecho económico que pueda resultar de sus decisiones de consumo y/o producción: *"...la economía de mercado consiste sencillamente en despertar en la gente el deseo de comprar, lo que a su vez motiva el deseo de trabajar, de producir y emprender"* (Semana Política del Mercurio en Brunner:1981, p.65). Por tanto, la excesiva concentración en el Estado de decisiones que afectan de modo determinante el destino de los individuos - esto es, decisiones económicas - generaría una progresiva dependencia de los mismos de la voluntad arbitraria y "caprichosa" de la burocracia pública. En este sentido, garantizar la libertad política implica transferir al ámbito privado el conjunto de decisiones que pueden ser adoptadas en el mercado - libertad económica -, limitando al Estado a un rol subsidiario.

El mercado, por otro lado, al someter todas y cada una de las decisiones individuales a reglas objetivas, impersonales y uniformes, realiza en su espacio la **igualdad** de todos. La igualdad - que en lo económico debe ser **igualdad de oportunidades** - se define en *"el derecho de cada individuo a no ser objeto de discriminaciones, es decir, a competir según las reglas formalmente idénticas, de tal modo que los resultados obtenidos dependan sólo de la capacidad, esfuerzo y trabajo de cada cual"* (Vergara:1985, p.93).

Mediante esta representación ideológica del mercado, el discurso tecnocrático neoliberal invierte completamente el sentido que en el pasado se daba a los conceptos de igualdad y justicia social. La igualdad social ya no se entiende como **igualdad de resultados**, calificando esta última de **igualitarismo socializante**, el que "...*además de incubar un germen totalitario impediría la verdadera igualdad, al convertirse en toda fuente de discriminaciones*" (Vergara:1985, p.94). Además de negar el aspecto social de la igualdad se condena la acción pública que en el pasado intentó mitigar las desigualdades, pues el resultado inevitable de tal acción habría sido su opuesto, al concentrar los beneficios y oportunidades en grupos pequeños con mejor organización y capacidad de presión sobre el proceso público, en desmedro de las mayorías nacionales, carentes de ella.

La **justicia social**, por tanto, existe sólo en la medida de una total reciprocidad de los intercambios, esto es, que las normas económicas sean generales e iguales para todos. Las desigualdades que se generen en el mercado son el resultado de un ordenamiento creado por un mecanismo "neutro" y, por tanto, justo. Por lo demás, aquellas desigualdades son provocadas por los mismos sujetos, en virtud de sus diferentes capacidades y rendimientos: "*El intercambio, vuelto autónomo a través del mercado, define en principio a todos los hombres privados como equivalentes, legitimando sus desigualdades de hecho a través de un modelo fundado en las diferenciales de rendimiento de cada individuo*" (Brunner:1981, p.166). Aquí el Estado debe limitarse a garantizar a los más pobres un consumo mínimo que les permita incorporarse a la competencia en el mercado.

Como vemos, en el sistema discursivo neoliberal el orden surgido del mercado permite el triunfo de los más esforzados, de los más capaces, en oposición al orden "débil" del Estado intervencionista, que "...*aplastaría a los fuertes y premiaría la ineficiencia, la ignorancia y la debilidad de aquellos que temen al mercado y que prefieren recurrir al Estado y a los favoritismos políticos para que los protejan*" (Vergara:1985, p.96).

El rendimiento individual se encuentra representado en el nivel de ingresos percibidos por el sujeto, lo que determina a su vez las aspiraciones y elecciones de consumo a realizar. Se deduce de esto que la posibilidad de acceso a ciertos tipos de bienes define ciertas pertenencias sociales en virtud de estilos de vida similares. En otras palabras, el mercado crea su propia estratificación, jerarquizando a los individuos en grupos de consumo, cuestión que tiene una implicancia directa en el modo de concebir la **movilidad social**, la que se *desplaza (...) desde las posiciones en la división del trabajo hacia la participación en patrones diferenciales de consumo cuya adopción descansaría, exclusivamente, en la iniciativa personal, el rendimiento de las personas...*" (Brunner:1981, p.167).

La apariencia de igualdad y movilidad social que crea el consumo es un tópico de la ideología del mercado, que asegura una conformidad social básica ya no en términos normativos sino en función de los objetos consumidos que posicionan a los sujetos en un determinado espacio de la

escala ascendente del progreso: *"...lo que aparece primero como algo propio de los grupos de altos ingresos, abre sus puertas para que los menos pudientes se suban al tren del consumo, aunque sea en los últimos carros. El asunto parte lento, pero luego empieza a arrastrar más y más gente..."* (Huneus P. en Brunner:1981, p. 65).

De esta manera, la noción de modernidad fundada en el progreso material de los sujetos generaba gran atractivo entre los diversos sectores de la sociedad chilena. El "ser moderno" estaba al alcance de todos desde el momento en que, producto del esfuerzo y perseverancia personales, se estaba en condiciones de consumir determinado tipo de productos y servicios: *"(...) la idea de modernidad producía enganche porque reproponía un gran destino. Ante el colapso del Chile del progreso impulsado por el Estado, se planteaba un progreso construido sobre la energía de los individuos emprendedores, sobre la presunta igualdad de todos para competir..."* (Moulian:1998, p.268).

El predominio de la doctrina neoliberal determinó que los conceptos políticos fueran reflexionados y fundamentados a partir de sus categorías analíticas. De este modo, la lectura neoliberal de los conceptos de libertad e igualdad tiene como corolario político la crítica a la **democracia tradicional**, por albergar un "igualitarismo socializante" y un intervencionismo asfixiante de la iniciativa privada. Posicionada de esta forma, la democracia pierde toda referencia ético política, convirtiéndose en un simple procedimiento para organizar la "sociedad libre", esto es, aquélla en la cual se respeta la libertad económica y la igualdad formal de los individuos en el mercado.

Con estas premisas los neoliberales consiguen justificar el **autoritarismo** y hacerlo compatible con una economía ultraliberal. En efecto, sólo un marco político autoritario permite contrarrestar las resistencias provenientes de los sectores afectados por las reformas liberalizadoras y defender el orden que el mercado impone. De este modo, al definir el autoritarismo como una instancia previa a la democracia lo que están haciendo sus defensores es convertirlo *"...en una exigencia de la igualdad y libertad personales y, por ende, de la verdadera democracia, en tanto crea las condiciones para la instauración de un régimen de plena libertad económica"* (Vergara:1985, p. 98).

Esta verdadera democracia es la democracia económica, la que se constituye por oposición a la democracia política clásica. Lo fundamental no radicaría en quien gobierna, cómo se genera el poder político o hasta qué punto se respetan los derechos políticos de los ciudadanos, sino en el grado de igualdad y libertad económico-social de que gozan los individuos.

2.1.2. Condiciones sociales favorecedoras del Autoritarismo

Es probable que de modo importante los núcleos temáticos recién analizados se encuentren presentes en el discurso de los sectores populares adherentes a Pinochet. Desde nuestra perspectiva, las principales ideas fuerza integrantes de la concepción autoritaria impuesta durante este período constituirán parte fundamental del discurso legitimador de la intervención militar en este grupo popular pinochetista. Sin embargo, como enfatizáramos anteriormente, el impacto del contenido autoritario propugnado por el régimen habría sido mínimo si no hubiera existido un encuentro con elementos del sentido común prevalecientes en la sociedad chilena, la que experimentaba una vertiginosa fragmentación de su cotidianeidad. La sensación de inestabilidad y caos que la confrontación política había generado en amplios sectores de la población durante el período de la Unidad Popular y el consiguiente *deseo de orden* determinaron la inflexión de las orientaciones políticas de estos sectores - sobre todo de capas medias - hacia posiciones conservadoras y de derecha.

De esta tendencia no estuvo exento el grupo popular, punto central que queremos rescatar en estas páginas. La importancia del sector popular - poblacional como actor social opositor al régimen autoritario durante este período - pensemos en el ciclo de protestas iniciado en 1983 - no debe hacernos olvidar la presencia de una fracción "pinochetista" gestada en estos años, cercana a la derecha y que probablemente mostraba un historial electoral de apoyo a esta corriente política. La presente investigación se nutre precisamente de la extrañeza que produce encontrar este subgrupo popular que expuesto a condiciones permanentes de deterioro simbólico y material por el autoritarismo militar decidiera no sólo otorgar su apoyo al jefe militar - evidenciado con ocasión del plebiscito de 1988 - sino, y más importante aún, que conserve actualmente una adhesión a su figura y al gobierno que encabezara de equivalente o mayor intensidad que en aquellos tiempos.

En las siguientes líneas profundizaremos, por tanto, en la *subjetividad* de los sujetos participantes en la vida política, a modo de comprender cómo en la organización de la vida cotidiana se construyen modelos de orden y actitudes en torno al ejercicio de la autoridad y a la relación con el poder. El valor que los sujetos otorgan a estas representaciones de orden sólo alcanza a percibirse una vez que son enfrentadas a procesos fuertemente desestabilizadores. El sentimiento generalizado de desorden y caos que la sociedad chilena experimentó durante 1973 constituyó la plataforma de legitimidad sobre la que se asentó la intervención militar de Septiembre. Este **sentido de orden** explica en buena medida el apoyo inicial encontrado por las FF.AA en amplios sectores de la población, incluyendo el ámbito popular. Incluso es probable que en nuestro grupo de interés este sentido de orden explique no sólo el apoyo primero sino y más importante aún la estabilidad de su adhesión a la figura de Pinochet y al régimen que representara.

a. Cotidianeidad y Orden

Uno de los científicos sociales que ha contribuido a la reflexión sobre la cultura política en América Latina, y específicamente a la relación entre subjetividad y política, Norbert Lechner - a quien recurriremos en variadas oportunidades durante este capítulo -, se ha acercado también al concepto de vida cotidiana con lo ambiguo y equívoco que éste pueda resultar: *"Al encarar la vida cotidiana abordamos un ámbito prepolítico en el sentido de acciones no referidas directamente a la conformación del orden social: pero ello no significa desvincular la vida cotidiana de la política. Por el contrario si la vida cotidiana conlleva la **producción y reproducción de esas certezas básicas** con que evaluamos lo novedoso y problemático, también desprendemos de nuestra experiencia cotidiana buena parte de los criterios con que enfrentamos las decisiones políticas"* (Lechner:1988, p.60, negrilla es nuestra).

En este sentido, cuando decimos que un conjunto de actividades poseen la cualidad de ser *cotidianas* lo que estamos definiendo al fin y al cabo son criterios de *normalidad*, que nos permiten distinguir y evaluar aquello que aparece ante nuestro ojos como *anormal*, esto es, lo nuevo, lo *extracotidiano*, lo conflictivo. De esta manera, quizás el rasgo más relevante de la cotidianeidad sea que produce y reproduce esas certezas básicas de las que habla Lechner en ausencia de las cuales no podríamos discernir nuevas situaciones ni decidir qué hacer en ellas.

Al introducir la noción de vida cotidiana pretendemos resaltar aquella base de estabilidad y certidumbre que el sujeto común requiere para enfrentar la impredecibilidad de lo real. Cuando tales certezas son socavadas, es decir, cuando la cotidianeidad se ve interrumpida, el individuo cae en un profundo proceso de desorientación y extrañamiento, experimentando el *miedo*, entendido como la pérdida de sus referentes habituales y la exposición a fuerzas desconocidas, "no familiares", cuyas consecuencias no puede prever. Sobre el tema del miedo volveremos más adelante por su importancia en el sostenimiento de regímenes autoritarios.

b. Orden, Miedo y Régimen Autoritario

Como mencionáramos anteriormente el golpe militar de 1973 define la situación chilena como un antagonismo de *orden versus caos*. Tal consigna penetra hondo porque la experiencia de la Unidad Popular aparece para vastos sectores de la sociedad como un estado de cosas donde "todo es posible". Cuando todo es posible, ello es percibido como caos, como un desmoronamiento y ruptura de la cotidianeidad. A tal clima de incertidumbre y desestructuración social responde el autoritarismo, personificando el *deseo de orden* frente a la *amenaza de caos*: *"... la dictadura se presenta y llega a ser apoyada en tanto defensa de la comunidad y garante de su sobrevivencia. Solicita legitimación popular a cambio de "poner orden", de imponer el orden: restablecer límites*

claros y fijos, expulsar al extraño, impedir toda contaminación y asegurar una unidad jerárquica que otorgue a cada cual su lugar "natural" (Lechner:1988, p.100).

La demanda de orden es fuerte porque el riesgo de un estado de cosas caótico se percibe palpable: "La gente siente amenazado el (su) "sentido del orden" o sea, lo que hace inteligible la vida en sociedad y su lugar en ella. Está atemorizada por la pérdida de un "mapa cognitivo" que le permita estructurar espacial y temporalmente sus posibilidades" (Lechner:1988, p.104). Un rasgo interesante al respecto es que esta exigencia de los sujetos por seguridad es explotada de tal forma por la dictadura que, en el intento, fomenta el deseo de "mano dura" y por consiguiente la necesidad de permanencia del orden autoritario.

Las dictaduras prometen eliminar el miedo, esa conjunción de miedos generados en la percepción de un contexto - político, social, económico - en que los límites han comenzado a borrarse progresivamente, límites mediante los cuales los sujetos distinguen lo normal y lo problemático, lo bueno y lo malo, lo lícito y lo prohibido. El periodo de la Unidad Popular aparece para el hombre común como un tiempo incierto en que se quebranta no sólo y no tanto la institucionalidad socio-política y económica, sino más importante aún los parámetros con que aquélla era experimentada en su cotidianeidad.

Sin embargo, el autoritarismo enfrenta tales miedos apropiándose de ellos en un formato ideologizado. Anula toda referencia a las amenazas reales cubriéndolas de un carácter *demoníaco*: el caos, el comunismo. De este modo, los miedos concretos son reelaborados como miedo a fuerzas malignas y anárquicas. Corolario lógico es que el régimen autoritario se encumbra como un poder salvífico, destinado a rescatar al pueblo chileno de la oscuridad ateo-marxista.

Retomo en este momento dos conceptos utilizados por Lechner, rescatados a su vez de Popitz, que permiten entender el arraigo social que el régimen militar chileno produjo en parte importante de la población: *valor de orden* y *valor de inversión de ese orden*.

Es claro que en un orden autoritario los dominados no sólo "temen" a las normas sino que las internalizan. Frente a ello es inevitable preguntarse cómo ocurre ese reconocimiento interior del orden en sujetos para los cuales el nuevo estado de cosas resulta desfavorable material y simbólicamente. Como hemos señalado en páginas anteriores, suponemos que el Estado autoritario no se agota en el ejercicio de la coacción y si bien la violencia y el temor generalizado constituyen el recurso por excelencia en la subsistencia de este tipo de regímenes, no lo explican de modo suficiente. Al parecer existen otros mecanismos por los cuales se acepta determinada estructura de dominación.

Central para el reconocimiento de una relación de poder es que durante un tiempo considerable *mantenga un orden* y ello significa ante todo ofrecer una *seguridad de orden*. Tal seguridad existe cuando el proceso social aparece predecible para los sujetos, quienes tienen la certeza de lo que pueden y deben hacer, certeza de que sometidos a reglas comunes todos las cumplirán y, en caso opuesto, se sancionarán las infracciones.

Una vez alcanzado este nivel de certidumbre los sujetos, incluso aquellos afectados por una mayor opresión, comienzan a *invertir intereses* en el orden establecido. Es lo que Popitz denomina *valor de inversión del orden vigente*: "O sea, (los sujetos) *intentarán obtener una capacitación adecuada para un buen lugar de trabajo, que les asegure cierto ingreso, buscarán una vivienda y la confianza de sus superiores y por lo demás, evitarán comprometerse*" (Lechner:1986, p.51). De acuerdo al autor, la vinculación con el orden establecido se realiza a través de estas acciones cotidianas casi imperceptibles las que en tal calidad no suponen claramente un apoyo activo al orden, pero sí aquel conformismo necesario para su funcionamiento sostenido. Sobre este punto volveremos posteriormente.

Ahora bien, consecuencia directa es que como nadie desea perder sus inversiones, todos están interesados en mantener el orden en el cual invirtieron esas acciones: "*Lo decisivo es que las pequeñas inversiones diarias se compenetren con las condiciones establecidas (...). Todo proyecto de cambio radical es un llamado a poner en juego el valor de inversión del orden vigente. Frente a tal exigencia incluso los más desposeídos descubren de pronto "nuestro orden" y quieren defender "nuestro estado"* (Lechner:1986, p.51, la negrilla es nuestra). La parte de la cita destacada adquiere centralidad en el contexto de la presente investigación. La miseria es concebida como un factor de incremento del "valor de orden" en la medida que el imperativo de la sobrevivencia física exige invertir en el orden político vigente, independientemente de que éste corresponda o no a los intereses del individuo: "*No se puede vivir a contrapelo con la sociedad, al margen del orden. Se invierte en el orden establecido aunque sea pidiendo limosnas (...). La sobrevivencia física impulsa al desamparado a participar en el orden, a consentir. El manejo de las condiciones de vida aparece así como un importante mecanismo de manipulación de lealtad*" (Lechner:1986, p. 57).

El valor de orden compatibiliza de buen modo con el orden autoritario debido a que el régimen dictatorial se justifica precisamente por "restablecer y mantener el orden". Lo interesante de este planteamiento es que también en un orden impuesto mediante la violencia, los individuos harán lo que deben para sobrevivir y en esa rutina cotidiana se irán involucrando progresivamente con el orden impuesto. Y lo más probable es que en la medida que reconozcan el valor de orden, terminen reconociendo el sistema de poder vigente.

Desde nuestra perspectiva, los conceptos de valor de orden y valor de inversión del orden proponen un análisis interesante de los procesos comprendidos en la aceptación social pasiva o tácita del autoritarismo y, por tanto, un acercamiento a las subjetividades involucradas en el asentamiento de regímenes dictatoriales. Sin embargo a diferencia de Lechner pensamos que el *sentido de orden* y la inversión que los sujetos hacen en el orden establecido puede constituir también una fuente de apoyo "activo" hacia el mismo. Es decir, aquel accionar cotidiano casi invisible que vincula a los individuos al orden vigente también puede generar un apoyo manifiesto e incluso enérgico al sistema de poder imperante.

Tratándose de un orden autoritario como el impuesto en 1973 por la dictadura militar chilena no es impropio pensar que la *demanda - deseo por orden* exhibida por vastos sectores de la población constituya un factor fundamental en la adhesión mostrada por determinados grupos a la figura de Pinochet y al régimen por él encabezado. Nos referimos específicamente al sector popular pinochetista, sujeto de la presente investigación. Los estudios respecto al régimen militar chileno han tendido a menospreciar el arraigo que este tipo de ordenamientos puede encontrar en los sectores más desposeídos de nuestra sociedad. Al respecto concedemos que se trata de grupos minoritarios, pero ello no implica desconocer su existencia.

Además la propuesta Lechner-Popitz entrega herramientas conceptuales útiles para el análisis del apoyo a un orden autoritario por parte de los grupos menos privilegiados. ¿Qué impide pensar que la inversión que estos grupos hacen en este tipo de orden - amparados en la necesidad de sobrevivencia -, que los vincula poco a poco al sistema vigente en un formato conformista, no origine posteriormente un apoyo más activo e incluso de reconocimiento de la legitimidad de este orden? ¿Por qué no pensar que el valor de orden puede constituir una importante fuente de adhesión no sólo conformista al autoritarismo? ??

Ahora bien, es probable que la conjunción entre la oferta discursiva del régimen militar chileno - representada en el discurso público del ex gobernante y de quienes constituyeron su núcleo de apoyo - y la presencia de condiciones aptas en la sociedad chilena de aquellos años para la captación de estos contenidos, explique de modo importante el apoyo que encontró su figura en los ámbitos populares y la adhesión que, en función de la rememoración, manifiestan actualmente hacia el jefe militar, a quien atribuyen un liderazgo incuestionable. Pero, ¿tuvo raíces objetivas el liderazgo de Augusto Pinochet? ¿o se trató sólo de la percepción de grupos determinados y, por tanto, un asunto de subjetividades? Es lo que veremos ahora.

2.2. *Términos de Interpretación del Pinochetismo Popular*

2.2.1. Liderazgo y Personalización del Poder

El régimen autoritario chileno ha sido íntimamente asociado a la figura de Pinochet. Constituyó el líder indiscutido de la coalición gobernante, cumpliendo un rol de integración de los distintos grupos de poder que participaron en la instalación y consolidación del régimen. Como contrapartida al estilo conciliador hacia sus partidarios y colaboradores, mantuvo una relación altamente confrontacional con la oposición, apoyada en un discurso sistemático de agresión.

El liderazgo que alcanza Pinochet se basó en una elevada *personalización del poder*, construida a través de diversos recursos, unos de carácter jurídico institucional - la Comandancia en Jefe del Ejército y la Presidencia de la República - y otros de orden político, destacando entre ellos la convocatoria electoral y el respaldo de los grupos de derecha. La recurrencia a medios político electorales como las elecciones no competitivas - "consulta" de 1978 y plebiscito de 1980 - fortaleció su liderazgo al establecer su calidad de Presidente "elegido por el pueblo". Por último, también dispuso de la lógica represiva como recurso de apoyo, a través de la creación y desarrollo de la DINA.

Si culminara aquí la presentación es posible que entre los lectores quedara la impresión de encontrarse frente a un liderazgo "originario" de Pinochet, es decir, un jefe militar que posee dotes de líder llega al gobierno, accediendo a diversos recursos que le permiten consolidar, en términos de poder, una esencia que le acompaña de antemano. Por el contrario, el enfoque sociológico de la presente investigación obliga a estimar de modo fundamental, y al borde de la obiedad, el impacto que tienen determinadas condiciones sociales en la configuración de situaciones - e individuos - "naturalizadas" socialmente. Por esta razón, a pesar de su asomo en páginas anteriores y a riesgo de parecer reiterativos, se hace necesario rescatar antecedentes respecto al estado "social" predominante al momento del golpe, que facilitó el posicionamiento de Pinochet como líder al interior de la coalición. Con ello, proponemos la lectura correcta de las próximas líneas.

Bien conocido es el clima subjetivo experimentado por los grupos que componían la coalición gobiernista al inicio del régimen. La sensación de terror de la clase capitalista frente al elevado grado de organización y movilización popular - que aparece como una grave *amenaza* para la conservación de su poder y patrimonio - dio pie, una vez ocurrida la instalación militar, a la construcción de un universo discursivo centrado en la existencia de un enemigo - absoluto y despiadado - como el comunismo que, teniendo por portadores los partidos de izquierda, se había introducido en el país y contaminado la "virtud" patriota. El paso del discurso a la estrategia de enfrentamiento es mínimo: "*Se llegó a una nueva disposición anímica: cuando al adversario se le define como enemigo maquiavélico se le está atribuyendo el carácter de "encarnación del mal". Sólo*

hay que dar un paso, el menor, para desear su castigo, en cuanto éste tiene por objeto resguardar a los inocentes del contagio o seducción." (Moulian:1993, p.290). Derivado de lo anterior, y como resultado de la cosmovisión otorgada por la Doctrina de Seguridad Nacional (DSN), se produce el levantamiento simbólico de una oposición armada y masiva que atenta contra la supervivencia de la nación, la que en el escenario de una guerra antsubversiva debe ser enfrentada con el máximo rigor.

De este modo, una sucesión de hechos, entre los cuales los recién mencionados tienen un rol originante, fueron contribuyendo a crear ese ambiente subjetivo de *apoyo incondicionado* por parte de los grupos integrantes del bloque gobiernista a la figura de Pinochet. La amenaza de una transformación que afectaba de modo radical los patrones capitalistas de desarrollo y, con ello situaciones de interés personal, y la sensación de estar expuestos a condiciones de peligro permanente en razón de la supuesta existencia de una oposición fortalecida y dispuesta a la defensa del proyecto, constituyeron factores facilitadores para la progresiva personalización del poder por parte de Pinochet, para la legitimidad de un poder de mando único, cada vez más imponente y ajeno a control, que hiciera frente a ese enemigo declarado.

Por tanto, la presencia de ciertas condicionantes sociales unido ello a una producción simbólico-discursiva favorecedora del nuevo escenario de fuerzas, va generando un poder excesivamente personalizado y transformando, por esa vía, a Pinochet en el líder del régimen, y no a la inversa. Es a la luz de esta interpretación que deben ser leídos los párrafos siguientes, los que indagan en los hitos que explican el modo personalista de liderazgo de Pinochet.

a. La Dirección del Ejército

La principal base de autoridad y poder de Pinochet fue la Comandancia en Jefe del Ejército, cargo que desempeñó en forma activa durante todo el régimen. En Chile, históricamente este cargo ha involucrado un elevado grado de autoridad y Pinochet invocó esa tradición. Conocía el predominio del Ejército por sobre las otras ramas de las FF.AA y preveía que mientras ocupara ese cargo podría desentenderse de los posibles desafíos provenientes del general Leigh o de otros miembros uniformados y también de la oposición.

Esto quedó demostrado en 1983 cuando al impacto de la crisis económica se unen las movilizaciones de protesta, combinación de hechos que llevó a pensar a algunos dirigentes de la Alianza Democrática que quedaba poco tiempo al jefe militar en el poder. Sin embargo, éste controló la situación apoyándose en el Ejército, el que aplicó una severa represión, sobre todo en los sectores poblacionales: *"Una dictadura revolucionaria como la que existió en Chile solamente cae si se neutraliza su capacidad de uso de la fuerza. Esto significa que ella hubiera enfrentado el peligro de caer sólo en caso de enfrentarse a un poder militar superior. Esta situación requería la creación*

de una fuerza armada distinta o la división interna **catastrófica** por autonomización de una rama de las FF.AA..." (Moulian:1998, p.300).

La relativa reclusión de las Fuerzas Armadas durante décadas, producto de la capacidad del régimen político para resolver sus conflictos a través de fórmulas legitimadas, constituyó un obstáculo insalvable para la elaboración de un proyecto político consensuado internamente, que confinara un sentido de continuidad a la intervención de 1973 y que no fuera su subordinación al poder civil: *"La geopolítica o las doctrinas contrasubversivas o la ideología de Seguridad Nacional son capaces de proveer una autoimagen a las Fuerzas Armadas útil en momentos de crisis, la apariencia de un proyecto, pero no un programa de Gobierno más allá de medidas represivas y de alguna reestructuración en la esfera del régimen político"* (Garretón:1983, p.135). Dicho programa, entonces, será aportado por sectores de la sociedad civil.

El asunto de interés es que al no existir un programa militar unánimemente acordado, la cohesión interna de las FF.AA deriva fundamentalmente de su estructura jerárquica donde la legitimidad del liderazgo formal tiene una importancia crucial. Pero más significativo aún es que *"...como en el caso chileno coinciden los cargos de Comandante en Jefe y la autoridad máxima del Gobierno Militar, en la ausencia de un programa político consensual entre los militares este liderazgo formal tiende a personalizarse progresivamente."* (Garretón:1983, p.135).

La personalización creciente del liderazgo en Pinochet - liderazgo principalmente institucional - terminó con el proceso de deliberación del cuerpo uniformado antes del golpe militar y luego de ocurrido, dando lugar a la verticalidad máxima. Demostración de ello es la temprana determinación a eliminar sucesivamente de las filas del Ejército a aquellos altos oficiales que constituyen sus pares al momento del golpe, de modo de intensificar la distancia y, por tanto, las relaciones de jerarquía entre el Comandante en Jefe y las nuevas promociones de generales y oficiales que "le deben todo a su general". Se sumaba a esto, el fantasma de la sedición para Pinochet por parte de sectores constitucionalistas del Ejército, hecho que hacía imaginar la posibilidad catastrófica de ruptura al interior de la rama más importante de la Defensa Nacional y, por tanto, la pronta caída de la dictadura que pretendía imponerse.

En consecuencia, cuando Pinochet se hizo nombrar Presidente de la República en 1974, contaba con un alto mando del Ejército compuesto por un número importante de generales nombrados por él, que sabía le respaldarían plenamente. Los elementos de personalización del liderazgo utilizados por Pinochet en la dirección del Ejército favorecieron a los oficiales de su confianza, quienes ascendieron sin dificultades, a diferencia de quienes disintieron de sus políticas. El hecho de que no todos los que trabajaran con Pinochet pudieran terminar exitosamente su carrera profesional, generó un clima de alta inseguridad entre los oficiales, haciéndose predominante la tendencia a explicitar la lealtad al Comandante en Jefe.

En conclusión, el ascenso y permanencia de Pinochet en el poder se apoyó *"en la firme adhesión de las FF.AA chilenas a sus antiguas tradiciones de disciplina, jerarquía y respeto a la autoridad. Pinochet logró que lo militares (...) volvieran a sus ocupaciones habituales y que brindaran su irrestricta lealtad a las autoridades del nuevo gobierno"* (Valenzuela en Drake y Jaksic: 1993, p.79). El disciplinamiento del Ejército y de las restantes ramas de las FF.AA unido ello al fortalecimiento del liderazgo a nivel de Estado - a través de recursos institucionales y políticos como veremos luego - constituyeron factores fundamentales para el logro de la estabilidad del régimen, o lo que es lo mismo, la concurrencia de roles en una persona - la más elevada autoridad política y la más alta jerarquía militar - determinó la estabilidad de Pinochet en el poder, y, por tanto, del régimen.

b. La Presidencia de la República

La segunda base de poder de Pinochet fue la Presidencia de la República, la que no le fue entregada de forma inmediata por la Junta Militar luego del Golpe de Estado. Esto porque Pinochet no contaba con la plena confianza del resto de los miembros de la Junta, quienes le vieron incorporarse tardíamente a la conspiración y con antecedentes que no mostraban un destacado desempeño profesional. De hecho, muchos de los primeros asesores de la Junta y observadores de la política chilena, pensaron que el comandante en jefe de la Fuerza Aérea, general Gustavo Leigh, se convertiría prontamente en el hombre fuerte del régimen. Leigh además de haber sido uno de los primeros instigadores de la realización del golpe *"era mucho más sofisticado y coherente que Pinochet y mostraba un gran espíritu de iniciativa en los debates sobre el futuro del régimen y sobre las políticas a seguir"* (Valenzuela A. en Drake y Jaksic:1993, p. 76).

Pinochet siguió una estrategia gradualista para llegar a ser Presidente. Primero, inmediatamente después del golpe, fue designado presidente de la Junta de Gobierno, en calidad de *primus inter pares*, existiendo en ese entonces una dirección de carácter colegiado. A mediados de 1974, la dictación del Estatuto de la Junta de Gobierno permitió ampliar las atribuciones de Pinochet - si bien su autoridad siguió dependiendo de la Junta -, el que pasó a ser investido "Jefe Supremo de la Nación", una denominación que habían utilizado las primeras constituciones en las décadas iniciales del siglo XIX, para designar a los titulares del Poder Ejecutivo.

La emisión de este Estatuto era sólo el inicio de una acelerada carrera por parte de Pinochet hacia el poder total. Efectivamente, seis meses después de su dictación se aprueba un nuevo decreto de rango constitucional que introducía a este cuerpo legal una muy breve, pero ampliamente significativa modificación: cambiaba la denominación "Jefe Supremo de la Nación" por el título de Presidente de la República - rango con que habían sido reconocidos tradicionalmente los jefes de Estado chilenos - finalmente sancionado en la Constitución de 1980.

En lo formal no significaba una modificación importante. En lo jurídico tenía una importancia mayor. Pero políticamente implicaba un cambio enorme: *"A través de él se buscaba despojar al poder autoritario y de facto de su dudosa legitimidad y de su carácter transitorio rodeándolo - o intentando rodearlo al menos - de la solemnidad y estabilidad con que el cargo de Presidente de la República siempre había contado"* (Arriagada:1998,p.47). Además, esta nueva designación distanciaba aún más a Pinochet del resto de los integrantes de la Junta en relación a la creciente concentración del poder en sus manos, cuestión determinante en la generación de un liderazgo personalizado en el orden que se imponía.

c. Las Relaciones de Pinochet con sus Colaboradores Civiles

El apoyo de los diversos grupos de derecha constituyó una importante base del liderazgo de Pinochet. Como líder de la coalición gobernante Pinochet se propuso mantener la adhesión de éstos, cuestión que logró con bastante éxito, pues ninguna personalidad de derecha rompió con él, incluso le siguieron apoyando una vez abandonado el gobierno.

Pinochet estableció una relación bastante estrecha con cada uno de los sectores civiles que apoyaron el régimen, hecho que permite hablar de un pluralismo limitado al interior del gobierno. Éstos comprendían desde grupos de extrema derecha provenientes de "Patria y Libertad" y del nacionalismo, hasta algunos políticos del Partido Nacional. A ellos se sumaban el equipo tecnocrático neoliberal, los gremialistas liderados por Jaime Guzmán y los profesionales y empresarios que habían participado en el gobierno de Jorge Alessandri.

Sin embargo, al mismo tiempo aplicó una cuidadosa política hacia los civiles, no mostrando preferencias en favor de un determinado sector. El liderazgo de Pinochet estaba marcado precisamente por una desconfianza esencial hacia sus colaboradores, especialmente los civiles. Siempre conservó una actitud de recelo hacia ministros de esa condición, razón por la cual contaba con "asesorías paralelas" que le permitían manipular una amplia información con el propósito de contrastarla en el momento de la toma de decisiones y además controlar la gestión en los cargos ministeriales. Con ello logró que nadie sintiera plena seguridad de su permanencia en el cargo.

Expresivo también del estilo de liderazgo que Pinochet procuró imponer entre los sectores de apoyo era delegar competencias, bastante limitadas en sus atribuciones y retirándolas además cuando considerara necesario y sin aviso previo. A modo de ejemplo en 1983 otorgó a Sergio Onofre Jarpa amplias atribuciones para negociar con la oposición, desautorizando al poco tiempo aquellas conversaciones, nombrando además ministros que estaban en contra de su política aperturista.

Este estilo de decisión de Pinochet provocó una gran inestabilidad ministerial. De acuerdo a Huneeus, su gobierno totalizó cuarenta y nueve cambios de gabinete, de los que al menos trece

tuvieron importantes objetivos políticos (Huneeus:2000). Sin embargo, a diferencia de lo que uno podría esperar, la salida de los ministerios no motivó resentimientos que provocaran un rechazo político a Pinochet. La razón de ello es que el jefe militar se preocupó de que los ex ministros continuaran vinculados al gobierno, conservando con ellos una relación personal.

Estas estrategias de integración fueron bastante efectivas pues, como hemos señalado antes, ningún ex ministro rompió con él. Sin embargo, la importante cohesión del bloque gobernante que identificó al régimen también se explica por la política confrontacional que Pinochet estableció hacia la oposición, con el fin de provocar la máxima separación entre sus partidarios y sus opositores, cuestión que impidió que le restaran su respaldo para dárselo a la oposición.

d. El Recurso Electoral

La concentración del poder que alcanza Pinochet no sólo se apoyó en el complejo jurídico-institucional, sino también en recursos de carácter político, con el propósito de provocar un fortalecimiento de la Presidencia a través de formas plebiscitarias de legitimación: *"Con el plebiscito se buscó argumentar una legitimidad que ya no sería autorreferente, ya no reposaría en el proyecto mismo sino en el pueblo, en la voluntad popular"* (Moulian:1998, p.247). Por tanto, y apelando a la tradición electoral del país, Pinochet convoca a elecciones no competitivas, en dos ocasiones exitosamente: la consulta de 1978 y el plebiscito de 1980. El tercer intento, en octubre de 1988, fracasó, al ser derrotado por la oposición.

La primera oportunidad en que la ciudadanía fue llamada a pronunciarse ocurrió a comienzos de 1978, precipitada por una resolución de la Asamblea General de las Naciones Unidas en contra del Gobierno chileno en razón del evidente deterioro de los derechos humanos. Aprovechando en su beneficio esta situación, la respuesta del jefe militar fue convocar a una Consulta Nacional que legitimara a través de la voluntad popular -debidamente manipulada- la transición a la "nueva institucionalidad" y su conducción por parte de Pinochet. La idea era *"mostrar al mundo el rechazo a la nueva condena de la ONU, poner de manifiesto el enorme respaldo que recibía el Gobierno de la población, y fortalecer el liderazgo de Pinochet"* (Huneeus:2000, p.148).

La realización de esta iniciativa implicó que Pinochet actuara en el límite de la legalidad. Como no era posible convocar a un plebiscito porque no estaba contemplado en la Constitución, entonces optó por otorgarle un carácter informal de "consulta", aclarando que formaba parte de las facultades del Presidente y que no tendría consecuencias legales.

Para desencadenar una amplia movilización ciudadana, Pinochet alzó las banderas del *nacionalismo* denunciando la "agresión internacional" que enfrentaba el país, y convocando a la defensa de la "dignidad y soberanía nacional". El texto de la afirmación sometida a "consulta"

identificaba la defensa de la nación con la persona de Pinochet, existiendo una breve y marginal alusión al proceso de institucionalización del régimen. De esta manera, todos los chilenos mayores de 18 años debían votar a favor o en contra de lo siguiente: *"Frente a la agresión internacional desatada en contra de nuestra patria, respaldo al Presidente Pinochet en su defensa de la dignidad de Chile y reafirmo la legitimidad del Gobierno de la República para encabezar soberanamente el proceso de institucionalización del país"* (Huneeus:2000, p.149).

La convocatoria a esta singular "consulta" provocó el rechazo no sólo de la oposición sino también de la propia Junta Militar, siendo especialmente importante la crítica expuesta públicamente por el entonces Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea, General Gustavo Leigh, quien protestaba por el hecho de que *"...el honor y prestigio de las Fuerzas Armadas se verían comprometidos al tener que supervisar un plebiscito que por su propia naturaleza está llamado a despertar sospechas y malinterpretaciones, agregando que la convocatoria a dicho plebiscito era contraria a los estatutos establecidos por el propio Gobierno militar..."* (Martínez y Díaz:1995, p.15). Por su parte, la oposición, imposibilitada de realizar cualquier tipo de actividad electoral, se mostró decididamente contraria al proceso, el que claramente entendió como una maniobra del jefe militar para su consolidación en el poder.

El ambiente plebiscitario creado por la agitación nacionalista, el apoyo de todos los medios de comunicación que, sin excepción, llamaron a votar por el SI, la activa participación de los diversos grupos civiles que favorecían al gobierno y la labor desarrollada por las organizaciones de jóvenes, mujeres y trabajadores agrupadas en la Dirección de Organizaciones Civiles, tuvieron como resultado una masiva movilización que le permitió a Pinochet conseguir lo que buscaba: de acuerdo a los resultados oficiales, el 75% de los chilenos que votaron, lo hizo en favor de la única alternativa planteada.

El referéndum otorgó al poder de Pinochet una nueva fuente de legitimación: *el apoyo de los ciudadanos*. Algunos meses más tarde, una nueva decisión, preparada desde hacía tiempo, venía a confirmar su autoridad y poder: destituir al general Leigh como miembro de la Junta Militar. Con ello quedó demostrado el liderazgo de Pinochet al interior del Ejército y el predominio de esta rama por sobre las restantes que componían la Defensa Nacional. Pero, sobre todo, *"probó un sistema de legitimación cesarista del poder presidencial que luego será utilizado como vía predominante de la llamada institucionalización política"* (Martínez y Díaz:1995, p.15).

Por otro lado, la segunda oportunidad que se convocó el voto popular fue para el plebiscito de 1980, el que tuvo como propósito aprobar la nueva Constitución Política. Su preparación estuvo a cargo de la Comisión Constitucional presidida por Enrique Ortúzar, que tras cinco años de estudio entrega un informe final en 1978. El documento fue remitido en consulta al Consejo de Estado, cuyo texto - dado a conocer en 1980 - se convirtió en una nueva propuesta. La resistencia de Pinochet a

la fijación de plazos al régimen se enfrentó, por tanto, en 1980 a la necesidad apremiante de una decisión. Frente a esta situación Pinochet reaccionó rápidamente de acuerdo a una pauta ya conocida del liderazgo personalista que había logrado imponer: reelaboró un proyecto de Constitución tomando elementos de los informes de la Comisión Ortúzar y de los elaborados por el Consejo de Estado y llamó en el plazo de un mes a un plebiscito para aprobarlo.

Si bien el plebiscito tuvo por finalidad aprobar la Constitución y no expresó abiertamente el objetivo de elegir a Pinochet como Presidente, en uno de sus artículos transitorios se establecía discretamente un "nuevo mandato" de ocho años del general Pinochet como Presidente de la República, al término de los cuales la Junta militar propondría un candidato único a la Presidencia por un nuevo período de ocho años (que explícitamente podía ser nuevamente Pinochet), debiendo determinar la ciudadanía en otro plebiscito si aprobaba o rechazaba dicha proposición.

Como en la anterior consulta plebiscitaria, el acto se llevó a efecto a las pocas semanas de ser convocado, sin un Registro Electoral público, con una concentración agobiante de propaganda por parte del gobierno y manteniendo las prohibiciones de expresión a los opositores, un atemorizamiento general de la población, sobre todo en las "poblaciones" y localidades más alejadas de los centros urbanos, además de las múltiples irregularidades cometidas en el proceso de votación. De acuerdo a los resultados oficiales, y sin poder calcular la magnitud del fraude, un 67% de los votantes favoreció la "aprobación", contra un 30% que se opuso.

Por un lado, la constitución impuesta en el plebiscito y promulgada en 1981 puede ser interpretada como un triunfo de Pinochet y de los sectores más cercanos a él. Fue en este momento que logró consolidar de forma efectiva su poder, pues *"las tres fuentes de legitimidad alcanzaron su plena realización: gozaba de legitimidad legal debido a la aprobación de la Constitución, de legitimidad económica a causa de los excelentes indicadores económicos nacionales y de una alta aprobación ciudadana"* (Huneeus:2000, p.152). Analizando el significado del plebiscito para el conjunto de la sociedad y para la oposición, Garretón señala que efectivamente es posible percibir un éxito del régimen militar, pero no en el grado de apoyo activo que recibe, como propone Huneeus, sino *"en su capacidad de desarticulación social, de propaganda sobre los traumas y terrores del pasado, de creación de incertidumbre sobre alternativas, de manipulación de un conformismo pasivo"* (Garretón:1983, p.154).

Por otro lado, en forma paralela, la vigencia de la constitución planteaba problemas al ejercicio del liderazgo personalizado de Pinochet, pues ahora su capacidad discrecional encontraba límites. Ante situaciones de crisis, soluciones como el llamado a Consulta en 1978, o a plebiscito en 1980, o la eliminación de la mayor parte de los Generales de la Fuerza Aérea en 1978, se encontraban ahora sometidas a normas. Esta restricción al poder discrecional, sin embargo, no incluía el manejo de la acción represiva, el que se mantuvo no sujeto a reglas. Esta cuestión determinó que las

dificultades encontradas en la implantación de la dimensión fundacional fueran sobrepasadas recurriendo precisamente a una intensificación del aparato represivo.

La coerción constituyó un componente importante del liderazgo de Pinochet, asunto que evaluaremos en la relación que mantuvo el jefe militar con el órgano representativo del terror: la DINA.

e. El Terror como Recurso de Poder

A partir del 11 de septiembre de 1973 se había producido un importante desarrollo de los servicios de inteligencia en todas las ramas de las FF.AA y en Carabineros. Tales unidades habían incrementado notablemente su capacidad en recursos humanos y materiales, desplegando una amplia actividad, pero con escasa coordinación entre ellas. Como consecuencia de esto, el poder represivo del Estado se encontraba fragmentado en una pluralidad de organismos cada vez más autónomos y difíciles de controlar. Surge, entonces, la "necesidad técnica" y táctica de contar con un organismo centralizado que permitiera coordinar y especializar el campo represivo, recogiendo la información dispersa en los distintos servicios y que respondiera directamente al poder ejecutivo.

La Dirección de Inteligencia Nacional (DINA), que dependía directamente de Pinochet, implicó el ejercicio centralizado de la represión, y aunque no sin fricciones tendía a subordinar a los aparatos de inteligencia y seguridad de las diversas ramas de las FF.AA. Pinochet creó la DINA con el propósito de actuar en contra no sólo de la oposición, sino también para controlar a los altos funcionarios de gobierno, civiles y militares, a fin de prevenir cualquier tipo de disidencias y sediciones que malograrán la cohesión del bloque en el poder.

En junio de 1974, la DINA tuvo su definitiva consagración jurídica como ente autónomo, con recursos propios y enorme poder, último que le permitió contar con facultades que sobrepasaban toda restricción legal: "*...formalmente la DINA dependía de la Junta de Gobierno, pero en el hecho respondió ante el Presidente de la Junta de Gobierno y Comandante en Jefe del Ejército. La DINA tomó pie en esta dependencia para resguardarse de toda indagación o interferencia*" (Comisión de Verdad y Reconciliación en Arriagada: 1998, p.51). Quien fuera el representante de este órgano del terror - Manuel Contreras - mantuvo una relación de elevada confianza con Pinochet, entregándole diariamente un informe completo de inteligencia.

Finalmente, tanto la presión internacional y de la Iglesia Católica, institución que concentraba la labor de defensa de los afectados por la represión, como de algunos sectores del régimen, llevaron a Pinochet a la disolución de la DINA, la que sería reemplazada en 1977 por la Central Nacional de Informaciones (CNI). La CNI emerge en lo formal como un organismo de inteligencia sin poderes ejecutivos, pero en la realidad sustituyó a la DINA en casi todos sus métodos. La

diferencia estuvo en que no volvieron a presentarse casos de desaparecimiento y además, que tras un proceso de aprendizaje por parte del gobierno, se pretendió incorporar a la legislación todas las facultades que permitieran un accionar fluido de la instancia represora, aunque finalmente esa misma legalidad fuera sobrepasada.

El recurso de poder coercitivo fue muy importante para Pinochet, al condicionar elementos importantes de su liderazgo político, donde puede observarse un paralelo entre el proceso de concentración y centralización del aparato represivo bajo el directo mando de Pinochet y la consolidación del liderazgo personalizado al interior no sólo de las FF.AA, sino también de la coalición en general.

Ahora bien, hemos repasado las distintas *fuentes objetivas de liderazgo* del ex gobernante definido a partir del progresivo y concluyente proceso de personalización del poder. Corresponde entonces aproximarnos a una de las teorías clásicas sobre liderazgo, que nos permitirá introducirnos, a través del concepto de legitimidad carismática, en su componente subjetivo, es decir, la percepción que un grupo de sujetos configura de una autoridad como un líder. Para ello debemos comenzar por definir los conceptos de dominación y legitimidad.

2.2.2. Dominación y Legitimidad en Weber

El desarrollo de la sociología política y específicamente de la teoría de la dominación de Weber se inicia con la distinción fundamental entre poder y dominación: **poder** definido como la *"probabilidad de imponer la propia voluntad, dentro de una relación social, aun contra toda resistencia y cualquiera que sea el fundamento de esa probabilidad"* (Weber:1987, p.43). En este sentido general el poder es un concepto *sociológicamente amorfo*, al tratarse de un aspecto propio de casi todas - sino de todas - las relaciones sociales, careciendo, por tanto, de utilidad para la ciencia.

Por ello, con el fin de precisar esta noción, Weber acuña el término de **dominación**: *"Por dominación debe entenderse la probabilidad de encontrar obediencia a un mandato de determinado contenido entre personas dadas"* (Weber: 1987, p.43). El requerimiento fundamental, por tanto, de toda auténtica relación de dominación es la existencia de una voluntad en el dominado.

De las variadas formas que pueden alcanzar las relaciones de dominación Weber distinguió dos tipos antagónicos que resultan de especial interés: la dominación proveniente de una *constelación de intereses*, surgida en un mercado formalmente libre y la dominación que deriva de una *autoridad constituida*, facultada de asignar el derecho a mando y el deber de obediencia.

En la dominación por *constelación de intereses*, cada individuo dirige sus acciones de acuerdo a expectativas interesadas, bajo la orientación de una racionalidad estratégica. El carácter de dominación se origina, por tanto, en la asimetría de bienes o calificaciones que permiten a cada sujeto ocupar una situación de mayor o menor privilegio.

El tipo más puro de la primera forma estaría representado por el dominio monopolizador del mercado, esto es, quienes detentan el monopolio de un mercado adquieren influencias que intervienen el tráfico formalmente libre de los dominados, estos últimos, a su vez, movilizados en función de su propio interés.

El tipo de dominación *por autoridad*, en cambio, se caracteriza por recurrir a la exigencia de obediencia independientemente de los intereses de los dominados. El tipo ideal señalado por Weber para esta forma de dominación es el poder ejercido por el padre de familia, el funcionario o el príncipe. En este caso, el poder del dominador se fundamenta en la autoridad que le entrega la tradición, la legalidad o los vínculos sentimentales.

Dos aclaraciones se vuelven necesarias. Primero, Weber propuso reservar el término dominación para este último tipo de circunstancia, excluyendo todas aquellas situaciones en las que el poder ha derivado y se encuentra condicionado por el libre juego de intereses, especialmente las del mercado. Por otro lado, si bien la dominación por autoridad aparece en distintos campos de la vida social (familia, asociaciones ciudadanas, etc) Weber estaba interesado antes que nada en su relación con el "régimen de gobierno", esto es, la dominación política: *"Toda dominación se manifiesta y funciona en forma de gobierno. Todo régimen de gobierno necesita del dominio en alguna forma, pues para su desempeño siempre se deben colocar en manos de alguien poderes imperativos"* (Weber:1987, p. 701).

A partir de estas consideraciones, precisa el concepto: *"...entendemos aquí por "dominación" un estado de cosas por el cual una voluntad manifiesta ("mandato") del "dominador" o de los "dominadores", influye sobre los actos de otros (del "dominado" o de los "dominados"), de tal suerte que en un grado socialmente relevante estos actos tienen lugar como si los dominados hubieran adoptado por sí mismos y como máxima de su obrar el contenido del mandato (obediencia)"* (Weber:1987, p.699).

La dominación weberiana involucra, ante todo, una clase de *relaciones sociales* que están regidas por la lógica del poder. Ello significa, por un lado, que toda relación en que exista algún tipo de subordinación de uno respecto a otro - relación asimétrica - es una relación social que está fundada en la dominación.

Por otro lado, al definir relación social como "*una conducta plural - de varios - que, por el sentido que encierra, se presenta como recíprocamente referida, orientándose por esa reciprocidad*" (Weber :1987, p.21), Weber, a su vez, comprende la dominación como una relación de reciprocidad entre dominadores y dominados, importando el *significado* que ambos atribuyen a la relación de autoridad. Al emitir mandatos, los dominadores apelan a derecho: pretenden tener legítima autoridad para ello y cuentan, por tanto, con que serán obedecidos. Por su parte, la obediencia de los dominados se sostiene hasta cierto punto en la idea de que los dominadores y sus mandatos constituyen un orden legítimo de autoridad.

Se desprende de lo anterior que la dominación - concepto asignado por Weber de modo restringido a la dominación por autoridad -, requiere de un proceso de legitimación, de vital importancia actual y sobre el cual volveremos posteriormente. De hecho, Weber hablará de una "*dominación no legítima*" para enfatizar el tipo de dominación por constelación de intereses, por ejemplo, cuando desarrolla su sociología de las ciudades, entendidas como asentamientos humanos que se desarrollan en torno al mercado.

Ahora bien, la noción de dominación definida por Weber requiere, en primer lugar, la presencia de un(os) individuo(s) que exija(n) y que además encuentre(n) obediencia a sus mandatos. Si el esquema definido por Weber quedara hasta aquí, aún entregando los elementos básicos de una relación de dominación, se limitaría a expresar tal fenómeno como un comportamiento *causalmente adecuado*, esto es, como una simple sucesión de hechos, donde con cierta probabilidad un evento - "A manda a B realizar x" - es seguido por otro - "B realiza x".

Por esta razón, para conceptualizar las diversas formas de la dominación, Weber recurre a la *mediación social* entre mandato y obediencia, entendiendo tal vínculo como una acción social *adecuada por el sentido*, como acciones orientadas por un *motivo*. Weber llamaba motivo "*a la conexión de sentido que para el actor o el observador aparece como el fundamento con sentido de una conducta*" (Weber:1987, p.10), es decir, el complejo de significados que otorga al agente y/o observador razones para comportarse de determinado modo.

Esto se encuentra indicado en la definición weberiana de obediencia, incluida a su vez en el concepto más general de dominación, ya revisado. De acuerdo a ella, el mandato (expresión de voluntad de los dominadores) influye en los actos de los otros (dominados) "como si" éstos hubieran adoptado el "contenido del mandato" (motivo) como precepto o máxima de su propia conducta.

De esta forma, ahora tenemos que entre el hecho "A manda a B realizar x" y el sucesivo "B realiza x" aparece una zona intermedia donde "A al tiempo de exigir a B hacer x, aduce ciertos motivos" y "B al tiempo de realizarlo acepta y asume tales motivos". Obviamente que el proceso de

invocar y aceptar motivos no se manifiesta consciente en lo cotidiano, y sólo llega a hacerse explícito cuando se cuestionan los motivos o falla la comprensión (Serrano, Enrique: 1994).

A Weber le interesaba enfatizar los motivos que intervienen en el acto probable de la obediencia a un mandato: *"La dominación, o sea, la probabilidad de hallar obediencia a un mandato determinado, puede fundarse en diversos motivos: puede depender directamente de una constelación de intereses, o sea de consideraciones utilitarias de ventajas e inconvenientes por parte del que obedece; o puede depender también de la mera "costumbre", de la ciega habituación a un comportamiento inveterado, o puede fundarse, por fin, en el puro afecto, en la mera inclinación personal del súbdito. Sin embargo, la dominación que sólo se fundara en tales móviles sería relativamente inestable. En las relaciones entre dominantes y dominados, en cambio, la dominación suele apoyarse interiormente en motivos jurídicos, en motivos de su "legitimidad", de tal manera que la conmoción de esa creencia en la legitimidad suele, por lo regular, acarrear graves consecuencias"* (Weber:1987, p.706 – 707, negrilla es nuestra).

En este sentido, un orden adquiere legitimidad cuando es reconocido "en sí" obligatorio, tratándose de un *reconocimiento básico* que, más allá de la costumbre y del oportunismo, crea una motivación adicional para actuar de acuerdo al sentido de ese orden.

Concluía entonces que la creencia en la validez del orden por parte de sus integrantes - legitimidad -, constituye un factor fundamental para estabilizar y garantizar la reproducción de tal orden. Por esta razón, en toda dominación aquellos que ocupan un lugar privilegiado no se contentan con encontrar una obediencia habitual - entendida como una regularidad empírica, por tanto verificable, en la que los sujetos actúan de acuerdo con lo prescrito por el orden -, sino que pretenden incitar la creencia en su legitimidad como motivo de obediencia: *"De acuerdo con la experiencia, ninguna dominación se contenta voluntariamente con tener como probabilidades de su persistencia motivos puramente materiales, afectivos o racionales de acuerdo a valores (...), todas procuran despertar y fomentar la creencia en su legitimidad"* (Weber:1987, p.170).

La noción de legitimidad apunta precisamente a la creencia en un derecho a mandar que se traduce, a su vez, en el deber de obediencia. De acuerdo a Weber, es un hecho general propio de toda forma de dominación e incluso de toda circunstancia de vida la autojustificación. Es decir - como todos los que gozan de ventajas sobre los otros - quienes ostentan el poder quieren considerar "legítima" su posición y "merecidos" sus privilegios, e interpretar la situación subordinada de los otros como producto de una "culpa", o como el "justo destino" de su suerte.

Ahora bien, la subsistencia de toda dominación se manifiesta precisamente en ese proceso de "autojustificación" que apela a *principios de legitimidad*. Para Weber existirían tres principios últimos

en los que se apoya la validez de una forma de dominio, es decir, la exigencia de obediencia por parte de los dominadores a sus dominados:

- a) La autoridad de un poder de mando puede sustentarse en un sistema de normas racionales instituidas (derecho), el que aplicado judicial y administrativamente, es válido para todos los miembros de la comunidad. Tal sistema normativo legitima a quien dispone del mando, y su poder es legítimo mientras sea ejercido de acuerdo con tales normas. La fuente de obediencia se encuentra, por tanto, en las normas y no en la persona.
- b) Por otro lado, la obediencia puede basarse en la *autoridad personal*, última que puede estar fundada en la santidad de la tradición, de lo acostumbrado, de lo que ha sido siempre de un modo determinado, lo que exige obediencia a ciertos sujetos.
- c) Por último, la obediencia puede basarse en la creencia en un *carisma* es decir, en la revelación o gracia "concedida" a determinados individuos quienes aparecen como redentores, profetas o héroes de cualquier clase.

A tales principios corresponden los tipos "puros" de la estructura de la dominación. Es decir, según sea la forma de legitimación del poder, es fundamentalmente diferente tanto el tipo de obediencia, como el del cuadro administrativo encargado de garantizarla, como el carácter que toma el ejercicio de la dominación. Weber definió tres tipos puros de dominación legítima, los que mediante su combinación y transformación dan lugar a las formas históricas de aparición:

- a) **Dominación Legal**: basada en una legitimidad de carácter racional, esto es, la creencia en la legalidad de un orden estatuido y en los derechos de mando de quienes en virtud de tal orden ejercen la autoridad.
- b) **Dominación Tradicional**: fundada en una legitimidad de carácter tradicional, es decir, descansa en la creencia cotidiana en la santidad de las tradiciones que han regido desde un tiempo remoto y en la legitimidad de los nombrados por esa tradición para ejercer la autoridad.
- c) **Dominación Carismática**: sustentada en una legitimidad carismática, esto es, descansa en la devoción y entrega afectiva a una persona que presenta cualidades extracotidianas, como santidad, heroísmo o ejemplaridad, y al orden creado o revelado por ella. El poder de mando puede ser ejercido por un líder, al que se le reconoce la posesión de *carisma* y el que es obedecido por discípulos o seguidores que creen en sus virtudes extraordinarias más que en reglas estatuidas o en la dignidad de una posición que la tradición consagra.

La legitimidad carismática forma parte medular del enfoque que proponemos para la presente investigación, que explicaremos más adelante. Ello justifica la especial atención otorgada en las siguientes líneas.

a. Dominación Carismática

Este tipo de dominación tiene un carácter extracotidiano, oponiéndose, en tal calidad, a las dominaciones racional - especialmente la burocrática - y tradicional - principalmente la patriarcal -, definidas por Weber como formas "rutinarias" de dominio, como estructuras *permanentes* que satisfacen las *necesidades cotidianas* de la comunidad, y no aquellas que sobrepasan el límite de lo habitual.

La dominación burocrática es específicamente racional en la medida de su vinculación a reglas abstractas que imponen un orden impersonal de obligatoriedad. En cambio, la carismática es distintivamente ajena a toda regla. Por su parte, la dominación tradicional está ligada a orientaciones procedentes del pasado, y en cuanto tal, igualmente ligada a normas, a diferencia de la carismática que trastoca el pasado y en ese sentido es definitivamente **revolucionaria**: *"La dominación auténticamente carismática no reconoce principios y reglamentos abstractos, no admite ninguna jurisdicción "formal". (...) Significa así la exclusión de la vinculación a todo orden externo en favor de la glorificación única (...) del auténtico carácter heroico y profético. Por eso se comporta revolucionariamente, invirtiendo todos los valores y rompiendo absolutamente con toda norma tradicional o racional"* (Weber:1987, p. 851).

Ello explica su aparición en tiempos de crisis, cuando el jefe "natural" no es el funcionario, propio del dominio burocrático, ni el señor, cuya autoridad se basa en la santidad de la tradición, sino el sujeto a quien se le atribuyen unas características excepcionales: *"Sea como fuere, el liderazgo carismático se da más frecuentemente en los trances de emergencia, y, por tanto, se asocia con una conmoción colectiva, que expresa la reacción de las masas populares a alguna experiencia extraordinaria y las mueve a entregarse a un conductor heroico. De ahí que este liderazgo sólo se acerque a su "tipo puro" en el momento que se origina, a diferencia de las otras estructuras más durables"* (Bendix:1970, p.286).

Aplicando la metodología del tipo ideal en el análisis de las formas sociales de la dominación, el autor señala que los tipos más puros de dominación carismática se encuentran en el dominio del "profeta", del "héroe guerrero" y del "gran demagogo". Del mismo modo, el vínculo mandato - obediencia en este dominio encuentra su expresión ideal en el par *caudillo - apóstol*, obedeciendo éste último exclusiva y personalmente al caudillo a causa de sus atributos excepcionales y no, como hemos señalado, en razón de su dignidad tradicional o estatuida.

Profundicemos en el titular del poder. El carácter revolucionario de esta dominación se debe a la presencia de un caudillo carismático *que aparece como un reformador radical que desestima la práctica establecida para imponer nuevas formas: "...el profeta genuino, como el caudillo genuino, como todo jefe genuino en general, anuncia, crea, exige nuevos mandamientos - en el sentido originario del carisma: por la fuerza de la revelación, del oráculo, de la inspiración o en méritos de su voluntad concreta de organización..."* (Weber:1987, p.195).

Domina a los hombres en razón de **cualidades inaccesibles** para los otros, que se hacen merecedoras de **veneración**. Esto es lo que Weber llama **carisma** y que define como *"la cualidad, que pasa por extraordinaria (...), de una personalidad, por cuya virtud se la considera en posesión de fuerzas sobrenaturales o sobrehumanas - o por lo menos específicamente extracotidianas y no asequibles a cualquier otro - o como enviado del dios, o como ejemplar y, en consecuencia, como jefe, caudillo, guía o líder"* (Weber :1987, p. 193). Este carisma del que habla Weber constituye -en el sentido más apropiado del término- una **"vocación"**, una **"misión"** o **"tarea íntima"**.

En otras palabras, el caudillo, demagogo, guerrero o profeta domina porque a través de él se manifiesta una misión que, por lo general, implica una ruptura con el orden actualmente existente. En verdad es prácticamente impensable que a unas facultades reconocidas como sobresalientes por parte de los dominados no les sea atribuido un propósito más profundo que invoque una alteración del estado de cosas presente, teniendo un papel fundamental la autointerpretación que el dominador hace de su misión: *"El líder carismático es un hombre que reclama obediencia invocando la misión que se siente llamado a cumplir. Sus títulos son válidos si aquellos a quienes pretende guiar reconocen su misión; permanece siendo su jefe mientras pueda probarla y probarse a sí mismo ante ellos"* (Bendix:1970, p.287).

Como se desprende de lo dicho, las relaciones involucradas en el dominio carismático son profundamente personales, por lo menos en comparación con los otros tipos distinguidos por Weber. De esta forma, las personas se entregan a su conductor deslumbradas por la fe en las manifestaciones de su autenticidad, y apartándose de lo establecido, adhieren al orden sin precedentes que promueve el líder. En este sentido, en su forma pura, el liderazgo carismático conlleva un elevado grado de compromiso de parte de los adeptos que no tiene similar en los otros tipos de dominación.

La entrega afectiva y personal que cabe encontrar en los dominados en este tipo de dominación se explica por las facultades extraordinarias percibidas en el sujeto que domina: *"Lo siempre nuevo, lo extracotidiano, lo nunca visto y la entrega emotiva que provocan, constituyen aquí la fuente de la devoción personal"* (Weber:1987, p.711). En otras palabras, la fuente de obediencia de los dominados proviene fundamentalmente de la creencia en un **carisma**, reconocido en la autoridad, no de la creencia en la tradición ni tampoco en un orden instituido.

Sin embargo, y he aquí lo sociológicamente importante, la obediencia sólo persiste mientras el sujeto conserva su condición carismática, es decir, mientras tales cualidades le son **atribuidas**. Esta cuestión resulta fundamental para los términos en los que ha sido pensada la presente investigación, razón por la cual insistiremos en este punto.

En la noción weberiana de dominio carismático, el reconocimiento por parte de los dominados y especialmente por parte de los seguidores (discípulos, séquito, hombres de confianza) resulta ser decisivo en la existencia de carisma. En otras palabras, los rasgos extracotidianos, si no se reconocen en el medio social circundante, no constituyen carisma en el sentido weberiano. Esto nos hace estar en presencia de un fenómeno eminentemente sociológico, donde el **carisma** no consiste en un atributo - o un complejo de atributos - a priori de la personalidad, sino que existe en la medida de su **reconocimiento social**, en este caso por los dominados, otorgado a una personalidad que "es percibida" como portadora de lo extraordinario: "*Sobre la validez del carisma decide el **reconocimiento** - nacido de la entrega a la revelación, de la reverencia por el héroe, de la confianza en el jefe - por parte de los dominados; reconocimiento que se mantiene por corroboración de las supuestas cualidades carismáticas...*" (Weber:1987, p.195, negrilla es nuestra).

Por consiguiente, la dominación carismática es **legítima** en la medida que el carisma del sujeto que domina encuentra reconocimiento por parte de los dominados y, en consecuencia, mientras persiste la creencia en sus facultades excepcionales como motivo de legitimidad: "*...cuando es abandonado por su dios, o cuando decaen su fuerza heroica o la fe de los que creen en su calidad de caudillo, entonces su dominio se hace también caduco (...)* **La autoridad carismática se basa en la creencia en el profeta o en el reconocimiento que encuentran personalmente el héroe guerrero, el héroe de la calle o el demagogo y cae con éstos.**" (Weber:1987, p.712-713, negrilla es nuestra).

Esto nos revela una relación entre gobernantes y gobernados altamente inestable. El liderazgo carismático es producto de entusiasmo y de crisis y a diferencia del gobierno tradicional el caudillo carismático debe su autoridad exclusivamente a la demostración - corroboración en palabras de Weber - de su poder y a la fe que den discípulos y seguidores de ese poder, poder que, como hemos señalado, descansa, no en atribuciones otorgadas por la tradición o ajustadas a derecho - fuentes que implican mayor continuidad - sino en características personales reconocidas como excepcionales y que pueden ser perdidas en un tiempo breve: "*...si el agraciado carismático parece abandonado de su dios o de su fuerza mágica o heroica, le falla el éxito de modo duradero y, sobre todo, si su jefatura no aporta ningún bienestar a los dominados, entonces hay la probabilidad de que su autoridad carismática se disipe*" (Weber:1987, p.194).

Respecto a lo conflictivo que resulta en términos normativos el concepto de carisma, hacemos nuestra la postura weberiana. Según el autor, la posibilidad de la sociología, como la de

cualquier otra ciencia social, depende de la capacidad de utilizar conceptos específicamente definidos con un sentido de neutralidad respecto a los valores, sin que ello indique menosprecio por los mismos. En esta situación calza bien el concepto de **carisma**: *"Para el sociólogo, la cólera maníaca del "hombre - fiero" nórdico, (...), o las dotes demagógicas de Cleón son "carisma" con el mismo título que las cualidades de un Napoleón, de Jesús o de Pericles. Porque para nosotros lo decisivo es si se consideraron como carisma y si actuaron como tal, es decir: si hallaron o no reconocimiento"* (Weber:1987, p.713). Por tanto, ubicar las cuestiones del bien y del mal en un plano diferente a las *cuestiones de hecho* permite a Weber contar con que han existido hombres "muy buenos" y hombres "muy malos" que han dominado a otros mediante facultades "extraordinarias".

Sin ánimo de profundizar en ello, debe mencionarse la polémica que envuelve al concepto weberiano de carisma en lo que respecta a la justificación teórica que este autor habría concedido a la instalación de regímenes totalitarios fundados en la presencia "carismática" del dictador. De acuerdo a Mommsen - uno de sus mayores críticos - Weber no habría valorado lo suficiente la fuerza legitimadora de la legalidad y, en consecuencia, considerado necesario complementaria con elementos carismáticos. Sin oponerse a esta visión, Mommsen cuestiona a Weber no haber apostado por el carisma correcto, *"aquel cuyo objetivo es la realización positiva de los valores al servicio de la totalidad. En vez de ello, Weber habría propugnado el carisma equivocado que mediante la apelación a los bajos instintos y a los impulsos emocionales de las masas corrompe la voluntad del pueblo y la utiliza como palanca para edificar una dominación violenta"* (Stefan Breuer:1996, p.158).

En respuesta a esto, por un lado, la idea weberiana se encontraría más cercana a los líderes carismáticos de los partidos políticos dentro de las democracias modernas. Con este señalamiento no se pretende agotar la discusión en torno al concepto de "democracia plebiscitaria del líder" propuesta por Weber, sino sólo entregar algunas pinceladas de la documentada y extensa polémica al respecto, superando con creces la pretensión de estas páginas. Por otro lado, para efectos de esta investigación reiteramos lo señalado en lo referente a la utilidad que representan para la ciencia determinados contenidos que en términos valóricos resultan sumamente conflictivos. En este sentido, las nociones de legitimidad y liderazgo carismático nos entregan elementos explicativos interesantes que permiten un acercamiento a la percepción que parte del grupo popular mantiene respecto a la figura de Pinochet.

Ahora bien, ¿cómo interpretamos lo hasta aquí revisado en el caso de la dictadura chilena liderada por Pinochet? Es lo que veremos en el siguiente apartado.

b. Consideraciones para efectos de esta investigación

Al comenzar retomamos el sentido genuino de los tipos ideales weberianos, frente a los cuales la realidad se aproxima en mayor o menor grado o, lo que sucede con más frecuencia, de cuya combinación se compone. De este modo, entendemos el régimen militar chileno como una dominación por autoridad que congrega rasgos de un dominio legal-racional, tradicional y carismático.

Aunque esta investigación utilizará principalmente las herramientas analíticas involucradas en el concepto de *dominación - legitimidad carismática*, ello no implica que la perspectiva escogida baste para explicar en su totalidad el régimen de gobierno encabezado por Pinochet, sino sólo que resulta más adecuada que el resto de las clasificaciones para estructurar y comprender los términos del problema central de estas páginas.

En primer lugar, observar la dictadura militar chilena como una dominación legal no implica obviar aquel elemento que en lo político la erige y sostiene: la violencia y el terror. Desde sus inicios el régimen intenta fundarse en derecho, a través de la disposición de una normativa jurídica flexible a las necesidades de un poder de dimensiones ilimitadas: *"Como en todo derecho revolucionario sobresale la maleabilidad o la plasticidad, la subordinación de las normas al ejercicio práctico de un poder recién estrenado."* (Moulian:1998, p.215).

El régimen militar integró rasgos de una dominación legal - racional desde su instalación. El Acta de Constitución de la Junta de Gobierno representó el primer acto jurídico del nuevo poder político, aquél que lo instituía en derecho. Reemplazada por el Estatuto de la Junta a mediados de 1974, *"viene a consagrar la fuerza en el terreno normativo y a crearle su primer espacio jurídico, un campo de delimitación de facultades, procedimientos, derechos y obligaciones"* (Moulian:1998, p.215).

Ahora bien, aún cuando se tratara de una normativa jurídica fluida y adaptable a las exigencias del poder recién instaurado -, el derecho subordinado al terror -, la legalidad general se mantuvo desde el comienzo. Pensemos que la Constitución de 1925 permaneció vigente hasta la dictación de la nueva Carta Fundamental, claramente no intacta, debiendo integrar modificaciones que representaran el componente autoritario del nuevo gobierno. De hecho, si bien los nuevos gobernantes se declararon sometidos a la Constitución precedente, al descansar en ellos el poder constituyente, la estabilidad de la normativa fundamental dependía sólo del acuerdo unánime alcanzado al interior de la Junta.

De este modo, a principios de 1976, la Junta tomó la decisión de formalizar un conjunto de principios jurídicos que, con el nombre de Actas Constitucionales, sustituirían algunas secciones de

la Carta de 1925, tratándose de las primeras reformas orgánicas y en profundidad de ésta última. Posteriormente la dictación de la Constitución en 1980, como resultado del proceso de institucionalización política forzosamente iniciado por el gobierno hacia 1977, imprimió al régimen el carácter de dominio legal en su más alta expresión.

Como señaláramos en su momento, en la dominación legal weberiana el sistema normativo legitima a quien dispone del mando y su poder es legítimo en tanto sea ejercido de acuerdo con tal normativa. Por tanto, es posible hablar del régimen militar en términos de dominio legal - racional en la medida que conservó la legalidad general y también la creencia en el fundamento legal del orden impuesto y, por tanto, en el "derecho de mando" de quien por efecto de ese orden ejerció la autoridad. Esto queda establecido de forma definitiva en la Constitución de 1980, la que al ser sometida además al veredicto popular otorga una nueva fuente de legitimación a la autoridad militar, cuestión que se relaciona con el tipo tradicional de dominio distinguido por Weber. Es lo que desarrollaremos ahora.

La instalación militar adquiere los rasgos de dominación tradicional al vincularse con la tradición democrática "distintiva" de la nación chilena. Es decir, la autoridad militar no habría sido capaz de liberarse del discurso democrático, recurriendo incluso, como hemos señalado anteriormente, a un conjunto de prácticas típicas del ejercicio democrático para su legitimación. Analizando el porqué del paso de una dictadura revolucionaria a una transición normada y aprobada plebiscitariamente, Moulian da como razón "... la fijación de las dictaduras del Cono Sur, entre ellas la chilena, en el discurso democrático, su incapacidad de salirse de ese campo semántico y su insistencia en definir su tarea política como la creación de las condiciones para el desarrollo de la verdadera o auténtica democracia" (Moulian:1993, p.300).

Recordemos, por ejemplo, la dictación del decreto que cambiaba la denominación "Jefe Supremo de la Nación" por el título de "Presidente de la República", rango con que tradicionalmente habían sido reconocidos los Jefes de Estado chilenos. Mediante esta denominación Pinochet accedía a aquella estirpe de los nombrados por la tradición democrática para ejercer la autoridad, legitimándose por esa vía.

Otro ejemplo. Sabemos que uno de los indicadores básicos de existencia democrática es la presencia regular de elecciones de autoridades, expresivas de la voluntad popular. En consecuencia, una nación que enfatiza su vocación democrática debe contar con una tradición electoral de larga data. Es nuevamente esa tradición la que invoca Pinochet con objeto de otorgar validez al gobierno que encabeza, convocando para ello a elecciones no competitivas como la "consulta" de 1978 y el referéndum de 1980, los que - debidamente manipulados - resultaron a su favor.

Ahora bien, quien adquiere y detenta el título de Presidente de la República y además efectúa elecciones que pretenden ser expresión de la voluntad popular, aparece para la ciudadanía - por lo menos para parte importante de ella - cumpliendo requisitos definidos que integran una tradición determinada, en este caso democrática. O mejor dicho, mediante tales actos este sujeto representa una continuidad respecto a lo que se ha venido haciendo del mismo modo por bastante tiempo que, en el caso chileno, se presenta como una memoria colectiva democrática.

Unamos a esto el hecho de que en todo sistema de dominación concurre un tipo de obediencia en méritos de lo que siempre ha sido así, derivándose de ello la existencia de una tradición de obediencia a la autoridad, de acuerdo a la cual desde siempre han existido quienes deben mandar y quienes deben acatar lo exigido por los primeros, legitimando por esa vía a quienes ejercen la autoridad, independientemente de quienes sean los que ocupan el poder, y de cómo accedieron a él. .

Existiría, por tanto, frente al régimen militar chileno y a Pinochet específicamente, un sentimiento de legitimidad tradicional, analizado, por un lado, en términos de la obediencia que siempre se ha entregado a la autoridad vigente y, por otro lado, en términos de la creencia en una tradición democrática, o mejor dicho, la creencia en lo que siempre había sido del mismo modo - "siempre se ha gobernado democráticamente" - frente a lo cual determinados actos de Pinochet lo habrían hecho parte de esa tradición, haciéndose en el intertanto "legítima" su autoridad.

Y, ¿qué sucede con la dominación carismática?

La noción de dominio carismático resulta adecuada para explorar situaciones de crisis, de conmoción colectiva, como la experimentada en 1973. Este tipo de circunstancias "excepcionales" favorece la emergencia de liderazgos políticos capaces de guiar y movilizar a individuos profundamente desorientados por la pérdida de patrones habituales de desempeño. Recordemos la cita de Bendix al respecto, aparecida anteriormente: *"Sea como fuere, el liderazgo carismático se da más frecuentemente en los trances de emergencia, y, por tanto, se asocia con una conmoción colectiva, que expresa la reacción de las masas populares a alguna experiencia extraordinaria y las mueve a entregarse a un conductor heroico. De ahí que este liderazgo sólo se acerque a su "tipo puro" en el momento que se origina, a diferencia de las otras estructuras más durables"* (Bendix:1970, p.286).

El liderazgo de Pinochet, como se propuso en páginas anteriores, se explica en las condiciones sociales vigentes al momento del golpe, las que promovieron un apoyo incondicionado por parte de los grupos "golpistas" - y de parte importante de la ciudadanía en primera instancia - a las decisiones del jefe militar, cuestión que se tradujo en una elevada concentración del poder que finalmente le llevó a constituirse en el líder del régimen.

El régimen militar chileno integra rasgos de dominación carismática si profundizamos en la relación que mantuvo el jefe militar con sus colaboradores uniformados - y civiles también. La fuerte personalización del poder adquirida por el jefe militar - quien reunía los cargos de Comandante en Jefe y autoridad máxima del régimen - determinó, como hemos señalado en otro momento, su condición de liderazgo y el que fuera percibido por el cuerpo militar en posesión de un carisma distintivo.

Esta personalización creciente del liderazgo en Pinochet terminó con el proceso de deliberación de la entidad militar previo al golpe, introduciendo la máxima verticalidad a través de la separación de las filas del Ejército de los altos oficiales que constituían sus pares en 1973, con objeto de intensificar la jerarquía entre él y las nuevas generaciones "quienes se deben totalmente a su general". Ello claramente posibilitó el reconocimiento por parte de estas nuevas promociones de capacidades carismáticas en el jefe militar.

Además, el buen trato que Pinochet otorgó a sus seguidores más cercanos, por ejemplo, oficiales de su confianza que ascendieron sin mayor dificultad o el nombramiento de un alto mando del Ejército leal a él cuando se hizo designar Presidente de la República, constituyen claros indicios de un dominio carismático en el régimen militar chileno, sobre todo por la presencia de relaciones personales que suponen un elevado grado de compromiso de quienes son favorecidos por quien aparece ante ellos como el líder.

Ahora bien, podría pensarse que la *dictadura revolucionaria* de la que habla Moulian o el *régimen fundacional* que propone Garretón para referirse al régimen militar constituye, en la terminología weberiana, una dominación carismática, debido al carácter distintivamente *revolucionario* que el autor alemán atribuyó a este tipo de dominio. Sin embargo, el perfil revolucionario del régimen militar no encuentra su explicación en la presencia del jefe militar como máxima autoridad política y militar, como sí ocurre en la definición weberiana según la cual el sentido transformador del dominio carismático se debe exclusivamente a su titular de poder, el que aparece como un reformador que trastoca el orden pasado para imponer nuevos modos.

Como hemos señalado, la dictadura chilena involucra una dimensión fundacional en la medida que materializa un nuevo modelo económico, político y cultural - social. Ahora, si bien la participación de Pinochet como jefe de Estado en esta configuración es imposible de obviar, ello no implica que deba atribuírsele ser causa fundamental de todo este proceso. Por el contrario, resultaría una visión bastante ingenua pensar que la complejidad inherente a la implantación de un nuevo proyecto histórico se explique primordialmente por la presencia única de quien encabeza un orden.

Otra cosa, sin embargo, es que un determinado conjunto de personas perciba que esto efectivamente fue así, es decir, que la dictadura chilena fue propiamente revolucionaria en la medida

que su máxima autoridad se desentendió del pasado para imponer un nuevo destino a la nación, que en él descansó la "liberación" del país de la amenaza comunista, en fin, que el sistema de relaciones político - sociales y económicas a fines de los ochenta tuvo por causa primordial la presencia única y carismática de Pinochet en la cima del poder.

Se desprende de lo recién mencionado nuestra premisa fundamental, señalada con anterioridad: cuando se analizan situaciones de orden sociopolítico interesa, no la realidad propiamente tal, sino lo que los participantes creen que es real. De este modo, si bien el concepto weberiano de dominación carismática contribuye a clarificar rasgos específicos de la relación que conservó Pinochet con parte importante de su base de apoyo, especialmente con el cuerpo uniformado, en esta investigación su utilidad va en directa relación con la percepción que el sector popular adepto tuvo y tiene de la figura de Pinochet, es decir, el importante - aunque no mayoritario - sector de seguidores en el ámbito popular que percibe al jefe militar como un líder en posesión de carisma.

Como mostráramos en las primeras páginas, la revisión de encuestas políticas de la época reveló que el fuerte sentimiento de rechazo a la política en el grupo de menores ingresos unido a la considerable demanda de identidad comunitaria podía traducirse en una actitud de indiferencia política o bien, en una movilización activa mediante liderazgos que invocaran motivos emocionales o comunitarios.

A propósito de esto, resultó bastante elevado el porcentaje al interior del sector popular que manifestó estar de acuerdo con la afirmación que destacaba las dotes comprensivas del Presidente para con su pueblo. A pesar de aludir a una concepción genérica de la autoridad presidencial, si proyectásemos tal valoración popular a la figura de Pinochet, entonces es posible deducir que parte no desestimable del grupo de menores ingresos percibió en él condiciones de liderazgo carismático - con claras connotaciones emotivas y paternalistas - quienes por esa vía no sólo le legitimaron, sino que adhirieron de un modo fuertemente afectivo. Recordemos la cita de Lechner al respecto: *"Se ve en la autoridad presidencial una especie de Providencia garantizando la solución de todos los problemas (...). El liderazgo carismático encarna una instancia, a la vez mundana y externa, por medio de la cual la sociedad o, al menos, parte de ella se afirma a sí misma en tanto identidad colectiva. Ello hace la fuerza del presidencialismo en sociedades desarticuladas como las latinoamericanas"* (Lechner:1986, p.15).

Enfatizamos en su momento que el carisma weberiano constituye un fenómeno fundamentalmente sociológico, existiendo en la medida de su reconocimiento social. Ahora bien, ¿cómo relacionamos el liderazgo de Pinochet con el liderazgo carismático de Weber?, o en otras palabras, ¿cómo se produce el tránsito de un liderazgo principalmente formal - institucional, fundado en la concentración de un poder absoluto a través de recursos jurídico - políticos, a un liderazgo

carismático, de acuerdo al cual Pinochet comienza a ser percibido - en este caso, por parte del grupo popular adepto - portador de cualidades "excepcionales", hablándose, por ejemplo, de sus dotes de "salvador", de su valentía, fortaleza y sinceridad?.

Quizás convenga comenzar haciendo alusión a lo profundamente atractivo que resulta para algunos individuos el ejercicio personalista de un poder de elevadas proporciones, atribuyéndosele fácilmente a los titulares de ese poder dotes de superioridad respecto al resto. Es probable que, prontamente, el sujeto que ocupa una posición de poder de tales dimensiones sea considerado portador de cualidades que resultan inaccesibles para los otros, que sobrepasan la cotidianeidad de quienes, en el plano de la dominación, aparecen como los "dominados".

Evidentemente que atribuciones de este tipo no sólo se explican recurriendo a nociones de psicología social. En el caso específico que aquí se trata, participaron de modo fundamental factores de orden discursivo - propagandístico promovidos por la misma autoridad militar y/o por el bloque de apoyo, a través del control mediático e informativo, por tanto. Con ello, se pretendió movilizar entre la población una imagen del jefe militar como "salvador" de la patria - integrando elementos religiosoproféticos en esta calificación -, como aquel soldado que condujo a Chile hacia la modernidad, o como el político sagaz que jamás permitió que "se moviera una hoja sin su consentimiento". En los discursos emitidos el 22 de septiembre de 1986, con ocasión de los trece años como Comandante en Jefe del Ejército, Pinochet es descrito como: *líder, expresión de los valores nacionales, invencible, primer soldado, anti - herejía, hombre de mando, iluminador, antiherejes, defensor-salvador, visionario, sereno, estadista, soldado digno, pacificador, restaurador de valores, sabio conductor militar, expresión de chilenidad, autoridad creadora...*" (Chacón y Lagos: 1986, p.51). O, por ejemplo, la misión de reconstrucción nacional que el discurso de Pinochet otorga al gobierno de las Fuerzas Armadas y que él, como cabeza del régimen, representa, se corresponde a su vez con un reconocimiento popular de tal tarea y de las capacidades excepcionales para llevarla a cabo.

Al captar a parte del sector popular, la noción weberiana de carisma resulta adecuada precisamente por la importancia de esta "corroboración" popular en el levantamiento de características sobresalientes en Pinochet. Recordemos además que la sensación de inestabilidad y miedo y el consiguiente deseo de orden prevaleciente en parte importante de la sociedad chilena al momento del golpe constituyó un contexto propicio a la recepción y fijación en parte de la población del contenido autoritario. Si el jefe militar no hubiera contado con este reconocimiento en parte de la ciudadanía, posiblemente el régimen se habría mantenido intacto - sobre todo por la recurrencia al terror en una dictadura -, pero la legitimidad y adhesión hacia la autoridad originadas en la percepción de caracteres extracotidianos habría desaparecido abruptamente.

2.2.3. Legitimidad y Acción Social en Weber

Luego de haber analizado parte de su sociología de la dominación, indagaremos en uno de los conceptos fundamentales trabajados por el autor: el de acción social. Razón de ello es nuestro interés de contar con categorías conceptuales que contribuyan a interpretar el problema general de la investigación, ahora desde una perspectiva que podríamos llamar "desde abajo".

Es decir, es claro que la teoría de la dominación weberiana cubre el fenómeno del poder desde el posicionamiento de los titulares de gobierno y la legitimidad que pretenden para su dominio. Desde de esta premisa, la noción de legitimidad sugiere la presencia de un señor, un caudillo o una autoridad legalmente constituida que, encabezando un orden, recurre a ella en su condición de recurso de *autojustificación*, esto es, una vez alcanzado el poder pretende que se considere legítima su posición y adecuados sus privilegios.

No obstante, de modo paralelo, la idea de legitimidad involucra un proceso de validación de la autoridad por parte de los dominados, quienes reconocen en ella el derecho de mando y en ellos, por tanto, el deber de obediencia, resultando fundamental para la estabilidad de cualquier sistema de dominación la creencia sostenida que constituye un orden válido. En otras palabras se trata de posicionar la acción de los individuos - existente en incontables dimensiones - en el plano específico de la relación entre gobernantes y gobernados, en las que éstos últimos aparecen legitimando (o no legitimando) un orden o un titular de ese orden.

Esta legitimidad de "base" - si es posible llamarla de esa forma - observada a través del concepto de acción social weberiano nos permitirá, en el marco de la presente investigación, profundizar en la relación que mantiene el grupo popular adepto con la figura de Pinochet, esto es, el ejercicio de adhesión popular a la autoridad militar. Recordemos que la *acción weberiana* se define por el sentido subjetivo que los sujetos le atribuyen. *Acción social*, por tanto, significa que el sentido que un individuo le confiere a su acción está referido a la *conducta de unos otros*, orientándose por ésta en su desarrollo.

Respecto al orden a seguir. En primer lugar, trabajaremos la distinción weberiana entre dominación legítima y no legítima y su respectiva correspondencia con acciones orientadas por sentidos inversos: en el primer caso, el sentido de legitimidad, y, en el segundo, el sentido propio de una situación de intereses. Ello con el propósito de entregar un marco adecuado a los términos en los que ha sido planteada esta investigación los que, como veremos más adelante, están centrados en las acciones racional de acuerdo a fines y racional de acuerdo a valores.

En segundo lugar, utilizaremos los conceptos de **apoyo difuso** y **apoyo específico** de David Easton a modo de orientar la acción social weberiana - de acuerdo a fines y de acuerdo a valores -

en una dirección específica: el espacio de influencia de factores de orden micropolítico, en este caso, la acción de apoyo que demostró parte del grupo popular a Pinochet durante el régimen militar y en la actualidad.

a. Dominación Legítima y No Legítima

Como señaláramos en su momento, Weber diferenció dos tipos antagónicos de dominación, que concentran especial interés: la dominación que deriva de una *constelación de intereses*, surgida en el espacio formalmente libre del mercado y la dominación que proviene de una *autoridad constituida*, facultada para asignar el derecho a mando y el deber de obediencia.

En la dominación por *constelación de intereses*, la acción de los individuos se orienta por una racionalidad estratégica, por expectativas interesadas respecto al logro adecuado de fines propios. El carácter de dominación se origina en la asimetría de bienes o capacidades que posicionan a los sujetos en una situación de mayor o menor privilegio.

Este autor hablará de *dominación no legítima* para referirse precisamente a la dominación por *constelación de intereses*, cuando elabora su sociología de las ciudades, éstas últimas concebidas como asentamientos humanos que se desarrollan en torno al mercado. La atribución "no legítima" se debe a que esta forma de dominación *se valida directamente en su funcionamiento*, es decir, los individuos se vinculan entre sí orientados por la satisfacción de sus personales intereses, sosteniendo y validando por esa vía el sistema de dominio que constituye el mercado.

En consecuencia, este tipo de dominación aparece estrechamente vinculado a una *acción racional de acuerdo a fines* por parte de quienes la integran, confiriéndole a su accionar el sentido propio de una situación de intereses. Para Weber esta acción, parte de su tipología, se encuentra "*determinada por las expectativas en el comportamiento tanto de objetos del mundo exterior como de otros hombres y utilizando esas expectativas como condiciones o medios para el logro de fines propios racionalmente sopesados y perseguidos*" (Weber:1987, p.20). Es decir, un sujeto actuará *racionalmente de acuerdo a fines* cuando oriente su acción por el fin (o fines), los medios a disposición para su logro y las consecuencias implicadas en tal acción, evaluando los medios con los fines, los fines con las consecuencias probables y los diferentes fines entre sí.

En cambio, la dominación *por autoridad* se caracteriza por recurrir a la exigencia de obediencia independientemente de los intereses de los dominados. Aquí resulta esencial un proceso de legitimación en el que la asimetría de la relación resulte justificada a través de la creencia en un derecho a mando y el consecuente deber de obediencia. De este modo, al emitir mandatos los dominadores pretenden tener legítima autoridad para ello y esperan ser obedecidos. Por otro lado, la

obediencia de los dominados se sostiene en la idea de que dominadores y mandatos constituyen un orden legítimo de autoridad, es decir, la creencia en su legitimidad.

Es, por tanto, a la dominación por autoridad que Weber reservó el título de legítima, distinguiendo posteriormente tres tipos ideales de dominio legítimo, diferenciados por la forma de legitimación del poder: legal, tradicional y carismática, analizados en páginas anteriores. Pero, ¿cómo se entiende el sentido de legitimidad propio del accionar de los dominados en una dominación legítima?. A diferencia de la dominación no legítima que se corresponde únicamente con una racionalidad de acuerdo a fines por parte de quienes participan en ella, la distinción de tres tipos de dominio legítimo implica que la acción de legitimación por parte de los dominados integra rasgos de los restantes tipos de acción diferenciados por este autor: acción afectiva, acción racional de acuerdo a valores y acción tradicional.

Al respecto Weber escribe: "*Los que actúan socialmente pueden atribuir validez legítima a un orden determinado:*

- a) en méritos de la tradición: validez de lo que siempre existió;*
- b) en virtud de una creencia afectiva (emotiva especialmente): validez de lo nuevo revelado o de lo ejemplar;*
- c) en virtud de una creencia racional con arreglo a valores: vigencia de lo que se tiene como absolutamente valioso;*
- d) en méritos de lo estatuido positivamente, en cuya legalidad se cree." (Weber 1987, p. 29).*

Nuestro interés se concentra en los puntos b) y c) de la cita. La segunda opción corresponde claramente al tipo de dominación carismática, central en la presente investigación. Quien legitima una autoridad carismáticamente lleva a cabo una *acción afectiva*, que en la terminología weberiana refiere una acción emotiva, definida por afectos y estados sentimentales presentes, ubicada en la relación estrictamente personal que mantiene el líder y sus seguidores. Sin embargo, constituye parte del enfoque que proponemos y que desarrollaremos más adelante, que quien valida un orden de modo carismático, es probable que realice también una acción racional con arreglo a valores y no sólo afectiva. En la cita que revisamos ella aparece como tercera alternativa y no corresponde a un tipo ideal de dominación legítima.

De acuerdo a Weber la acción por valores esta "*...determinada por la creencia conciente en el valor - ético, estético, religioso o de cualquier otra forma como se le interprete - propio y absoluto de una determinada conducta, sin relación alguna con el resultado, o sea puramente en méritos de ese valor" (Weber:1987, p.20).*

En este sentido, un sujeto actúa racionalmente de acuerdo a valores cuando no evalúa las consecuencias probables de una determinada acción, sino que actúa en términos de sus personales

convicciones sobre el deber ser de una causa que estima valiosa en sí misma, y no en términos de los beneficios o pérdidas involucradas en su seguimiento. De este modo, a pesar de la importante diferencia entre ambas, el área común de la *acción afectiva* y la *acción racional con arreglo a valores* se encuentra en el sentido de la acción, el que no está puesto en el resultado, *en lo que está fuera de ella*, sino en la acción misma. En este sentido es probable que quien legitime de modo carismático una autoridad no sólo integre rasgos afectivos en su acción, sino también valóricos, es decir, que su acción esté determinada por convicciones íntimas, estimadas esenciales en su seguimiento.

Con esto queremos subrayar la escasa posibilidad de encontrar una acción social - en este caso, la acción de legitimación - orientada exclusivamente por uno de los tipos ideales identificados, "...*construidos para fines de la investigación sociológica, respecto a los cuales la acción real se aproxima más o menos, o lo que es más frecuente, de cuya mezcla se compone*" (Weber:1987, p.21).

Por esta razón, y como se desprende de lo tratado recientemente, la acción de legitimación comprendida en el ámbito de la dominación está integrada por elementos valóricos y afectivos fundamentales, en el contexto presente, para develar el carácter - pasado y presente - del apoyo popular a la figura de Pinochet. Tales elementos integran nuestro concepto de *adhesión racional de acuerdo a valores*, el que definiremos con mayor detenimiento en las páginas siguientes.

Del mismo modo, la *acción racional de acuerdo a fines* integra el sentido propio de una situación de interés característica del dominio no legítimo distinguido por el autor alemán. Ahora bien, esta acción constituye el sustrato sobre el que hemos definido nuestro concepto de *adhesión racional por interés*, el que probablemente nos permita explicar parte del apoyo que el grupo popular otorgó al ex gobernante en el pasado y declara en el presente.

En lo que viene, desarrollaremos el vínculo existente entre los conceptos de *apoyo difuso* y *apoyo específico* de Easton y las acciones racional con arreglo a valores y con arreglo a fines de Weber, intento justificado en la medida que los primeros ubican a las segundas en el ámbito político de relaciones, configurando por esta vía el contexto en que debe ser leído nuestro problema de investigación.

b. Apoyo Difuso y Apoyo Específico en Easton

La acción racional weberiana por fines y por valores encuentra su ropaje político en las nociones de apoyo difuso y apoyo específico, enriqueciendo, por esa vía, el entendimiento teórico del problema que nos convoca.

Para Easton un sistema político trata de inducir en sus miembros un elevado grado de **apoyo difuso**, con el propósito de que *"...pase lo que pase, los miembros continúen vinculados a él por fuertes lazos de lealtad y afecto. Este tipo de apoyo continúa independientemente de las ventajas específicas que el miembro juzga que le reporta el sistema"* (Easton:1996, p.171). Ahora bien, un sistema estimulará el "insumo" de **apoyo específico**, cuando el apoyo difuso amenace con descender hasta un nivel demasiado bajo. Este tipo de apoyo *"...se produce a cambio de los beneficios y ventajas específicos que los miembros experimentan como parte de sus condiciones de tales. Él representa o refleja la satisfacción que siente un miembro cuando advierte que sus demandas fueron atendidas"* (Easton:1996, p.172).

Siguiendo al autor, la continuidad de un sistema sería nula si no contara con cierta **reserva de apoyo** - llamada patriotismo, lealtad nacional o amor al país - que le permita hacer frente a situaciones de frustración en sus miembros. Los medios que Easton distingue para originar este apoyo difuso y generalizado son *"...el aliento de sentimientos de legitimidad y sumisión, la aceptación de la existencia de un bien común que trascienda el bien particular de cualquier individuo o grupo, o la inspiración de profundos sentimientos de comunidad"* (Easton:1996, p.171).

Ahora bien, la utilidad de las nociones de apoyo específico y apoyo difuso va en directa relación con los conceptos weberianos de acción racional de acuerdo a fines y racional de acuerdo a valores respectivamente, existiendo una importante analogía entre ambos pares conceptuales. Como sabemos, los tipos de acción social distinguidos por Weber involucran un alto grado de generalidad, siendo posible hallarlos en cualquier ámbito social imaginable. Por ello, y para efectos de esta investigación, resulta adecuado el descenso que permiten las nociones de apoyo específico y difuso al espacio político de relaciones.

Si "apoyo específico" refiere una actitud de adhesión al régimen y a las autoridades debido a la satisfacción de determinadas demandas individuales a través de actos de gobierno definidos, entonces este tipo de apoyo puede ser interpretado como una acción de acuerdo a fines, en la cual el individuo evalúa los beneficios que eventualmente la autoridad podría otorgarle, en función del logro de sus intereses - fin que orienta la acción - y producto de esa evaluación decide si dar o no su apoyo a tal autoridad.

Por otro lado, si "apoyo difuso" refiere una actitud estable de adhesión al régimen y a las autoridades, no sujeta a las ventajas específicas que, a juicio del individuo, le reportan tales, entonces es posible hablar de una acción racional de acuerdo a valores por parte del sujeto que adhiere. Es probable que crea firmemente en el valor de determinado régimen o de las autoridades que lo encabezan y en virtud de tal concede su apoyo independientemente de los resultados que ello implique para su situación personal.

c. Consideraciones para efectos de esta investigación

Debemos aclarar algunas cuestiones relativas a la utilización que hacemos de las aportaciones weberianas con objeto de dar forma al enfoque que planteamos para el estudio del fenómeno socio - político del pinochetismo popular.

Recordemos que la legitimidad de tipo carismático se funda en la devoción afectiva y emotiva por parte de los dominados al sujeto - autoridad - que se percibe portador de cualidades extraordinarias, determinando un deber de obediencia en función de esos caracteres excepcionales.

De aquí se deduce, por un lado, que esta forma de legitimación integra evidentes rasgos de una acción afectiva. Por otro lado, sin embargo, también es posible interpretar este acto de legitimación como una acción de acuerdo a valores en la medida que involucra una identidad valorativa particular, es decir, el sujeto al que atribuyo cualidades excepcionales encarna valores de identidad personales, que manifiesto en el ámbito de lo afectivo. Como señaláramos en su momento, lo que tienen en común la acción afectiva y la racional por valores es, de acuerdo a Weber, que el sentido de la acción no está puesto en el resultado sino en la acción misma, en su singularidad.

De este modo, cuando el autor habla de la *gracia divina* de un líder o caudillo, reconocida por los dominados y convertida en motivo de legitimidad, lo que refiere finalmente es que lo divino se estaría expresando en un individuo otorgándole determinadas cualidades. o lo que es lo mismo, tal sujeto sería portador de valores que están reflejando la presencia de la divinidad. Quien manifiesta una entrega afectiva a la persona que reúne estas características excepcionales se entrega al mismo tiempo a valores que considera sagrados como parte de su convicción más íntima.

En la misma línea, si el carisma del líder se define en su calidad de héroe, quien le legitima a través de su devoción afectiva está actuando también de acuerdo a valores que forman parte de su propio universo valórico respecto a cómo debe ser el mundo: un mundo donde prime la fuerza, valentía, capacidad estratégica, etc.

De este modo, vamos a entender *adhesión racional en términos de interés* en el sentido weberiano, esto es, la actitud favorable hacia una autoridad o un orden que involucra una disposición a la acción, pero no necesariamente se expresa en una acción concreta. Este tipo de adhesión identificada se funda en la consideración que hace el sujeto de los intereses propios (fines), los medios a su disposición y las consecuencias implicadas en ella. En este contexto, el apoyo que un individuo otorga a la autoridad u orden determinado va en directa relación con la evaluación (cálculo) que hace en torno a la capacidad de tal autoridad o tal orden de responder a los intereses propios.

Como la relación entre el grupo popular de interés y la figura de Pinochet - motivo de la presente investigación - pertenece principalmente al espacio político, los conceptos eastonianos de apoyo específico y difuso complementan de forma apropiada las nociones más generales y centrales de Weber. De este modo, si el apoyo de los sectores populares a Pinochet se explica fundamentalmente en términos de una adhesión racional de acuerdo a interés, entonces significa que tal apoyo se otorgó en la medida que el gobierno de Pinochet implicó beneficios que satisficieron las demandas de este grupo popular, quienes percibieron una mejora en su situación personal. Ahora, la adhesión que actualmente manifiestan hacia el jefe militar se basa en una rememoración interesada también.

Ahora bien, entenderemos por *adhesión racional de acuerdo a valores* la actitud favorable hacia una autoridad o un orden determinado basada, ya no en una consideración utilitaria, sino en los valores que tal autoridad o tal orden están representando y que son expresivos de las convicciones del sujeto que adhiere respecto a cómo debe ser el mundo. En este sentido, hemos definido dos dimensiones a través de las cuales identificar el probable componente valórico presente en el apoyo de los sectores populares a Pinochet.

La primera dimensión se relaciona con lo que hemos venido diciendo acerca de la *legitimidad carismática* weberiana, basada en las características excepcionales reconocidas en un sujeto. En este sentido, cuando decimos que esta adhesión racional de acuerdo a valores podría manifestarse en una adhesión en torno a los atributos de una figura, estamos hablando de una actitud favorable hacia determinada persona - que puede o no expresarse en acción - debido a sus características personales - reconocidas como carisma -, cualidades que están siendo expresivas de convicciones valóricas propias del sujeto que adhiere, el que además adhiere afectivamente. Recordemos que es indiferente si el sujeto con "carisma" posee o no características personales de excepción. Lo que importa es que tales atributos personales son reconocidos socialmente como extracotidianos.

En el caso que nos convoca, el apoyo de los sectores populares a Pinochet eventualmente podría explicarse en términos de una adhesión racional de acuerdo a valores, manifestada en el reconocimiento de características sobresalientes del jefe militar que interpretan un sustrato valórico particular del individuo que adhiere, el que además lo demuestra afectivamente.

La segunda dimensión que permitiría identificar el factor racional - valórico en el apoyo popular a Pinochet es aquella adhesión motivada por el valor de nacionalidad que representa una autoridad o un orden. Su consideración particular - pensemos en la cantidad de valores que pueden ser fuente de adhesión - se relaciona con el modo específico que asume la dictadura en Chile, es decir, el potente discurso público de Pinochet en torno a los valores nacionales amerita un tratamiento especial en la investigación.

Por tanto, el apoyo que parte no desestimable del grupo popular concedió a Pinochet - y le concede en el presente - podría no estar sujeto a la consideración de beneficios y ventajas específicas que, a juicio del adherente, le reportó el régimen encabezado por el jefe militar. En ese caso, la autoridad política es legitimada y se convierte en objeto de adhesión en la medida que se percibe encarna determinados valores estimados esenciales por el "dominado", por ejemplo, la autonomía y defensa de la nación promovida en el discurso del jefe de Estado, o simplemente, porque se le reconoce en posesión de cualidades o atributos inaccesibles para el resto - carisma -, que el individuo adherente identifica también con su cosmovisión valórica y, sobre todo, que promueven una entrega fuertemente afectiva hacia quien representa tales cualidades.

En las próximas líneas, profundizaremos en el discurso nacionalista del régimen militar, sobre todo en su primera época. Ello porque probablemente para parte del grupo popular en consideración el valor que representa la nación, explotado discursivamente por Pinochet, puede haber resultado fundamental en la adhesión pasada y presente a su figura.

2.2.4. Nacionalismo

A estas alturas es prácticamente una obviedad señalar que el régimen militar chileno, a través del discurso público de Pinochet, invocó enérgicamente - sobre todo en sus primeros años - el valor de la nación para legitimar el acto de fuerza involucrado en el derrocamiento del gobierno de la Unidad Popular, el que habría constituido una grave amenaza a la integridad y existencia nacional. El "llamado" nacionalista se vinculó estrechamente con la figura de Pinochet, razón por la cual hipotetizamos que parte de la adhesión popular al jefe militar podría explicarse en el hecho atribuido de ser expresión de los valores nacionales.

Frente a esto, uno se pregunta por qué, en términos generales, la convocatoria nacionalista puede llegar a adquirir un carácter fuertemente emocional y movilizador para los sujetos, capaz de exaltar su compromiso y lealtad, otrora profundamente dormidos. Pensemos además que la noción de Identidad Nacional reforzada por el régimen tuvo un evidente carácter esencialista - propio del universo ideológico de las Fuerzas Armadas - que, en un contexto de crisis, ruptura e inseguridad, puede ser sumamente efectivo en generar la percepción de unidad y reconocimiento colectivo.

Esta versión esencialista de la nación constituye el basamento sobre el que se establece la Doctrina de Seguridad Nacional que, como señaláramos en su momento, contribuyó en el período inicial del régimen a la conformación de un enemigo declarado como el comunismo - cuya elevada peligrosidad se originaba en su condición de infiltrado - y a la consecuente y justificada necesidad de su total extirpación y eliminación.

En las siguientes líneas desarrollaremos brevemente la interpretación esencialista de la Identidad Nacional, enfatizando su presencia en la Doctrina de Seguridad Nacional. Ello con el propósito de configurar la idea de nacionalidad defendida y propagada por las Fuerzas Armadas en aquellos años, y que probablemente encontraremos en el discurso popular adepto a Pinochet. Posteriormente, profundizaremos en algunas nociones generales respecto al tema de la nación, que contribuyan a explicar por qué la cuestión nacional puede traducirse para los individuos en un importante valor de adhesión.

a. Identidad Nacional y Esencialismo

La concepción esencialista ve la Identidad Nacional como un hecho acabado, como un conjunto ya establecido y resuelto de experiencias comunes y valores fundamentales compartidos, que se constituyó en el pasado, de una vez y para siempre.

De acuerdo con esta definición, cada pueblo o Nación tiene una esencia particular, una experiencia colectiva de unidad que proporciona un conjunto perdurable de significados y marcos de referencia, y que permanece como una realidad profunda e invariable en medio de cambios históricos sólo superficiales. Esta esencia puede perderse por un tiempo, e incluso ser ignorada o abandonada por determinados sectores sociales, pero nunca desaparece completamente; incluso es posible recuperarla y restablecerla intacta desde su fuente originaria, por ejemplo, el patrimonio cultural de una etnia, una lengua o una determinada tradición. El costo de ignorarla o abandonarla es el desequilibrio y el fracaso, de lo cual se desprende que ninguna nación puede, por un tiempo indefinido ir en contra de su "ser" más íntimo, puro y verdadero.

Según el sociólogo Jorge Larraín, es fácil comprobar que en Chile ha existido una cierta inclinación por las versiones esencialistas de la Identidad Nacional. Entre las corrientes más importantes descritas por el autor, es de relevancia en el contexto de esta investigación la noción de identidad chilena encontrada en trabajos de las Fuerzas Armadas, en la cual se advierte el vínculo de tres elementos fundamentales.

En primer lugar, el papel central que otorga a la guerra en la formación de la Identidad Nacional: "*Primero habría sido la victoria sobre los mapuches y la ocupación del territorio durante la Colonia. Después, derrotando a los españoles y obteniendo la independencia de Chile y Perú. Y, por último, venciendo a Perú y Bolivia, logrando así la consolidación y estabilización de la república*" (Larraín, Jorge: 2000, p.81). Se observa aquí la presencia de un rasgo significativo: se trata de guerras victoriosas. La idea de un pasado glorioso resulta sumamente efectiva en la generación de un nacionalismo conciente entre los miembros de un país.

Se deriva de lo señalado un segundo componente: la centralidad del Ejército en la construcción de la Identidad Nacional, no sólo por ser el protagonista de las diversas guerras, sino también porque se le considera una *institución anterior a la propia nación*. Desde esta visión, el Ejército tuvo un papel fundamental en la creación y desarrollo del Estado y Nación chilena y, en términos generales, las Fuerzas Armadas se constituyen en las verdaderas *progenitoras* de la nacionalidad y depositarias de los valores nacionales.

Por último, se apela a la existencia de una *raza chilena*, originada de la mezcla de sangre indígena y sangre de los soldados conquistadores, que sería la depositaria de las virtudes nacionales militares: "*Esta amalgama se efectuó en el crisol de la guerra. Así se conformó un espíritu de raza, del cual el chileno heredó virtudes militares. Este proceso contribuyó a la unidad racial del pueblo chileno*" (Estado Mayor General del Ejército en Larraín, Jorge: 2000, p. 82).

Ahora bien, esta visión de la Identidad Nacional en la cual se reconocen las Fuerzas Armadas, especialmente el Ejército, que las posiciona históricamente como depositarias y tutoras de los valores nacionales, fundamenta la particular configuración que asume la Seguridad Nacional durante el régimen militar. Recordemos que la "seguridad nacional" aparece como el principio invocado por los regímenes militares en el momento de ruptura con el sistema político vigente.

Por tanto, un pensamiento esencialista que privilegia unilateralmente el factor militar como la clave de la Identidad Nacional tiene consecuencias decisivas en la concepción de Defensa Nacional a implementar. En lo que viene desarrollaremos la Doctrina de Seguridad Nacional propagada durante el régimen militar chileno, vinculada estrechamente con esta versión esencialista que recién examináramos.

b. Doctrina de Seguridad Nacional

Como bien advierte Garretón, el término *seguridad nacional* define los problemas de defensa y conservación de la soberanía que se le presentan a todo Estado nación, cuestión que no debe confundirse con las conceptualizaciones que en torno a estos problemas se hacen. Cuando estas conceptualizaciones son transformadas "*en cuerpos sistemáticos de carácter normativo, sancionadas con algún rasgo de oficialidad y convertidas en objeto de socialización, estamos en presencia de Doctrinas de Seguridad Nacional*" (Garretón:1983, p.90).

Aunque las doctrinas de Seguridad Nacional no deben ser identificadas con un tema únicamente castrense o relativas al pensamiento militar, el asunto de la seguridad nacional aparece en estos regímenes militares como objeto exclusivo y privativo de las Fuerzas Armadas, dando forma a una versión particular y "correcta" que es designada como "la" Doctrina de Seguridad

Nacional (DSN). Los civiles y ciudadanos sólo deben comprenderla, ser incorporados a ella y entregar su apoyo a un contenido ya determinado.

Ahora bien, esta particular DSN se caracteriza por los siguientes componentes generales:

i) El primero de ellos consiste en un conjunto de conceptos abstractos que han sido retomados de las sistematizaciones realizadas por la política. Conceptos centrales son los de *Nación*, *Estado*, y relativos a ellos, los de *Unidad Nacional* y *Poder Nacional*.

En esta versión de la Seguridad Nacional tanto la **Nación** como el **Estado** son vistos como organismos vivos, sujetos a un determinado ciclo vital, y en los que la Seguridad Nacional cumple la función de un instinto natural de supervivencia. Se trate de una analogía orgánica o de una perspectiva sistémica, Estado y Nación aparecen aquí como entes supraindividuales, como totalidades de las que los individuos son miembros o partes subordinadas.

Además, Estado y Nación surgen como conceptos intercambiables, reductibles el uno al otro. Sin embargo, la asimilación entre ambos resulta ambivalente y compleja: *"Por un lado, las intervenciones militares son justificadas en nombre de la Nación contra un Estado que "se ha apartado de los altos destinos de la Nación", comprometiendo así su supervivencia. Por otro lado, cuando el régimen militar se ha establecido, el Estado se identifica con la Nación, y es el encargado de realizar este destino, llámese Bien Común o de otra manera"*(Garretón:1983, p. 90).

Como mostráramos al indagar en el discurso político del régimen, el Estado no es concebido como el espacio de expresión y negociación de intereses diversos y en conflicto, sino como la "encarnación" de la Nación y del *espíritu nacional*, más allá de particularidades y contingencias. En este escenario cualquier discrepancia constituye un serio cuestionamiento a la esencia de la Nación.

Paso posterior es que a la identidad entre Estado y Nación se une la identificación de ambos con el régimen político vigente produciéndose, por tanto, la coincidencia fundamental entre Nación, Estado y FF.AA, o Gobierno Militar, en la que su tercer protagonista se concibe defensor de la nación y garante por excelencia de la continuidad de la misma.

En esta identificación, el concepto de **Unidad Nacional** resulta central. Nuevamente, la Unidad Nacional no es vista como resultado de un proceso histórico de búsqueda consensos sociales, sino como un hecho "natural", derivado de una "esencia", de un "alma nacional", o de una tradición. Pero esta tradición tampoco es aquella apropiada y recreada por los ciudadanos, sino la fijación de una vez y para siempre de determinados rasgos y hechos históricos. Cuando la sociedad - o parte de ella - se distancia de la "esencia" de la Nación o de la tradición, entonces son las FF.AA,

en su calidad de custodias de los valores e intereses nacionales, las que deben reestablecer el orden y restaurar la Unidad Nacional perdida.

Hemos indicado en otro capítulo el largo período de aislamiento de las FF.AA del mundo civil. Recluidas a un universo cultural e intelectual limitado a funciones técnicas y a valores y conocimientos propiamente militares, es explicable el tipo de representación que las FF.AA hacen de su *misión* una vez alcanzado el poder: *"Este (...) enclaustramiento en las disciplinas puramente castrenses, no podía tener como contraparte sino el necesario reforzamiento de una identidad pensada como superior a la de los grupos sometidos a la contingencia de la vida política civil, es decir, el desarrollo de una conciencia de "baluarte último de la nacionalidad, de rol supremo de la defensa de la Nación y su alto destino" (Garretón:1983, p.95).*

Se deriva de lo anterior que el concepto de Unidad Nacional no admite la existencia de conflictos, que no sean los causados por los "enemigos de la patria" o por los infiltrados de ellos. De este modo, todo aquel conflicto entre grupos, posiciones e intereses es negado o invalidado por calificarse de "atentatorio contra la Unidad". Además como la Nación es identificada con el Estado y las FF.AA, cualquier divergencia respecto a las políticas de éste es vista como una amenaza a la Unidad Nacional.

Ahora bien, la subsistencia de una nación en el tiempo y frente a otras está determinada por su Poder, derivándose de ello la necesidad imperativa de aumentar de modo constante el **Poder Nacional**, impidiendo con esto su desintegración o derrota ante otras naciones: *"El poder nacional es visto como el conjunto de recursos que la Nación posee, desarrolla y puede movilizar para realizar los "objetivos nacionales". El desarrollo es así el proceso destinado a hacer crecer el poder nacional. Este es un todo compuesto por el poder político, poder económico, poder psicosocial y poder militar..." (Garretón:1983, p.91).*

ii) El segundo componente de la variante chilena de la DSN integra la definición propiamente histórica de la Seguridad Nacional. Es decir, en este nivel la Seguridad Nacional aparece definida fundamentalmente en torno al tema de la guerra subversiva, el enemigo interno y la lucha contra el comunismo. En variadas ocasiones a lo largo del texto, hemos mencionado los principales núcleos ideológicos de esta doctrina, razón por la cual en este momento no nos extenderemos en su descripción, salvo para rescatar aquellos elementos que de modo probable integran el discurso pinochetista popular.

Cuando páginas atrás analizamos el discurso público de Pinochet apareció relevante la representación organicista de la sociedad en las FF.AA, es decir, la sociedad vista como un cuerpo donde cada parte tiene funciones perfectamente delimitadas y jerárquicamente ordenadas. La

difusión de esta imagen autoritaria, jerárquica y estamental en las FF.AA. no debe parecer extraña, pues constituye un reflejo de la idea que sus miembros suelen hacerse de su propia organización.

Como señaláramos en aquel momento, la cabeza de este cuerpo social posee una racionalidad de la que carecen el resto de las partes, derivándose de ello que cuando el cuerpo enferma - pierde el equilibrio - la cabeza tiene el derecho y el deber de aplicar una medicina fuerte en la parte afectada para mantener el bien general. La parte afectada por su inferior racionalidad no sabe que esta enferma, o no entiende que el remedio a aplicar es para su bien. Como bien señala O'Donnell: *"En tiempos de relativa normalidad esta visión de la sociedad funciona como una autoridad paternal, bondadosamente ejercida. Pero en tiempos de crisis, la imagen del cuerpo conduce a la de enfermedad y ésta a su vez implica la de la cirugía efectuada con la mejor conciencia"* (O'Donnell en Lechner:1981, p.211).

Ahora bien, sobre este sustrato de ideas puede entenderse el impacto de la llamada Doctrina de Seguridad Nacional, que ya revisáramos en su faceta conceptual. En la variante chilena de esta doctrina, el problema que se torna relevante para la seguridad de la nación es el enfrentamiento al marxismo o comunismo internacional. Sin embargo, como sabemos, este enfrentamiento no tiene la forma de una guerra externa tradicional, sino contra un enemigo cuya originalidad consiste en su presencia al interior de la sociedad y su potencial subversivo: *"Para realizar su labor de destrucción e infiltrar los núcleos vitales del tejido social, el adversario se vale no sólo de medios militares, sino, sobre todo, de las propias instituciones y recursos internos de la sociedad, sean éstos económicos, culturales, sociales o políticos, e incluso religiosos"*(Vergara:1985, p.92).

En la analogía orgánica presente en el discurso de Pinochet, el comunismo representa la enfermedad terminal, el "cáncer", que habría atacado al cuerpo social ya debilitado progresivamente a través de la historia, y que habría sido provocado por el ascenso del gobierno de la Unidad Popular. Por tanto, es una lucha contra la subversión, contra un enemigo infiltrado que corrompe los principios y valores esenciales, lo que define el imperativo de la seguridad nacional.

En la medida que el enemigo es interno y no convencional, el combate se desplaza al interior de la nación donde se declara una guerra de vida o muerte para salvarla, aunque partes de ella no quieran, o no lo entiendan. Con este enemigo no cabe diálogo alguno, sino sólo la búsqueda de su eliminación y "extirpación" total. Al tratarse de una guerra total, el enfrentamiento no sólo incluye al enemigo propiamente tal, sino también a quienes con su debilidad consienten que éste incremente su influencia en la sociedad. El carácter no convencional de esta guerra implica a su vez que ésta no se limita a lo militar, sino que abarca todos los ámbitos y actividades de la vida nacional, haciéndose preciso: *"...combatir toda forma de desorden, toda expresión de demagogia, o todo desajuste en el proceso productivo ya que éstos son los instrumentos de que se vale el adversario para debilitar las sociedades"* (Vergara:1985, p.103).

En esta representación, y como señaláramos hace un momento, la sociedad chilena habría sido objeto de un deterioro creciente a través de la historia, deterioro que la *democracia* habría sido incapaz de resolver y que incluso profundizó al permitir que bajo su amparo fueran infiltradas la mayoría de las instituciones. En este estado de situación constituye imperativo que el poder descansa en las Fuerzas Armadas, única institución no infiltrada que, por su calidad "anterior" a la propia nación, se instituye en depositaria y protectora de los valores nacionales. Nuevamente, por tanto, la nación y su seguridad se identifican con las FF.AA y los gobiernos militares.

c. Nociones Generales

Mostramos recientemente la centralidad de la concepción esencialista en el análisis de la Identidad Nacional propagada durante el régimen militar. Al integrar de modo fundamental el universo ideológico de las Fuerzas Armadas nutrió una particular versión del principio de la Seguridad Nacional la que, en su calidad de Doctrina, entrega claros indicios de la idea de nación difundida al interior de los institutos armados y pretendida para la ciudadanía.

Ahora bien, esta codificación uniformada de la Nación penetra el "sentido común" a partir de factores de orden discursivo - propagandístico movilizadas por la autoridad militar a través de mecanismos de control mediático e informativo y redes de apoyo político a su disposición. Con esta indicación no descuidamos la presencia de otros factores que, en el ámbito de una dictadura, se revelan tanto o más importantes que el recién mencionado en el impacto social de determinados contenidos, por ejemplo, el dispositivo "terror" y la consecuente producción de "miedos" generalizados que constituyen un caldo de cultivo propicio al surgimiento de actitudes conformistas.

En consecuencia, además de la concepción esencialista, se presenta relevante para la investigación aquella que concede una importancia clave al **discurso** en la generación de Identidad Nacional. La concepción **constructivista** acentúa la capacidad de ciertos discursos para "construir" la Nación, interpelar a los individuos y constituirlos como sujetos nacionales dentro de una determinada concepción de la Nación, articulada por el discurso. Consecuencia de ello es que *"al privilegiar el papel fundante de los discursos altamente coherentes y articulados, el constructivismo necesariamente concibe la Identidad Nacional como construida desde arriba en la esfera pública y descuida las formas populares y privadas"* (Larrain en CED:2000, p. 78).

La crítica expresada por Larrain a la interpretación constructivista resulta adecuada para el análisis de cualquier otro contexto que no sea el de un régimen militar-autoritario, pues en este escenario tiene primera importancia la "construcción desde arriba" que se hace de la Nación, reforzada por el componente represivo propio de un gobierno que alcanza el poder por la fuerza. En otras palabras si el vínculo entre autoridad y nacionalidad - que desarrollaremos más adelante - es claro en cualquier orden político, lo es aún más en un orden autoritario, el que impone un control de

toda la vida social, pretendiendo uniformar a los sujetos miembros en una concepción de la Nación considerada discrecionalmente válida.

En este sentido, desde nuestra perspectiva, las concepciones esencialista y constructivista de la Identidad Nacional describen de modo adecuado la aproximación uniformada al fenómeno de la Nación durante este periodo y su consecuente difusión societal. Claramente que una constituye condición de la otra, es decir, sólo mediante una potenciación discursiva nacionalista por parte de la autoridad militar es posible que componentes esencialistas - propios del marco ideológico de las FF.AA - lleguen a instalarse en la sociedad, fijándose de modo definitivo en parte de ella.

Sin embargo, queda sin explicar aún el **factor emocional** involucrado en la recepción y apropiación de contenidos nacionalistas por los sujetos. La relevancia de este asunto se comprende si pensamos que los lazos emocionales de la nacionalidad pueden ser invocados por la autoridad para persuadir a los sujetos de que apoyen a líderes y políticas que en la práctica implican una disminución de su libertad. En este contexto, se valida la siguiente interrogante: ¿por qué la Identidad Nacional o la Convocatoria Nacionalista puede generar en determinadas ocasiones un compromiso emocional de tan elevada intensidad en sus miembros, que determina una especial disposición a la acción o particular exhibición de las lealtades nacionales? ¿Qué es lo que está a la base de la "cuestión nacional"?

Antes de proseguir, es preciso retomar una idea que brevemente expusimos párrafos atrás. No constituye un escollo menor el análisis de la pertenencia nacional en un contexto político autoritario, en el que las libertades se hallan restringidas o simplemente anuladas y en el que, por tanto, las identidades nacionales no se corresponden con procesos abiertos de discusión, sino que son impuestas mediante la represión, el adoctrinamiento y, en consecuencia, el control y manipulación de los miedos colectivamente sostenidos.

Volvamos entonces a la pregunta que dejáramos enunciada. Para responderla comencemos por señalar que diversos autores proponen entender la Nación a partir de las **creencias** que los sujetos tienen acerca de ella: "... las comunidades nacionales están constituidas por creencias: las naciones existen cuando sus miembros se reconocen entre sí como compatriotas y creen compartir características relevantes (...) Por tanto, es un error comenzar desde la posición de un observador exterior que intenta identificar a las naciones escrutando para ver qué personas tienen atributos comunes tales como la raza o la lengua" (Miller: 1997, p. 39).

Desde esta perspectiva el componente emocional ligado a la Identidad Nacional adquiere pleno sentido. Ello porque en este plano, y en su nivel más general, la Nación se entiende como una *comunidad perdurable* que constituye un espacio de identidad entre sus miembros, quienes reconocen su pertenencia a un lugar común y *creen* compartir rasgos relevantes que les unen en

singularidad. Por tanto, este compromiso emocional que en ocasiones - sobre todo ante sucesos dramáticos - se advierte entre los miembros de una Nación es explicado en parte importante por el carácter comunitario que ella envuelve. Aunque existan profundas desigualdades en su interior, la nación se piensa sobre la base de una solidaridad incuestionable. Sus integrantes se *sienten* formando parte de un "nosotros", reconociéndose afines ante todo: *"...independientemente de la desigualdad y la explotación que en efecto puedan prevalecer en cada caso, la nación se concibe siempre como un compañerismo profundo, horizontal"* (Anderson:1993, p. 25).

Sin embargo, la nación moderna es un tipo de comunidad que difiere radicalmente de las comunidades reales con las que las personas se habían identificado históricamente. En palabras de Anderson - un influyente estudioso del origen y difusión del nacionalismo - la nación moderna constituye una **comunidad imaginada** porque *"aun los miembros de la nación más pequeña no conocerán jamás a la mayoría de sus compatriotas, no los verán, ni oirán siquiera hablar de ellos, pero en la mente de cada uno vive la imagen de su comunión"* (Anderson:1993, p.23). Retomando este concepto, Hobsbawm señala que un tipo tal de comunidad puede *"llenar el vacío emocional que deja la retirada o desintegración, o la no disponibilidad de comunidades y redes humanas reales"* (Hobsbawm:1997, p.55, negrilla es nuestra).

Lo imaginario de la comunidad nacional - por tanto, el anonimato de sus miembros - constituye uno de los principales atributos que diferencian a la nación de anteriores formas de identidad colectiva. Es prácticamente impensable que las naciones constituyan comunidades en el sentido más estricto del término, y si bien lo que sostiene unida a una nación son creencias, éstas no pueden transmitirse excepto a través de artefactos culturales a disposición de todos aquellos que pertenecen a ella - libros, periódicos, y también medios electrónicos: *"Este es el fundamento de la afirmación de Benedict Anderson de que las naciones son "comunidades imaginadas" (...) dependen para su existencia de actos colectivos de imaginación que encuentran su expresión a través de los medios de comunicación"* (Miller:1997, p.50).

Anderson traslada la discusión hacia el ámbito del discurso y la producción de significados, destacando el rol de la comunicación - y de los medios que implican su concreción masiva - en la noción de identidad a generar entre los miembros de una nación: *"...un lector de periódico, que observa réplicas exactas del suyo consumidas por sus vecinos en el metro, en la barbería o en la vecindad confirma de continuo que el mundo imaginado está visiblemente arraigado en la vida diaria"* (Anderson:1993, p.61).

Ahora bien, la mención del componente imaginario de la Nación y la importancia de artefactos mediático - culturales en su sostenimiento, nos conduce directamente a un ámbito de análisis que hemos adelantado en páginas anteriores y que viene a complementar la visión comunitaria de la Nación y el vínculo emocional correspondiente. No basta definir la Nación sólo por lo que sus

miembros creen o perciben de sí mismos, omitiendo los procesos de *construcción y manipulación* que una nación conlleva. En este momento, alcanza relevancia el rol del Estado en la generación de Identidad Nacional, es decir, que los ciudadanos de un país se conciben formando parte de una comunidad de sentimiento que sobrepasa la simple asociación de contrato.

La creación de un sentimiento de reconocimiento e identidad por parte de la autoridad entre los miembros de una Nación se encuentra asociada a la estrategia de realzar aquellos elementos que definen una noción de especificidad de tal grupo. Aquí el papel de la *historia* es fundamental: *"...característica de la nacionalidad es que es una identidad que encarna una continuidad histórica. Las naciones se extienden hacia atrás en el pasado y de hecho en la mayoría de los casos sus orígenes se pierden a conveniencia en las nieblas del tiempo"* (Miller:1997, p.40, la negrilla es nuestra).

La última parte de esta cita nos conduce a una idea central en el análisis de la existencia nacional: la nación implica construir algo "que no existe" mediante una conducción simbólica "a conveniencia" en el que la *historia* constituye un ámbito privilegiado de intervención. Naturalmente que la noción constructivista de la Nación tiene matices diferentes dependiendo del contexto desde el cual se habla: *"La línea crucial de división no estaría entre la verdad de la "historia real" y la falsedad de la "historia nacional", sino entre las identidades nacionales que surgen a través de este proceso abierto de debate y discusión, en el cual todo el mundo es contribuyente potencial y las identidades que son impuestas autoritariamente mediante la represión y el adoctrinamiento"* (Miller:1997, p.59, la negrilla es nuestra).

Al respecto resulta interesante la perspectiva aportada por Renan, filósofo representativo del pensamiento que acerca de la Nación se desarrollara durante el siglo XVIII. Para este autor, junto con el pasado compartido y los recuerdos comunes también existe una amnesia compartida que contribuye a formar una nación, un *olvido dirigido* de determinados acontecimientos históricos que dejan en evidencia, por ejemplo, una violencia extremada en los supuestos orígenes de tal comunidad: *"El olvido y hasta yo diría que el error histórico son un factor esencial en la creación de una nación (...) la esencia de una nación es que todos los individuos tengan muchas cosas en común y que todos hayan olvidado muchas cosas"* (Renan: 1987, p. 65-66).

Esta idea tiene importantes consecuencias para el posterior establecimiento de culturas nacionales, precisamente por la estrategia involucrada en resaltar eventos históricos que exaltan un sentimiento de comunidad victoriosa y al mismo tiempo "hacer olvidar" aquellos acontecimientos que en el pasado involucraron derrotas, pérdidas importantes, o una violencia extremada.

A la luz de todos estos antecedentes interpretamos el desarrollo de la Identidad Nacional durante el régimen militar chileno. Por un lado, la estrecha relación entre autoridad y nacionalidad

enunciada por la concepción constructivista permite comprender la operación simbólico - discursiva que la autoridad militar dispuso en torno a la idea de nación chilena, es decir, quienes la integran y quienes no, quienes constituyen sus enemigos - reales y potenciales - más peligrosos, configurando una historia nacional a base de episodios y acontecimientos que legitiman la opción autoritaria en curso e instalan la imagen de una historia política en decadencia que tendría su punto más alto en el gobierno de la Unidad Popular. Este direccionamiento autoritario de la historia y cultura en función de constituir sujetos nacionales dentro de una determinada concepción de la Nación a través del discurso y la represión, permite comprender el paso de estos contenidos a la sociedad, fijándose de modo definitivo en algunos grupos de ella, como probablemente sea el caso de nuestro grupo en cuestión. Eso por un lado.

Por otro lado, aparece relevante la configuración esencialista de la nacionalidad reforzada por el régimen, desde el punto de vista de los individuos objeto de tal difusión. Ello porque como indicáramos brevemente al comienzo de este capítulo, en periodos de crisis, ruptura e incertidumbre, el uso por parte de la autoridad de conceptos que invocan una esencia de la Nación - esencia que permanece imperturbable a pesar de las contingencias y que define un ser común de los que integran esta Nación - puede ser sumamente efectivo en producir una identificación emocional en determinados sujetos y, en consecuencia, una adhesión al orden o a la figura que representa este discurso.

En este imaginario existiría, más allá de cualquier división, una cierta esencia invariable, profunda y compartida del pueblo chileno, que otorga un sentido de unidad y reconocimiento a sus miembros. Aunque haya sido ignorada o abandonada por determinados sectores sociales, nunca desaparece, incluso es posible recuperarla al volver los ojos a la tradición originaria. Se deduce entonces que en esta unidad inmaculada no tienen espacio aquellos integrantes que han pretendido violentarla los que, por esa acción, dejan de ser parte del "nosotros": *"...las versiones esencialistas pueden sobrecargar de sentido, emotividad y exaltación, un principio fundamental inalterable con el que se discrimina dogmáticamente a todo lo que no calza con sus premisas, sirviendo así de base para una acción radicalizada y agresiva contra los "otros" de esa identidad"* (Larrain en CED: 2000, p.84).

CAPITULO TERCERO: DISEÑO METODOLÓGICO

En este capítulo se exponen las principales decisiones metodológicas relativas al modo de acercamiento propuesto al fenómeno de estudio. Ello apunta principalmente al diseño de investigación, la delimitación del Universo de Estudio, el diseño muestral, la técnica de recolección de información y los criterios de validez y confiabilidad.

3.1. Tipo de Investigación

La presente investigación integra un **enfoque cualitativo** en su aproximación al problema de origen: la *adhesión popular* hacia la figura de Augusto Pinochet. Definimos adhesión como la actitud favorable hacia determinado sujeto que involucra una disposición a la acción, pero no necesariamente se expresa en ella. En este sentido, la adhesión pertenece al *orden del hacer*, pero también al *orden del decir*. " ...el supuesto investigador reflexivo no sólo se encuentra con hechos (acciones humanas o acontecimientos), sino también con discursos de individuos y grupos (...) Para ser explicados los hechos sociales se registran, correlacionan, cuantifican y estructuran (...). Para ser comprendidos los discursos se interpretan y analizan" (Ortiz:1992, p. 171). Es, por tanto, a través del discurso de los sujetos adherentes que proponemos indagar en el carácter de su orientación, discurso que es constituido en expresión manifestativa de los deseos, creencias, valores y fines del sujeto hablante (Id:1992).

Siendo éste el contexto de investigación, evaluamos la pertinencia de la utilización de la perspectiva cualitativa en el acceso a la realidad social involucrada. En efecto, la aproximación cualitativa - o estructural en palabras de Ibáñez - profundiza en la *subjetividad* mediada por el *lenguaje*, en el *proceso significativo* involucrado en la visión subjetiva que los sujetos proponen de un comportamiento objetivo (Id:1992). Este tipo de metodología nos permite desentrañar con mayor profundidad las posibilidades *significativas* latentes en el discurso, las que no están sujetas a un conjunto de enunciados predefinidos y codificados previamente como en el caso de las metodologías de tipo cuantitativo, sino que son integradas en el relato espontáneo y relativamente libre de su portador.

Aunque en las técnicas de investigación el habla investigada es siempre provocada y controlada por el investigador, la especificidad de lo cualitativo es que tal provocación y control no recurre a la selección de alternativas sino al *juego del lenguaje*, abierto a la irrupción de información (Canales y Peinado:1993). Como bien propone Ibáñez, la negación al lenguaje de su condición de dado, su cuestionamiento, su no consideración sólo como instrumento de investigación sino como objeto de ella, implica una ruptura metodológica que constituye al método cualitativo (Ibáñez: 1992).

Esta apertura a la entrada de información, este *dejar hablar al lenguaje* permite investigar lo que no se conoce y que no es medible, posibilitando indagaciones exploratorias orientadas al descubrimiento de estructuras de sentido y orientaciones ideológicas en el habla investigada. En este contexto, el análisis de discurso pretende convertirse en una *hermenéutica del lenguaje* - en términos de Orti- al intentar dilucidar las actitudes en el lenguaje, enfocando el lenguaje como *expresión*.

En nuestro caso, el difícil acceso al sujeto de estudio y el estado de información respecto a él indicaban la necesidad de utilizar una metodología abierta y flexible que permitiera una apertura conversacional a la conformación ideológica de nuestro sujeto, a través de las representaciones y valoraciones presentes en su discurso.

En este contexto, la actual investigación se ha situado en un nivel *exploratorio descriptivo*. El corpus de conocimientos sobre el tema del pinochetismo, en especial en su dimensión popular, es escaso, cuestión que amerita un acercamiento de este carácter. En trabajos exploratorio-descriptivos y cualitativos interesa sobre todo la capacidad heurística de la investigación (buscar antes que comprobar). Un diseño exploratorio otorga la suficiente flexibilidad para considerar ámbitos de la realidad no considerados previamente, cuestión sumamente recomendable, como en el caso presente, en los que la acumulación de conocimiento es mínima. Como sabemos, la descripción es normalmente un paso previo para la explicación. En este sentido, el conjunto de afirmaciones que constituye el producto final de una exploración descriptiva, puede originar en el futuro la formulación de hipótesis explicativas a ser utilizadas como base y orientación a investigaciones de otro carácter.

Finalmente este estudio es de orden *microsocial* y *seccional*. Microsocial porque está enfocado en el análisis de la dinámica y estructura de un grupo específico - el grupo pinochetista de estrato popular- y el vínculo que mantiene con el espacio político de relaciones. Por otro lado es *seccional* en la medida que fue aplicado durante el primer semestre de 2002, estableciéndose una sola observación para la obtención de la información requerida.

3.2. Delimitación del Universo de Estudio y Diseño Muestral

El *universo de estudio* está comprendido por los sectores populares habitantes de las comunas urbanas del Gran Santiago con mayores índices de pobreza entre sus habitantes. La *unidad de análisis* entonces integró a los sectores populares del Gran Santiago adherentes a Augusto Pinochet.

La muestra del estudio se definió en forma *intencionada*, a través de la técnica de muestreo no aleatorio denominada "bola de nieve", consistente en la presentación sucesiva y espontánea de nuevos sujetos a partir de las relaciones con los iniciales, es decir, un informante derivaba a otro

para sumar testimonios. La *bola de nieve* no crece en cualquier dirección ni azarosamente, sino a través de los carriles de la trama social previamente existente a la llegada del investigador. Este tipo de técnica se emplea muy frecuentemente cuando se hacen estudios con poblaciones "marginales" (delincuentes, sectas, determinado tipo de enfermos, etc.), como en el caso presente. Además, la pertinencia de su utilización se explica en la medida que el acceso primero a nuestro sujeto no fue fácil, debiendo siempre ampararnos en la instancia de "los conocidos". Esto determinó que la variable género y edad no constituyeran requisitos de inclusión. De este modo, se consideraron 16 entrevistas, utilizando como criterio de selección:

-sujetos que perciben un ingreso autónomo familiar no superior a los 220.000, pertenecientes al quintil más pobre de la zona urbana de la Región Metropolitana de acuerdo a la encuesta CASEN 2000. Preciso es señalar que flexibilizamos el límite máximo de ingreso familiar a 250.000 mensual, existiendo entre los entrevistados dos personas que presentaban este monto. La razón de su inclusión es que sólo de modo circunstancial el jefe de familia recibía esa cantidad, tratándose de familias que experimentaban las mismas condiciones de vida que el resto de los entrevistados.

-sujetos que habitan poblaciones urbanas pobres del Gran Santiago.

-sujetos que manifiestan en su discurso una adhesión a Augusto Pinochet.

La muestra integró los siguientes sujetos:

Nombre Entrevistado	Comuna de residencia	Edad	Educación	Ingreso mensual familiar	Participación en plebiscito 1988
Jorge Moncada	Cerro Navia	55 años	5 años	120.000	Sí, votó por el SI
Regina Quezada	Lo Espejo	49 años	9 años	110.000	Sí, votó por el SI
Silvia Peña	Lo Espejo	44 años	8 años	250.000	Sí, votó por el SI
Manuel Olavarria	La Pintana	45 años	4 años	120.000	No está inscrito
Pamela Salazar	Lo Espejo	26 años	12 años	250.000	No tenía edad para votar
Julio Valdebenito	Peñaolén	81 años	11 años	150.000	Sí, votó por el SI
Alicia Araya	Santiago Centro	52 años	12 años	150.000	Sí, votó por el SI
Maño Jerez	Recoleta	57 años	12 años	180.000	Sí, votó por el SI
Georgina Sandoval	El Bosque	63 años	10 años	200.000	Sí, votó por el SI
Carmen Gloria R.	Lo Espejo	39 años	8 años	80.000	Sí, votó por el SI
Silvia Flores	Lo Espejo	68 años	6 años	180.000	Sí, votó por el SI
Miguel Ángel Abarca	Lo Espejo	25 años	12 años	110.000	No tenía edad para votar

Jocelyn Pavez	Lo Espejo	21 años	12 años	100.000	No tenía edad para votar
Eliana López	Lo Espejo	65 años	6 años	100.000	Si, votó por el SI
Luis Valdenegro	La Pintana	30 años	10 años	200.000	No tenía edad para votar
María Olga Sagal	Lo Espejo	62 años	8 años	130.000	Si, votó por el SI

3.3. Técnica de recolección de información

De acuerdo a lo reseñado anteriormente, la Entrevista en Profundidad semiestructurada (Canales y Binimelis: 1994) resultó ser el método de recolección de información más adecuado para la definición del estudio.

Este tipo de entrevista supone una situación conversacional personal, en que el entrevistado ha sido situado como *portador de una perspectiva* que será manifestada en un "diálogo" con un entrevistador. A su vez el investigador provoca esa habla con preguntas, pero simultáneamente interviene a través de reformulaciones e interpretaciones. El discurso producido en la entrevista es producto de un *juego de lenguaje* en que el investigador entrega la dirección de la conversación al sujeto hablante, pero la controla con una pauta que se le ajusta, la que debe integrar un importante elemento de flexibilidad.

Las ventajas que aconsejaron el uso de esta técnica en el contexto investigativo presente son variadas. Primero, permite obtener información respecto a las *representaciones sociales personalizadas*, es decir, de cómo los sujetos actúan y reconstruyen el sistema de representaciones sociales en sus prácticas individuales. Se incluyen en este ámbito sistemas de normas y valores asumidos, imágenes y creencias prejuiciales, códigos y estereotipos fijados, y trayectorias particulares de vida. En este sentido, son pertinentes preguntas que *"refieren a los comportamientos pasados, presentes y futuros, es decir, al orden de lo realizado o realizable, no sólo a lo que el informante piensa sobre el asunto que investigamos, sino a cómo se actúa o actuó en relación con dicho asunto"* (Alonso: 1993, p. 227).

Segundo, la entrevista en profundidad resulta sumamente adecuada para el estudio de casos típicos o extremos *"en los que la actitud de ciertos individuos encarna en toda su riqueza el modelo ideal de una determinada actitud, mucho menos cristalizada en la media del colectivo de referencia (por ejemplo, análisis en profundidad de la personalidad y actitudes de los militantes más identificados con una ideología radical o extrema...)"* (Ortí en García Ferrando:1992, p.197). Este argumento adquiere plena vigencia actual por cuanto nuestro sujeto de estudio se caracteriza por un extremismo ideológico evidente, que le posiciona en una situación bastante paradójica respecto al resto del grupo popular, en el cual se encuentra inmerso.

A través de la modalidad semiestructurada de entrevista en profundidad pretendimos orientar el habla investigada entre determinados tópicos que consideramos pertinentes a los objetivos del estudio. A su vez, la procedencia popular del sujeto entrevistado justificaba la utilización de una pauta previa que ayudara en la rememoración necesaria.

3.3.1. Pre test

Se realizó un pre test del instrumento en tres sujetos que reunían las características predeterminadas para este estudio. Al respecto es necesaria una aclaración. Señalamos previamente que desde un comienzo el acceso al pinochetista de estrato popular no resultó fácil, razón por la que decidimos aplicar el pre test a individuos que, si bien no adherían al ex gobernante, compartían las condiciones de pobreza y precariedad que hemos definido para nuestro sujeto. Con ello se pretendía poner a prueba la comprensión del cuestionario, para posteriormente aplicarlo – ya corregido - en los sujetos pinochetistas que accedieran a dar una entrevista.

La aplicación de la entrevista permitió reformular el orden de algunas preguntas, rescribir algunas que produjeron cierta confusión o se eliminaron otras que no aportaban mayor información. El instrumento fue aplicado a una mujer de 29 años, habitante de Cerro Navia, que trabajaba como empleada doméstica; una mujer de La Granja, de 47 años, también empleada doméstica y, un hombre de 37 años, cuidador de autos, de El Bosque.

3.3.2. Plan de recolección de la información

Como se dijo en el apartado anterior se escogió como medio de recolección la entrevista en profundidad semiestructurada. Respecto a la pauta de entrevista, se utilizaron dos tipos de pautas, una a ser aplicada en los entrevistados mayores que vivieron el periodo y votaron en el plebiscito de 1988 y otra para los entrevistados más jóvenes. Ambas pautas serán incluidas en los anexos de la investigación.

La duración cronológica total de cada entrevista se acotó dentro de un rango relativamente variable, puesto que, debía ser lo suficientemente amplio como para poder revisar en la entrevista todos los temas pertinentes a los objetivos del estudio, considerando las irregularidades (por ejemplo, repeticiones, saltos) del relato del entrevistado. Por otro, lo suficientemente breve para no saturar innecesariamente la narración.

La realización de las entrevistas se dejó íntegramente en manos de la propia investigadora a fin de cumplir a cabalidad con el requerimiento fundamental de las técnicas cualitativas: "*ser técnicas de observación directa - por ejemplo, entrevistas abiertas y discusiones de grupo - que entrañan un*

contacto vivo, esto es, una cierta interacción personal de investigador con los sujetos y/o grupos investigados, en condiciones controladas" (Ortiz:1992, p.195).

La definición del lugar, hora y duración de las sesiones quedó sujeta al mutuo acuerdo entre la investigadora y el informante. Ciertamente, la calidad de la entrevista depende en importante medida de la relación establecida entre ambos. Generalmente, la investigadora debió trasladarse a las poblaciones en que vivían de modo que el entrevistado encontrara las más óptimas condiciones para desarrollar sus opiniones. La comodidad de la situación de entrevista fue un elemento altamente relevante en nuestro caso, puesto que el tema político genera importantes niveles de tensión y desconfianza, especialmente los hechos ocurridos a partir de 1973. Además debemos pensar que nuestro grupo de estudio es minoritario al interior de las poblaciones, realidad que acentuaba la cuota de temor en los entrevistados.

Por otro lado, a cada uno de los entrevistados se les definió claramente las condiciones que regirían la entrevista, es decir, los objetivos que se perseguía al realizarlas, los roles de cada uno en ellas y ciertas formalidades básicas (duración mínima o máxima de cada sesión, tópicos a tratar).

Para registrar cada entrevista se recurrió al medio de grabación magnetofónica de cada sesión. En total se registraron aproximadamente 45 minutos a una hora de entrevista con cada uno de los sujetos, es decir, cerca 16 horas de entrevista.

A fin de generar confianza y apertura en los sujetos entrevistados respecto de la investigación se prefirió contactarlos a través de personas para ellos reconocidas. Debemos señalar que el acceso al grupo de estudio fue bastante difícil, pues el "ser pinochetista" en poblaciones es un asunto que se mantiene muy oculto, precisamente por la oposición que ello genera. Incluso en parte de las entrevistas realizadas en la comuna de Lo Espejo nos hicimos acompañar por la secretaria de uno de sus concejales quien conocía bastante bien el terreno, siendo además reconocida por los entrevistados.

3.3.3. Plan de análisis de la Información

La interpretación de las entrevistas fue hecha en función del análisis de contenido. Necesariamente el análisis estuvo determinado por el marco teórico propuesto y los objetivos definidos para la investigación.

En una primera lectura se confeccionó una pauta de análisis que contenía los grandes temas desarrollados en las entrevistas. Tal pauta permitió clasificar la información obtenida por campos temáticos. Se realizó esto para rescatar textualmente citas sobre los distintos temas que se expresaron en las opiniones de los pinochetistas populares. La información resultante se archivó

para ser analizada en una segunda etapa mediante un análisis de los relatos sostenidos por los sujetos en relación a las áreas temáticas abordadas.

3.4. Criterios de validez y confiabilidad

La **confiabilidad** será el grado en que los juicios de los entrevistados proporcionan resultados consistentes y la **validez** el grado en que sus juicios corresponden a la verdadera posición del entrevistado respecto de las posibilidades formuladas.

Así, la forma en que se propone alcanzar confiabilidad en este estudio es a través de la **triangulación de información** (Rodríguez Bilella: 1997) De los tres tipos posibles- triangulación de personas, de espacios y de tiempos-, hemos utilizado los dos primeros tipos. La **triangulación de personas**, por la cual se accede a la información que brindan distintos actores en un mismo escenario, permite captar múltiples perspectivas de una misma intervención. Este tipo de triangulación, en cuanto a selección de los actores como unidades de análisis, se relaciona con la problemática del muestreo, el cual asume en este tipo de abordajes la calificación de muestreo teórico o intencional. Vale decir que el evaluador hace una selección consciente, aunque no caprichosa, de las personas a entrevistar u observar.

A su vez, la **triangulación de espacios** contempla el acceso a un fenómeno en distintos ámbitos geográficos, tales como distintas poblaciones en una misma región, o distintas regiones en un proyecto nacional. En el caso presente se intentó alcanzar la mayor heterogeneidad posible en las comunes pobres del Gran Santiago a cubrir mediante las entrevistas.

Del mismo modo, la validez del estudio se recrea a través del factor de retroalimentación propuesto por Maxwell, el que plantea que solicitar feedback de otros es una estrategia extremadamente útil para identificar las amenazas a la validez, los sesgos y supuestos del investigador y las fallas de lógica o método (Maxwell en Di Silvestri:1996). Es así como se ha buscado obtener retroalimentación de distintas fuentes sobre todo a partir de las sugerencias del académico guía de este estudio.

CAPITULO CUARTO: ANÁLISIS DE INFORMACIÓN

A modo de organizar el análisis proponemos construir el discurso tipo del sujeto pinochetista popular. Para ello, hemos agrupado los temas consultados en tres grandes áreas que integran los referentes comunes básicos de los entrevistados respecto al período en cuestión como en lo relativo a la actualidad. Corresponde este señalamiento porque han transcurrido casi treinta años desde Septiembre de 1973, y las rememoraciones ya sedimentadas en relación a esos años son espontáneamente contrastadas con la actualidad, resultando bastante habitual observar continuas comparaciones entre "la época de Pinochet" y el período actual, con un saldo por lo general bastante negativo para estos días. Decimos "espontáneamente", porque si bien la estructura de la entrevista consideraba el ejercicio comparativo fue una actitud general de los entrevistados que, sin ser preguntados directamente por ello, hicieron frecuentes paralelos entre el tiempo de Pinochet y los tiempos actuales. Como iremos demostrando, el discurso pinochetista popular se caracteriza por una visión absolutamente "dramática" del presente, representado al borde de la crisis, semejante a lo ocurrido durante la Unidad Popular.

Ahora bien, el recurso al "tipo ideal" nos permitirá a su vez la configuración en el discurso de aquellos factores de adhesión que consideramos centrales en el entendimiento del apoyo popular al ex gobernante: adhesión racional en términos de interés y adhesión racional en términos de valores. Recordemos que nuestra pregunta de investigación refería el por qué este subgrupo que al igual que el resto del sector popular fue expuesto a condiciones permanentes de deterioro simbólico y material por el autoritarismo militar decidiera no sólo otorgar su apoyo al jefe militar – evidenciado con ocasión del plebiscito de 1988 - sino y más importante aún que conserve actualmente una adhesión a su figura y al gobierno que encabezara de equivalente o mayor intensidad que en aquellos tiempos. Frente a ello, la respuesta propuesta estaba orientada en las dos direcciones ya mencionadas, siendo objetivo de la investigación desentrañar el contenido de tales adhesiones, verificar si es que existía primacía de una sobre otra y si estaban cubriendo de buena forma la explicación del fenómeno.

Resultado de esta investigación proponemos tres dimensiones desde las cuales se abordará el análisis y que constituyen el contexto de desarrollo de nuestro objetivos. Las siguientes tres áreas comunes resumen el universo discursivo pinochetista de los ámbitos populares:

- 4.1. Justificación del golpe militar.
- 4.2. Perspectiva economía personal y general.
- 4.3. Legitimidad del régimen militar y de la figura de Pinochet.

4.1. *Justificación del golpe militar*

Quienes declaran adherir a Pinochet en los estratos populares coinciden en mantener hasta estos días una fuerte defensa en el discurso de la intervención militar, fundada en una representación "caótica" del período previo, es decir, del gobierno de la Unidad Popular y de quien fuera su figura distintiva: Salvador Allende. Como hemos señalado en otro momento, el discurso del jefe militar y de quienes integraron su núcleo de apoyo constituye un factor de relevancia en la configuración de una memoria "catastrofista" del pasado inmediato.

Por esta razón, hemos subdividido la exposición de esta dimensión en dos temas que consideramos centrales para comprender la apología que el sector popular pinochetista hace del "golpe militar": 1) Representación del período de la Unidad Popular y de la figura de Allende y 2) Significación del golpe militar propiamente tal.

4.1.1. Representación del período de la Unidad Popular y de Salvador Allende

En todas las entrevistas y en variadas ocasiones a lo largo de ellas, al hacer referencia a la época de la Unidad Popular (UP) como en relación a la actualidad el **tema del orden** se impuso fundamental. Transcurridos casi treinta años desde Septiembre de 1973, los *pinochetistas*¹ populares conservan con particular intensidad una rememoración del gobierno de Allende y de la Unidad Popular como un tiempo signado por el desorden, la anarquía y el caos. Este *sentido de orden* invocado se relaciona con la percepción de una ruptura de la *cotidianeidad* que, como señaláramos en otro capítulo, involucra el desvanecimiento de los criterios de normalidad y certeza y, por tanto, la sensación de un estado de cosas donde todo es posible. Como iremos demostrando, este "valor de orden" - en términos de Lechner - explica no sólo el apoyo de nuestro grupo de interés en esos años sino, y más importante aún, la estabilidad de su adhesión a la figura de Pinochet y al régimen que representara.

Ahora bien, al preguntárseles en formato abierto qué o cómo recordaban la época de la UP, la totalidad de los entrevistados hizo mención espontánea de rasgos que en el ámbito de la vida cotidiana de aquellos años son significados en términos de desorden, anormalidad y conflicto. Las menciones apuntaban, por un lado, a un *desorden en la subsistencia económica* y por otro, un *desorden de carácter socio - político*. Antes de entrar en detalles, sorprende que ninguno de los entrevistados - salvo quizás uno, pero de forma muy breve - recordara en primera instancia algo bueno de este gobierno, sobre todo si pensamos que el primer año fue bastante exitoso en términos

¹ Se autodefinen como tales porque en las poblaciones es común que se refieran a Pinochet como "Pinocho".

económicos: *"A pesar del estado candente de la situación y de los obstáculos económicos con los que el gobierno se enfrentó desde su asunción, éste tuvo en su primer año resultados muy positivos (...). El PNB creció en un 8.6%; la cesantía disminuyó considerablemente a un 4.2% (...); la producción industrial aumentó en un 13% y la inflación se redujo de un 34.9% en 1970 a un 22.1% en 1971. Los sueldos del sector público aumentaron en un 35%, los salarios en el sector privado en un 50%"*(Correa, et al: 2001, p.268).

La escasez, el "hacer colas" para el abastecimiento y el mercado negro son los grandes íconos que el discurso pinochetista popular utiliza para demostrar este desorden en la subsistencia económica: *"El tiempo de la UP... malísimo, había que hacer muchas colas, había que andar guerreando pa' conseguir un kilo de pan, un kilo de azúcar, los cigarros... mucho mercado negro poh (...) o se hacían trueques porque era la única forma, yo por ejemplo tenía cuadernos y los cambiaba por pan en la panadería, por azúcar..."* (Manuel). Al respecto, un asunto que afectó de modo generalizado al sector pinochetista de estratos populares fue la "anormal" situación en que *"había plata, pero no había qué comprar"*, en algunos casos señalado con desesperación. Es común que ocurra lo contrario, esto es, que existan continuamente productos a disposición y que estos grupos no cuenten con los medios suficientes para su adquisición y, por tanto, cuando efectivamente *"se ve la plata"* no tengan cómo o en qué ocuparla.

La interrupción de la cotidianeidad experimentada por estos sectores podría ejemplificarse en un sinnúmero de citas, sin embargo, fue recurrente la mención de un hecho muy simple, casi imperceptible en su obviedad, algo tan normal y cotidiano que sorprende cuando no se le ve: *"Si poh, la escasez, que había que hacer cola, cuántas veces pa'l azúcar, pa'l te, hasta pa' los cigarros tuve que hacer cola..."; "Yo veía puro desorden, cola por aquí, cola por allá, en ese tiempo yo fumaba y tenía que hacer cola hasta pa' los cigarros"* (Jorge y Silvia Flores, respectivamente).

En general las nociones a que recurre el sujeto pinochetista popular para referirse al *desorden socio-político* existente en el tiempo de la Unidad Popular se relacionan con las protestas callejeras, las huelgas o paros de las industrias promovidas por los sindicatos y las agresiones entre bandos políticos, las que son narradas a partir de las consecuencias de estos hechos en la cotidianeidad: *"...para salir al centro usted tenía que observar y mirar porque se encontraba con las medias revueltas en el centro, (...) a veces me iba en micro pero de vuelta teníamos que hacer deo' porque había un paro y listo, ahí quedábamos poh, tiraos', fue un momento bien desagradable porque uno no tenía seguridad ni siquiera para andar en una micro porque ahí se ponían a pelear..."*(Regina).

La "politiquería", idea - fuerza altamente utilizada por el discurso público de Pinochet, constituye también un ingrediente del imaginario pinochetista respecto al período de la Unidad Popular. Recordando el gobierno de Allende, Mario de Recoleta define la politiquería a partir del contexto poblacional, marcado por la presencia de las Juntas de Abastecimiento y Precios (JAP) : *"...no había orden, no había respeto, todo era politiquería, cualquier hijo de vecino se adueñaba de la junta*

de vecinos y se autoproclamaba defensor del pueblo y lo que más decían en común era "gracias a mi comen", siendo un tipo ignorante, vago, sinvergüenza, (...) porque estaban esas famosas JAP, las canastas familiares (...) sobre todo en las poblaciones que aparecieron tantos dirigentes no sé de a'onde cresta que se autoproclamaban líderes y no sabían leer ni escribir, pero por el hecho de pertenecer a un partido político se creían por sobre las otras personas y no era así y no es así y nunca va a ser así...".

Una variante discursiva a la que acuden los entrevistados para describir el tipo socio-político de desorden se relaciona con la delincuencia y el "vandalismo" que habría existido en esos años, y que también caracterizaría la situación actual: "Uhhh el desorden, **igual, igual que ahora**, no hay diferencia, por las protestas, por las huelgas, por los **asaltos, los crímenes**, en fin tanta cosa que hubo en ese tiempo..."(Georgina); "... la cuestión de las protestas, cualquier tipo te agarraba a peñascazos, hacia destruir cosas que a la gente le costaba construir (...) los paraderos de las micros los echaban todos abajo" (Jorge). Resulta de interés la visión de una señora de Lo Espejo en extremo anárquica como falsa, que retoma una calidad similar a la representación de los comunistas como "come guaguas": "a las cabras se las violaban, las sacaban de las colas y se las llevaban y se las violaban, simplemente (...) y iba mucha niña sola a hacer cola porque las mamás tenían que trabajar e ir a hacer cola" (Silvia Peña).

Ahora bien, es notable que después de tanto tiempo transcurrido el discurso del sector popular pinochetista utilice para explicar la crisis del gobierno de la UP nociones propias de lo que fue la Doctrina de Seguridad Nacional (DSN), que notaremos con mayor intensidad al explorar la significación del golpe militar para este grupo. En este contexto, el influjo de potencias extranjeras representantes del comunismo internacional a través de los partidos de la Unidad Popular habría sido nefasto para la idiosincrasia nacional. La entrada de ideas foráneas, subversivas y revolucionarias explicaría la situación "anárquica" y de desorden percibida en este período. Notamos aquella visión esencialista de la Identidad Nacional en la que se reconocen las FF.AA, y fuertemente propagada durante el régimen militar. De acuerdo ella, cada Nación tiene una esencia particular, que permanece como una realidad profunda e invariable, y que debe ser resguardada de cualquier tipo de contaminación que afecte su condición original: "...mucho desorden... a mi parecer era por la cuestión... estos gallos querían que el país, por el comunismo, fuera como en Rusia o como los cubanos (...) ahí empezaron los problemas, no ve que empezaron a llegar gallos de Cuba y de Rusia a **poner otras ideas a la gente acá**, entonces ahí empezaron las crisis poh, porque tenían otra idea, otro modo de pensar..." (Jorge); "principalmente fue Cuba, (...) fue uno de los que más apoyó a Chile... Rusia, **Cuba los apoyó con armas y realmente los políticos de izquierda se dedicaban a armar desorden**, a tomarse los campos, los fundos (...) muchas ideas extranjeras" (Georgina).

Relacionado con la matriz ideológica reseñada uno de los entrevistados explica de modo bastante caricaturesco la escasez de ese momento en función del proyecto revolucionario de la izquierda: "Según yo y según lo que era efectivo que esta gente estaba acaparando toda la subsistencia económica, la comida, todo (...) porque ellos estaban a punto de hacer la revolución y ellos **querían tener todo controlado pa' ellos subsistir durante la revolución**, entonces ellos acuñaban las cosas... y nosotros muriéndonos de hambre (...) ésa fue la razón, porque ellos querían hacer la revolución tipo Fidel Castro"

(Julio). Incluso esta misma persona reconoce que los primeros tiempos de Pinochet no fueron buenos porque "no existía plata", la que había sido "robada" por la gente de la Unidad Popular: "... si sufrimos mucho los primeros años, sufrimos mucho porque **no había plata si éstos se robaron to'o**, entonces este otro caballero no podía hacer na' poh...". Ambos ejemplos demuestran que cuando se trata de asuntos sociales que sobrepasan el campo de su experiencia más inmediata, nuestros sujetos revelan confusión e ignorancia generales. Ello constituiría, de acuerdo a Adorno en su estudio sobre la personalidad autoritaria, un factor propicio a la utilización de mecanismos como la personalización y la estereotipia, que más adelante veremos mejor retratados.

Ahora bien, en la representación pinochetista de estratos populares la figura de Allende constituye un importante factor de explicación de la crisis de 1973. En general los entrevistados coincidieron en definir a Allende como un "**palo blanco para los socialistas y los comunistas**", un hombre que estaba incapacitado de tomar decisiones por sí mismo al encontrarse sometido no sólo a los mandatos de los partidos de la Unidad Popular - partidos que reciben una condena radical al estilo de los primeros años del discurso de Pinochet - sino también a las disposiciones del comunismo internacional. Como podemos ver en la cita, el comunismo es retratado con el carácter de un enemigo despiadado y cruel: "*yo encontré de que este caballero el error más grande que cometió en partía fue meterse con mucho partío' político y **partío' político malo** que lo trabajaban, porque a ese hombre lo trabajaban, entonces resulta que él no podía hacer na' por sus medios (...) y **los partidos con los que se metió son horribles**, porque el **comunismo es una atrocidad**, partidos horribles... no, yo lo que miro fue esa famosa Unidad Popular que él hizo, yo creo que ese fue el fracaso más grande que él tuvo...*" (Regina); "*tenía **vendío' al país**, tenía que hacer lo que decía Cuba, no pudo gobernar bien por eso poh, porque como tenía **vendío' al país** él tenía que hacer lo que les decían los demás no más...*" (Pamela).

Aunque parezca una obviedad, resulta interesante confirmar que a través de la representación que el sector popular pinochetista hace de la figura de Allende, simultáneamente descubrimos los rasgos que este grupo atribuye al jefe militar. Ubicados en un mismo eje, son constituidos como instancias polares. Señalo esto porque anexa a la atribución de "palo blanco", el discurso del grupo popular pinochetista enfatiza la "**mano blanda**" de Allende, su debilidad de acción y determinación con quienes fueron sus colaboradores: "*que nunca se puso **mano dura** (...) fue muy blando con los políticos, con el partido, **les dio mucha libertad...***" (Manuel); "*yo pienso que fue más la gente que lo acompañó a este hombre más que él, porque este hombre yo encontré que fue **muy presionado** por toa' la gente que tenía a su alrededor*" (Silvia Peña); "*él les dio mucha soltura, les dio mucho tiro y lao' como decimos los chilenos, entonces los otros se aprovecharon, creyeron que él les iba a dar chicha y chancho...*" (Georgina). Inversamente, la noción de "**mano dura**" será utilizada, como veremos posteriormente, en reiteradas ocasiones y recordada con nostalgia para referirse a Pinochet.

Fue común, por otro lado, que el discurso pinochetista retomara hechos de la trayectoria política y vida privada de Allende y le atribuyera ser causa fundamental de la situación de esos años. Respecto a lo primero, el que Allende sólo resultara electo después de tres intentos fracasados tiene

la significación de una "venganza" política, extendiendo esta calificación a los partidos de izquierda: *"Allende fue un político digamos muy testarudo, duro con el socialismo, (...) Allende empezó en la política allá por el año 40, que yo me recuerdo más menos (...) éste se tiró tres veces ¿por qué? por vengarse, no fue por otra cosa y lo estaba haciendo, lo estaba haciendo, menos mal que le salió gente al camino (...) usted sabe que los socialistas cómo son, vengativos, son vengativos los socialistas igual que los comunistas... políticamente ¿no?"* (Julio). Jorge de Cerro Navia argumenta del mismo modo, pero agrega un dato que confirma el carácter paternalista de la relación que los sectores populares establecen con la figura del Presidente y la ingenua visión del proceso político: *"...sabe por qué fue esa cuestión de Allende, contra nosotros, contra todo...porque cuántas veces este gallo se tiró de presidente... tres veces y las tres veces fue rechazado ah, entonces no fue un acto por amor al pueblo que salió, salió más por venganza"*.

Respecto a la vida personal de Allende el imaginario pinochetista recurre a un sinnúmero de atributos que no profundizaremos en este momento, llegando incluso a señalar que *el hecho de no vivir con su mujer* explica que Allende *no tuviera cariño por nada*, incluyendo su país. Nos interesa si mencionar una característica que por lo menos quien escribe ha escuchado desde que tiene uso de razón: que Allende "se limpiaba las manos" después de tocar a los pobres. Lo que sorprende es, por un lado, la reproducción de estas imágenes en el tiempo y por generaciones instalándose de modo definitivo en la "memoria pinochetista" y por otro, cómo van siendo reconfiguradas a partir de la inclusión de nuevos elementos.

Como veremos en la cita, es probable que la señora referida no fuera allendista, pero cuando se incluye ese dato otorga fuerza y veracidad al relato porque se trata de alguien "con conocimiento de causa": *"allá había una persona en la Bandera yo me recuerdo que era muy entregá' a Allende y esta persona era lavandera en la casa dél y resulta que nos contaba a nosotros que creo cuando llegaba a la casa él llegaba lavándose las manos pidiendo desinfectante, lavándose las manos porque lo había tocado la chusma, entonces son cosas que desvaloran a la persona porque que una persona pobre toque a alguien no quiere decir que sea una chusma tal vez es más limpio que él mismo, y son cosas, son detalles que no lo supimos por una sola persona..."* (Regina). Quien les habla escuchó esta misma historia, pero esta vez él se encontraba en una clínica - recordemos que era médico - visitando a unos accidentados que reclamaban la presencia del "compañero Allende". Luego de esto, pide lavarse las manos porque había estado reunido con "los rotos". Y la leyenda continúa.

Ahora bien, como adelantáramos hace un momento, el tipo de representaciones que el discurso pinochetista de estrato popular integra sobre la Unidad Popular y Allende hace oportuna la referencia a los aportes de Adorno respecto a la personalidad autoritaria. Ha quedado de manifiesto que el sector popular de interés presenta importantes niveles de ignorancia y confusión respecto a materias de orden político y económico y que notaremos con mayor intensidad cuando avancemos en el análisis y profundicemos en su visión propiamente política. Siguiendo a Adorno, el hecho de no comprender situaciones o problemas relacionados con estas áreas, por un desconocimiento de los

hechos como por una insuficiente preparación educacional, obliga al sujeto a crearse ciertas "técnicas de orientación" que, por burdas y falsas que sean, le ayudan a enfrentar el bombardeo incesante de información a que está expuesto. Estos recursos son la *estereotipia* y la *personalización*, y proporcionan al individuo una especie de conocimiento o sustituto de aquél que le permite mostrar una posición cuando la situación lo requiera, aunque claramente no esté capacitado para ello, otorgándole una cierta seguridad intelectual.

La estereotipia define la orientación a organizar y concebir el mundo en pautas extremadamente simples, rígidas y de gran generalización, no adecuándose en absoluto a la realidad. Caracterizada también por su falta de contacto con lo real, la personalización consiste en la *"tendencia a describir procesos sociales y económicos objetivos, programas políticos, tensiones internas y externas en relación a determinada persona a quien se identifica con el problema de que se trate, en lugar de tomarse el trabajo de realizar las operaciones intelectuales impersonales requeridas por el carácter abstracto de los procesos sociales"* (Adorno:1965, p.623). En este sentido, el discurso del pinochetista de origen popular está lleno de referencias estereotípicas tanto en relación al tiempo de la Unidad Popular, cuya rigidez queda demostrada en su paso intacto a través de los años, como respecto a asuntos de orden económico y político que desarrollaremos posteriormente. Obviamente que el ejercicio de personalización realizado por este sujeto tiene por objeto privilegiado la figura de Allende, quien es considerado causa fundamental de los problemas de ese período, no existiendo referencia alguna en los entrevistados a la influencia de otros tipos de factores – ciertamente reales - en la generación de esta crisis, como la acción conspirativa interna y externa que debió enfrentar este gobierno desde su inicio.

4.1.2. Significación del golpe militar

Los sentimientos que el golpe de Septiembre de 1973 originó en los entrevistados transitaron desde una alegría extrema a un fuerte temor, siendo lo más común encontrar una mezcla de ambos. Nos parece interesante que los sujetos recurran al lenguaje de su actividad para referirse a las sensaciones producidas por este hecho. Por ejemplo, Jorge de Cerro Navia es jardinero y cuando se le pregunta qué significó el golpe para él nos responde *"Macanudo, (...) igual que como una planta que está aplastada, y de repente esa planta vuelve a nacer, y vuelve a nacer todo el mundo poh, totalmente, si todo el mundo estaba recontento después"*. Por otro lado, Regina de Lo Espejo enfatiza la mezcla de emociones: *"...bueno esa fue una mezcla, yo le puedo decir que a mi como joven fue una mezcla porque me sentí contenta porque iba a salir ese hombre de la presidencia, pero también uno sentía temor de sentir la balacera y tanta cosa como hubo, pero en síntesis lo que yo pienso y mi manera de pensar... yo soy una de las personas agradecidas que haya existido el golpe"*.

El sentimiento de temor es momentáneo, y se explica por el supuesto estado de guerra que involucraría el golpe. Consultada por lo que sintió el 11 de septiembre Georgina de El Bosque nos

dice: "Bueno, por una parte miedo porque uno no sabe que significa una guerra en el país, pero en el fondo empezaron a aparecer las cosas que no se sabe donde estaban, entonces ahí como que a uno se le viene el alma al cuerpo".

La significación que el discurso pinochetista de estratos populares otorga al golpe militar tiene por referente básico el gobierno de Allende y la Unidad Popular, siendo imposible explicar el valor que entregan a la intervención golpista sin recurrir a las representaciones y sensaciones sobre este período. Es recién en este contexto que distinguiremos diferentes orientaciones de significación en torno a este hecho.

Antes de entrar en detalles señalemos que existe un consentimiento general en la necesidad e inevitabilidad del golpe. Se entiende que es algo que "tarde o temprano iba a ocurrir" y que "no había otra forma de arreglar el país". Si bien en un primer momento fueron amplios sectores de la sociedad chilena los que legitimaron la intervención militar, pensamos que la sostenida defensa de este evento hasta la actualidad se convierte en un primer sustrato de definición del sujeto pinochetista, en especial el de nuestro interés: el popular. Además los entrevistados coinciden en señalar la existencia de una "petición" de golpe, de carácter pasivo - al estilo "ya estaba bueno que hicieran algo" -, o de modo bastante activo, como Alicia de la comuna de Santiago, perteneciente a la Fundación Pinochet, para quien además la *responsabilidad intelectual* del golpe no recaería en las FF.AA. sino en la sociedad chilena, es el pueblo quien lo solicitó: "Tenía que pasar, tenía que pasar porque se le pedía, se le pedía... acá en Santiago y en provincias nosotros nos íbamos a tirarle maní a los militares para que hicieran algo, entonces los militares no fue algo que ellos pensaron, fue algo que el pueblo les pidió a nivel nacional (...) les pedíamos por favor a los militares que hicieran algo...".

Si bien encontramos alusiones a que el golpe implicó que "pagaran justos por pecadores", muriendo mucha gente que "era inocente", finalmente se justifica su realización en razón de que se terminaba "lo que venía de atrás" o que "estas cosas son así", visión esta última que da cuenta del conformismo extremo que tendremos ocasión de ver con mayor intensidad cuando nos refiramos específicamente al tema de la violencia durante el régimen: "claro hay muchos que murieron sin tener arte ni parte en la cuestión poh, pero cuando son golpes es así poh, no solo aquí yo pienso que eso es a nivel mundial cuando hay un golpe de estado..." (Manuel).

Una primera gran apología de la acción golpista es la que recurre a conceptos originados en la ideología de la Seguridad Nacional, fuertemente extendida durante la fase de implantación del régimen. En esta lectura, el golpe de estado es significado en términos de la *libertad* alcanzada, libertad del comunismo introducido en la sociedad chilena a través de los partidos de la Unidad Popular, y que de no haber sido eliminado tendría por consecuencia "llevar una vida como la de los cubanos". Ésta última idea provoca fuertes reacciones en los entrevistados quienes para caracterizar la vida cubana recurren a nociones tales como que "si quisiéramos ir a otro país tendríamos que

andar arrancando, muriendo chilenos por querer pasar la frontera" o "lo que uno come, tienen que comerlo todos, debiendo compartir todo".

En este contexto, la defensa que el sector popular de interés hace del golpe integra un elemento que ya observamos al analizar las representaciones de la Unidad Popular para este grupo: el carácter "foráneo" de la dominación comunista. Subrayo esto porque fue un componente de la DSN justificar la instalación militar mediante un recurso de "ampliación" del enemigo, es decir, no se trataba sólo de una amenaza "subversiva" interna, por tanto controlable, sino que ella se correspondía con un enemigo externo, de escaso control y convertido, por tanto, en una amenaza permanente, cuestión que lógicamente implicaba la permanencia del régimen militar. Pamela de Lo Espejo señala que si no hubiera ocurrido el golpe, *"estaríamos como... a la orden de todos estos países que son comunistas poh, yo creo que tendríamos que hacer todo lo que nos decían los otros países (...). Yo encuentro que estuvo bien (el golpe), en algún momento tenía que pasar..."*.

Al respecto nos parece interesante que, en general, el referente del comunismo para el discurso pinochetista popular sea la "Cuba de Fidel Castro" y no Rusia, cuestión que explicamos por la proximidad geográfica de este país a Chile, pero sobre todo porque en él continúa vigente un sistema socialista de gobierno. Preguntados por la importancia del golpe, Julio de Peñalolén y Regina de Lo Espejo nos responden respectivamente: *"para mi significó digamos salir de la esclavitud, íbamos a terminar en eso (...) íbamos a ser un gobierno estatista digamos, tipo Fidel Castro (...) Él manda y él hace to'o, un dictador, un dictador y nos salvamos de' so poh, nos salvamos de' so, en serio... (sin golpe) Seríamos... estaríamos un país totalmente dominado por (...) Allende y la gente de su partido, digamos, incluso habría gente de afuera (...) tendríamos una presión terrible como la que tienen los cubanos, si los cubanos si el estado no les da no comen, si el estado es el que manda ahí, el que ordena..."* (Julio); *"(sin golpe) Bueno estaríamos yo creo parecidos al gobierno que tiene Fidel Castro, igual que los cubanos, así estaríamos dominados por una persona, haciendo lo que la persona quiere y no lo que nosotros queremos, no tendríamos libertad, esa es mi opinión, no tendríamos libertad..."* (Regina). Es común la recurrencia por parte de los entrevistados a conceptos de orden profético - religioso (esclavitud, salvación, libertad) para expresar su sentir respecto a los hechos de ese periodo, cuestión que será mucho más evidente cuando profundicemos en la imagen que el grupo popular mantiene de la figura de Pinochet.

Un segundo campo de significaciones respecto a la acción golpista se relaciona con el probable estado de guerra que habría provocado su no realización y la muerte de quienes eran considerados opositores al gobierno de Allende. Es bastante típico encontrar en el discurso pinochetista la mención de la *guerra civil* como argumento pro-golpe, concepto que será muy utilizado por el discurso de Pinochet durante los primeros años, no sólo en función de legitimar la acción de las FF.AA, sino como consecuencia de la concepción castrense de la vida: *"... yo tenía miedo de una guerra civil porque cualquiera tenía armas, no sé de 'onde cresta la habían conseguido, cómo*

la habían conseguido pero todo el mundo tenía su arma... yo tenía miedo del vecino del lao', tenía miedo de todo el mundo, porque pensaba que podían pescar a mi mujer y a mis hijos y usarlos como escudo. (Mis vecinos) eran de izquierda, de izquierda y hablaban de que iban a defender a Allende hasta la muerte (...) y cuando aparecieron los milicos en la calle me di cuenta de que iba a ser todo pa' mejor, y de hecho fue pa' mejor..." (Mario).

La muerte personal y de familiares es también un elemento recurrente del imaginario pinochetista en la apología de la intervención golpista, cargado emotivamente incluso. Posteriormente veremos que configurar el golpe como una instancia de conservación de la vida facilitará la percepción del jefe militar como un "salvador o dador" de vida. Los entrevistados coinciden en señalar que sus nombres integraban unas listas durante el período de la UP como opositores al gobierno, con el objetivo último de ser asesinados: *"(Sin golpe) No estaríamos poh, no estaríamos porque por lo que yo tengo entendido los militantes del Sr. Allende tenían preparás' unas muy grandes, entonces íbamos a morir todos los que no participábamos con él poh, y yo, con mi hija, mi marido estábamos en una listas donde nos iban a matar a todos poh, sí no yo no estaría viva, a mi me consta eso (...) Una lista que le llamaban la lista roja, con nombre, apellido, dirección, con todo, por el sólo hecho de no participar" (Georgina); "Nosotros táramos muertos porque cuando pasó el pronunciamiento militar se encontraron en la sede del partido de to'os éstos de los de izquierda, socialistas y comunistas, unas listas con los nombres de to'as las personas que iban a matar el 19 de Septiembre, la masacre que iban a hacer ellos y ahí estaba mi marido, estaba yo, estaba mi hija..." (Alicia).*

Cuando profundicemos en el tema de la violencia durante el período autoritario notaremos que el discurso asume un tono altamente justificatorio de las acciones del jefe militar, existiendo siempre una razón que legitima la facultad represiva del régimen. Precisamente uno de los argumentos de justificación se relaciona con la voluntad de "masacre" de la izquierda: *"si mi general Pinochet, llámese el régimen, no sé... mató, yo digo que sí, pero fueron menos de los que podrían haber matado la izquierda, como estaba proyectado en ese momento en Chile, o sea, fue uno contra cien que podría haber sucedido y en eso yo estaba incluido porque si alguien me tenía odio a mi es donde yo vivo..." (Mario).*

Ahora recuerdo también una mujer de 26 años de Lo Espejo que sin haber vivido esta fecha de modo conciente, señalaba que en el tiempo de Allende "si no decías que eras comunista te mataban". Es notable observar el ejercicio proyectivo que hace el grupo pinochetista desde un contexto de "amenaza real", de efectivo "desorden en la cotidianeidad" hacia un estado de cosas caótico, de muertes masivas planificadas de modo sanguinario por "la izquierda", al borde del estado de guerra de Hobbes. Notable sobre todo porque el paso del tiempo parece no haber mermado ni un centímetro las representaciones que el discurso pinochetista configuró sobre esa época en aquellos años.

Desde nuestra perspectiva en esta cuestión tuvo un papel fundamental aquello que señaláramos en capítulos anteriores: los miedos "sensatos" y reales de los sujetos frente a una situación experimentada anormal e inestable fueron apropiados por el autoritarismo y transformados

en miedos a fuerzas oscuras y malignas - el comunismo y el caos - cubriéndolos de un carácter "demoníaco" y desalmado. Lógicamente todos quienes se declaraban partidarios del gobierno de la Unidad Popular adherían a la fuerza anárquica y brutal del comunismo, convirtiéndose en sujetos "insensibles" y capaces de cualquier cosa con tal de llevar adelante sus ideales políticos. En este sentido, la "subversión" tiene una explicación fundamentalmente moral, constituyendo un acto de maldad intrínseca.

Al respecto nos parece interesante transcribir un extracto de la extensa historia a la que recurre Alicia para demostrar la cruel premeditación de los "comunistas": *"antes de que los fusilaran les consultaron 'Ustedes pensaban volar el tranque Paloma, Ovalle se perdía, ahí estaban las familias de ustedes' y los dos contestaron 'Primero mi ideal, segundo mi ideal, tercero mi ideal y después viene la familia'... el doctor Jordán tenía su mujer con una guaguita y el loco Barranto era soltero, vivía con sus padres, sus hermanos, a ellos no les importaba que muriera su familia y los fusilaron poh... y la familia del loco Barranto sigue siendo de derecha porque ellos sabían que el hermano era un loco, con sus ideales estaba dispuesto incluso a matar a sus padres..."*. Sin embargo, a la apropiación autoritaria de miedos debemos sumar aquel factor que enunciáramos páginas atrás: el alto grado de confusión y desinformación que caracteriza al grupo popular pinochetista - en razón de su deficiente nivel educacional - le hace propicio a adoptar conceptos estereotipados, de gran rigidez y simpleza para describir el objeto de su rechazo.

Por último, el tercer nivel de significación en torno a la acción golpista de Septiembre se relaciona con una reivindicación de la cotidianeidad perdida. No son comunes en este ámbito referencias a la seguridad nacional, enfrentada a la subversión, el enemigo interno o la lucha contra el comunismo. Ni tampoco nociones catastróficas relacionadas con un estado de guerra generalizado y muertes premeditadas. En este contexto, el golpe de estado representó terminar con la delincuencia, la violencia, la confrontación política y la escasez que habían caracterizado el período de la Unidad Popular, y por tanto, el regreso a la normalidad, a lo habitual: *"...empezaron a aparecer las cosas que no se sabe donde estaban, (...) y hubieron muchas cosas que estuvo bueno, porque se terminó la delincuencia... de otra manera no se iba a cortar nunca la mala... lo malo que había aquí, la hierba mala" (Georgina); "el golpe sirvió más que nada para que se cesara todo lo que era violencia, que había en las calles, esa fue la mano dura para poder poner orden...(sin golpe) Hubiese seguido como estaba la cosa, hubiese habido vandalismo, no habría qué comprar, hubiese estado el país económicamente desecho..."(Miguel Ángel).*

Incluso uno de los entrevistados utiliza el término *limpieza* para referirse a la importancia del golpe, que como el de *cortar la mala hierba* dan cuenta del entendimiento agresivo y autoritario de estos sujetos respecto a problemas de este tenor, los que reclaman una solución radical e inmediata. En este sentido, da lo mismo si la hierba nace o se hace mala, sólo importa su corte, su desaparición: *"(¿Necesario el golpe?) Sí, sí, hacía falta, hacía falta hacer una limpieza, había mucha delincuencia... pa' limpiar un poco el cajón de las manzanas...si la manzana podría' hecha a perder las demás*

poh, si es la pura verdad poh" (Manuel). Hemos demostrado al comienzo de esta investigación que la cultura política popular de nuestro país se encuentra integrada en parte importante por rasgos de autoritarismo político. Evidentemente que el grupo popular pinochetista es el que manifiesta una mayor predisposición a asumir nociones de carácter autoritario respecto a lo político, cuestión que desarrollaremos con mayor profundidad en la tercera parte de este análisis cuando indagemos en las valoraciones y representaciones que sobre el ámbito político mantiene este grupo.

Como podemos advertir la demanda de orden constituye un importante sustrato del discurso pinochetista de estratos populares, aquel que estaría explicando de modo importante la adhesión popular manifestada en aquellos años y actualmente hacia la figura de Pinochet: *"cuando fue el golpe de estado me gustó porque ya por lo menos don Augusto Pinochet iba a poner reglas, con los militares iba a ver un poco de orden, y eso estoy bien de acuerdo yo que ahí se terminó un poco el escándalo..."* (Silvia Flores). Un punto interesante es que el sujeto popular pinochetista invoca el deseo de orden no sólo al recordar los años de la Unidad Popular sino más importante aún respecto a la actualidad, la que es diagnosticada crítica. De este modo, el gobierno de Pinochet es utilizado como referente de evaluación tanto del periodo de Allende y la UP como del de Lagos y la Concertación. Dato no menor es que varios entrevistados anhelaran la ocurrencia de un nuevo golpe de estado que termine con el estado de cosas actual, caracterizado por la delincuencia y la droga, éstos últimos parte integral del discurso de derecha actual: *"me gustaría que hubiera (...) un nuevo golpe (...) porque lamentablemente como estamos, estamos mal, muy mal, imagínese usted de que aquí a veces hasta por los techos andan los delincuentes, ¡se siente! cuando pasan corriendo, entonces dígame usted quién vive tranquilo así... ahora la droga..., la droga la esparcen por to'os laos' miija linda, por todos lados, ¿dónde está la mano dura?"* (Regina); *"volver a hacer un golpe de estado, pero a éste no le conviene dejar semillas, eso es lo que le faltó a Pinochet, dejar semilla, la semilla de la maldad, porque si hubiera matado, hubiera sacado de la semilla la maldad, el comunismo y cuanta macana nos iba a hacer la vida imposible, no habría pasado lo que le ha pasado ahora"* (Jorge).

Pasemos entonces a las representaciones que integran el discurso pinochetista popular respecto al régimen militar y a la figura de Pinochet propiamente tal.

4.2. *Perspectiva economía personal y general*

Las nociones que integran el discurso pinochetista de estratos populares respecto de las condiciones económicas personales durante el régimen militar resultan de suma utilidad para evaluar aquel factor de adhesión que, desde nuestra perspectiva, explica parte del apoyo de este grupo a Pinochet. Lo definimos como *adhesión racional en términos de interés*, es decir, el apoyo que un individuo otorga a una autoridad u orden determinado va en directa relación con la evaluación (cálculo) que hace en torno a la capacidad de tal autoridad o tal orden de responder a los intereses propios. Como señaláramos en ese momento entendemos *adhesión* como la actitud favorable hacia

un sujeto o un orden que involucra una disposición a la acción, pero que no necesariamente se expresa en una acción concreta.

A pesar del comprobado deterioro económico que implicó para los sectores populares la implementación del programa neoliberal durante este periodo, es posible que en el grupo popular pinochetista exista una percepción de beneficio, la conciencia de haber sido favorecidos, o por lo menos de no haber sido perjudicados por el régimen de gobierno encabezado por el jefe militar.

Al respecto, existe una coincidencia general en que la situación económica personal durante el régimen militar era mejor tanto en relación al periodo de la Unidad Popular como al momento actual. Respecto al tiempo de la UP se entiende sobre todo por el abastecimiento posterior y la sensación de "normalidad" económica. En relación a la actualidad son variados los elementos mencionados por los entrevistados para demostrar la mejor situación de esos años.

1.- Que siempre existió trabajo y, por tanto, ingresos permanentes. Su inmediato señalamiento se entiende en razón de la cesantía que actualmente experimentaban varios de los entrevistados o familiares cercanos: *"trabajaba bien, yo empecé a trabajar de los 17 años, trabajaba, ganaba guen' suerdo y en toas' las casas por días, lo que ahora no voy a ninguna (...) no le digo que yo trabajaba hasta el día domingo y nunca me quedaba sin trabajar, nunca, y recorría to'o pa' llá' pa' 'riba, y las patronas me pasaban por la hermana... "vas a ir donde mi hermana, vas a ir donde mi comadre" así me la llevaba yo, el hecho de que yo trabajaba y trabajaba, y ahora que puedo trabajar, que ya no tengo niños chicos no tengo trabajo poh, porque si tuviera trabajo habría sallo' de todo esto"* (Carmen Gloria). Ahora bien, la pregunta que por lógica uno debiera hacerse es ¿cómo es posible una respuesta general de este tipo si hemos comprobado los elevados niveles de desempleo durante las recesiones de 1975 y 1982, unido a tasas de alrededor del 15% durante todo el periodo?

Responderemos indirectamente. Ante todo, el discurso pinochetista de estratos populares reconoce la existencia y vivencia de crisis - sobre todo la de 1982 - en las que muchos jefes y jefas de hogar quedaron sin trabajo. Sin embargo, ello no se traduce en reclamo o resentimiento alguno, incluso al contrario, los entrevistados recurren a argumentos atenuantes de los efectos claramente negativos que ella involucra. Por ejemplo, Regina de Lo Espejo señala que *"si hubieron crisis pero eran crisis... no sé (...), hubieron momentos difíciles pero se pasaron, como que no sé, como que se pasó rápido, fue un momento corto, no fue una cosa que no tenía salida al menos, porque en el último de los casos cuando hubieron momentos malos él sacó el trabajo de la gente, eso del PEM, el POJH, que al menos en algo favorecía, entonces no se vio tan difícil la situación..."*.

En la misma línea se encuentra Mario de Recoleta, pero a diferencia del resto de los entrevistados mantiene por interlocutor no sólo el momento actual sino que también los años de la Unidad Popular: *"Sí, sí, la del 75 no fue tan grande como la del 82, sí, pero sabes lo que sostuvo esa crisis a pesar que fue tan grande se creó como cinco tipos de pegas - que hoy en día están igual poh, disfrazás' no*

más pero están igual en las municipalidades - fue que siempre queó' una ventanita abierta, se cerró la puerta pero quedó la ventana abierta, si bien era poca la plata que se ganaba ehhh habían necesidades, pero yo lo creo que le ayudó al gobierno que había de todo, si tú ibai a comprar un litro de parafina lo comprábai, y valía dos pesos y valía dos pesos, no así en el tiempo de Allende que tú teníai un saco e' plata y ibai a comprar un litro de parafina y no había poh, y si valía dos pesos tu teníai que pagar 200 e igual no había...".

Ahora bien, de estas citas se desprende la respuesta a la interrogante que planteáramos líneas atrás: la presencia de programas de empleo como el Programa de Empleo Mínimo (PEM) y para Jefes de Hogar (POJH). La mayoría del grupo popular entrevistado había participado en estos programas durante gran parte del período - de modo ocasional o continuo - incluso Carmen Gloria que como mostráramos párrafos atrás declaraba haber trabajado "hasta el día domingo", reconoce en otro momento de la entrevista haber participado en el POJH en Lampa. En este contexto, no existe contradicción entre la afirmación de "haber tenido trabajo todo el tiempo" y la evidencia de altas tasas de desocupación que, como sabemos, afectaron fuertemente a los sectores populares. Y no existe porque se trató de una "desocupación velada" o, en otras palabras, los sujetos entrevistados efectivamente experimentaron desempleo - por períodos prolongados incluso - pero el participar en estos programas de emergencia les permite señalar que "siempre hubo algo que hacer", por tanto, que siempre existió trabajo: *"don Augusto cumplió con todos nosotros, nos dio trabajo, no ganábamos millones pero trabajábamos y teníamos pa' comer"* (Silvia Flores).

Un caso tipo de lo que venimos señalando es el de Jorge de Cerro Navia que al ser consultado si había vivido momentos difíciles con Pinochet, responde: *"No, no, no, después que empezamos a trabajar usted se acuerda lo que en ese tiempo era el POJH y como yo siempre me ha gustado trabajar, no me gusta fallar, siempre estaba ahí, entonces siempre estaba trabajando, comprende ahí, porque nunca me ha gustado fallar, y los jefes me tenían muy güena entonces como no tenía ningún rojo, me seguían dando pega..."*. Desde nuestra perspectiva, la no distinción en términos de calidad entre un trabajo de emergencia y un trabajo estable se explica en la acostumbrada condición de precariedad a que se ve sometido el sector popular, al que claramente pertenece nuestro sujeto. En este sentido, no importaría el tipo de trabajo sino la obtención de una determinada cantidad de ingresos mensualmente, y como han señalado varios entrevistados para ese tiempo, aunque esa cantidad fuera mínima el hecho era estar trabajando. En otras palabras, para el pinochetista de origen popular la integración en programas de emergencia tiene por referente inmediato la desocupación, de modo que cualquier trabajo es mejor que no tener nada llegando incluso, como en el caso de Jorge, a identificarse con ese tipo de empleo. Esta actitud de *hacer deseable lo existente* nos permite a su vez descubrir importante rasgos de dependencia en este sector - "me seguían dando pega" -, consecuencia del tipo de orientación dada a la política social durante esos años y que desarrolláramos en la primera parte de este estudio.

El descontento hacia lo que "se vive actualmente" alcanza incluso a los empleos de emergencia, reclamándose la calidad que tuvieron aquellos en la época de Pinochet: *"don augusto a mí me pasó un trabajo, pero era un trabajo digno, un trabajo que yo llegaba al taller y tejía, o hacía manteles, o teníamos máquinas de coser... y ahora no, ahora lo echan a la calle, a los leones, a todo el sol, ¡se imagina una vieja de 68 años sacando pasto en la calle!"* (Silvia Flores). Es interesante la muy personal relación que esta señora mantiene con la figura de Pinochet dando la sensación de que el ex gobernante luego de entrevistarse con ella decide darle un trabajo. Así como ella son muchas las referencias de este tipo en las entrevistas, lo que nos acerca al concepto weberiano de legitimidad carismática, el que desarrollaremos con mayor profundidad en la tercera área del discurso tipo del pinochetista popular.

2.- La recepción de subsidios y beneficios durante este periodo por parte importante del sector popular de interés constituye también un elemento de comparación respecto a la actualidad, y como se esperaba con un saldo negativo para esta última. Quienes declararon haber recibido subsidios durante esos años mencionaron sobre todo el subsidio familiar y el subsidio habitacional. La obtención de "casa propia" durante el gobierno de Pinochet aparece como uno de los grandes reconocimientos a su figura en el discurso pinochetista de estratos populares, casas que además son distinguidas por su calidad, como señala Jocelyn de sólo 21 años: *"yo creo que hasta las viviendas eran mejores (...), yo me acuerdo que decían 'Ayyy, son unas cajas de fósforos', pero eran buenas, tu podías pasar el invierno en esa caja de fósforo que dicen, mi suegra tiene una casa de esas de Pinochet, que dio Pinochet y jamás se le ha llovido y super buena la casa, es chica pero buena... y ahora las casas se llueven enteras poh, pueden ser un poco más grandes pero la calidad no es la misma"* (Jocelyn).

Es precisamente en torno a la vivienda lograda durante esos años que Manuel de La Pintana manifiesta su agradecimiento al régimen, mostrando evidentes rasgos de una adhesión en términos de interés hacia la figura de Pinochet: *"yo al que le debo hartito si es al gobierno militar, porque en 6 meses más menos... 8 meses me salió mi casa, rápido poh, en seis meses salió la casa y con poca plata y eso fue el régimen militar (...) ahora con Pinocho yo siempre tuve pega, me salió la casa, y la educación también, ahora está malísima, el sistema de salud malísimo, si usted no tiene plata ahora se muere poh (...) a cuanta gente no le dio casa (refiriéndose a Pinochet), yo creo que ha sido el régimen que más ha dao' casa, el régimen militar".* En el mismo sentido pero en un contexto diferente Eliana de Lo Espejo señala: *"aquí casi to'os los de la población tra'ajamos en eso del POJH, PEM y los que trabajaban en el POJH andaban haciendo estos baños (mostrando el suyo) y la cocina, y yo por eso se lo agradezco porque Pinochet me los dio, por eso le digo yo la época de Pinochet fue muy buena'..."*.

Ahora bien, esto no significa que la adhesión declarada por estos sujetos hacia Pinochet deba ser entendida sólo en términos de interés. Al contrario fue común en las entrevistas la combinación espontánea de sentidos de adhesión, es decir, Pinochet y el orden por él encabezado habría representado para estos individuos no sólo beneficios que implicaron un mejoramiento de la situación personal sino también determinados valores estimados fundamentales. Lo que hemos

definido *adhesión racional de acuerdo a valores* será analizada más detenidamente cuando repasemos el tercer ámbito distinguido del discurso tipo del pinochetista de estratos populares, el que se relaciona con la noción de legitimidad del régimen y de la figura de Pinochet. Adelantemos algunos conceptos que son mencionados por los entrevistados sin ser directamente consultados por ello y que dan cuenta de este tipo de adhesión valórica: *"la situación económica sí mejoró en el aspecto de que... no vamos a decir andábamos con los bolsillos lleno e' plata porque te mentiríamos, pero al menos había lo suficiente para comprar y mantener su hogar, ahora la tranquilidad y la paz que nos daba, eso no lo pagamos con nada, yo creo que aunque hubiésemos pasado hambre pero tener la paz y la tranquilidad que había en el país en ese tiempo..."* (Regina).

Además de los subsidios mencionados habrían existido una serie de beneficios durante esa época, desaparecidos en la actualidad, que los entrevistados insisten en señalar importantes para la sobrevivencia y la mejor situación en esos años, obtenidos muchos de ellos al participar en organizaciones de gobierno como CEMA – Chile, Secretaria de la Juventud, etc.: *"Si, nos daban una caja de mercadería mensualmente, si venia de todo... vivíamos más desahogados, sabíamos que teníamos esa cajita de mercadería que servía de mucho poh, te servía como pa' una semanita, dos semanitas pa' mantenerte por mientras que te daba el billete, si era una ayuda cachai tú, eso era lo rico... entonces ¿ahora quién te da?"* (Jorge); *"yo pertenecía a los centros de madre, y en ese tiempo llegaban juguetes aquí a la población pa' los niños... ahora aquí pa' la pascua ningún niño recibe juguetes, en esa época de don Augusto sí porque llegaban los juguetes por manzana (...) entonces le daban a los papás que estaban sin trabajo (...) también los daban a los otros por el PEM y por el POJH también nos daban juguetes, nos daban una cajita, y ahora las cajas las dan las puras iglesias y a ciertas personas no más"* (Silvia Flores).

3.- Un tercer elemento mencionado por los entrevistados para demostrar la mejor situación de esos años es el hecho de que el dinero alcanzaba bien para el autoabastecimiento, quedando algunas veces una pequeña cantidad para ahorro. La explicación de ello se presenta para este sector popular en términos de un dilema: no se sabe si es por el bajo costo de la vida y/o el mayor valor del dinero durante el tiempo de Pinochet. Consecuencia por oposición es que el momento actual se caracterice por la pérdida de valor del dinero y/o por el aumento excesivo del precio de las cosas y, por tanto, por el hecho de que "nunca alcanza": *"con poquita plata usted se abastecía (...) yo tenía pa' pagar arriendo, pa' vestirme a mi y mis cabros, ah y también pa' el copete, pa' el trago y me sobraba plata, dése cuenta, no que ahora gano \$120.000 ando apretado, si no fuera por los pololos que hago, me hubiera visto bien jodido... quiere decir que la plata de antes era más valedera que ahora, valía más, en tiempos de Pinochet valía mucho más, no sé acaso eran más baratas las cosas o la plata valía más"* (Jorge).

Ahora bien, es notable encontrar en el discurso pinochetista de estrato popular nociones que integraron el universo ideológico neoliberal de esa época. De la configuración idealizada del período autoritario según la cual había trabajo, había plata, a su vez la plata valía más o las cosas tenían un menor costo se concluye que en esos años habría existido una **mayor libertad**: *"yo encuentro que en ese tiempo había más libertad que ahora porque en ese momento yo iba pa' un lao' y no tenía que pagar*

un peaje, ahora pa' yo salir tengo que tener plata pa' pagar el peaje, y si no tengo no puedo ir no más poh, entonces en el tiempo de Pinocho tu hacíai lo que queríai, si tu queríai te comprábai tres panes, te comprábai dos teles, lo que tu queríai ¿me entendís?... ahora no se puede tampoco porque hay mucha gente que no tiene plata porque no tiene trabajo, ¿me entiendes?, en ese tiempo no poh..."(Pamela).

Lo primero a señalar es que en esta cita se insinúa aquella reformulación que la doctrina neoliberal hiciera de conceptos como libertad e igualdad en función del progresivo predominio del mercado y el decisivo repliegue del Estado. La **libertad económica** de la que habla Pamela se define por "hacer lo que se quiere" en el ámbito del consumo, sin referencia alguna al carácter político de ella. Como señaláramos en otro capítulo, el discurso neoliberal constituye la *libertad económica* en condición de la *libertad política*, es decir, en la medida que la libertad se realiza en el mercado a través del derecho individual a decidir en materia de consumo o producción, el Estado pierde centralidad en la adopción de disposiciones económicas que afectan el destino de los ciudadanos, realizándose por esa vía la verdadera libertad política.

Sin embargo, la cita demuestra también el nivel de desinformación y confusión de nuestro sujeto sobre el que hiciéramos hincapié previamente. Por ejemplo, Pamela señala que "antes no tenía que pagar peaje" y ahora para salir tiene que "tener plata para pagar peaje". Efectivamente durante los gobiernos de la Concertación se han realizado importantes inversiones en obras públicas, específicamente en carreteras. La existencia de más puestos de peaje y la elevación de su costo para quienes transitan por ellas se explica porque se trata de concesiones a privados quienes invierten para posteriormente recaudar esa inversión y un plus de beneficios. Ahora, esta simple idea de traspaso a privados de áreas de la economía constituye uno de los puntos medulares del programa económico neoliberal, implantado durante el período autoritario. Como sabemos, la privatización implica el incremento inmediato del costo de bienes y servicios. Si a esto unimos que la posibilidad de acceso a tales bienes y servicios en el mercado se encuentra mediada por la capacidad de ingresos del sujeto, entonces si los ingresos no son suficientes es imposible el consumo de éstos.

Sorprende entonces la defensa que en este ámbito el grupo popular pinochetista hace del gobierno y la figura de Pinochet, cuando es precisamente en estos años que se implanta el programa económico neoliberal. Y, como sabemos, el esquema económico seguido por los gobiernos post-dictadura constituye una continuidad respecto a lo instaurado durante el período autoritario, aunque intente definirse como una economía "social" de mercado. En términos muy simples significa que lo que existe hoy ya existía en el pasado, también en aquellos años había que pagar por un servicio, también en aquellos años si no tenías dinero suficiente no podías consumir y también existieron fuertes crisis. Intentaremos una explicación de esto más adelante.

Consultada si el país había progresado con Pinochet, esta misma persona retoma una perspectiva absolutamente errada y confusa, identificando al ex gobernante con una ideología estatista: "Sí, en la economía, **en tener cosas del Estado** y ahora no tenerlas, en esas cosas él avanzó bastante, en tener cosas de él, que eran del Estado y él lo mandaba ¿me entendís?, él decía cuánto es esto y cuánto es esto otro, pero era del Estado, **ahora no poh porque ahora tú tienes que pedirle permiso a un privado, y cuánto va a cobrar y si está al alcance de todos los bolsillos...**". Este argumento le sirve también para construir su crítica a los gobiernos de la Concertación los que habrían desconocido la "obra estatista" liderada por el ex gobernante: "yo encuentro que ahora, por ejemplo, Chilectra ya no es del Estado sino que la vendieron, todo lo que él dejó, que le costó rescatar, todos éstos que estaban en el gobierno como no les costó llegar y las vendieron no más y ya no es estatal, todo eso siempre debería haber sido del Estado, nunca deberían haberlas vendido, yo encuentro que eso estuvo mal, eso a mi no me gustó ¿por qué? porque cuánto le costó al Pinocho tenerlas parás' entonces como pa' llevarle la contra a él, la privatizaron..." (Pamela).

La percepción de haber sido beneficiados o favorecidos de uno u otro modo por el gobierno de Pinochet explica que casi la totalidad de los entrevistados al ser consultados por ello señale que el jefe militar sí se preocupó por los pobres. Y escribo "casi" no porque existiera desacuerdo con ello, sino porque hubo entrevistados que complementaron esto señalando que su preocupación había sido por todos, no sólo los pobres. Ahora, los argumentos que utilizan para demostrar el interés de Pinochet por los pobres son variados: las "casas que dio", los juguetes que recibían los hijos de padres cesantes en Navidad, las cajas de mercadería, los "jardines gratuitos" para los niños, incluso Regina de Lo Espejo al ser consultada por ello define la "actitud" de Pinochet ante la pobreza por oposición a Allende: "(¿se preocupó por los pobres?) Sí, sí, al menos nunca se supo como se supo de Salvador Allende (...) que creo cuando llegaba a la casa él, llegaba lavándose las manos pidiendo desinfectante, lavándose las manos porque lo había tocado la chusma".

La "señora Lucía" constituye un referente del discurso del sujeto pinochetista de estratos populares respecto a este tema, sobre todo entre las mujeres. A través de CEMA – Chile habría representado el interés del gobierno por los más pobres. Cuando se le pregunta a Eliana de Lo Espejo si el ex gobernante se habría preocupado por los más pobres ella responde: "Se preocupó..., yo creo que sí y la esposa de Pinochet se preocupó mucho más que estas personas que hay ahora, ahora le hacen la pata al pobre, le hacen la pata al obrero y Pinochet no hizo la pata (...) una buena mujer y sincera y bonita también...".

Al "dar trabajo" y al crear las condiciones para el "triunfo del esfuerzo personal" el ex gobernante también habría mostrado preocupación por los pobres. Julio de Peñalolén tiene una particular versión al respecto: "igual se preocupó porque él dio trabajo, hizo trabajar la plata, hizo trabajar a los capitalistas, **de ahí nacen las cosas porque hay que echar andar la plata** y si no apoyan los capitales ¿no hay trabajo poh!". Esta cita propone un tema sobre el que existen visiones contrapuestas al interior

del discurso pinochetista de origen popular respecto al conflicto de clases, al conflicto "entre los ricos y los pobres".

Por un lado, una tendencia que independientemente de su apoyo a la derecha y adhesión a Pinochet conserva una "conciencia de clase", de sector dominado del sistema, que es explotado y que debe ser reivindicado: *"cada presidente promete, promete y el pobre quea' ahí mismo y quea' pior, y las cosas van subiendo y el pobre no puede comprarlas porque el pobre no tiene trabajo, pero cuando necesitan del pobre prometen el cielo y la tierra, ¡pero eso no hace, con la vida del pobre no se juega!, porque el pobre le da al rico, porque usted es obrera y el hombre de arria' tiene plata ¿por qué? a costillas del pobre..."*(Eliana). Por otro lado, una tendencia diametralmente opuesta, sin ninguna conciencia de clase, identificada con el sector dominante del sistema, con la clase capitalista, sin la cual "los pobres no serían nada": *"el rico si es rico, él nació rico y tiene que morir rico, y es el que hace mover el país poh... ¡cómo hubiese movido un país yo, si yo soy más pobre que las ratas, si no tengo niún' capitalista, no soy nada y tampoco no sé lo que es negocio, entonces cómo voy a hacer mover un país, los pobres jamás hacen mover un país! (...) si el capitalista es el que hace mover un país, es la plata, en todo el mundo!..."*(Jorge).

Lo interesante de este asunto es que esperábamos que el predominio de la segunda tendencia reseñada fuera absoluto, es decir, que en el discurso del pinochetista de estrato popular no aparecieran de modo importante referencias a una conciencia de clase dominada, sujeta a la explotación de los propietarios del capital, quienes "tienen lo que tienen gracias a los pobres".

Ahora bien, volvamos a lo que dejáramos pendiente hace un momento. Un elemento que podría estar explicando por qué el discurso pinochetista popular hace una apología del período autoritario en términos económicos, al mismo tiempo que critica de la actualidad aquello que se gestó en esos años, es el tipo de relación que el Estado mantuvo con los sectores más deteriorados de la población a través del esquema de política social introducido en esos años.

Recordemos que durante el régimen militar el principio de universalidad, que había caracterizado la política social en décadas pasadas, fue sustituido por el de la *focalización del gasto público* en los grupos más pobres de la población, los que no estaban en condiciones de satisfacer por sus medios las necesidades más esenciales. De este modo, y producto del elevado costo social producido por la implantación del programa neoliberal, el Estado debió asegurar a estos grupos, más allá del mercado, el acceso a bienes indispensables para su sobrevivencia, de acuerdo a criterios de necesidad y no de capacidad de pago, pero a cambio de esto, *"el Estado renuncia a una función que lo caracterizó en el pasado: la de proveer a esos grupos de canales de movilidad social"* (Tironi :1990, p.151), demostrando el carácter meramente asistencial - y no habilitador - de la política social durante estos años. Como bien señalan Martínez y Díaz esta situación confirma el rol

altamente intervencionista del Estado durante este período, desmoronándose el mito del Estado subsidiario².

Como mostráramos en las primeras páginas, los subsidios monetarios entregados en estos años cumplieron un importante rol en la sobrevivencia de los hogares más pobres, especialmente durante las crisis, no obstante ello generó un elevado grado de *dependencia estatal* (principalmente municipal) de un alto porcentaje de la población chilena. Este último punto es fundamental. Hemos comprobado que el discurso pinochetista de estratos populares integra fuertes nociones de dependencia respecto a los beneficios recibidos en aquella época - "¿ahora quién te da?", lo que nos permite suponer que a pesar de haber experimentado similares condiciones a las que viven actualmente, la conciencia de haber sido favorecidos por una "red social" de protección en esos años explica que el rechazo que manifiestan hacia lo que ocurre actualmente no sea transferido a ese período, como podría esperarse que ocurriera. Más aún incluso, explica también parte del apoyo que el ex gobernante tuvo y tiene en los sectores populares a través de aquello que hemos definido como adhesión en términos de interés, es decir, una adhesión fundada en la conciencia de beneficio, es decir, el gobierno liderado por Pinochet habría significado una mejora en la situación personal.

Si bien encontramos este factor de adhesión fuertemente extendido en el discurso pinochetista de estratos populares, los entrevistados insistieron en mostrar rasgos de lo que hemos definido una adhesión valórica hacia la figura de Pinochet. De este modo el apoyo que parte no desestimable del grupo popular concedió al jefe militar - y que le concede en el presente - no está sujeto a la consideración de beneficios y ventajas específicas que, a juicio del adherente, le reportó el régimen por él encabezado. Sería el factor valórico de adhesión el que alcanza predominio en el discurso del grupo popular.

4.3. *Legitimidad del régimen y de la figura de Pinochet*

La última área distinguida del discurso tipo del "pinochetista" popular integra las representaciones que este sujeto conforma acerca del ex gobernante y del orden por él liderado en el ámbito político de relaciones. Las percepciones y valoraciones que respecto al proceso político mantiene este grupo permiten un acercamiento a la legitimidad otorgada al régimen autoritario y al carácter valórico de la adhesión a Pinochet.

Recordemos que por *adhesión racional de acuerdo a valores* entendemos la actitud favorable hacia una autoridad o un orden basada no en una consideración interesada sino en los valores que tal autoridad u orden están representando y que son expresivos de las convicciones del sujeto que

² Javier Martínez y Álvaro Díaz: "Chile: La Gran Transformación", Documento de Trabajo n° 148, SUR Centro de Estudios Sociales y Educación, Junio 1995.

adhiera. A su vez definimos dos dimensiones a través de las cuales identificar el probable componente valórico presente en el apoyo popular a Pinochet. Por un lado, una dimensión que enfatiza el valor de nacionalidad que el jefe militar -y el régimen por él encabezado- estaría representando, convertido de este modo en fuente de adhesión. Por otro lado, una dimensión relacionada con la *legitimidad carismática weberiana*: la autoridad militar se convierte en objeto de adhesión porque se le reconoce en posesión de cualidades y atributos específicos, inaccesibles para el resto - carisma -, que el individuo adherente identifica con su propia postura valórica y sobre todo que generan en él una fuerte entrega afectiva.

A modo de organizar la exposición, consideraremos en primer término las principales representaciones que constituyen el discurso pinochetista de estratos populares respecto a un conjunto de hechos propios del período autoritario, relacionados directamente con el espacio de lo político: existencia de violencia, de toques de queda, y de detenidos desaparecidos. Respecto a otros hechos como la imposibilidad de votar y la anulación de actividad política partidaria profundizaremos en un segundo momento, unido a las opiniones y valoraciones que el "pinochetista" popular mantiene en torno a los regímenes políticos autoritario y democrático. Lógicamente, a través de la revisión de estos antecedentes nos introduciremos en la visión que este sector tiene de la política en general, visión que claramente se encuentra mediada por la figura del ex gobernante. Encontraremos nuevamente el ir y venir espontáneo de los entrevistados entre pasado y presente, entre un pasado idealizado y un presente caótico.

Por último una tercera gran parte se concentrará específicamente en la significación que el discurso popular pinochetista entrega a Pinochet, momento en el que evaluaremos la pertinencia del concepto de legitimidad carismática para el entendimiento de nuestro problema.

4.3.1. Representación política del período del régimen militar

a. Sobre la violencia

Consultados respecto a la existencia de violencia durante este período, casi la totalidad de los entrevistados reconoció que ella había existido, para posteriormente señalar que se trató de una "violencia justificada". Sólo para uno de ellos, un joven de 25 años, no existió violencia: "*Es decir violencia, violencia no hubo, lo que hubo más que nada fue... lo que hizo ese gobierno (el de Pinochet) fue tratar de calmar la violencia que había en ese momento...*" (Miguel Ángel).

Incluso algunos hablaron de una violencia excesiva, del "pago de justos por pecadores", aunque finalmente terminaron defendiendo su ocurrencia desde lo que definimos un *conformismo religioso*. Varios entrevistados se declararon evangélicos, pertenencia que les dictaba reglas tácitas de opinión y comportamiento, y que en este ámbito aparecía en términos de conformidad con lo

sucedido: *"la verdad de las cosas es que se ensañaron, porque esa fue la verdad (...) entonces los militares no sabían si la persona que tenían al frente era bueno o era malo, ellos cortaban por lo derecho no más poh (...) uno sabe de personas que han sido inocentes pero en esta vida se pagan justos por pecadores, y así va a ser el fin del mundo, vamos a pagar justos por pecadores"* (Georgina). Este conformismo "creyente" se mostrará con más fuerza, cuando tratemos específicamente el tema de los detenidos desaparecidos.

Las nociones utilizadas por el discurso pinochetista popular para justificar el uso de la violencia son múltiples. Un primer argumento refiere la *desobediencia* que habrían demostrado los afectados respecto al ordenamiento militar, derivándose de ello que "fuera violentado quien buscó serlo": *"yo lo que pienso (...) es de que tuvo violencia aquél que se buscó la violencia (...) de mi familia, gracias al señor, no murió nadie, porque se siguieron las órdenes que ellos daban, pero aquellos que salían a la calle se supone que iban a tener violencia, si ellos se la andaban buscando..."* (Regina). Pero, ¿quiénes "buscaron" la violencia? Todos aquellos adscritos a los partidos de la Unidad Popular, quienes estaban directamente involucrados: *"(Violencia) La justifico, porque no tenían porque haber salido a las calles, si (...) estaban diciendo que nadie se moviera a las calles, pero el señor Allende llamó a sus compañeros a defenderlo y los tontos pajarones salieron todos corriendo (...) porque si no hubiese salido gente a la calle dígame usted ¿a quien iban a matar?"* (Regina). Reaparece la rigidez y simplicidad de las explicaciones a que recurre nuestro sujeto, para quien el problema de la violencia represiva se reduce a una cuestión de decisión personal: salir o no salir a la calle cuando existía prohibición de ello.

Interesante resulta la distinción, aparecida continuamente en el discurso, entre el ciudadano común - a quien no le sucedió nunca nada - y el ciudadano "comprometido", objeto de la política represiva del gobierno: *"(respecto a la existencia de violencia) si yo hubiese tenido que ver algo, hubiese estado dentro del conglomerado de la Unidad Popular... posiblemente, no te lo discuto que no, porque algo de culpa tenían, pero al ciudadano común y corriente jamás se le tocó, jamás"* (Mario). Esta referencia a la "culpa" como justificación de la violencia es fuertemente enfatizada por los entrevistados al expresarse sobre el tema de los "detenidos desaparecidos", cuestión que desarrollaremos posteriormente.

En general, la existencia de *allanamientos* no incomodó a los entrevistados. El "allanamiento" constituye en el discurso pinochetista popular una instancia reivindicatoria de la acción militar en la medida que la violencia ejercida afectó sólo a quienes "estaban metidos en algo", aquellos que tenían antecedentes y no al "ciudadano común", haciéndose legítima en tal sentido. Al respecto, tan frecuente como el concepto de *mano dura* será la noción *quien nada hace, nada teme*: *"...ellos no entraron a las casas a matar, otra cosa hubiese sido que hubiesen lanzao' a los militares y hubiesen entrao' a las casas y hubiesen agarrao' a la gente, la hubiesen sacao' y la hubiesen matao', no, si no tenía papeles, antecedentes malos, no le pasaba nada poh..."* (Regina).

Los relatos respecto a esta experiencia son variados, pero conservan un elemento en común que se resume en el hecho, comprobado por los entrevistados, que "si a ellos los recibían bien, ellos actuaban bien", idea que es convertida en una fórmula infalible para no tener problemas con la fuerza militar: *"...yo con buenas palabras le dije a los militares "pasen no más señores", vean, registren todo lo que ustedes quieran, sin embargo, otras personas le decían mil disparates entonces claro ellos tenían que enervarse porque son seres humanos también, y usted sabe que una persona con una arma en la mano se cree dios y a mi no me hicieron nada, ni me trataron mal..."* (Georgina). Notamos la fuerte identificación del pinochetista de estrato popular con el valor de la obediencia y el respeto, que tendremos ocasión de ver con mayor intensidad más adelante. La noción de "no hacer enojar a los militares" refleja bien esta tendencia. Por otro lado, nos parece interesante la inclusión del término "también" resaltada en negro y utilizada para enfatizar la *humanidad* de los militares. Ello significa que en medida importante se ha puesto en duda su humanidad, necesitando del término "también" para reforzar su integración a ella.

El tener "malos antecedentes" constituye otro concepto asociado al discurso pinochetista legitimador del uso de la violencia de Estado. Pero, a diferencia del anterior que tenía un referente real como era la adscripción política de izquierda, este concepto atribuye una "maldad esencial" a quienes experimentaron tal violencia. Consultada respecto a si había existido mucha violencia con Pinochet, Carmen Gloria de Lo Espejo responde: *"Sí, si fue represivo, pero es que no había otra manera de quitar lo malo poh... (Respecto a justificar la violencia) Siii, porque no había otra manera poh (...) entonces póngale que existían antecedentes ya había que matarlos y to'os dicen "eso a ti no te tocó" y si me hubiera tocao' bueno nadie lo mandó a ser malo poh, de alguna manera tenía que caer poh, yo...ésas son mis respuestas, porque si hubieran estao' vivos más malos serían poh..."* (Carmen Gloria).

Frente a la misma pregunta Jorge de Cerro Navia señala: *"No, no, no, porque siempre quedaron un grupo de malos, ésos no dejaban vivir a las personas tranquilas, así es siempre como que un pequeño grupo... eso digo yo... por qué no mataron a esa famosa mujer la Gladys Marin, porque ésa toda la vida ha hecho problemas, no de ahora, siempre ha hecho problemas (...)".* Es notable el irreflexivo paso del último entrevistado desde su explicación de lo ocurrido en esos años hacia lo que percibe sucede actualmente, siendo la figura de Gladys Marin el vínculo entre ambos tiempos. Ella constituye el ícono del comunismo para los pinochetistas, representando ese *pequeño grupo de malos* perturbadores de la tranquilidad general. Volvemos a encontrar aquí la proyección "maligna" que se hace sobre el comunismo, esta vez en quien es considerada actualmente su figura distintiva y sobre la cual se descarga una agresividad de gran proporción. Los pinochetistas de estratos populares rechazan el comunismo y a los comunistas, por su constante disposición a "hacer problemas" y desorden.

Un tercer argumento pinochetista en favor de la violencia política ejercida por el régimen de Pinochet se relaciona con el estado de guerra existente y la masacre planificada por la izquierda, que mencionáramos en páginas anteriores: *"...(la violencia) fue lo justo porque fue una guerra, murió*

gente de ambos lados y lo que pasa es que como en todo gobierno cuando hay militares, que nunca han peleao', que nunca han tenio' un arma (...), pero si a ellos les dan una orden, y les dicen que hay toque 'e queda, tú al primer aviso dices "Alto o disparo", al segundo disparas, y un niño que está haciendo ejercicios va gente corriendo y él le dice "Alto o disparo" y no se para, tiene que disparar, él o la otra persona, uno de dos quedan vivos..." (Alicia); "...es que pienso de que aquí **estamos en la ley de la selva, el que no acierta primero muere no más poh**, porque si no hubiese sido así también ellos se hubiesen armado y habríamos desaparecido toda la gente que no estaba de acuerdo con ellos simplemente poh, igual habría desaparecidos..." (Silvia Peña). Al respecto, resulta contradictorio que el discurso pinochetista de estrato popular, por un lado, signifique el golpe en términos de haber evitado un situación de guerra, como señaláramos en la primera parte de este análisis, y que, por otro lado, cuando se trata de justificar la violencia del régimen de por hecho tal estado de guerra.

Por último, en el imaginario pinochetista la violencia de aquellos años habría sido menor que la actualmente existente, convirtiéndose en un nuevo argumento de legitimidad: *"(Respecto a la violencia) Pero no había tanta señorita como la que hay ahora, porque ahora usted le llega a dar miedo salir pa' juera, pero cuando Pinochet había, había orden, yo opino que había orden, pero digo yo por qué ahora to'o lo achacan a él"*(Eliana). Es posible notar nuevamente el importante nivel de confusión que caracteriza al sector popular pinochetista, incapaz de distinguir entre una violencia que podemos llamar "civil", relacionada con actos delictuales, y una violencia "política", originada en el Estado, que utiliza para su consecución el conjunto de instituciones "represivas y de control" a su disposición.

Ahora bien, reconocida la existencia de violencia durante el régimen militar y justificada en diferentes niveles por el discurso, corresponde preguntarse por el papel que tuvo el ex gobernante en este contexto de violencia de acuerdo a la representación pinochetista. Al respecto, existe un acuerdo generalizado de los entrevistados en que Pinochet *no fue responsable* de la violencia ejercida. Esta cuestión es interesante porque, por un lado, se justifica plenamente el uso de la violencia durante el período autoritario en la medida que implicó un restablecimiento del "orden y el respeto". Sin embargo al momento de atribuir responsabilidades respecto a esta violencia, el jefe militar es eximido absolutamente de ellas. Y entonces quienes pasan a asumir la culpa son aquellos que debían cumplir lo ordenado, es decir, "los mandos medios": *"Yo a Pinochet lo veo como la persona que nos sacó del hoyo en que estábamos, (...) que personas a las que se les dieron ciertas órdenes hayan pasado más allá, no podemos culpar a Pinochet de eso, porque muchas veces se da una orden, se dice que se haga algo y las personas se pasan de la línea porque no toas' las personas piensan de la misma manera, pero yo no le echo la culpa a Pinochet (...) porque yo digo, tal vez dio una orden pero la tomaron de otra manera, se pasaron del molde, como pasa siempre, en todo, pa' qué estamos con cosa porque nadie hace las cosas como uno manda que las hagan, pero yo a él no le echo la culpa..."*(Regina).

Imposible no mencionar el cambio de énfasis que presenta el discurso pinochetista respecto al tema de la violencia. Efectivamente, recordemos que en un primer momento se trata de una *violencia necesaria y justificada*, y si bien algunos hablaron de excesos ello no significó la condena

de su utilización. Ahora, cuando cambiamos de plano, y se pregunta por responsabilidades, involucrando directamente al ex gobernante, entonces los entrevistados hablan de una *violencia excesiva*, que habría sido provocada por aquellos que sobrepasaron las órdenes dadas. De esto el jefe militar no se habría enterado, y si lo hizo no fue de todo. Para referir esto, Silvia Peña y Silvia Flores respectivamente, ambas de Lo Espejo, utilizan la figura de la madre y sus hijos: *"Te vuelvo a reiterar si los que están debajo son los que se toman siempre las atribuciones, siempre va a haber y siempre va a existir, cuando uno es mamá todos saben que la hija está embarazá', la mamá es la última que sabe"; "No, porque mire yo sé... siempre he dicho yo "la mamá y el papá son los últimos en saber lo que los hijos hacen" y en este caso también don Augusto Pinochet era el último en saber... el presidente lo que hacen atrás de'llos, no ve que tampoco podemos culparlo a él, ni a la señora Lucia tampoco..."*.

b. Sobre los detenidos desaparecidos

Este tema se vincula estrechamente con lo señalado respecto a la violencia del régimen. Su mención particular se explica porque constituye un asunto que origina gran animosidad entre los entrevistados, integrando afirmaciones que demuestran un nivel de insensibilidad e inconciencia asombroso.

Sin embargo, a diferencia de lo ocurrido con el tema de la violencia, cuando se pregunta por los detenidos desaparecidos los entrevistados presentan un cuestionamiento inicial a su existencia. Es común encontrar referencias a que en ello existe mucha *mentira* porque quienes aparecen en tal calidad se encuentran viviendo en otros países, con nuevas familias, y gozando de una buena vida. El caso tipo nombrado recurrentemente es el del marido de Gladys Marín: *"yo pienso de'eso que hay mucha fábula ahí... dígame usted cómo usted puede comprobar de que realmente están muertos, uno no puede comprobarlo, porque quizás en qué países están por ahí casaos' y pasándolo bien, y están haciendo ataos acá la familia... porque ya esos son casos comprobados ya poh, casos que han ocurrido..."*(Regina); *"hay muchos que deben estarse riendo a carcajada limpia, eso yo no le discuto, porque según por lo que yo he sabio el marío' de la Gladys Marín está en no sé que parte de Santiago, y está recibiendo un buen billete, es lo que dicen"* (Georgina).

O bien, que en parte es verdad y en parte mentira porque existen pero no la cantidad que se señala. Al respecto veremos la opinión de Mario que representa una visión sutilmente descamada: *"Yo encuentro que hay pero no todos los que ellos dicen"* (Pamela); *"de haber hay, pero son los mínimos, de haber tienen que haber (...) yo digo ¡a quién quieren engañar! porque ¡cresta! estuvieron tres meses aquí en la cuesta Barriga haciendo hoyos en la ladera, encontraron tres huesos de pollo... en el desierto no sé cuanto estuvieron como un año y nada... de haber tiene que haber, pero mínimo...y hoy en día también poh o tu creí que no se pierde gente..."* (Mario).

En general, de un modo u otro, la existencia de detenidos desaparecidos es reconocida por el pinochetista de estratos populares. Sin embargo, paso inmediatamente posterior es justificar su

ocurrencia. Entre los argumentos a que recurre el discurso de este sector se encuentra aquél que analizáramos para el tema de la violencia en el periodo: ellos buscaron terminar de esa forma al rebelarse contra el nuevo ordenamiento militar. Por tanto, existió una *culpa* que explica la muerte, ellos cuestionaron el orden establecido, hicieron algo que "no era bueno" para merecer la muerte, porque "los militares no te van a matar porque si": "si ellos se lo buscaron... ellos se lo buscaron porque si ellos **se van contra el régimen**, digamos contra las FF.AA digamos ¿qué quería? Y si las FF.AA no actúan ¿qué querían?, que unos cayeron pa' un lao', otros cayeron pa' l otro..." (Julio); "... si los muertos ya murieron, **murieron por revoltosos**, nadie te va a matar a ti por matarte, si tu no atacai ... algo tiene que hacer la persona pa' que te peguen, o te ataquen o te maten, no te van a matar por gusto, no te van a matar porque estai acostado en tu cama sin hacer na'..." (Jorge).

Para legitimar la violencia del periodo autoritario y la existencia de detenidos desaparecidos, hemos comprobado que el discurso popular pinochetista acostumbra utilizar conceptos relacionados con la obediencia-desobediencia, conformidad-rebeldía, orden-desorden. Por ejemplo, las afirmaciones de Eliana de Lo Espejo - mujer de 65 años y con escaso nivel educacional - evidencian una orientación fuertemente autoritaria, pues aquél que se rebela, que desobedece a la autoridad debe ser simplemente eliminado, norma que adquiere para ella una obviedad incuestionable. Además, encontramos rasgos de aquel "conformismo creyente" analizado anteriormente que, a diferencia de esa vez, ha experimentado una radicalización autoritaria. Si es posible definirlo de ese modo, se trataría de un "conformismo religioso activo", pues el sujeto no sólo se conforma sino que "atribuye" a la voluntad divina la ocurrencia de esas muertes: "...pero si al porfiao' hay que matarlo (...) a mi no me mataron a nadie, pero si a mi me habrían matado por algo lo mataron, por porfiao' los mataron... pero a los que mataron digo yo ¡son cosas que pasan, son cosas de la voluntad de dios que los mataran!"(Eliana).

Ahora bien, esta predisposición de nuestro sujeto a asumir nociones de tipo autoritario también existe en la generación más joven, que a diferencia de Eliana, posee mayores y quizás mejores años de educación. En este contexto, el factor familiar es fundamental para entender la tendencia pinochetista de los más jóvenes, quienes presentan una memoria de esa época similar a la de sus padres, como si hubiesen vivido de modo conciente ese periodo: "...mi mamá defiende mucho a Pinochet porque ella dice que no fue él (Pinochet) el que mandó a matar gente, ni nada de eso, porque hubo mucho militar que se tomó atribuciones y mató por querer matar solamente, y si no hubieran habido tantos revolucionarios en el país no hubieran muerto tantos, porque **murieron por revolucionarios, porque querían ir contra la corriente...**" (Jocelyn, 21 años); "...no fue una matanza como se dice siempre...por lo que a mi me han dicho fue gente que le gustaba salir a la calle a... muchas veces a hacer violencia (...) yo creo que la gente que murió, **murió porque andaba haciendo desorden**" (Miguel Ángel, 25 años).

Un elemento importante a considerar de los entrevistados más jóvenes se refiere a la visión en extremo pragmática y descomprometida respecto a la participación, en especial en la actividad

política. En términos de Adorno se trataría de uno de los aspectos que caracterizan la *ignorancia política*, el que está relacionado con el significado que actualmente se da a la palabra "inteligente". Ser inteligente es principalmente preocuparse de sí mismo, cuidar de los intereses propios. De este modo cuando se le consulta a Jocelyn respecto al tema de los detenidos desaparecidos responde: *"yo creo que no los mataron por nada, o sea, no creo que hayan estao' haciendo algo bueno cuando los mataron (...). Claro, es que si yo sé que al inscribirme en algo, supongamos en un partido, algo así, después me puede pasar algo, y ser rebelde, cosas así, yo sé que después me va a pasar algo ¿cachai?, entonces yo no lo hago..."*.

Una tendencia presente en el discurso pinochetista respecto al tema de los detenidos desaparecidos y que, esta vez, se corresponde con una visión extendida en parte de la sociedad chilena, es reclamar su olvido por tratarse de un hecho del pasado. Eso sí, lo distintivo del grupo pinochetista es que ello es señalado en general con agresividad, no con aquella resignación característica que proponen determinados personajes públicos o instituciones respecto al tema: *"lo que a mí me molesta en este minuto y me revienta que hablen de derechos humanos, veamos los derechos humanos de la gente que está viva en este minuto, de la gente que anda muerta de hambre en las calles, de los que no tienen dónde dormir, ése es derecho humano, porque de los muertos ya no los resucita nadie (...). Hay que preocuparse por los vivos, ya los muertos están muertos lamentablemente"* (Silvia Peña). Son evidentes los rasgos de aquella agresividad característica del perfil potencialmente autoritario definido por Adorno, que describiremos brevemente en las siguientes líneas. Ella no tiene contemplaciones con los procesos de duelo permanente a que están sujetos los familiares ante la imposibilidad de encontrar los cuerpos, y por tanto, la certeza nunca confirmada de que efectivamente estén muertos.

Esto no significa que no existan en el discurso pinochetista asomos de resignación y conformidad respecto a lo ocurrido, conformidad que nuevamente se cubre de religiosidad. Generalmente ello ocurre cuando se han vivido experiencias cercanas: *"mi sobrino murió en La Moneda y de él no nos entregaron el cadáver y no lo veíamos, como nosotros somos evangélicos no insistimos pero también nos hubiera gustado darle sepultura (...). yo digo que el señor siendo señor supo perdonar, Dios siendo Dios supo perdonar, entonces el señor dice "si nos ofenden cien veces cien veces tenemos que perdonar", entonces lo que hay aquí es mucha venganza, mucho resentimiento, yo creo que eso hay que olvidarlo ya..."* (Silvia Flores).

Ahora bien, condición de este olvido es que los familiares y "los de Derechos Humanos" no insistan más porque su acción sólo sirve para "revolver el gallinero" y "meter boche"³, además que

³ Las menciones "revolver el gallinero" o "meter ruido" demuestran aquella conformidad extrema con lo establecido, una necesidad casi enfermiza por el orden y la tranquilidad. Lo interesante del tema de los detenidos desaparecidos es que al constituir un vínculo entre pasado y presente, la acción reivindicatoria por parte de sus familiares no sólo conlleva para el pinochetista una desestabilización del estado de cosas actual sino también de las rememoraciones respecto a la época de Pinochet, es decir, aquel sustrato cultural / simbólico con el que se identifica.

finalmente lo que obtienen con ello es simple provecho personal: *"toas' ésas cuando salen en la ésta a mi me da rabia porque ¿cuánta plata le paga el gobierno por cada detenido desaparecido?, y esa plata ¿quién se le da? todos los que trabajamos, y ¿cuánta plata se están llevando al bolsillo por su hijo? (...) por ejemplo yo... a mi me hubiesen matao' a alguien yo hubiese reclamao', reclamao' esto y esto otro y está bien porque es alguien de tu familia, un hijo, un marido, pero y después ¡cómo te llenai los bolsillos!, yo no hubiese recibido plata (...) entonces no entiendo cómo esas personas reclaman y reclaman y igual después andan recogiendo la plata..."* (Pamela).

Sin referencias al olvido o al perdón, existe una variante discursiva en el pinochetista de estratos populares que prefiere el desconocimiento respecto al tema sobre todo para las nuevas generaciones. Supuesto obvio es que la eliminación del odio y el resentimiento va de la mano de la ignorancia: *"¡¿Pa' qué los quieren?!, ya no quea' nada poh, no quea' ni un rastro, si ya están enterraos' por último déjenlos dónde están poh, pa' qué revuelven la tierra si qué van a sacar, si es para herir más a la gente, preferible quedar ignorante al menos la generación que viene de ahora, porque nacen y les van inculcando, y así van criándose con odio poh..."* (Carmen Gloria).

Consideramos oportuno retomar los aportes de Adorno en relación a la personalidad autoritaria, al que hemos recurrido en variadas ocasiones durante este análisis. En la construcción de la escala F, destinada a medir la personalidad potencialmente antidemocrática, este autor distingue un conjunto de dimensiones que permitirían su reconocimiento. Parte de esas dimensiones resultan de gran utilidad para demostrar la fuerte tendencia del sujeto pinochetista de estratos populares a asumir conceptos de carácter autoritario respecto al orden político deseable:

- a) *Sumisividad autoritaria.* Actitud de sumisión y aceptación incondicional respecto a las autoridades y el deseo de un líder fuerte. Hemos comprobado que el discurso pinochetista integra continuas referencias al necesario sometimiento, respeto y obediencia a la autoridad militar y, como contraparte, a la culpa de quienes por su "rebeldía" debieron experimentar la violencia represiva. Posteriormente, cuando analicemos las representaciones que el discurso popular pinochetista propone de la figura del ex gobernante, profundizaremos en esta idea de "liderazgo fuerte" ligado al concepto de liderazgo carismático.
- b) *Agresividad autoritaria.* Muy relacionada con la anterior describe la tendencia a buscar y condenar, rechazar y castigar a individuos que violan los valores de lo establecido. Esta agresividad de tipo autoritario ha quedado de manifiesto en parte importante de las entrevistas y en variadas ocasiones a lo largo de ellas. Recordemos la cita reciente respecto a la necesaria muerte de los "porfiados y rebeldes" o, por ejemplo, la desalmada declaración de una mujer de Lo Espejo respecto al destino de los cuerpos asesinados: *"yo hubiese sido más inteligente, yo pienso que a to'os esos muertos que enterraron supuestamente en los cerros a tantos metros yo los habría echado al mar poh, yo los habría echado al mar o los habría*

desintegrado poh... es mi opinión personal (...) por eso que pienso que a lo mejor los que están acá arriba hubiesen sabido todo esto, todo, todo, los hubiesen hecho desaparecer poh, no dejarlos... que después con los años iban a encontrar los cadáveres..." (Silvia Peña).

- c) *Superstición y Estereotipia.* Esta dimensión involucra, por un lado, la creencia en la determinación sobrenatural del destino humano y, por otro, la inclinación a pensar en categorías rígidas. Respecto a lo primero, a través de aquello que hemos definido "conformismo religioso" el pinochetista de estratos populares recurre a la instancia divina para explicar la violencia del período, interpretándola como objeto de su voluntad. Respecto a la estereotipia hemos comprobado que el discurso pinochetista popular se caracteriza por la continua utilización de ideas preconcebidas, rígidas y en extremo generalizadas que no se corresponden con la realidad, y que otorgan al individuo que recurre a ellas la sensación de saberse una persona bien informada, con opinión. Recordemos, sobre todo, las nociones empleadas por los entrevistados para explicar el período de la Unidad Popular.
- d) *Poder y fortaleza.* Esta dimensión enfatiza la predisposición que existiría en los individuos con personalidad potencialmente antidemocrática a ver toda relación en términos de fuerte-débil, dominante-subordinado, líder-seguidor, a una identificación con las figuras representativas del poder y una extrema valoración de la fuerza y dureza. Demás está decir que estas ideas se encuentran fuertemente desarrolladas en el discurso pinochetista de estratos populares expresadas, por ejemplo, en la oposición mano blanda/ mano dura que utiliza este sujeto al comparar a Allende con Pinochet. Esta mano dura del ex gobernante será uno de los rasgos más destacados del ex gobernante.
- e) *Proyectividad.* Disposición a creer que en el mundo suceden cosas desenfrenadas y peligrosas. Desde nuestra perspectiva, esta tendencia expresiva de una personalidad potencialmente autoritaria podría explicar la visión "catastrofista" que el "pinochetista" popular mantiene no sólo del período de la Unidad Popular sino también del presente, el que es caracterizado por la delincuencia, las "violaciones a la orden del día", la drogadicción, la inseguridad constante. Es decir, independientemente que existan referentes reales que avalen la sensación de inestabilidad y desorden experimentada por este sector durante la época de la Unidad Popular y en el presente, este grupo presenta una disposición favorable a asumir opiniones respecto a la peligrosidad y desenfreno del mundo, de cual hay que cuidarse permanentemente.
- f) *Sexo.* Esta variable refiere la preocupación exagerada por los "hechos" sexuales. Si decidimos incluirla es porque el discurso pinochetista de interés integra importantes nociones de este orden. Recordemos, por ejemplo, la señora de Lo Espejo que, al igual que el resto de los entrevistados, rememora del período de la Unidad Popular

el tener que "hacer colas", sin embargo, inmediatamente después agrega un elemento que demuestra una visión absolutamente anárquica en términos sexuales: "a las cabras se las violaban, las sacaban de las colas y se las llevaban y se las violaban, simplemente, así de simple, y iba mucha niña sola a hacer cola porque las mamás tenían que trabajar e ir a hacer cola" (Silvia Peña).

c. Sobre el toque de queda

La significación que el toque de queda asume en la representación pinochetista se relaciona estrechamente con el tema del orden. Consultados al respecto, los entrevistados coincidieron en señalar que esta instancia constituyó uno de los fundamentos del orden: "... pero eso no molestaba por la sencilla razón digamos de que entonces la gente estaba más tranquila y ahora se evitaba digamos el desorden, porque mis hijos tienen que estar aquí a x horas y nunca están poh, porque no pueden estar en la calle, por eso es que hubo orden, ésa fue una base de poner orden...fue bueno porque sino habrían seguido las tomateras y después métale combo, métale balazos (...), nooo si tenía que hacerse" (Julio).

Sin embargo, en este contexto el concepto de orden tiene un doble referente de definición. Por un lado, el orden impuesto por el toque de queda se define por oposición al desorden experimentado durante el gobierno de la Unidad Popular y al provocado por integrantes de la izquierda en el periodo autoritario: "yo creo que igual estaba bien porque si tu no ponías un orden... él tenía que poner un orden ¿para qué? para que supieran que él mandaba, que no era lo mismo de Allende, entonces si él no ponía orden y no ponía respeto ¿quién te iba a respetarte?!, él tenía que poner orden y ¡ya, hasta tal hora se anda!" (Pamela); "era el toque de queda necesario porque salían desde la izquierda, colocaban bombas, murió mucha gente, muchos niños murieron, cuántos inválidos hay porque ellos salían a colocar bombas, salían a las torres eléctricas, entonces había que tener un toque de queda..." (Alicia).

Por otro lado, el orden que representó el toque de queda para este sector es conceptualizado por oposición al desorden que se vive actualmente, derivándose de ello el deseo de su reposición. La tranquilidad y el sentimiento de resguardo son elementos rescatados por el discurso pinochetista respecto a esta instancia para explicar, por contraste, la sensación de desamparo e inseguridad que en el presente percibe este grupo. Las principales amenazas de estos días se relacionan con la delincuencia, en sus diferentes niveles: asaltos, "cogoteos", violaciones, asesinatos, entre otras, y la drogadicción en su dimensión consumo y tráfico, con la consecuencia evidente de "no poder salir tranquilo a la calle": "(Sobre el toque de queda) Era rico eso poh, porque usted dormía tranquila poh, que no anduvieran ladrones en la calle, imagínese usted ahora en la actualidad uno siente un ruido y tiene que estarse levantando, mientras que en ese tiempo usted no sentía ruido, no sentía na' porque los militares andaban rondando, nadie se atrevía a salir(...)y en este momento, en este momento yo se lo digo con mi corazón bien puesto que me gustaría que hubiera toque de queda (...) porque lamentablemente como estamos, estamos mal, muy mal, imagínese usted de que aquí a veces hasta por los techos andan los

delincuentes, ¡se siente! cuando pasan corriendo, entonces dígame usted quién vive tranquilo así... ahora la droga..., la droga la esparcen por to'os laos' mija linda, por todos lados, ¿dónde está la mano dura? (Regina).

Al observar las representaciones que sobre el período de la Unidad Popular tiene el sector pinochetista de estratos populares y a partir de ello la significación otorgada al golpe de estado, el valor de orden apareció relevante en todo momento. Ahora, cuando hemos analizado el discurso de este sector respecto a la violencia del régimen, su consecuencia más sombría: los detenidos desaparecidos, y la imposición de toques de queda, el tema del orden nuevamente adquiere un lugar central. En este sentido, la urgente necesidad de orden expresada por el sujeto pinochetista explica de modo importante la valoración otorgada al régimen y al ex gobernante. En otras palabras, el régimen de Pinochet representó y configuró uno de los valores estimados esenciales por el pinochetista de estratos populares, convirtiéndose en el referente de evaluación tanto del período previo – de la Unidad Popular – como del actual: el valor del orden, y asociados a él el “respeto” y la tranquilidad. Por tanto, la adhesión que el ex gobernante encuentra en parte considerable del sector popular requiere ser comprendida en términos valóricos, constituyendo el *valor de orden* una fuente significativa de apoyo.

La recurrente mención por parte de los entrevistados de conceptos que apuntaban de uno u otro modo a la dicotomía orden-desorden no dejó de sorprendernos. Si bien contemplábamos que el tema del orden probablemente constituía una fuente de adhesión valórica al jefe militar no consideramos que ella fuera tan importante para el pinochetista de estratos populares, o mejor dicho, que fuera tan importante en el presente. Es decir, era predecible que la rememoración del período de la Unidad Popular convocara nociones de este tipo explicado por el sentimiento de inestabilidad experimentado durante esos años, sin embargo, constituyó una novedad que la actualidad fuera observada bajo el mismo prisma y criticada, en consecuencia, por su *ausencia de orden*. Ello tuvo una consecuencia directa: el enaltecimiento del ex gobernante y del régimen por él encabezado debido a su concreción del orden y la tranquilidad. En este contexto, el pinochetista de origen popular adhiere a Pinochet porque encarnó el valor de orden altamente estimado por él, el que no percibió en la época de Allende y no percibe actualmente.

Esta cuestión continuará apareciendo en las siguientes líneas, las que estarán concentradas en la visión que el pinochetista popular tiene de la política.

4.3.2. De la política y regímenes políticos

Es un hecho conocido que la acción represiva del régimen militar afectó de modo fundamental el ámbito político de relaciones al determinar, entre otras medidas, el receso de todos los partidos políticos, la ausencia de elecciones competitivas y, por tanto, la imposibilidad del derecho a sufragio. Ahora, ¿cómo ello fue percibido por el pinochetista de origen popular? o ¿qué

nociones integra el discurso pinochetista al respecto?, preguntas oportunas si pensamos que el período autoritario implicó una abrupta ruptura con la tradición democrática precedente manifestada en la negación de los factores recién mencionados, indicadores básicos de existencia democrática.

a. **Sobre el votar, elecciones y partidos políticos**

Consultados al respecto, en general los entrevistados se declararon a favor de su inexistencia, pues el buen estado de las cosas hacía innecesaria su presencia: *"se veía que las cosas estaban bien, que no se necesitaban cambios, si estábamos bien para qué poh, no hacía falta, realmente no hacía falta..."* (Regina); *"Como estábamos bien con ese caballero, entonces no había interés en gallos así como políticos, porque no faltaba na' poh, como ahora veis..."* (Jorge). Por tanto, en la medida que el régimen autoritario implicó para estos sujetos buenas condiciones de vida, evaluadas en términos no sólo materiales sino también valorativos, entonces el ejercicio democrático se hace prescindible. Ello demuestra la fragilidad de la adhesión de este sector hacia la democracia, e incluso su general y especial disposición a aceptar gobiernos de tipo autoritario, la que ha quedado más que demostrada en la añoranza de un nuevo golpe de estado y la reposición de los toques de queda.

Ahora bien, la inexistencia de actividad político - partidaria durante el período autoritario es justificada, e incluso elogiada, por el discurso pinochetista de estratos populares, el que integra una noción altamente utilizada por el discurso de Pinochet, un elemento bisagra en la construcción del propósito fundacional del régimen: la crítica a la política representativa a través de su estigmatización como demagogia y politiquería. Consultado respecto a si había echado de menos este tipo de actividad, Julio de Peñalolén señala: *"Nada, nada porque había más tranquilidad, no había politiquería, no habían ofensas, no habían insultos, no habían na' como hay ahora con los políticos, no había desorden, no había desorden... y salió Pinochet, le entregó a Aylwin y al tiro empezó el escándalo de como se llama del desorden, de la falta de respeto, usted ve cómo están los asaltos, los cogoteos, las violaciones ¿ve? y en ese tiempo... en ese régimen no había, por eso yo añoro ese régimen porque había respeto, uno salía tranquilamente, (...) ahora no puede salir tranquilo..."*. Demostrado queda el diálogo que espontánea y permanentemente proponen los entrevistados entre los años de Pinochet y la actualidad, definiendo a uno por oposición al otro, y develando con ello la tendencia a encarar la realidad en términos de blanco o negro, que caracteriza en general a sujetos con una educación deficiente. Esto nos conduce nuevamente a la visión estereotipada y simplista del pinochetista de origen popular, sorda a las señales de la realidad circundante, las que siempre son leídas desde su marco ideológico imperturbable. Por otro lado, aparece nuevamente el concepto de *desorden*, tratándose esta vez de un desorden "político" que es convertido en atributo de los gobiernos post-dictadura y que tendría por consecuencia nefasta el desorden "social".

Entonces ¿cómo es representada la política - y los políticos - en el discurso pinochetista de estratos populares? Obviamente ella es objeto de una crítica radical, señalándose su prescindencia como ocurrió durante los años de Pinochet cuando su expresión estaba prohibida. Las nociones

destacadas refieren el desorden que la caracterizaría a través de las peleas de sus representantes, el gasto excesivo involucrado en las elecciones, que los políticos "prometen, salen elegidos y no cumplen", que aseguran su bienestar y relacionado con esto, su aprovechamiento y corrupción: *"No me gusta la política, la hallo que es muy desordenao', se pelean ellos, uno ve en la tele cómo se agarran, empiezan por ellos a dar órdenes pa' que nos ordenemos nosotros, pero se agarran ellos, qué más le quea' al pueblo, pelean por todo, cuando debieran estar super uníos poh... (En tiempos de Pinochet) era más tranquilo poh, la gente no se peleaba por pegar un letrero... es puro peleas, puras peleas (...) es lo mismo que ahora los estadios le digo yo, ya ganó Colo-Colo ... pelea..."*(Carmen Gloria); *"... como todos los gobiernos (...)son cortos entonces la familia, por ejemplo, del régimen político es muy grande entonces como se dice ellos aseguran el chancho rapidito y se están tres, cuatro años y después ya (...)si ésa es la verdad de las cosas, y muchos se aprovechan, algunos pasan puro viajando no más poh, y lo otro es que los sueldos, por ejemplo, de los políticos son muy altos (...) No me gusta, es que es muy cochina, muy sucia, es muy sucia la política, andan así (gesto de abrazo) y después andan por detrás pegando la puñalá', y son toos' los políticos iguales..."*(Manuel).

Particularmente interesante resulta la intervención recién citada de Carmen Gloria, quien a pesar de su rechazo evidente a la política por el conflicto que ella implica, propone implícitamente una noción de la buena política: aquella fundada en el consenso y constituida en instancia ejemplificadora para el resto de la sociedad: *"empiezan por ellos (los políticos) a dar órdenes pa' que nos ordenemos nosotros, pero se agarran ellos, qué más le quea' al pueblo, pelean por todo, cuando debieran estar super uníos..."*

Relacionado con lo anterior, los entrevistados coinciden en señalar que votar no sirve de nada, porque ello no les reporta beneficio alguno. En realidad, el reclamo se dirige al hecho de votar por candidatos porque recordemos que durante el régimen militar efectivamente existieron elecciones, pero de carácter no competitivo: *"Yo encuentro que era mejor porque uno no andaba pendiente que tiene que ir a votar, que acá, que allá, y votar y votar, y uno saca gente, saca gente y no saca niún' provecho de ellos..."*(Silvia Flores); *"Que eso estuvo bueno también poh, fue otra de las cosas buenas de este país, que no habían candidatos, porque ahora parece que han brotado como mala hierba los candidatos, por todos lados, yo no me explico"*(Georgina).

Ahora bien, consultados respecto a su tendencia política, obviamente todos los entrevistados declararon "ser de derecha", incluso parte importante de ellos acostumbra participar en las campañas de candidatos de esa orientación, principalmente del partido Unión Demócrata Independiente (UDI), participación que les otorga una importante fuente de ingresos. Sólo uno de ellos señaló no estar inscrito, incluso no había votado para el Plebiscito de 1988 a pesar de definirse pinochetista. Al preguntárseles por las razones de su apoyo electoral a la derecha, tema que varios entrevistados retomaron de forma espontánea, indirectamente nos acercábamos a las razones de su adhesión al ex gobernante: *"...yo siempre he votao' (...) siempre he votao' por la derecha porque ellos tratan de que el país se arregle, de que se arreglen las cosas, de que se arreglen las cosas por los nietos que uno va dejando... (¿Y la derecha sería mejor para usted?) De todas maneras, porque tienen más*

educación poh, y el pobre tenemos... por lo menos yo tengo hasta el sexto básico... (¿Y por qué no la izquierda?) La izquierda no me gusta porque son muy peleadores, nunca están conformes poh, nunca están conformes..."(Silvia Flores); *"yo soy de derecha y voy a votar siempre por la derecha (...) No me gusta la izquierda, no me gusta porque... a pesar que yo soy pobre y debiera de votar por la izquierda, pero no me gusta la mentira, que digan "Ayyy, queremos a los pobres" ;mentira!, quieren pa' llenarse los bolsillos ellos"* (Silvia Peña).

La última frase resaltada da cuenta del conflicto que dio pie a esta investigación. La pregunta inicial y motor de estas páginas era ¿por qué un grupo de personas afectadas desfavorablemente por el régimen militar liderado por Pinochet decide adherir sostenidamente a su figura?. La pregunta actual es del mismo tenor, pero enfocada en un plano diferente: ¿por qué un conjunto de sujetos de pertenencia popular gusta de y apoya una tendencia política que, en opinión de muchos, representa intereses absolutamente disímiles a los del estrato popular y que implican a largo plazo un deterioro en sus condiciones de vida? La respuesta la dan los mismos entrevistados, quienes notan lo contradictorio de su posición, pero a pesar de ello, más relevante es la existencia de no-desorden, no-peleas, no-disconformidad, rasgos que claramente son atribuidos a la izquierda, especialmente a "los comunistas". En la versión blanco - negro característica de nuestro sujeto, la derecha representa todo lo que no es la izquierda, lo bueno vis lo malo: *"los hallo muy desordenados a los comunistas no sé, no me gustan, yo creo que es como... yo jamás he visto a unos de la UDI haciendo protestas ¿cachai?, gente de la UDI haciendo protestas, no me gusta el desorden..."*(Jocelyn); *"... por ejemplo, siempre vi a los comunistas tirando piedras porque yo ésa es la idea mía de los comunistas, haciendo fogatas, quemando micros, haciendo puros destrozos, ésa es la idea mía de los comunistas..."* (Pamela).

b. Preferencia de regímenes políticos

Decidimos incluir una pregunta respecto a la preferencia por régimen político, de estructura similar a la utilizada en encuestas de opinión, porque el contenido que ella arrojara nos permitiría profundizar en las orientaciones políticas actuales de este sector y en el potencial de adhesión a formas autoritarias de gobierno que en el futuro pudieran presentarse.

Como era de esperar, la democracia actual se constituye en objeto de crítica y descontento absoluto en el discurso del pinochetista de origen popular. Las razones que explican tal disposición se relacionan con el estado de "desorden" que en la representación de este sujeto existiría actualmente, estado que tiene que ver más con una sensación de inseguridad e incertidumbre certeramente explotada por la derecha económica y política a través de los medios de comunicación, que con un aumento real y efectivo en los indicadores de delincuencia y drogadicción. Ciertamente que, a su vez, este sector es altamente propicio a "enganchar" con este tipo de propaganda, la que viene a confirmar el marco ideológico "catastrofista" que, como hemos visto, le caracteriza.

Ahora bien, un segundo componente del descontento con la democracia se relaciona con la situación económica vivida en el presente, la que se encuentra marcada en muchos casos por el desempleo. Esta experiencia de cesantía es la que explica a su vez que cuando consultamos a los entrevistados por su condición económica durante el período de Pinochet, ellos señalaran en primera instancia y con nostalgia lo que esos años habían significado en términos de una mejora general de su situación, cuestión que hemos explicado por la red de protección de subsidios y beneficios que habría implicado ese gobierno para ellos. Indirectamente relacionado con esto, un elemento de insatisfacción con el régimen democrático que apareció relevante en el discurso del pinochetista de estrato popular fue el tema de "tener pitutos", o "tener cuña", para alcanzar un buen lugar de trabajo. Si bien ello habría existido siempre, es en el seno de la democracia que su utilización habría aumentado, constituyéndose en sinónimos de amiguismos y favoritismos.

Ubicada en una perspectiva histórica y no sólo contingente, y aunque con imprecisiones, es notable la versión de Silvia Flores de Lo Espejo quien mantiene una desconfianza básica respecto al régimen democrático. En realidad, nos da la sensación que alude directamente al partido Demócrata Cristiano, cuyos integrantes se caracterizarían por una "incoherencia" e inconsistencia de principios, que en términos bastante simples podría graficarse en la frase del camaleón "cambia de color según la ocasión": *"yo encuentro que la democracia es chapita de dos caras, porque la democracia fue a golpear las puertas del ejército para que fuera el golpe de estado, yo en esa época tenía 36 años y me acuerdo, y después ahora la misma democracia golpeó las puertas de la izquierda para que la izquierda le ayudara en el NO y ayudara a sacar al presidente... entonces ellos, la democracia, golpean la puerta pa' golpe y golpean la puerta para volver a la democracia..."* (Silvia Flores).

Esta disconformidad general que el sector pinochetista manifestó hacia la democracia representada por los gobiernos de la Concertación derivó en una disposición en extremo favorable en parte importante de los entrevistados a la existencia de regímenes autoritarios. Los atributos rescatados de este tipo de gobiernos se relacionan con la presencia de una autoridad fuerte, que imponga el "respeto" y que tenga "mano dura" para enfrentar problemas de índole social, aunque ello signifique la implantación de soluciones radicales y la limitación de las libertades personales: *"Estos gobiernos no me han gustado para nada, prefiero los gobiernos más duros pa' que el país sea respetao', pa' que se respete el país en sí mismo, ¡porque no se respeta poh!..."* (Carmen Gloria); *"no andarían tantos cogoterros señorita, y no andarían tantos borrachos, ni tantos volaos como andan en la calle ahora, en el tiempo de Pinochet no se veía eso ¿por qué? ¡porque ahora el presidente le da la libertad a to'os poh!, no pone mano dura..."* (Eliana).

Recordemos que la crítica de estos sujetos a Allende, y proyectada a Lagos en el presente, era precisamente su "mano blanda", el "no haberse hecho respetar" y, en consecuencia, el haber sido manipulado por consejeros y colaboradores. Obviamente Augusto Pinochet representa todo lo contrario, icono de la fortaleza, el respeto, y de otros atributos que analizaremos posteriormente que adquieren el sentido del carisma weberiano. Como confirmara Adorno, la fortaleza parece ser el

rasgo personal que más aprecian las personas con una personalidad potencialmente antidemocrática: *"yo creo que tiene que ser un gobierno fuerte, para que las cosas marchen bien, con lo desordenado que está el país tendría que ser un gobierno fuerte (...) Con mano dura (...) porque la gente ya está como muy rebelde y una persona rebelde con una mano blanda no resulta poh, ahora (...), la democracia deja mucho que desear ya, no es la democracia de años atrás, la democracia de años atrás era una democracia que no mentía, ahora miente..."* (Regina).

El concepto de respeto, aparecido en infinidad de ocasiones durante las entrevistas, y en varias de las citas propuestas, requiere ser precisado. Una primera significación en el discurso del pinochetista de origen popular se relaciona con la posibilidad de "salir tranquilo a la calle"⁴ o de "andar tranquilo en la micro" a cualquier hora y en cualquier parte y no esperar que algo malo suceda. Este *respeto al ciudadano* habría existido durante el gobierno de Pinochet, en razón del resguardo militar omnipresente y la existencia de "toques de queda"; una de las bases del orden de acuerdo a este discurso. Se deriva entonces que ese respeto no existe en el presente, quedando el individuo expuesto a cualquier agresión imaginable: *"uno andaba tranquilo en la calle, andaba tranquilo en la calle, había respeto por las personas, se podía salir pa' cualquier lao' con los niños, al mismo estadio tú podíai ir con la familia, ahora usted no puede ir al estadio con niños ni con la señora, está propenso, por ejemplo, qué se yo a que le peguen un cortaplumazo, un piedrazo"* (Manuel).

En segundo término, el sujeto pinochetista significa esta noción como *respeto a las jerarquías y a la autoridad*, respeto a la sucesión de rangos, concibiendo toda relación social dentro de un orden de superiores e inferiores, en el cual los individuos deben ubicarse en el lugar que les corresponde. Fue usual que para ejemplificar esta situación o la ausencia de ella en la actualidad, los entrevistados recurrieran al comportamiento de niños y jóvenes respecto a la familia y al colegio. De esta perspectiva, el respeto implica en general la obediencia incondicional a los padres y a los mayores - entre ellos los profesores, siendo representado en el discurso por la conservación de una correcta apariencia por parte de los jóvenes y el cumplimiento de horarios.

A diferencia de la época de Pinochet, los años post-dictadura se han caracterizado por la falta de respeto, la rebeldía - que tanta alergia provoca en estos individuos - y el libertinaje, cuestión que debe ser enfrentada mediante el incremento de autoridad en las instancias de control social: *"la juventud, tiene otra mentalidad ahora, por ejemplo usted ve al niño en el colegio con las camisas ajuera, con el pelo amarrado, con los pantalones abajo descosidos, antiguamente no se veía eso, no se veía, el pelo corto*

⁴ Como bien señala Lechner la calle constituye el símbolo de lo imprevisible, de la incertidumbre, de la exposición a amenazas múltiples, pero también de lo abierto, lo posible, lo fortuito. Sin embargo, para el pinochetista de origen popular sólo vale el primer sentido, el amenazante de la integridad física, el de ser agredido permanentemente por el medio (Los patios interiores de la democracia: subjetividad y política: 1988, FLACSO).

como correspondería ir al colegio.(...) entonces **la gente perdió el respeto, perdió el respeto...** (Manuel); **yo creo que es necesario un gobierno serio, responsable, (...) no autoritario pero digamos que lleve las cosas en orden porque estos gobiernos que dicen que son democráticos han creado el vandalismo, y aquí en Chile éste Ricardo Lagos es uno de los promotores del vandalismo, si porque él con darle facultades...quitarle la autonomía a los papás, quitarle la autonomía a los profesores y darle facultad a los "niñitos" como se dice porque ahora ningún papá le puede hacer na' a un niño porque es maltrato familiar, entonces los cabros hacen lo que quieren, van pa' onde' quieren, la niña mujer también, ¿por qué las niñas mujeres ya a los doce años ya andan con la guaguita al hombro? Porque tienen mucha libertad, tiene que ser una cosa enérgica, enérgica, darle autoridad a los padres y darle autoridad a los profesores porque ahí viene la segunda enseñanza y darle facultades digamos a carabineros pa' que pesque a un niño y se lo lleve y al otro día lo entregue...**(Julio).

Por último, el discurso pinochetista integra la noción de respeto para referir un atributo del jefe militar, que recientemente señaláramos. Pinochet "se habría hecho respetar", es decir, no habría dejado que "lo pasaran a llevar", confirmando en todo momento su autoridad.

Ahora bien, pensemos, por una parte, en la configuración que el pinochetista de pertenencia popular hace del presente como un contexto "caótico", caracterizado, entre otras cosas, por asaltos, violaciones, tráfico y consumo de drogas y su conversión en violencia y agresividad. Si unimos a esto, lo recién señalado respecto al tipo de solución propuesta para acabar con la "rebeldía" general que experimenta la sociedad chilena, especialmente los jóvenes, entonces podremos imaginar en qué recursos y procedimientos está pensando para terminar con el "desorden" social que, en su visión, actualmente nos consume.

En relación a ello, son frecuentes las menciones de reposición de la pena de muerte, constituyendo un punto relevante de la crítica hecha a los gobiernos de la Concertación. Ello confirma la disposición fuertemente autoritaria de estos sujetos al enfrentar relaciones interpersonales y con la sociedad en general, de modo que cualquier trasgresión a los valores de orden y tranquilidad debe ser condenada y castigada con determinación. Supuesto del castigo público es que constituya un "ejemplo" de lo que podría sucederles a potenciales agresores futuros, "que sirva de ejemplo" para quienes quieran imitar ese tipo de comportamientos: *"...este gobierno de la Democracia Cristiana cometió el disparate más grande de toda su existencia. no sé cómo es la palabra, pero abolió la pena de muerte y yo soy partidaria de la pena de muerte (...) Y un gobierno fuerte haría... claro, haría valer, porque con uno no más que lo haga se cabrean todos los demás y no lo harían nunca más, no habría tanto vejamen aquí en Chile"*(Georgina). Particularmente agresiva es la declaración de Manuel de La Pintana: *"el que mata o viola na' de esperar, matarlo altiro, esa es la forma de hacer la limpieza poh, porque aparte que lo están alimentando en la cárcel, después salen y se mandan otro condoro poh... siempre lo voy a decir "la persona que hizo mal que pague altiro" y así se limpia un poco el país poh..."*.

El discurso pinochetista presenta dos variantes respecto a la preferencia de régimen político. Ambas tienen por sustrato la crítica a la democracia aunque no favorecen directamente la opción de un gobierno autoritario. Una de ellas propone la instalación de un gobierno "serio, enérgico" y la otra, la necesidad de un determinado tipo de gobierno de acuerdo a las circunstancias. La primera alternativa la encontramos en la recién señalada cita de Julio "yo creo que es necesario un **gobierno serio, responsable, (...) no autoritario** pero digamos que lleve las cosas en orden porque estos gobiernos que dicen que son democráticos han creado el vandalismo". En este contexto, es más importante un gobierno con "ideas", que enfrente seria y "enérgicamente" los problemas, que uno de tipo autoritario, momento en que los entrevistados proponen a Joaquín Lavín como clara alternativa. El carácter enérgico de un gobierno fue frecuentemente mencionado como noción de buen gobierno, la mayoría de la veces referido a la eliminación de la delincuencia y drogadicción: "o sea no tan autoritario ¿me entendís?, me gustaría por ejemplo yo siempre digo cómo tiene Lavín a Santiago, ¿cómo tendría si fuera Presidente! digo yo(...)entonces yo siempre pienso me gustaría un gobierno como Lavín..." (Pamela); "Más que autoritario con más ideas... yo quiero que el próximo presidente sea Lavín" (Jocelyn).

La otra variante presente en el discurso señala que el tipo de gobierno que necesita un país va a depender de las condiciones existentes en él. De este modo, si el sujeto pinochetista percibe la existencia de desorden e inseguridad, entonces encontrará oportuna la presencia de un régimen autoritario y en esa medida es probable que decida otorgarle su apoyo pero si, por el contrario, en su opinión las cosas están en calma, en orden, entonces en ese momento es posible *cualquier* gobierno, no siendo enfático tampoco en la necesidad de un gobierno democrático. Al respecto notaremos cómo Miguel Ángel de 25 años que en primera instancia es representativo de esta tendencia discursiva, posteriormente deja entrever una disposición favorable a la conveniencia de un gobierno autoritario en el presente: "Es que depende como esté el país poh, por ejemplo, si el país está tranquilo puede ser cualquier gobierno, pero si se repite el desorden y la violencia que hubieron se necesita un gobierno fuerte, un gobierno con mano dura, que calme todo lo que sea violencia, **todo lo que se está viendo ahora...**"(Miguel Ángel); "yo creo que va todo en las circunstancias que se vayan dando, yo pa' mi modo de pensar va en las circunstancias que se vayan dando en la vida..." (Mario).

Desde nuestra perspectiva, si bien el discurso del pinochetista popular no es unánime en la preferencia de regímenes autoritarios, pensamos que finalmente se orienta en esa dirección, ya desde los atributos de seriedad y "energía" que en su opinión debiera tener un buen gobierno o en el hacer depender de las circunstancias la existencia de un determinado tipo de gobierno. Ello nos refiere un sector potencial y ciertamente favorable a la instalación de gobiernos "fuertes", los que encarnan y representan valores estimados fundamentales por estos sujetos relacionados con el privilegio del orden, el respeto y obediencia a la autoridad, entre otras.

Hemos demostrado que el sistema democrático de gobierno es sometido por el pinochetista de origen popular a una fuerte exigencia por rendimiento, y al no significar éste una mejora general de su situación facilita su desapego – incluso rechazo – de la democracia, haciéndose

potencialmente favorable a cualquier tipo de gobierno, donde el autoritario es una evidente posibilidad. Sin embargo, sospechamos que incluso si la democracia le asegurara los insumos necesarios para el mejoramiento de sus condiciones y solución de sus problemas, la valoración del régimen democrático continuaría siendo sumamente frágil en razón de aquello que mencionáramos hace un momento: su identificación con regímenes políticos que privilegian valores en los que se reconoce plenamente: el predominio del aspecto de mando en lugar del consenso, el énfasis en el principio jerárquico como modo de organización social, tipo de organización que es convertida en el principio político exclusivo para conseguir el orden.

4.3.3. Figura de Pinochet

Recordemos los términos en que fue planteada esta investigación: para explicar el apoyo de origen popular a la figura de Pinochet pensamos en dos grandes ámbitos de adhesión construidos desde los aportes weberianos: una adhesión fundada en una racionalidad de interés y una adhesión originada en una racionalidad de valores. Como confirmáramos en el transcurso de las entrevistas, encontramos fuertes rasgos de adhesión interesada hacia el ex gobernante en la medida que representó determinados beneficios que fueron significados por estos sujetos en términos de una mejora general de su situación económica personal. Sin embargo, el factor que las entrevistas develaron más apropiado en la explicación de este fenómeno fue el valórico, es decir, aquél en que independientemente de las ventajas - o desventajas - específicas que le hubiera reportado el régimen liderado por Pinochet, el individuo adhiere a su figura y al orden por él encabezado en función de los valores que cree encarna y con los cuales se encuentra fuertemente identificado.

Una vez en este contexto, y como señaláramos en su momento, descubrimos que el *valor del orden* había emergido fundamental en el entendimiento del apoyo que estos sujetos dieron al jefe militar y en la adhesión que actualmente manifiestan hacia él. Sin embargo, quedaba pendiente uno de los valores que estimamos constituiría una importante fuente de adhesión: la defensa de la nacionalidad que el jefe militar habría personificado. Recordemos que nuestro concepto de *adhesión racional de acuerdo a valores* integraba dos dimensiones de análisis, una relativa al valor de la nación recién mencionada, y una segunda dimensión que dice relación con las características personales atribuidas al jefe militar, convertidas en objeto de adhesión.

Anora bien, las nociones que el pinochetista de estrato popular utiliza para referirse a la figura del ex gobernante nos permite confirmar la pertinencia del concepto de legitimidad carismática. Referimos con ello a que en una relación de dominación la autoridad es legitimada porque se le reconoce en posesión de *carisma*, es decir, se le atribuyen determinadas cualidades consideradas extraordinarias, inaccesibles al resto, que provocan la devoción y entrega afectiva de los dominados. Como sabemos, el carisma weberiano constituye un fenómeno principalmente sociológico, de tal modo que para la existencia de carisma es decisivo el reconocimiento de tales características en el

líder por parte de sus seguidores. Por tanto, cuando hablamos de carisma en el sentido weberiano, no referimos atributos inherentes a la personalidad de un sujeto, sino atributos que existen en la medida de su *reconocimiento social*.

Elo significa, por consiguiente, que el ex gobernante es percibido por el sector popular de interés portador de cualidades excepcionales y extracotidianas, que resultan inaccesibles a otros, constituyéndose de este modo en motivo de adhesión, y de veneración. Como planteáramos en su momento, desde nuestra perspectiva, la adhesión fuertemente afectiva que genera el jefe militar en el grupo popular debe ser comprendida también en términos valóricos, pues las características que este sujeto reconoce en la figura de Pinochet son expresivas de su propio universo valórico. Es en este ámbito que volveremos sobre el valor de la nacionalidad que habíamos dejado en suspenso, porque se encuentra estrechamente relacionado con la concepción carismática que el pinochetista de estrato popular mantiene de su líder.

El lenguaje que en general utilizaron los entrevistados para referirse a Pinochet está lleno de expresiones y comparaciones cubiertas de grandiosidad, similares a las de una hazaña épica o a la acción de un enviado de Dios, confirmando en lo formal el carisma que, desde su óptica, posee el jefe militar.

Un primera gran definición que integra el discurso pinochetista de estrato popular es resultado del paralelo establecido entre él y Bernardo O'Higgins, de acuerdo al cual ambos representan una gesta libertadora, convirtiéndose Pinochet en el "segundo padre de la patria". Pero ¿liberación de qué?. En primer lugar, del estado de cosas caótico existente durante la Unidad Popular, expresado en el desorden económico y político del que hemos hablado, el que es descrito en términos de opresión y esclavitud: "(¿Cómo debería ser recordado?) Como el padre de la patria del siglo XX... tan simple como eso, porque si hay un hombre que ha querido su patria es ése..." (Mario); "Mire, para mí yo a Pinochet lo miro como un nuevo Bernardo O'Higgins (...) un nuevo libertador ¿por qué? porque resulta que eran tantos los momentos de angustia que vivíamos en el tiempo de la Unidad Popular que llegado el momento que llegó él como que usted respiró, respiró hondo (...) lo miro como un libertador (...) del problema, de la situación en que nos encontrábamos en ese momento, o sea libertó al país de la opresión en la que estábamos, porque era un opresión, paros por todos laos', toa' la gente en huelga, ayyy toa' la gente revolucioná' oye, estaba toa' la gente revolucioná' (...) él debiera ser recordado como un libertador más porque si bien es cierto O'Higgins nos libertó de algo, él también nos libertó de algo grande, ahí estamos en la esclavitud y con la Unidad Popular también estábamos en la esclavitud" (Regina).

En segundo lugar, y muy relacionado con lo anterior, se trata de una *liberación del comunismo*. En este punto se hace central aquel valor de nacionalidad que planteábamos como una importante fuente de adhesión en el pinochetista de estrato popular, reapareciendo aquellas nociones que integraron las representaciones sobre la Unidad Popular y el golpe de estado de 1973. De este modo, aquello por lo cual el golpe militar fue significativo para este sector es proyectado a la

figura del ex gobernante: él habría defendido al país de la amenaza comunista al no permitir que extendiera su influencia a través de los partidos de la Unidad Popular, representando, por tanto, la conservación de la Identidad Nacional. Ella habría permanecido intacta del efecto de ideologías foráneas, que de no haber sido detenidas a tiempo habrían determinado el dominio externo sobre nuestra nación, y, por ende, la falta de libertad, para lo cual los entrevistados vuelven a utilizar el ejemplo cubano: *"(Debería ser recordado) Como una persona que salvó al país de los comunistas poh, así debiera estar, que nos salvó de los nazis, si no hubiéramos sido pisoteados por los rusos, quién sabe por quien más, los cubanos..."* (Georgina); *"el fue capaz de sacarnos del hoyo 'onde estábamos poh, nos estábamos ahogando ahí y ¿quién nos iba a salvar?, imagínese usted que el comunismo hubiese entrado a tal manera aquí que se hubiese tomado el poder ese hombre y hubiese seguido, hubiese seguido y hubiese seguido a como está Fidel Castro ahora, cuánta gente de Cuba no grita por arrancar de ahí, y nosotros no íbamos a querer eso pa' nuestro país..."* (Regina).

Por tanto, al constituir el valor de la nación una importante fuente de adhesión pinochetista reconocemos la operación simbólico-discursiva que la autoridad militar dispuso durante ese periodo en torno a la idea de nación chilena, es decir, quienes la integraban y quienes, por su acción "subversiva", dejaron de pertenecer a ella, quienes constituyeron sus enemigos - potenciales y reales - más peligrosos, configurando una historia nacional en base a episodios que legitimaban la opción autoritaria en curso. Además, notamos el componente esencialista en tono a la Identidad Nacional, sobre el cual nos hemos extendido en otro momento, en lo referente a "no contaminar" una esencia chilena, que permanece como una realidad profunda e invariable en el tiempo.

La gesta libertadora liderada por Pinochet constituye para estos sujetos un evento heroico, convirtiéndose él, por tanto, en un héroe en la medida que no cualquiera habría mostrado la capacidad, la habilidad y el temple para llevar a buen término la salida de la opresión y la esclavitud: *"Pinochet representa una persona grande y valiosa, que nosotros siempre debíamos de agradecerle, una persona que... no sé, para mí es un héroe, así, eso representa para mí, en una palabra es un héroe porque batalló, luchó, sacó al país adelante, sufrió cosas que no debía de haber sufrido porque él no debía de haber sido pagado de esa manera"*(Regina).

Un segundo atributo otorgado al jefe militar por el discurso del pinochetista de estrato popular se relaciona con su capacidad específica de "dar y devolver vida". Recordemos que para este sujeto constituía un escenario probable la muerte personal y de familiares, porque integraban unas listas de opositores al gobierno de la Unidad Popular y serían asesinados por ello. Otro argumento que favoreció el imaginario de muerte durante este periodo fue el estado de guerra civil si es que Pinochet no hubiera tomado el mando: *"Yo principalmente le tengo que agradecer porque gracias a él estoy viva y mis hijas, porque como le digo yo estaba en una lista, porque si hubiera sido al revés me iban a matar a mí los comunistas, por no tener los ideales de ellos, si yo estaba ya en la lista de toda la gente que iban a matar en San Antonio, por lo menos de la población donde yo vivía (...) como le digo, principalmente le debo la vida..."*(Georgina); *"...por eso yo le digo yo que cuando Pinochet tomó esta cosa le dimos gracias a*

Dios, porque si no hubiera sido por Pinochet no estaríamos vivos, mis hijos no estarían vivos, y usted tampoco estaría viva (...) pa' mi fue un hombre que se preocupó, los dio y primeramente lo único que nos dio fue la vida y la salud porque si él no habría estado nosotros no estaríamos vivos(...)por Pinochet tuvimos vida, tuvimos lo que tuvimos" (Eliana); "Pa' mi es como salvador en ese minuto, que salvó a la gente de pelear entre ellos, fue un salvador, alguien que tenía que poner la mano dura ahí, pa' mi fue una persona que se atrevió a hacerlo, porque no creo que otra persona se hubiese atrevido..."(Pamela).

Deber la vida o tener la facultad de dar o restituir la vida, tiene una connotación místico - religiosa inherente, que adquiere mayor sentido si pensamos que parte importante de los entrevistados declararon ser evangélicos. Encontramos referencias directas en las entrevistas a la relación del ex gobernante con la divinidad, el que es percibido como un hombre protegido de Dios en su misión, argumento utilizado para su exculpación: "Se acuerda cuando lo iban a matar, dése cuenta, ya poh, si hubiera sido tan malo, dios no lo protege ... ¿o no? porque si hubiera estado contra dios lo habrían matado a la primera, cuando tiraron ese medio cohete, el que casi le voló el techo del auto, entonces dios lo protegía porque estaba actuando bien poh, porque este país estaba muy rebelde, y está, muy *aindiado*" (Jorge). La lectura religiosa que este sujeto hace de la acción de Pinochet tiene sus raíces, como bien señala Humberto Lagos⁵, en las producciones discursivas del periodo, emitidas por el jefe militar y por las jerarquías de las FF.AA, en especial las del Ejército. En ellas los institutos armados y de orden se autoasignan una función sobrenatural de mediadores de la "voluntad divina", voluntad que respalda el proyecto político autoritario.

Sin recurrir a comparaciones de orden histórico o argumentos trascendentes, existe un tercer ámbito carismático de definición del ex gobernante, integrado por un sinnúmero de cualidades que en su conjunto le otorgan la extracotidianeidad constituida en objeto de adhesión. Estas características se relacionan con lo percibido por el pinochetista de estrato popular respecto a su gestión gubernativa, la que por unanimidad fue excelentemente calificada. En este contexto, Pinochet es distinguido por su coherencia, su austeridad, su autoridad, su valentía, voluntad y fuerza, manifestada en su ser estricto y enérgico y en "haberse hecho respetar", atributo enfatizado en variadas ocasiones a lo largo de las entrevistas sobre todo al ser comparado con la figura de Allende. Además se le reconoce como "hombre de cerebro" que mantuvo ideas claras, y un "hombre de actividad" porque supo llevar tales ideas a buen término: "(Cómo definiría a Pinochet?) Te lo voy a decir en una sola palabra y con *harto orgullo*... "hombre" con todas sus letras, que siempre miró de frente, tal vez haya sido engañado por sus mandos medios (...) pero pienso que Pinochet no tenía ni tiene (...) dos facetas... Pinochet era Pinochet y punto, era Pinochet dentro del regimiento, era Pinochet dentro de la Moneda, era Pinochet cuando salía a'onde el pueblo, era Pinochet cuando salía en la televisión (...) una persona bien parada, con sus ideales bien claros, eso yo vi siempre en Pinochet..." (Mario); "... mantuvo al pueblo a raya, fue enérgico, nadie se burló dél, ni siquiera los propios del bando de él, porque si no estaban de acuerdo con él bueno les pedía la renuncia si no están de acuerdo, bueno váyanse poh" (Georgina); "fue un buen presidente, o sea para mí... porque tenía autoridad, y nadie lo pasaba a llevar...el país no estuvo mal

⁵ Arturo Chacón y Humberto Lagos, "Religión y Proyecto Político Autoritario", 1986, Editorial Lar.

económicamente mientras estuvo él (...) entonces tiene que tener las ideas bien claras pa' tener un país recto 17 años!... (Jocelyn); *"Para mí lo encontré honesto, pienso que no se gastó la plata de nosotros paseando porque nunca paseó, nunca se gastó la plata de nosotros poh..."* (Silvia Peña).

Volvemos a encontrar la exculpación del jefe militar de la violencia ocurrida durante el periodo que gobernó, mediante la atribución de culpa a los "mandos medios", quienes habrían sobrepasado sus atribuciones, y cuyas consecuencias Pinochet no habría conocido del todo. Incluso cuando se reconoce la posibilidad de que haya cometido excesos es defendido en razón de su condición humana, sujeta a errores: *"de que habrá cometido errores como todo el mundo los tiene que haber cometido, si nadie en esta vida es perfecto, absolutamente nadie, nadie, nadie, yo tampoco me considero perfecta (...) lo critican, le achacan tanto crimen que a lo mejor ni siquiera sabe que los cometieron otros, pero tienen que buscar un culpable, y nadie mejor que él, como él estaba en su mando, lo mismo que un dueño de casa poh, le salen los hijos malos y ¿quién es el culpable? el padre y el padre a veces no tiene idea* (Georgina).

Otro componente del reconocimiento popular a la figura de Pinochet se relaciona con su "ser militar", definido por oposición al "ser político". De este modo, el ex gobernante habría sido recto, derecho, sincero, no "hacia promesas que después no iba a cumplir", catalogado además como un militar impresionante que "afirmó el timón" cuando fue necesario. De acuerdo a los entrevistados su condición de militar le otorgaba autoridad y fortaleza, imponiendo el respeto a sus adversarios y seguidores: *"...los civiles son más débiles y tienen menos amor por dentro. Pinochet tenía su uniforme pero tenía el uniforme y tenía su patria en el corazón poh..."* (Eliana); *"eso influyó mucho a lo que pasó... que él era muy recto, que él no permitía desórdenes, que él hizo el golpe, yo creo que por eso mismo, por ser militar lo hizo porque él era como se dice "los militares son de una línea"..."* (Jocelyn); *"si él no era político poh, si él no le vendía pomá a nadie poh, él tenía que hablar y hablaba como él sentía, y decía las cosas como él las sentía no más poh... un político no poh porque un político es mentiroso, entonces tiene que usarte las frases bonitas, adornadas"* (Mario).

Este asunto nos conduce a la valoración que el pinochetista de sector popular entrega a los institutos armados, especialmente al Ejército, y el papel que desde su perspectiva debieran tener en la vida política del país. Consultados al respecto, los entrevistados coincidieron en señalar que su principal función es la defensa nacional, de cualquier "agresión a la patria", constituyendo de ese modo el "escudo" del país: *"...las cuatro ramas son respetables, yo los quiero a todos por igual, porque defienden la patria, nos defienden a nosotros, no permiten que nadie se venga a meter aquí a armar desorden..."* (Georgina). Particularmente divertida resulta la apología de Mario respecto al Ejército, cuya función es asimilada a la del "perro de su casa": *"(Los ejércitos) son necesarios, son necesarios porque es un resguardo poh, tal vez te va a parecer tonta la comparación pero yo en mi casa tengo a mi perro poh, tú me vas a decir el perro le produce gastos... claro que me produce, el veterinario, la inyección, la comida diaria, pero me es necesario porque me cuida poh, y cáigale a quien le caiga mal o le caiga bien, pero es mi perro y yo lo cuido poh, yo lo tengo que tener y como tal el gobierno tiene que mantener sus FF.AA poh"*. El discurso presenta un segundo elemento de valoración del Ejército, relacionado con la

posibilidad de educación y trabajo que representa para los jóvenes de escasos recursos: "el ejército es importante porque en caso de guerra, el ejército tiene que sacar la cara, sin el ejército no somos nadie, los niños mio ya este otro año entran al servicio, este otro año ya los inscribo ¿ve?, entonces sin ellos serían unos sueltos que andarían en la calle y además ahora el ejército le da al niño la oportunidad de que si no terminan el cuarto medio, lo terminan adentro..." (Silvia Flores).

Por último, el pinochetista de origen popular legitima la participación del Ejército en el espacio político cuando sea conveniente. Si bien actualmente ello no tiene sentido para los entrevistados quienes incluso defienden la presencia de gobiernos civiles, esto no significa que si las circunstancias lo requieren, no otorguen su apoyo a la intervención militar en política: "...si este país ha tenido militares muchas veces, el general Ibáñez fue dos veces presidente, una vez(...) por golpe de estado y después fue presidente por el pueblo, así que no es ningún espanto, no es ningún espanto (...) si es que el milico responde mucha orden, el militar es una persona digamos que le gustan las cosas así derechas, derecha, que lo respeten y que respeten, ése es el problema que hay ahora que los políticos no dejan respetar a nadie..."(Julio); "yo no tengo distancia con los militares, siempre los he mirao' con respeto porque digo yo que son los que están preparaos' pa' salvarnos de cualquier cosa, y son los que debían de sacar siempre la cara cuando ven las cosas malas, así como lo hizo un día Pinochet..."(Regina).

Ahora bien, el conjunto de rasgos atribuidos al jefe militar explica que casi la totalidad de los entrevistados perciba en él un líder. Señalo casi porque algunos de ellos se negaron a ver en el ex gobernante un líder, no porque no compartieran o no reconocieran las características "excepcionales" de él, sino porque su condición de pertenencia evangélica les impedía catalogar de líder a quien no fuera Dios o Cristo: "(¿Fue un líder?) Siii, y todavía lo es poh, y pa' muchas generaciones de jóvenes to'avía es un modelo, a mi modo de ver y yo pienso de que Pinochet en diez, quince años más, la figura de él más se va a agrandar nunca se va a opacar aunque (...) digan lo que digan, nunca se va a opacar(...) me gustaría que Pinochet tuviera veinte años menos, y salería no con un 100 porque sería mucha pretensión, pero te salería con un 99.9 % de probabilidad..."(Mariano); "(Fue un líder?) Sí, sí porque la gente igual toavía' se preocupa dél, cómo está, el cumpleaños, hasta to'avía sale en las noticias, si él ya dejó de... claro y viven pendiente de él, de todo lo que hace entonces yo creo que todavía él está como muy arriba... (Debería ser recordado)... con una estatua de él en Plaza de Armas, yo creo que algo así... como líder de la República porque es como muy recordado, toa' la gente lo recuerda, algunos por las cosas malas, y otros por las buenas, pero así como pa' sacar pica "Líder de la República"..."(Jocelyn).

En este contexto, es posible imaginar que los hechos que han involucrado a Pinochet estos últimos años influyeron notablemente en la valoración y adhesión de este sector hacia el jefe militar. Su detención en Londres y el proceso de extradición a España son los eventos más recordados, haciéndose casi invisible lo ocurrido acá en Chile, y respecto a los cuales la condena no se hace esperar. De este modo, la coincidencia general de los entrevistados en el rechazo enérgico de estos hechos junto a la terminología utilizada para referirse a ello, confirma que efectivamente lo ocurrido "al general" en Europa influyó en la intensidad de la adhesión hacia su figura: "Nooo, eso fue una mariconá, es la palabra exacta no más, es que fue mucho político metido, es que la política es sucia..." (Silvia

Peña). Las nociones utilizadas en la condena de esos acontecimientos son variadas: una de tipo nacionalista que señalaba que debía ser juzgado en su propio país, otra que aludía a que había sido un secuestro planificado, un acto político de la izquierda, una tercera noción que lo definía como una maldad y que exigía que se le dejara vivir tranquilo los últimos años. Conclusión de ello es la afirmación respecto a lo "mal agradecido" que es el chileno: *"... eso no es un pago pa' una persona que hizo tanto por Chile (...) aquí están acostumbrados a ser así, mal agradecidos el chileno porque el mismo... nos vamos al caso de Bernardo O'Higgins, que terminó despatriado' entonces son mal agradecidos los chilenos por lo visto, eso le decía a mi esposo yo, "son mal agradecidos" porque Bernardo O'Higgins libertó el país y terminó afuera, Pinochet que no hizo por nosotros y lo tuvieron preso afuera y nadie hacía nada ¿quiénes lucharon? los que estaban con él pero el gobierno ¿hizo algo? No hizo nada"* (Regina).

Lo vivido por el ex gobernante en Europa motivó declaraciones fuertemente emotivas en los entrevistados, quedando al descubierto aquel vínculo personal que Weber describiera para el tipo de relación entre el líder y sus seguidores en la dominación carismática. Al recordar y referirse a la figura de Pinochet en los diversos temas analizados, a parte importante de los entrevistados se les quebró la voz, y pidieron que se le dejara vivir tranquilo los últimos años de vida que le quedan. Esta devoción que el pinochetista de pertenencia popular manifiesta hacia su líder explica que su figura sea percibida única e irremplazable, de modo que al ser consultados si creían que alguien le encarnaba en el presente, las respuestas fueron en general negativas: *"No, no, no hay ninguno, los que se podrían parecer... hay generales en retiro, el general Garín (...) Lavín no, nunca sería como mi general Pinochet, ningún político, Pinochet es único, él representa todo, tanto un gobierno civil, político porque él se rodeó de políticos, él en ese momento tenía de todo, en cambio por ejemplo Lavín es político no más, pero nunca va a ser como el general Pinochet..."* (Alicia).

Sin embargo, ello no evitó que, contra lo esperado, Joaquín Lavín, fuera el personaje más nombrado y de gusto de los entrevistados. Recordemos que los eventos de Inglaterra y España provocaron una importante fricción al interior de la derecha, precisamente por el distanciamiento de Lavín respecto al tema, generando una dura oposición entre los pinochetistas hacia su persona. Esto nos demuestra que lo que primó en definitiva fue la orientación política de derecha: *"(¿Quién encarna a Pinochet?) Mire algunas cualidades yo se las podría...no sé, en aspectos de mirar cara, de ver que ha cumplido en cosas yo se las daría a Lavín, porque Lavín es una persona que él promete hacer algo y lo hace, (...) y trata de dar soluciones a las cosas, aunque se burlen dél pero le da soluciones a las cosas, porque cuánto se llama es el único porque ¿a quién más podríamos asimilar a Pinochet? el único, el que más se acerca, el que más se acercaría a Pinochet sería él..."* (Regina).

CAPITULO QUINTO: CONCLUSIONES DEL ESTUDIO

Previo a abordar cualquier conclusión respecto al tema que nos convoca, o quizás a modo de introducir el capítulo conclusivo, nos parece oportuno compartir una imagen que comenzó a configurarse cuando realizábamos las entrevistas, estableciéndose definitivamente cuando correspondió su análisis. Nos daba la sensación de que nuestro grupo de estudio por alguna extraña razón que desconocemos había decidido congelarse en el tiempo de la Unidad Popular y del periodo autoritario, de modo que al ser extraídos en la actualidad de esas temperaturas extremas y preguntárseles por su experiencia, no existía presente para ellos sino a la luz de lo vivido en aquellos años, evaluando los acontecimientos actuales en función de lo recordado de aquel periodo.

La fijación de esquemas ideológicos, que permanecen invariables al paso del tiempo describe de buen modo uno de los rasgos característicos del discurso tipo del pinochetista de estrato popular urbano. En efecto, quienes declaran adherir a Pinochet en los estratos populares mantienen hasta estos días una intensa defensa de la intervención militar y del gobierno originado en ella, fundada en una representación absolutamente "caótica" del periodo previo.

Esta memoria "catastrofista" del gobierno de la Unidad Popular presente en el discurso popular, encuentra entre sus causas dos factores de primera importancia. Por un lado, la producción discursivo-ideológica del régimen militar estuvo orientada a configurar y explotar persistentemente una representación del pasado inmediato en términos de anarquía, caos y desorden. Con ello se buscaba el levantamiento del orden autoritario como una instancia de salvación, que tenía en las Fuerzas Armadas sus únicas gestoras, consideradas depositarias incorruptibles de los valores últimos de la nación chilena y capacitadas organizacional y moralmente para hacer frente a los incitadores del conflicto.

Por otro lado, sin embargo, el impacto del contenido autoritario habría sido nulo si no hubiese existido una correspondencia con elementos del sentido común prevalecientes en la sociedad chilena de ese tiempo, la que experimentaba una vertiginosa ruptura de su cotidianeidad. En este sentido, el miedo, la sensación de inestabilidad e inseguridad que la confrontación política había generado en amplios sectores de la población y el consiguiente *deseo de orden* determinaron la inflexión de las orientaciones políticas de estos sectores - entre ellos el popular- hacia posiciones conservadoras y de derecha.

La investigación nos reveló que el discurso del pinochetista popular es inmune a cualquier influencia que desvirtúe el tipo de representaciones originadas en aquellos años, las que se presentan en términos de una *memoria anárquica* respecto al periodo de la UP y a su figura distintiva Salvador Allende y una *rememoración idealizada* respecto al régimen militar y a Augusto

Pinochet. En este contexto, el tiempo de Pinochet es utilizado por sus seguidores de origen popular como referente de evaluación no sólo de los años antecedentes sino también de la actualidad, la que asume en el discurso una calidad similar a la atribuida a la época de la Unidad Popular, es decir, de desorden, inseguridad y crisis.

Ahora bien, la lectura que propusimos en la explicación del apoyo que parte del sector popular entregó a Pinochet en el pasado y la adhesión que actualmente profesa hacia él, se vio confirmada en el discurso. En otras palabras, los factores de adhesión racional en términos de interés y adhesión racional de acuerdo a valores se encontraban fuertemente asociados al apoyo del grupo popular a la figura del ex gobernante. Eso sí, a pesar de tratarse de elementos de interpretación que apelaban a realidades de adhesión opuestas no se mostraron excluyentes, resultando común encontrar la mención por parte de los entrevistados de antecedentes que transitaban en ambas direcciones.

En este contexto, la adhesión popular en términos de interés hacia la autoridad militar se fundamenta en una *conciencia de beneficio*, existiendo en estos sujetos la percepción de haber sido favorecidos de un modo definido a través de determinadas acciones del régimen de Pinochet, las que implicaron una mejora en sus condiciones económicas personales. En esa medida el apoyo que un individuo otorga a una autoridad se relaciona con las ventajas específicas que tal autoridad representa para él, respondiendo de esta forma a sus demandas e intereses. Esta concepción tiene por referente objetivo la implementación de una importante *red social* de protección durante este período, consecuencia del principio de *focalización del gasto público* - que caracterizó la política social del gobierno - en los grupos más pobres de la población.

Sin embargo, a pesar de encontrar fuertes rasgos de adhesión interesada hacia el ex gobernante, el factor que las entrevistas develaron más apropiado en la explicación de este fenómeno fue el *valórico*, es decir, aquél en que independientemente de las ventajas o beneficios específicos que le hubiera reportado el régimen liderado por Pinochet, el individuo adhiere a su figura y al orden por él encabezado en función de los valores que cree encarna y con los cuales se encuentra fuertemente identificado.

Recordemos que nuestro concepto de *adhesión racional de acuerdo a valores* integraba dos dimensiones de análisis: una que enfatizaba el *valor de nación* que el jefe militar -y el régimen por él encabezado- estaría representando, convertido de este modo en fuente de adhesión, y una segunda dimensión que decía relación con las características personales atribuidas al jefe militar, convertidas en objeto de adhesión.

La defensa del *valor de nacionalidad* que habría personificado el jefe militar a través de su gobierno -nuestra primera dimensión-, adquirió notoria visibilidad en el discurso como fuente de

adhesión. Para referir su significación, el pinochetista de estrato popular recurrió a nociones propias de la Doctrina de Seguridad Nacional (DSN), la que, como señaláramos en otro capítulo, constituyó una respuesta a los principales problemas de la fase de implantación del nuevo régimen. Extremadamente simple pero suficientemente eficaz, esta ideología militar otorgaba centralidad a la idea de una guerra *contrasubversiva*, en un contexto en que la amenaza de una *agresión comunista* comenzaba a tomar cuerpo aceleradamente. Debido al carácter del enemigo comunista esta guerra no adquiere rasgos convencionales, sino que consiste en una variante de guerra interna, en la que el comunismo tiene por arma principal la subversión.

En sus representaciones sobre el periodo de la Unidad Popular y en la significación atribuida a la acción golpista de 1973, el sujeto pinochetista de sector popular propone continuas referencias a la *seguridad nacional*: el comunismo internacional ingresó al país por intermedio de los partidos de la Unidad Popular, afectando, a través de la penetración de ideas foráneas, subversivas y revolucionarias, la idiosincrasia e identidad nacional. Sin la oportuna detención de su influencia a través del golpe de estado de 1973 nuestro país habría sido objeto de dominio y no de libertad, haciéndose frecuente la mención ejemplificadora de Cuba y Fidel Castro.

De la misma forma, el pinochetista popular conserva en el discurso la proyección *maligna*, gestada en ese periodo, sobre el comunismo y, por tanto, sobre quienes participaron de esta ideología, los que se caracterizaron por su insensibilidad, crueldad y brutalidad, pretendiendo a cualquier costo la consecución de sus ideales políticos. Recordemos que este asunto fue central en los planteamientos de la DSN: *"La subversión no es un problema ni exclusiva ni predominantemente político. Es un problema de maldad y de debilidad de la naturaleza humana (...). No sólo el comunismo es definido en términos de maldad. De un modo muy concreto (...) se traduce en la perversidad de quienes son sus sostenedores. Así, pues, el enemigo tiene en esta lucha a su ventaja su completa falta de escrúpulos y de moralidad"* (Arriagada: 1986, p.175).

En la actualidad el comunismo es retratado a través de la figura de Gladys Marín, concebida máximo representante del partido en el país y constituida en importante objeto de agresión por los entrevistados. El rechazo a los comunistas se asocia al *desorden y disconformidad* que, en su opinión, les caracteriza, manifestado en las continuas protestas y peleas de las que son protagonistas. Esta cuestión, hemos demostrado, exaspera notablemente al pinochetista de pertenencia popular, convirtiéndose, como contrapartida, en un argumento favorable a la adopción de una orientación política de derecha. Ello forma parte de aquella tendencia mostrada por los entrevistados y propia, en general, de sujetos con una educación de calidad deficiente, a encarar la política en términos de blanco o negro que, en el contexto de lo que venimos señalando, se traduce en que la derecha representa *todo lo que no es la izquierda*, lo bueno versus lo malo.

Este asunto tiene otra consecuencia importante para las conclusiones del estudio. Al definirse de "derecha" los entrevistados están concientes de la posición contradictoria que asumen. Existe en ellos la noción de un *deber ser* de izquierda cuando se experimentan las condiciones de precariedad propias de su situación. Sin embargo, por un lado, como señalamos en el párrafo anterior, privilegian elementos relativos al orden, conformidad, y consenso en la elección de sus objetos políticos de interés, y la tendencia conservadora generalmente es expresiva de este requisito. Por otro lado, aparece en el pinochetista de estrato popular una interesante tensión entre quienes independientemente de su apoyo a la derecha conservan una *conciencia de clase*, de sector dominado del sistema, cuyo papel debe ser reivindicado y quienes, de modo inverso, se encuentran plenamente identificados con el sector dominante, con la clase capitalista, otorgándole a ella la función de sostenimiento del sistema y la sobrevivencia de sí mismos.

Volviendo a los motivos de adhesión, vimos que las representaciones que componen el discurso pinochetista de origen popular respecto a la Unidad Popular y a la intervención golpista de Septiembre integran importantes referencias al *valor de nación*, en un caso amenazado, violentado y al borde del desaparecimiento y, en otro caso, rescatado del dominio enemigo, conservando por tal acción sus dotes de libertad. Ahora bien, aquello por lo cual el golpe de estado resulta significativo para el sector popular es proyectado a la figura del ex gobernante, es él quien se hace protagonista de la *gesta libertadora*, momento en el que Pinochet comienza a ser observado desde el prisma carismático por parte de sus seguidores populares.

En la perspectiva de nuestro sujeto, por tanto, el ex jefe de estado representa una defensa de la nación chilena. Sin embargo, la adhesión manifestada no se explica sólo en términos de ese valor, sino que ha experimentado una conversión de orden carismático, de modo que existirían ahora determinadas cualidades específicas del jefe militar, inaccesibles al resto – carisma – que explican la concreción de este valor en la práctica y que le harían objeto de una fuerte entrega afectiva, entrega que tuvimos ocasión de comprobar en el transcurso de las entrevistas a través del tipo de calificaciones utilizadas para referir sus atributos. Más adelante profundizaremos en la faceta carismática de adhesión.

Al constituir el valor de la nación una importante fuente de adhesión pinochetista, reconocemos la potencia de la operación simbólico-discursiva que la autoridad militar dispuso durante ese período en torno a la idea de nación chilena, configurando una historia nacional en base a episodios que legitimaban la opción autoritaria en curso. Por otro lado, el componente esencialista característico de la visión uniformada respecto a la Identidad Nacional también constituyó parte integral del discurso de los entrevistados, en lo referente a "no contaminar" una esencia chilena que permanece como una realidad profunda e invariable en el tiempo.

Ahora bien, existe una segunda dimensión valórica que constituyó una fundamental fuente de adhesión en el pinochetista de origen popular: el *valor de orden* y, asociado a él, el respeto y la tranquilidad. De este modo, al observar las representaciones sobre el período de la Unidad Popular en el sector popular adherente y, a partir de ello, la significación otorgada al golpe de estado, no sólo el *valor de nación* adquirió relevancia sino también el *valor de orden*, expresado en su ausencia durante el primero y en su recuperación por la instancia golpista. En este sentido, la urgente necesidad de orden manifestada por el sujeto pinochetista explica de modo importante la valoración otorgada al régimen y al ex gobernante, es decir, el régimen de Pinochet representó y configuró uno de los valores estimados esenciales por el pinochetista de estratos populares, convirtiéndose en el referente de evaluación tanto del período previo como del actual.

Esta dimensión de valor constituyó una de las áreas emergentes de la investigación, pues, si bien imaginábamos que el tema del orden probablemente constituía una fuente de adhesión valórica al jefe militar, sorprendió la elevada importancia otorgada por los entrevistados tanto en relación a aquellos años como al presente, expresada en la recurrente mención de conceptos que apuntaban de uno u otro modo a la dicotomía orden-desorden. En este contexto, era predecible que la rememoración del tiempo de la UP convocara nociones de este tipo, explicado por el sentimiento de inestabilidad e incertidumbre experimentado durante esos años. Sin embargo, constituyó una novedad que la actualidad fuera observada bajo el mismo prisma y criticada, en consecuencia, por su *ausencia de orden*.

Consecuencia inmediata de ello es el engrandecimiento del ex gobernante y del régimen por él encabezado debido a su concreción del orden, del respeto y la tranquilidad. En este contexto, el pinochetista de origen popular adhiere a Pinochet porque encarnó un valor altamente estimado por él, el que no percibió en la época de Allende y que no percibe actualmente. En este sentido, el *período idealizado* del régimen de Pinochet se constituye para nuestro sujeto en el filtro por el que necesariamente deben circular los eventos del presente, en la instancia referente de cualquier evaluación que deba hacerse de la actualidad.

El presente es constituido en una *amenaza permanente* por el pinochetista de estrato popular, adquiriendo una calidad similar a la del tiempo de la Unidad Popular. Las principales fuentes de amenaza se relacionan con la delincuencia - asaltos, violaciones y asesinatos - y la drogadicción - consumo y distribución - con sus consecuencias en el ámbito delictual. Ahora, el paso entre esta percepción y la crítica a la democracia representada por los gobiernos de la Concertación, es mínimo.

En efecto, la democracia actual se constituye en objeto de absoluto descontento en los entrevistados. Las razones que explican tal disposición se relacionan con el estado de "desorden" que en su percepción existiría actualmente. estado que, como han demostrado variados estudios, se

relaciona más con una sensación de inseguridad e incertidumbre que con un aumento real y efectivo en los indicadores de delincuencia. Esta inseguridad ha sido eficazmente dirigida y manipulada por los medios de comunicación, y utilizada certeramente por los partidos de derecha como *bandera de lucha* en el incremento de su base social de apoyo. Favorece esta situación, además, que el sector popular pinochetista resulte altamente propicio a "enganchar" con propagandas de este tipo, las que vienen a confirmar el marco ideológico "catastrofista" que le caracteriza, y que ha sido demostrado en el transcurso de este estudio.

La relación que los entrevistados establecen con la democracia nos conduce directamente a sus representaciones en torno al espacio político de relaciones. Constituyendo el periodo autoritario su referente de evaluación, señalemos entonces que es nuevamente a través de las rememoraciones de esa época que configura su visión de lo político, cuestión que adquiere relevancia en la medida que el régimen de Pinochet determinó el cierre del ámbito político institucional de organización, expresado, entre otros hechos, por el receso de los partidos políticos, la ausencia de elecciones competitivas y por tanto, la imposibilidad de derecho a sufragio.

En ese contexto, el discurso del pinochetista de estrato popular mostró fuertes rasgos de desencanto e indiferencia respecto de la política, constituida en una *instancia prescindible* como ocurriera en los años del ex gobernante cuando su expresión estaba prohibida, integrando además un componente medular en la configuración fundacional del régimen: la crítica a la política representativa estigmatizada como *demagogia* y *politiquería*. Ella es definida a partir de su *desorden* inherente evidenciado en las constantes peleas y "ofensas" entre sus representantes, el aprovechamiento, la corrupción y las *promesas nunca cumplidas*. Anexo a ello, el derecho a sufragio al no traducirse en beneficios directos y visibles para este sector tampoco escapa de crítica.

Y aunque la totalidad de los entrevistados declaró *ser de derecha* y probablemente en las próximas elecciones presidenciales vote por Joaquín Lavín - que hasta el momento es el abanderado por excelencia de la Alianza por Chile - tampoco los partidos de esta coalición se libran del rechazo generalizado hacia la actividad político-partidaria. Tuvimos ocasión de presenciar esto en entrevistas realizadas en poblaciones de la comuna de Lo Espejo. A ellas nos acompañó la secretaria de un concejal UDI de esa comuna, quien conocía bastante bien el terreno y era reconocida por los sujetos, cuestión que nos permitió contar con una mejor disposición a conceder la entrevista. Sin embargo, esta secretaria, que constituía el "canal de conexión" con el concejal, se convirtió en el centro de reclamos y peticiones, frente a lo cual, y en virtud de nuestra presencia, intentó mantener un ambiente de entendimiento y cercanía. Es necesario señalar que tales peticiones o exigencias no son expresadas con agresividad o resentimiento, existiendo el imaginario de "integrantes de un mismo bando". Por tanto, a pesar de su disconformidad, la actitud del pinochetista hacia este sector político es bastante más condescendiente que si se tratara de los partidos de la Concertación o más aún del partido comunista.

De este modo, la investigación reveló que independientemente de la tendencia política declarada, prima en el grupo popular adherente el desencanto y rechazo generalizado hacia la política. Esta particular disposición permite que el escenario de no existencia de un espacio político partidario - como sucedió en la época de Pinochet - resulte sumamente atractivo para nuestro sujeto en la medida que ello es percibido como expresión de orden y tranquilidad, revelándose nuevamente la intensa valoración en él de un estado de cosas que contemple el no conflicto, el respeto y la obediencia.

Ahora bien, la inflexible primacía para los entrevistados del valor de orden y vinculado a él, de la obediencia y el respeto, nos lleva a otro ámbito de conclusiones. En efecto, existe una fuerte predisposición en el pinochetista de pertenencia popular a asumir nociones de carácter autoritario respecto a materias de orden político y social, cuestión persistentemente confirmada por los resultados de la investigación. Estamos imposibilitados para hacer proyecciones a nivel de psicología autoritaria y proponer mecanismos que expliquen esta disposición, pero sí constituye nuestro ámbito de competencia señalar que el marco ideológico predominante en el discurso de este sujeto es específicamente autoritario, evidenciado en sus opiniones respecto a las relaciones interpersonales -en sus diferentes niveles- y con la sociedad en general.

Recordemos, por ejemplo, que uno de los significados que el sector pinochetista otorga al concepto de respeto refiere el *respeto a las jerarquías y a la autoridad*, de acuerdo al cual existe un orden de superiores e inferiores en el que cada uno debe ceñirse al lugar que le corresponde. Para dar cuenta de ello, los entrevistados recurren constantemente a la relación padres-hijos o profesores-alumnos, en la que los últimos deben obedecer de modo incondicional las decisiones de los primeros.

En este contexto, nuevamente se hace presente en el discurso la comparación incesante entre el periodo autoritario y el presente. A diferencia de la época de Pinochet, los años post-dictadura se caracterizan por la falta de respeto, la rebeldía y el libertinaje, cuestión que debe ser enfrentada, en opinión de estos sujetos, mediante el incremento de autoridad en las instancias de control social: *"...en Chile éste Ricardo Lagos es uno de los promotores del vandalismo, si porque él con darle facultades...quitarle la autonomía a los papás, quitarle la autonomía a los profesores y darle facultad a los "niñitos" como se dice porque ahora ningún papá le puede hacer na' a un niño porque es maltrato familiar, entonces los cabros hacen lo que quieren, van pa' onde' quieren (...) tienen mucha libertad, tiene que ser una cosa enérgica, enérgica, darle autoridad a los padres y darle autoridad a los profesores porque ahí viene la segunda enseñanza y darle facultades digamos a carabineros pa' que pesque a un niño y se lo lleve y al otro día lo entregue..."*.

Ahora bien, la radicalidad de las soluciones propuestas por el pinochetista de estrato popular para terminar con la "rebeldía" y la falta de respeto, especialmente en los jóvenes, se evidencia con

mayor intensidad en el enfrentamiento de problemas que afectan la sociedad en general - delincuencia y drogadicción - y que confirman el estado de "desorden social" que en la percepción de nuestro sujeto actualmente nos consume. Recordemos que son frecuentes en el discurso las menciones de reposición de la *pena de muerte*, con objeto de eliminar definitivamente y a modo de ejemplo público, a quienes han transgredido los valores de orden y tranquilidad. Al respecto, es comprensible que un sujeto legitime un castigo de estas dimensiones para protagonistas de violaciones y asesinatos, sin embargo, a través de las entrevistas realizadas no nos queda claro si el sujeto pinochetista propone límites de aplicación de esta pena o si eventualmente podría reunir en un mismo grupo a todos aquellos que de uno u otro modo han efectuado actos delictuales, no distinguiendo, por tanto niveles de trasgresión normativa.

En el contexto del orden político deseable ello se traduce en la presencia de un sector potencial y ciertamente propicio a la instalación de gobiernos "fuertes", los que encarnan y representan valores estimados fundamentales como los recién señalados, relacionados con el privilegio del orden a través de un modo de organización jerárquica de la sociedad, el respeto y la obediencia a la autoridad. Contribuyó a esta disposición favorable, la disconformidad general manifestada por el pinochetista de estrato popular hacia la democracia, representada por las administraciones de la Concertación. Los atributos rescatados de los gobiernos autoritarios se relacionan con la presencia de una autoridad fuerte, que impone el "respeto" y que tiene "mano dura" para enfrentar problemas de índole social, aunque ello signifique la implantación de soluciones radicales y la limitación de las libertades personales.

Para nuestro sujeto, el régimen autoritario liderado por el ex gobernante integró los rasgos señalados, subrayándose además su *componente militar*. En efecto, los entrevistados valoraron fuertemente el *rasgo militar* del gobierno, el que es significado en términos de resguardo y protección. Al respecto, la investigación mostró que siendo la defensa nacional la principal función atribuida a los institutos armados, su participación en la vida política nunca es desestimada, haciéndose necesario "cuando las circunstancias lo requieran".

Nos detendremos un momento en esto. Si bien, para los entrevistados, actualmente no tiene sentido la intervención del Ejército en el ámbito político, defendiendo incluso el carácter civil de los gobiernos, esa idea nunca es abandonada como alternativa. El enunciado "cuando la situación lo requiera" revela en el sujeto que lo manifiesta una elevada propensión a justificar e incluso apoyar una opción autoritaria de gobierno si percibe la existencia de un momento crítico. Relacionado con esto, recuerdo el varias veces mencionado deseo de ocurrencia de un nuevo golpe, o la reposición de *toques de queda*, instancias que los entrevistados reconstruyen como *condiciones de un buen orden*.

Ahora bien, los entrevistados no sólo critican la democracia actual por el desorden social que, en su opinión, se ha desarrollado bajo su amparo. También es criticada por su inestabilidad económica, expresada en los niveles de desempleo que muchos de estos sujetos experimentan actualmente. Hemos demostrado a lo largo del estudio que el sistema democrático de gobierno es sometido por el pinochetista de origen popular a una fuerte exigencia por rendimiento. Esto se encuentra íntimamente relacionado con el concepto de *governabilidad*, actualmente en boga, el que integra dos elementos centrales para su entendimiento: legitimidad y eficacia. En términos muy simples, la *legitimidad* de un gobierno refiere la condición de aceptable que tiene su autoridad ante el conjunto de los ciudadanos y la *eficacia* para el gobierno no es otra cosa que la consecución de sus objetivos. Sin embargo, el nivel de eficacia puede estar determinado por las expectativas de la sociedad y en esa medida afectar la legitimidad del poder político (Arbós y Giner: 1996).

En este contexto, el sector popular pinochetista podría desentenderse de la democracia si ésta no pareciera adecuada a la resolución de sus problemas, haciéndose potencialmente dispuesto a cualquier tipo de gobierno, donde el autoritario es una evidente posibilidad. Sin embargo, desde nuestra perspectiva y a la luz de las conclusiones recientemente expuestas, sospechamos que incluso si la democracia asegurara a este sujeto los insumos necesarios para el mejoramiento de sus condiciones y solución de sus problemas, la valoración del régimen democrático continuaría siendo sumamente frágil en razón de su básica identificación con regímenes políticos que privilegian valores en los que se reconoce plenamente: el predominio del aspecto de mando en lugar del consenso, el énfasis excesivo en el orden y el desaparecimiento del conflicto, la obediencia y el respeto, y la aplicación de soluciones de fuerza a problemas determinados.

Al respecto, sería interesante la realización de investigaciones futuras que analicen la tendencia al autoritarismo político en el sector popular de nuestro país en la actualidad, considerado en su totalidad, sin distinciones. Desde nuestra perspectiva si bien los conceptos vertidos en este estudio corresponden a un sujeto minoritario, caracterizado por su extremismo ideológico, nada nos impide pensar que probablemente se encuentren extendidos de un modo no desestimable en los ámbitos populares. Del mismo modo, el pinochetismo de origen popular que hemos retratado en el transcurso de esta investigación debiera verse seguido por estudios que retomen este tema pero en el resto de los estratos económicos, a modo de reconocer las especificidades de lo popular.

Por último, habíamos dejado pendiente una tercera fuente de adhesión valórica hacia el ex gobernante, completamente confirmada por la investigación. En este contexto, existe un reconocimiento en los entrevistados de determinadas características específicas del jefe militar, que le hacen objeto de una fuerte entrega afectiva. Ello significa, por consiguiente, que el ex gobernante es percibido por el sector popular de interés portador de cualidades excepcionales y extracotidianas, que resultan inaccesibles a otros, constituyéndose de este modo en motivo de adhesión, y de veneración. Como planteáramos en su momento, desde nuestra perspectiva, la adhesión

fuertemente afectiva que genera Pinochet en el grupo popular debe ser comprendida también en términos valóricos, pues las características que este sujeto reconoce en la figura de Pinochet son expresivas de su propio universo valórico.

Ahora bien, las nociones que el pinochetista de estrato popular utiliza para referirse a la figura del ex gobernante nos permite confirmar la pertinencia del concepto de legitimidad carismática. En efecto, podemos concluir que Pinochet es concebido por el sustrato pinochetista popular como un líder en posesión de carisma, liderazgo que asume distintas formas enunciativas en el transcurso de las entrevistas. El lenguaje utilizado para referirse al ex gobernante está lleno de expresiones y comparaciones cubiertas de grandiosidad, similares a las de una hazaña épica o a la acción de un enviado de Dios. Él constituye un "libertador y héroe de la patria", mostrando el temple y la capacidad necesaria para enfrentar tal desafío, atributos que no cualquiera tiene y que le habrían sido específicos. Además de estas cualidades, este sujeto percibe en Pinochet un "salvador y dador de vida", en la medida que el proyecto autoritario por él liderado evitó la muerte planificada de los opositores al gobierno de la Unidad Popular, es decir, sus seguidores. De la intensidad de adhesión manifestada en el discurso, al borde de la devoción, se desprende que los eventos que en el extranjero involucraron al ex gobernante hayan significado un incremento notable a nivel discursivo del reconocimiento de su "obra y herencia".

De este modo, la figura de Pinochet se eleva para estos sujetos muy por encima de lo que una evaluación razonable indica, existiendo no un simple agradecimiento a un hombre que estiman "los liberó del enemigo marxista" y gobernó de modo impresionante, sino una suerte de mitificación de la imagen de Augusto Pinochet en tanto representación, casi un símbolo, un ideal. Esta imagen mítica, a su vez, retroalimenta la convicción pinochetista. Sin embargo, contra toda expectativa, la participación de los pinochetistas de estrato popular en manifestaciones de defensa de su figura no es generalizada. Los sujetos más comprometidos en este tipo de acciones son integrantes de la Fundación Pinochet, pero, en general, la adhesión manifestada hacia el ex gobernante se queda en el discurso, por lo menos actualmente.

En conclusión, el valor de nación, el valor de orden y el carisma explica de modo importante el carácter de la adhesión al ex gobernante en este subgrupo popular que expuesto a condiciones permanentes de deterioro material y simbólico durante el régimen militar decide adherir tan intensamente hasta nuestros días a su figura distintiva: Augusto Pinochet. Uno de los grandes aciertos del pinochetista de sectores populares que compartimos al finalizar estas páginas – eso sí no con el fanatismo que le caracteriza – es que, querámoslo o no, el ex gobernante constituye un personaje de la historia de nuestro país, que conservó una cuota de liderazgo innegable y que no está olvidado como se pretende actualmente, no sólo en el grupo popular sino sospechamos también en parte importante de la sociedad chilena. De hecho lo ocurrido entre 1970 y 1989 todavía tiene mucho que decir en el presente, interviniendo persistentemente en nuestra cotidianeidad.

BIBLIOGRAFÍA

1. Aldunate, Alfonso (1984): "Antecedentes socioeconómicos y resultados electorales", Documento de Trabajo n° 207, FLACSO, Santiago de Chile.
2. Brunner, José Joaquín (1978): "Apuntes sobre la figura cultural del pobre: parte I", Documento de Trabajo n° 69, FLACSO, Santiago de Chile.
3. Brunner, José Joaquín (1981): "La cultura autoritaria en Chile", FLACSO, Santiago de Chile.
4. Baño Rodrigo (1985): "Lo Social y lo Político", FLACSO, Ediciones Ainavillo, Santiago.
5. Baño, Rodrigo (1986): "Los sectores populares frente a la política (algunos resultados de una encuesta)", Documento de Trabajo n° 315, FLACSO, Santiago de Chile.
6. Lechner, Norbert (1986): "La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado", Centro de Investigaciones Sociológicas y Siglo XXI, España Editores.
7. Lechner, Norbert (1988): "Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y Política", FLACSO, Santiago de Chile.
8. Gallardo, Bernarda (1985): "Espacio Urbano y Mundo Poblacional", Material de Discusión n° 88, FLACSO, Santiago de Chile.
9. Chateau, Jorge (1987): "Espacio y Poder: los pobladores", FLACSO, Santiago de Chile.
10. Martínez, Javier y Palacios, Margarita (1996): "Informe sobre la decencia: la diferenciación estamental de la pobreza y los subsidios públicos", Ediciones SUR, Santiago.
11. MIDEPLAN (2000): "CASEN 2000", en www.mideplan.cl.
12. Lagos, Marta (2001): "Encuesta Latinobarómetro 2001. Informe de Prensa" en www.latinobarometro.org.
13. Garretón, Manuel Antonio (1983): "El proceso político chileno", FLACSO, Chile.
14. Lipset, Seymour M. (1963): "El hombre político", Editorial Universitaria de Buenos Aires.
15. Huneus, Carlos (1987): "Los chilenos y la política: Cambio y continuidad en el autoritarismo", editado por Centro de Estudios de la Realidad Contemporánea Academia Humanismo Cristiano (CERC) e Instituto Chileno de Estudios Humanísticos (ICHEH), Santiago.
16. Huneus, Carlos (1998): Artículo "Tecnócratas y políticos en un régimen autoritario: los "ODEPLAN Boys" y los "Gremialistas" en el Chile de

- Pinochet" en Revista de Ciencia Política, Pontificia Universidad Católica de Chile, Volumen XIX nº 2.
17. Huneus, Carlos (2000): "El régimen de Pinochet", Editorial Sudamericana Chilena.
 18. Lechner, Norbert (1986): "Notas sobre la cultura política chilena", Material de Discusión nº 83, FLACSO, Santiago de Chile.
 19. Moulian, Tomás (1998): "Chile Actual: Anatomía de un Mito", LOM Ediciones – ARCIS, Santiago de Chile.
 20. Moulian, Tomás (1993): "La Forja de Ilusiones. El sistema de partidos 1932-1973", Universidad ARCIS y FLACSO, Santiago de Chile.
 21. Correa Sofía, Figuerca Consuelo, Jocelyn – Holt Alfredo, Rolfe Claudio, Vicuña Manuel (2001): "Historia del siglo XX chileno", Editorial Sudamericana Chilena.
 22. Vergara, Pilar (1985): "Auge y caída del neoliberalismo en Chile", Ediciones Ainavillo, FLACSO, Santiago de Chile.
 23. Martínez, Javier y Palacios, Margarita (1991): Revista Proposiciones, nº 20, Ediciones SUR, Santiago de Chile.
 24. Martínez, Javier y Díaz, Álvaro (1995): "La Gran Transformación", Documento de Trabajo nº 148, Ediciones SUR, Centro de Estudios Sociales Y Educación, Santiago, Chile.
 25. Munizaga, Giselle y Ochsenius, Carlos (1983): "El discurso público de Pinochet (1973-1976)", Ediciones Consejo Latinoamericano de Ciencias sociales (CLACSO), Buenos Aires, Argentina.
 26. Petras, James (1971): "Política y fuerzas sociales en el desarrollo chileno", Amorrortu Editores, Buenos Aires.
 27. Faletto, Enzo (1980): "Algunas características de la base social del partido socialista y del partido comunista: 1958-1973", Documento de Trabajo nº 97, FLACSO, Santiago de Chile.
 28. Weber, Max (1987): "Economía y Sociedad", Fondo de Cultura Económica, México.
 29. Tironi, Eugenio (1990): "Autoritarismo, Modernización y Marginalidad", Ediciones SUR, Santiago de Chile.
 30. Schkolnik M. y Bonnefoy J (1994): "Una propuesta de Tipología de las Políticas Sociales en Chile", Documento de Trabajo UNICEF.
 31. Anderson, Benedict (1993): "Comunidades Imaginadas: Reflexiones sobre el origen y difusión del Nacionalismo", Fondo de Cultura Económica, México.
 32. Garretón, Manuel Antonio (1984): "Dictaduras y Democratización", FLACSO, Santiago.

33. Lechner, Norbert (1981): "Estado y Política en América Latina", Siglo XXI Editores, México D. F.
34. Valenzuela, Arturo (1989): "El quiebre de la democracia en Chile", FLACSO, Santiago.
35. Meller, Patricio (1998): "Un siglo de economía política chilena: 1890 -1990", Andrés Bello, Santiago de Chile.
36. Campero, Guillermo y Valenzuela, José (1984): "El movimiento sindical en el régimen militar chileno:1973-1981", Estudios ILET, Santiago de Chile.
37. Morales, Eduardo (1983): "Los sectores populares en el periodo 1970-1973", Documento de Trabajo n° 199, FLACSO, Santiago de Chile.
38. Meller Patricio, Lehmann Sergio y Cifuentes Rodrigo (1993): "Los gobiernos de Aylwin y Pinochet: comparación indicadores económicos y sociales", Apuntes Corporación de Investigaciones Económicas para Latinoamérica (CIEPLAN) n° 118, Santiago de Chile.
39. Programa de Economía del Trabajo (PET) (1992): "Series de Indicadores Económico Sociales. Series anuales 1960-1991", Ediciones PET, Santiago de Chile.
40. Raczynski, Dagmar y Cominetti, Rosella (1994): "La política social en Chile: panorama de sus reformas", Ediciones Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), Santiago de Chile.
41. Ministerio de Planificación (MIDEPLAN) (1991): "Evolución de las políticas sociales en Chile 1920-1991", Mideplan, Santiago de Chile.
42. Arellano, José Pablo (1985): "Políticas sociales y desarrollo: Chile 1924-1984", CIEPLAN, Santiago de Chile.
43. Ortega, Eugenio y Tironi, Ernesto (1988): "Pobreza en Chile", editado por CED, Santiago de Chile.
44. Easton, David (1996): "Esquema para el análisis político", Amorrortu Editores, Buenos Aires.
45. Serrano, Enrique (1994): "Legitimación y racionalización: Weber y Habermas: la dimensión normativa de un orden secularizado", Editorial Antrophos, Barcelona.
46. División de estadística y proyecciones de CEPAL (1987): "Una estimación de la magnitud de pobreza en Chile", Editado por CEPAL, Santiago de Chile.
47. ✓ Chacón, Arturo y Lagos, Humberto (1986). "Religión y Proyecto político autoritario", Ediciones PRESOR, Santiago.
48. ✓ Cortés Flavio (1987): "Miedo, amenaza y régimen político", tesis para optar al grado de sociólogo, Pontificia Universidad Católica de Chile.

49. Jaksic, Iván y Drake, Paul (1993): "El difícil camino hacia la democracia en Chile 1982-1990", FLACSO, Santiago.
50. Arriagada, Genaro (1998) : "Por la Razón o la Fuerza: Chile bajo Pinochet", Editorial Sudamericana, Santiago de Chile.
51. Bendix, Reinhard (1970): "Max Weber", Amorrortu Editores, Buenos Aires.
52. Breuer, Stefan (1996): "Burocracia y carisma: la sociología política de Max Weber", Ediciones Alfonso el Magnánimo, Valencia.
- ✱ 53. Larrain, Jorge (2000): "Elementos teóricos para el análisis de la identidad nacional y la globalización" en "¿Hay patria que defender? La identidad nacional frente a la globalización, Ediciones del segundo centenario CED, Santiago de Chile.
54. Miller, David (1997): "Sobre la nacionalidad: Autodeterminación y Pluralismo Cultural", Ediciones Paidós, Barcelona/ Buenos Aires/ México.
55. Hobsbawm, Eric (1997) : "Naciones y Nacionalismo desde 1780", Editorial Grijalbo Mondadori, Barcelona.
56. Renan, Ernest (1987): "¿Qué es una nación?", Alianza Editorial, Buenos Aires.
- ✱ 57. Adorno, Theodor et al. (1965): "La Personalidad Autoritaria", Editorial Proyección, Buenos Aires.
58. Tironi, Ernesto (1989): "¿Es posible reducir la pobreza en Chile?", Editorial Zig-Zag, CED, Santiago de Chile.
- ✓ 59. Arriagada, Genaro (1986): "El pensamiento político de los militares", Editorial Aconcagua, Santiago – Chile.
60. Servicio Electoral de Chile (1988): Cifras del Plebiscito para la Región Metropolitana.
61. Moscovici, Serge (1985): "La era de las multitudes: un tratado histórico de psicología de las masas", Fondo de Cultura Económica, México D. F.
62. Flisfisch, Ángel (1976): "La masa marginal y la política", Documento de Trabajo, FLACSO, Santiago de Chile.
63. Cavallo Ascanio, Salazar Manuel y Sepúlveda Oscar (2001): "La historia oculta del régimen militar", Editorial Grijalbo, Santiago de Chile.
64. Lira, Elizabeth y Castillo, María Isabel (1991): "Psicología de la amenaza política y del miedo", Instituto Latinoamericano de Salud Mental (ILAS), Santiago de Chile.
65. FLACSO (1985): "Primera encuesta de opinión Pública en Gran Santiago".
66. FLACSO (1985): "Encuesta sobre Cultura política de masas".
67. Ortí, Alfonso (1992): "La apertura y el enfoque cualitativo o estructural: la entrevista abierta y la discusión de grupo" en "El análisis de la realidad social. Métodos y técnicas de Investigación", Alianza Editorial, Madrid.

68. Ibáñez, Jesús (1992): "Perspectivas de la investigación social: el diseño en tres perspectivas" en "El análisis de la realidad social. Métodos y técnicas de Investigación", Alianza Editorial, Madrid.
69. Canales, Manuel y Peinado, Anselmo (1993): "Grupo de Discusión" en "Métodos y Técnicas cualitativas de investigación en Ciencias Sociales", Editorial Síntesis, Madrid.
70. Alonso, Luis Enrique (1993): "Sujeto y Discurso. El lugar de la entrevista abierta en las prácticas de la sociología cualitativa" en "Métodos y Técnicas cualitativas de investigación en Ciencias Sociales", Editorial Síntesis, Madrid.
71. Canales, Manuel y Binimelis, Adriana (1994): "El grupo de discusión" en Revista de Sociología nº 9 , Departamento de Sociología, Universidad de Chile.
72. Arbós, Xavier y Giner, Salvador (1996) "La gobernabilidad. Ciudadanía y Democracia en la encrucijada mundial", Siglo Veintiuno de España Editores, Madrid.
73. Serie de encuestas CERC en Informe de Encuestas de Opinión Pública a requerimiento de la Secretaría General de Gobierno a partir de los principales sondeos de opinión realizados entre 1987 y 1997.
74. Rodríguez Bilella, Pablo (1997): "Evaluación de proyectos y triangulación: acercamiento metodológico hacia el enfoque centrado en el actor", en www.preval.org.
75. Di Silvestri, Maria Cristina (1996): "Tipos de validez en la investigación cualitativa", texto mimeografiado de apoyo docente.
76. Base de datos Estudios Panel 1987 y 1988.

ANEXO PAUTA DE ENTREVISTA MAYORES

Antecedentes

Nombre del entrevistado(a):

Comuna en que reside:

Edad:

Años de Educación:

¿Se encuentra trabajando actualmente?:

Ingreso mensual familiar aproximado:

Participó en plebiscito de 1988:

Imágenes del Gobierno de la Unidad Popular

¿Cómo recuerda o Qué recuerda de la época de la Unidad Popular, de Allende?

¿Qué hacía usted durante la Unidad Popular?

Según usted, ¿a qué se debió esto? ¿Por qué pasó?

¿Qué significa Allende para usted? ¿Qué representa él para usted?

¿Se vio favorecido en algún sentido por el gobierno de Allende?

¿Existe algo que rescatar del gobierno de Allende?

Golpe militar 1973

¿Usted se acuerda de lo que sintió el 11 de Septiembre de 1973?

¿Qué significó para usted el golpe?

Según usted, ¿era algo necesario? ¿Por qué?

En su opinión, ¿que hubiera sucedido de no ocurrir el golpe? ¿Cómo cree que estaríamos actualmente?

Régimen Militar

1) Percepción situación económica personal durante el régimen

Y en comparación a la situación económica que había tenido antes de Pinochet, por ejemplo, con Alessandri, Frei Montalva, Allende... ¿cree usted que con Pinochet mejoró su situación económica?

¿Recuerda usted haber vivido momentos difíciles económicamente con Pinochet?

Y en comparación al período actual, ¿echa de menos alguna cosa respecto a la situación económica que tenía con Pinochet?

¿Recibió algún tipo de subsidio, ayuda o atenciones especiales con Pinochet? ¿En que consistían?

¿Cree usted que Pinochet se preocupó por los más pobres?

2) Percepción situación política del régimen

Y respecto al tema político ¿cree usted que existió mucha violencia con Pinochet? ¿que su gobierno fue muy represivo? ¿Justifica usted eso? ¿Por qué?

¿Qué ocurría en el lugar donde usted vivía? ¿Por qué piensa que pasaba esto?

¿Usted cree que Pinochet estuvo detrás de esto? ¿Qué papel cree que tuvo Pinochet en esto?

Y que piensa del hecho de que no se pudieran hacer muchas cosas, por ejemplo, que usted no pudiera salir a ciertas horas, los toques de queda?

Y de este tema de que se ha hablado tanto ahora, el tema de los "detenidos desaparecidos" ¿Qué piensa usted de eso?

Usted se acuerda que con Pinochet no existieron elecciones, no se podía votar, no habian partidos, ¿qué piensa usted de ese hecho?

¿Participó en alguna organización dispuesta por el gobierno de Pinochet, por ejemplo, secretarias de la juventud, de la mujer, centros de madre? ¿Y en manifestaciones de apoyo al régimen?

En general, ¿piensa usted que la democracia es un buen sistema de gobierno? O cree que en ciertas ocasiones es necesario un gobierno fuerte, autoritario? ¿O, en general, a usted le da lo mismo que tipo de gobierno sea?

A propósito de esto, ¿según usted qué cosas tendría que tener un gobierno para ser bueno?

Valoración figura de Pinochet

Y usted como definiría al general Pinochet? ¿Quién fue él para usted? ¿Qué cualidades le reconoce?

¿Cree usted que Pinochet fue un líder? ¿Por qué?

¿Cree usted que Pinochet fue un buen gobernante? ¿Por qué? En qué cosas lo ve?

¿Y qué le pareció a usted en esos años que el general Pinochet fuera un militar? ¿Qué la persona que encabezaba el gobierno fuera un militar? Si no hubiese sido un militar, ¿lo habría apoyado igual?

¿Y ahora estaría dispuesto a defenderlo? ¿Por qué? ¿Saldría a la calle, si fuera necesario para defenderlo?

Evaluación del período

¿Cree usted que el país progresó con Pinochet? ¿En qué sentido? ¿A qué cree que se debió ese progreso?

¿Cree que aquellos tiempos eran mejores que los actuales? ¿Por qué? ¿En qué cosas lo ve? ¿A qué se debió?

¿Y Usted cree que actualmente se han echado a perder muchas cosas de las que había con Pinochet?

¿Quién cree usted que encarna a Pinochet en el presente, que podría parecerse a él? Algún político?

Actualidad respecto a Pinochet

¿Qué representa actualmente Pinochet para usted?

¿Qué piensa de los ataques que ha recibido en el extranjero?

¿Cree usted que la historia lo ha maltratado y no se le ha dado el lugar que merece?

¿Cómo cree usted que debería ser recordado Pinochet?

Nacionalismo

Y por último, respecto a nuestro país, a Chile, usted cree que los chilenos nos sentimos orgullosos de ser chilenos?

Y usted ¿se siente orgulloso de ser chileno? ¿Qué cosas le hacen sentir orgulloso?(a)

¿En que cosas cree que nos distinguimos de otros países?

¿Qué siente frente a símbolos patrios como la bandera, la canción nacional?

¿Cree que Chile debería agradecerle Pinochet? ¿que Chile le debe algo a Pinochet?

Y pensando que Pinochet perteneció al ejército ¿Cree usted que las Fuerzas Armadas o los militares (Ejército) son importantes para Chile? ¿que representan a nuestro país? ¿Por qué?

ANEXO PAUTA DE ENTREVISTA JÓVENES

Antecedentes

Nombre del entrevistado(a):

Comuna en que reside:

Edad:

Años De Educación

¿Se encuentra trabajando actualmente?:

Ingreso mensual familiar aproximado:

Imágenes del gobierno de la Unidad Popular

¿Qué piensas de la época de la Unidad Popular?

¿Y de Allende?

¿Qué es lo que te han contado?, ¿Qué has escuchado respecto a esa época?

¿Cómo lo pasó tu familia en esa época? ¿Se vio favorecida de alguna forma?

¿Crees que existe algo que rescatar del gobierno de Allende?

Golpe militar 1973

¿Que significa para ti el golpe de 1973?

¿Qué dicen tus familiares o amigos respecto al golpe?

Según tú, ¿era algo necesario? ¿Por qué?

¿Qué crees que hubiera sucedido de no ocurrir el golpe? ¿Cómo crees que estaríamos actualmente?

Régimen Militar

1) Percepción situación económica familiar durante el régimen

¿Crees que tu familia estaba económicamente mejor con Pinochet que actualmente? ¿Por qué?

¿Qué es lo que te dicen al respecto?

¿Recuerdas (o te contaron) que hayan vivido momentos difíciles económicamente con Pinochet?

Y por lo que has escuchado de familiares o conocidos, ¿crees que Pinochet se preocupó por los más pobres?

2) Percepción situación política del régimen

Y respecto al tema político, ¿qué piensas de la violencia y represión que existió con Pinochet?

¿Justificas eso? ¿Por qué?

¿Y de los "detenidos desaparecidos"?

¿Crees que Pinochet estuvo detrás de esto? ¿Qué papel crees que tuvo en esto?

¿Qué piensas del hecho de que no se pudieran hacer muchas cosas durante esa época, por ejemplo, salir a ciertas horas, toques de queda?

¿Qué piensas de que no existieran elecciones y se prohibieran los partidos políticos? ¿Te parece bien? ¿Por qué?

En general, ¿piensas que la democracia es un buen sistema de gobierno? O crees que en ciertas ocasiones es necesario un gobierno fuerte, autoritario? O en general te da lo mismo que tipo de gobierno sea?

A propósito de lo que venimos hablando, ¿qué cosas tendría que tener un gobierno para ser bueno?

Valoración figura de Pinochet

¿Quién fue Pinochet para tí? ¿Qué cualidades le reconoces?

¿Crees que Pinochet fue un líder? Por qué?

¿Crees que Pinochet fue un buen gobernante? ¿Por qué?

¿Por qué tienes una opinión tan favorable de Pinochet y de su gobierno?

¿Qué te parece que Pinochet fuera un militar, es decir, que la persona que encabeza un gobierno sea un militar?

Evaluación del período

¿Crees tú que el país progresó con Pinochet? ¿Por qué? ¿Qué es lo que has escuchado o te han contado?

Y por lo que dicen tus familiares, ¿esos tiempos eran mejores que los actuales? Lo crees así?

Y según lo que dice gente que conoces o tus familiares, ¿se han echado a perder algunas cosas en el presente respecto a como era con Pinochet?

En la actualidad ¿quien crees tu que encarna a Pinochet? ¿Y lo apoyarías?

Actualidad respecto a Pinochet

¿Qué representa actualmente Pinochet para ti?

¿Qué piensas de los ataques que ha recibido el general en el extranjero?

¿Crees tu que la historia lo ha maltratado y no le ha dado el lugar que merece?

¿Cómo crees que debería ser recordado Pinochet?

Nacionalismo

¿Te sientes orgulloso de ser chileno?

¿Qué cosas te hacen sentir orgulloso?

¿Qué cosas crees que nos distinguen de otros países?

¿Qué sientes frente a símbolos patrios como la bandera, la canción nacional?

¿Crees que Chile debería agradecerle a Pinochet algo? Crees que se preocupó por el país, por la patria?

A propósito de eso, crees que las FF.AA o los militares (Ejército) son importantes para Chile? ¿qué representan a nuestro país?